

LA FE EN DIOS TRIPERSONAL



Juan Manuel García de Alba, S. J.

Juan Manuel García de Alba, S.J.

LA FE EN DIOS TRIPERSONAL

Ediciones UNIVA, Guadalajara 2011.

Agradecimiento

Me complace haber tenido como colaborador al Lic. Fernando Morales Milán, a quien conozco y estimo desde niño, por su cooperación esmerada en el trabajo técnico de este libro.

Juan Manuel García de Alba, S.J.
Av La Paz 2435. Tél. 36 30 10 93
C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco.

Universidad del Valle de Atemajac
Av Tepeyac 4800. Tél. 31 34 08 00
C.P. 45050 Zapopan, Jalisco, México.

Impreso y hecho en México 2011.

ISBN: 978-607-507-075-9

Al Emmo. Sr. Cardenal

Juan Sandoval Iñiguez

Con reconocimiento y gratitud por su amor y servicio incondicional a Cristo y a su Iglesia universal, particularmente en la Arquidiócesis de Guadalajara, no menos que por su apoyo como Pastor incansable, Padre comprensivo y amigo en el Señor.

Y a todos aquellos a quienes este libro les pueda ayudar a vivir más a fondo la fe cristiana.

Con aprobación eclesiástica

Nihil Obstat

M.I.Sr. Cango. Antonio González Cornejo

Imprimatur

Juan Cardenal Sandoval Iñiguez,
Arzobispo de Guadalajara

7 Septiembre 2011.



PRESENTACIÓN

Me es grato presentar el libro de teología “LA FE EN DIOS TRIPERSONAL”, escrito por el Padre Juan Manuel García de Alba, S.J. Es un libro sobre los principales misterios de nuestra fe, expresados en el Credo.

El autor se esfuerza en exponer con claridad y sencillez el compendio de nuestra fe. Su exposición, sin ser absolutamente original, no es común, pues parte de la fe en la que fuimos bautizados y que ya poseemos, por la gracia de Dios. Pasa por una amplia exposición bíblica hasta llegar a la cúspide que se alcanzó en los concilios trinitarios y cristológicos de los primeros siglos de la vida cristiana. Pone de relieve la relación profunda que todo ser humano tiene con Dios Tripersonal, pero especialmente la relación del cristiano católico, con Dios como Padre de Jesús y Padre nuestro, con Jesucristo como el Señor

de todos los tiempos, lugares y personas, y con el Espíritu Santo, como don concedido a cada miembro del cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Le da especial relieve a la persona de Jesús, no solamente como dato histórico de los discípulos y apóstoles, sino como seguimiento en la fe que los llevó a reconocer al Padre en la vida, muerte y resurrección de Jesús. Da también importancia a la resurrección, así como a la predicación apostólica primitiva.

Siguiendo al Papa Benedicto XVI, vincula los últimos artículos del Credo a la acción del Espíritu Santo. El cual, a pesar de nuestras limitaciones, santifica, une, impulsa y renueva a la Iglesia, que espera el encuentro final con Cristo misericordioso.

Felicito al autor por el esfuerzo que hace al poner la fe cristiana y católica en diálogo con la vida y la cultura de los maestros, alumnos y funcionarios, para que integren sus conocimientos con una fe madura y tengan el gozo de creer y anunciar al Dios revelado por Jesucristo, el Señor.

+ JUAN CARD. SANDOVAL IÑIGUEZ,
Arzobispo de Guadalajara.

Octubre 8 de 2011

Siglas y Abreviaturas

Las abreviaturas de los libros bíblicos son las adoptadas por la *Biblia de Jerusalén*, editada por Desclée de Brouwer.

Siglas

CDSI	Compendio Doctrina Social Iglesia
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
CPD	Credo del Pueblo de Dios
Dz-H	Denzinger Heinrich, Peter Hunermann. El magisterio de la Iglesia
PG	Patrología Griega
PL	Patrología Latina
Vat	Vaticano

Abreviaturas

Cap	Capítulo
Cc	Concilio
Cf	Confronta
Ib	Ibídem
n	Número/s
N.B.	Nota Bene
p	Página/s
s	Siguiente/s

Obras de Autores

Agustín de Hipona

Confe	Confesiones
De Trin	De Trinitate

Tomás de Aquino

S Th	Suma teológica
------	----------------

Ireneo

Adv Haer	Contra los herejes
Demos	Demostración de la predicación apostólica

Tertuliano

An	De anima
Apol	Apologético
Bapt	De bautismo
Carn	De carne Christi
Marc	Adversus Marcionem
Praes	Sobre las prescripciones de los herejes
Prax	Adversus Praxean —La Trinidad—
Pud	De pudicitia
Res	De resurrectione mortuorum
Test	De testimonio animae
Val	Adversus valentinianos
Virg	De virginibus velandis

INDICE

INTRODUCCIÓN	21
PRENOTANDO	27

CAPITULO I

DIOS SE MANIFIESTA

1.1 La idea de Dios	31
1.2 Dios y la cultura	33
1.3 Dios y la vida	36
1.4 Dios vivo	41

CAPITULO II

DIOS SE COMUNICA

2.1 Dios personal	47
2.2 Dios y la Historia de la Salvación	51

CAPITULO III

¿CÓMO HABLAR DE DIOS?

3.1 El lenguaje sobre Dios	57
3.2 La analogía	60
3.3 El tiempo y la eternidad	65
3.4 Inabarcable e Incomprensible	74

CAPITULO IV

NUESTRO CONOCIMIENTO DE DIOS

4.1 Dios en el Antiguo Testamento	81
4.2 Dios es Creador	86
4.3 La paternidad de Dios en el Antiguo Testamento	93
4.4 Dios es Todopoderoso	99
4.5 Dios es uno y único	101
4.6 El Dios de Jesús	108
4.7 La fe y el seguimiento	117
4.8 La fe en Jesús después de la resurrección	123

CAPITULO V

PADRE DE JESÚS Y PADRE NUESTRO

5.1	Dios es Padre	133
5.2	Padre de Jesús	135
5.3	Qué significa que Dios sea nuestro Padre	140
5.4	Dios engendra a su Hijo amado	146
5.5	¿Qué se ha de entender por adopción divina?	158
5.6	Principio de incorporación	162
5.7	Por nosotros, y por nuestra salvación	171
5.8	Bajó de los cielos	172

CAPITULO VI

JESÚS ES EL HIJO DE DIOS

6.1	Significado de la expresión	175
6.2	Que significa para nosotros que Jesús sea el Hijo de Dios	188
6.3	Jesús es Dios con el Padre y el Espíritu Santo	197
6.4	Qué significa para nosotros la divinidad de Jesús	206
6.5	La preexistencia	214
6.6	La encarnación	223
6.7	Jesucristo creador	230
6.8	Diferencia entre Jesús en el tiempo y Jesús en la eternidad	236
6.9	Jesús de la fe y de la realidad histórica	242
6.10	Representación del tiempo y la eternidad	250

CAPITULO VII

JESÚS Y EL ESPÍRITU SANTO

7.1	El Espíritu Santo en los sinópticos	253
7.2	El Espíritu Santo en Pablo y Juan	257
7.3	El Espíritu y la Iglesia Primitiva	268
7.4	El Espíritu Santo como don personal	275
7.5	El Espíritu Santo y la Iglesia contemporánea	286
7.6	Jesús ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos	291

CAPITULO VIII

LA FE TRINITARIA

8.1	Origen de la fe trinitaria	305
8.2	El tema trinitario	314
8.3	Persona e hypóstasis	327
8.4	Digresión sobre la persona humana	339
8.5	La fe trinitaria y la plenitud de la vida cristiana	344
8.6	La unidad divina y la vida cristiana	357

CAPITULO IX

EL ESPÍRITU SANTO

Y LOS ULTIMOS ARTÍCULOS DEL CREDO

9.1	La Iglesia una, santa, católica y apostólica	371
9.2	Creo en la Iglesia una	373
9.3	La Iglesia santa	377
9.4	La Iglesia es católica	380
9.5	La Iglesia es apostólica	382
9.6	La comunión de los santos	385
9.7	El perdón de los pecados	390
9.8	La Resurrección personal	395
9.9	La vida perdurable —La inmortalidad, o vida eterna—	405

CAPITULO X

CONCILIOS TRINITARIOS

Y CRISTOLÓGICOS

10.1	Imágenes trinitarias descriptivas previas a Nicea	409
10.2	Concilio de Nicea, año 325	415
10.3	Teología trinitaria de oriente y occidente	420
10.4	Concilio de Constantinopla I, año 381 Dz-H 150	422
10.5	Constantinopla II, año 553, V Ecuménico Dz-H 421-438	428

CAPITULO XI

LA DOCTRINA SOBRE LA TRINIDAD

11.1 El Catecismo de la Iglesia Católica	431
11.2 Errores trinitarios antiguos y modernos	437
11.3 Normas de sintaxis para expresiones trinitarias	451
11.4 Conceptos trinitarios	456
11.5 A modo de epílogo	466

BIBLIOGRAFÍA	469
---------------------	------------

INTRODUCCIÓN

“El premio de nuestra fe es la comprensión”

Intelligere vero a Deo
donum fidei munus est.
Hilario, *De Trinitate* XI,
23.

¿Será posible, en el siglo XXI, conocer realmente a Dios? ¿Hablar de él con verdad? ¿Tener una experiencia personal de su amor, de su modo de ser, de su interés por mí? ¿Quién es el Dios en quién creemos? ¿Qué relación tiene con nosotros y en qué modifica nuestra vida? Algunos piensan que Dios es una ilusión de otros tiempos y que ya está pasado de moda. Ahora nos movemos rápidamente y no nos queda tiempo de pensar en él y parece que algunos ni lo necesitan.

Para saber algo con certeza de Dios, lo primero que se requiere es una actitud de fe, es decir de apertura de corazón. La fe en Dios entra por el corazón, no por la razón. Eso no quiere decir

La fe, como la libertad
y el amor, crece cuando
se expresa.

que sea puro sentimiento; la fe es también la actitud necesaria para que Dios primero sea amado y después comprendido. Como decía San Hilario: *“El premio de nuestra fe es la comprensión”*. La razón llega a ser más una justificación que una demostración. Se trata de dar razón de nuestra fe, incluso de dárnosla a nosotros mismos. Pero cuando reflexionamos sobre nuestra fe, cuando la expresamos, entonces creemos mejor.

Hb 1,1s.

Es lamentable que el mensaje trinitario se considere como el grado máximo de la teología especulativa y que muchas personas piensen que lo mejor es no pensar en Dios de esa manera, cuando se le debía ver como el modo máximo de acercarse Dios al hombre en su acción reveladora, creadora, salvífica y glorificadora. Dios se nos revela progresivamente, porque también progresivamente nos sigue creando, justificando y glorificando. Y por eso también nuestro conocimiento de Dios es progresivo, necesariamente ligado a nuestra capacidad mental y espiritual, incluso a nuestra cultura y a todos nuestros conocimientos.

Hch 10,34.
I Cor 15,3; Mt 28,19.
Mc 16,19.

El misterio trinitario, antes de ser puntualizado y definido, fue vivido en la oración, en la alabanza, en los ritos y costumbres cristianas. La enseñanza cristológica y trinitaria era la parte fundamental de la enseñanza apostólica y requisito indispensable para recibir el bautismo.

Es de suponer que algunos de los primeros cristianos podrían imaginarse que se trataba de una especie de politeísmo pagano; otros pensarían que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo eran tres

aspectos de una divinidad única. Ese modo de interpretar la divinidad para salvar la unicidad de Dios se le llamó “modalismo”, que fue un verdadero peligro en la Iglesia primitiva. Otros pensaban que Jesús de Nazaret, a quien se proclamaba Hijo de Dios, había sido un hombre como todos, sobre el que descendió el Espíritu como fuerza divina. Y si algunos llegaban a afirmar la divinidad de Jesús, ¿no era claro que también era distinto de Dios a quien llamaba Padre? Arrio y sus seguidores, queriendo salvar la unidad divina, pensaban que Jesús era lo más parecido y cercano a Dios, tanto que hasta se le podía decir Dios, pero no como al Padre, porque Jesús se le parecía, pero “de suyo y en verdad” no era Dios. En los primeros siglos de la Iglesia la condición personal del Espíritu Santo no estaba muy clara.

Es evidente que todas esas formas de pensar enriquecían muchísimo a la Iglesia y la obligaban, por decirlo así, a profundizar en su fe, a expresarla, a definirla. Las definiciones de fe, antes de ser algo que debamos creer, fueron defensas de la fe. Los padres de la Iglesia querían defender aquello que ya creía la comunidad cristiana contra puntos de vista que también se daban en la Iglesia, pero que no coincidían con el conjunto de la fe y con el conjunto de la Iglesia. Eran voces discordantes, aunque algunas fueran de grandes hombres, cargados de méritos y de virtudes, como Orígenes y Tertuliano, pero también de algunos defectos y errores, como algunos grandes santos.

La revelación de Dios no está limitada al mundo y a la mentalidad hebrea del Antiguo Testamento,

se nos ha dado también en el Nuevo, en Jesús de Nazaret. El desarrollo de la fe trinitaria, nos ha llegado principalmente a través del mundo y la mentalidad grecorromana y de forma explicativa, a lo largo de los 2000 años de acción del Espíritu a través de la Iglesia y de la cultura. El misterio trinitario cae dentro del proceso ascendente de la revelación *“Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo”*, no como algo que se añade, sino como la explicitación necesaria del hecho de la salvación completa.

Hb 1,1s.

Expondremos la fe de la Iglesia católica con su lenguaje propio y tratando de comprender el contexto simbólico y filosófico que le sirve de pauta para sus expresiones, pero haremos también una reflexión sobre Dios a partir de lo más próximo a él, que somos nosotros mismos.

Hay que hacer notar que la actitud en todas nuestras reflexiones no será apologética ni demostrativa. Prescindiremos de argumentos de carácter filosófico. Más bien procuraremos comprender y profundizar en nuestra fe, en la medida que el Señor nos lo conceda. Tertuliano decía que *“la verdad cuando se expone, persuade; cuando se impone, disuade”*.

Tertuliano,
Val 1,4.

Cuando tratamos de entender nuestra fe, no tratamos de no creer, ni de suprimir en nosotros la capacidad de admiración, sino de buscar aquello que nos ayuda a creer mejor. Pero procurando que la luz de la teología y de la razón no impida que el sol brille con toda su fuerza y calor.

Conviene advertir que la fe en Dios es pluridimensional:

- Existe la fe “por la cual creo”, que es la apertura del hombre a Dios —actitud—. Fides quae.
- La fe “en lo que creo”, que son los contenidos de nuestra fe —contenido de verdades—. Fides quae.
- Y la fe dirigida a Dios, —la fe como relación— es la entrega amorosa y confiada a ese Dios en quien creo —término directo—. Podemos decir que ésta es la más importante. Es la fe convertida en interrelación. Como la de los apóstoles que le piden a Jesús: *“aumentanos la fe”*, o como la del padre del muchacho epiléptico que le dice: *“creo, Señor, ayúdame a mi poca fe”*, o como la de Pablo, que dice: *“Sé bien en quién tengo puesta mi fe”*. Fides cui.
Lc 17,5.
Mc 9,24.
Scio cui credidi.
II Tm 1,12.

El centro de nuestras reflexiones es el Dios vivo y único que se nos revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El aspecto bajo el cual vamos a hacer nuestro estudio no es a partir de una problemática filosófica particular, sino, sin descuidar la reflexión profunda, a partir de nuestra vida y de nuestra experiencia, y de la fe cristiana en cuanto expresión de la revelación. Conviene insistir en que el punto de partida será la palabra de Dios revelada, nuestras experiencias de vida y una relación ya existente con Dios, como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto es nuestra historia de salvación. ¿Cómo me salva Dios?

El objetivo de este tratado es comprender y profundizar en la fe en que fuimos bautizados. Dicho de otro modo, no tratamos de conocer solamente a Dios en sí mismo, sino a Dios en su relación conmigo, y con cada uno de nosotros, y de nosotros con los demás; es decir, a Dios en nuestra Historia de Salvación.

PRENOTANDO

Cada uno de nosotros tenemos la experiencia de ser un hijo con respecto a nuestro padre, de ser otro sujeto semejante y diferente a nuestros padres y a todo ser humano. Cada hijo es una imagen y semejanza de su padre como lo fueron Abel y Caín con respecto a Adán. Somos semejantes, pero no iguales. Esta semejanza, y no igualdad, refleja la proporción y sobre todo la desproporción del hombre con Dios. Gn 1,27.

La única forma que tenemos de conocer a Dios es por su referencia al hombre como ser racional. Pero existe el peligro de contraponer o identificar al ser humano con el ser divino, que no son realidades del todo contrapuestas, pero tampoco iguales.

Hb 1,1. La encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad es sin duda el mensaje más elocuente de esta verdad. En Jesús se dio y se da la perfecta armonía entre el ser divino y el ser humano. Dios no procede por contraposición, sino por relación, por unificación y por síntesis. Podríamos pensar que lo más maravilloso del ser divino es que se nos haya revelado de muchas maneras, a lo largo de la Historia de la Salvación, y finalmente de forma definitiva y plena en Jesucristo, pero no sólo eso es lo maravilloso y el signo más grande de su amor, sino además, que nos haya insertado por medio de Jesús y de su Espíritu, en la misma vida divina.

Podemos atribuir a Dios el ser personal, porque el hombre es persona, no que lo haga persona sino que lo capta como persona, porque el camino de nuestro conocimiento de Dios es desde nuestra persona; no tenemos más ojos para ver a Dios que los nuestros y no tenemos más perspectiva que la que obtenemos desde el lugar en el que estamos, es decir, desde nuestro ser limitado. Conocemos a Dios desde el hombre, que somos nosotros, y desde Jesucristo, a cuya imagen personal fue creado el hombre.

De entre todos los seres somos los únicos que tenemos experiencia directa de ser personas. Y antes de ser personas estamos de tal manera en el mundo que experimentamos la vida. Todos los seres vivos, hasta la más primigenia vida del mar, vive con una vida que procede de Dios, pero sólo el hombre es "*nefes*", que en hebreo significa ser viviente, el único, con la vida o aliento de

Dios. Esto trae consigo una relación entendida como un parentesco divino, como la “*Imagen y semejanza*”, en paralelo a la semejanza de Adán con sus hijos y de los hombres con Dios, de esa manera podemos decir que somos todos y cada uno de los seres humanos, del linaje divino.

Gn 1,27; 5,3s;
Lc 3, 23; Mt 1,1.
Hch 17,28-29.

El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, significa también que el ser humano es el único interlocutor de Dios. Dios y el ser humano pueden entenderse, quererse y unirse. Como si Adán le dijera a Dios, o Dios a Adán: Tú y yo podemos entendernos, querernos y unirnos. Lo que Dios se ha propuesto al crear al hombre no es crear un animal racional, sino un interlocutor, y hacer con él una alianza. —“*Yo seré tu Dios y ustedes serán mi pueblo*”—. El Dios de la nueva alianza es el Dios tripersonal, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y su pueblo somos nosotros que hemos sido bautizados en su nombre.

Gn 3,27.
Gn 3, 8-9.

Lv 26,12.

*“Todo fue hecho por Él,
y sin Él no se hizo nada de cuanto
existe” Jn 1,3.*

Mosaico Bizantino de il Duomo di
Monreale, Palermo, Italia.

CAPITULO I

DIOS SE MANIFIESTA

Objetivo: Advertir que Dios se va revelando de forma progresiva, para comunicarse cada vez más plenamente.

1.1 La idea de Dios

Los cristianos, como miles de hombres en la historia, creemos en Dios. Pero no en cualquier Dios. En el de Jesús. Y creemos también que Dios se nos ha hecho presente y se nos da en Jesucristo. Por eso al hablar de Dios nos referimos, más que al Dios de las deducciones filosóficas, al Dios de la Biblia, al Dios de la Historia de la Salvación. El conocimiento humano es evolutivo y progresivo no sólo con respecto a las ciencias naturales, también con respecto a Dios.

- Al hablar de Dios no todos los hombres hablamos de lo mismo. Tiene mucho que ver la imagen mental que nos formamos de él.

- Para muchos, la palabra Dios significa algo vacío; es decir, es una palabra sin contenido, sin experiencia.
- Para otros, la palabra Dios da temor, infunde respeto. Ante esa palabra muchos se sienten como en un examen.
- Para otros, Dios es el símbolo de un retrato cultural, e incluso de una explotación religiosa.
- Para los que hemos tenido de Dios una experiencia personal —y para los creyentes cristianos, musulmanes o hindúes—, Dios quiere decir reconciliación con los demás y con uno mismo. Dios es amor a la vida. Es un nombre que quiere decir confianza y esperanza incluso ante la muerte, el fracaso y el mal.
- Para casi todos los hombres, Dios está vinculado a todo lo positivo y perdurable de la vida. Dios viene a ser como la proyección más profunda y última de la vida humana.

Tertuliano,
Apol 17,4.

Indudablemente que Dios está ligado con la razón del hombre, porque solamente los hombres hablan, o piensan, o creen en Dios. Pero no solamente está ligado a la razón, también a la intuición y a la sensibilidad humana; Tertuliano decía que el hombre era “*naturaliter cristianus*” nosotros podríamos decir que es “*naturaliter*” creyente y que por eso aun los no creyentes de alguna manera se refieren a Dios: “Qué Dios quiera”, “Bendito sea Dios” o, ante una desgracia: “¡Oh Dios mío!”. Su percepción de Dios quizá esté más ligada a la percepción de su propia limitación, que a la grandeza de la dignidad personal.

De cualquier manera la idea de Dios es un fenómeno típicamente humano.

1.2 Dios y la cultura

Dado que el hombre se encuentra metido en un mundo concreto y en una cultura determinada, su idea —e imagen— de Dios va a ser tomada de su cultura, a reflejarse en ella, y a alimentarse de ella. La revelación, los mandamientos y la voluntad de Dios también van a ser captados y entendidos desde la cultura. La conciencia ética se encuentra dentro de un proceso que generalmente es progresivo. Y esto ha sucedido siempre, en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, lo mismo que en el momento presente. —Ahora no es lícito hacer cosas que en el pasado se consideraban conformes a la voluntad de Dios—. Por este motivo la voluntad de Dios, así como su modo de ser para con nosotros, no lo acabamos de descubrir. Dios es más bueno que todo cuanto podamos pensar y experimentar de él.

Dios tiene tanto que ver con la vida de cada quien que no puede estar callado siempre; llega un momento en que Dios se hace oír, o sentir, o se hace presente. Poco importa el término con que se le designe. Dios es la dimensión más profunda de la vida, de la conciencia, de la libertad, de la responsabilidad y de la persona humana. Dios puede estar en todas partes, se le puede encontrar en todas partes y en todas las circunstancias de la vida. En realidad Dios no necesita ningún lugar para estar. El espacio y el tiempo resultan categorías que no abarcan a Dios, no se

le oponen, pero tampoco lo abarcan. El espacio y el tiempo que mejor comprenden al Dios inabarcable e incomprensible es el nuestro, es decir, nuestro corazón y nuestra vida.

La idea de Dios que tenemos los seres humanos es una idea evolutiva. Es una idea porque el hombre lo que hace con la realidad es formarse una idea de ella y proyectarse en esa idea. El que sea una idea no quiere decir que no provenga de algo real. Es una idea evolutiva porque el hombre se va formando una imagen cada vez más exacta, más perfecta de Dios, de sí mismo y del mundo.

Hb 1,1s.

De cualquier manera Dios está por encima de lo que el hombre puede pensar o decir de Él. Y sin embargo desde nuestra existencia y nuestra vida hay razón para decir algo de la vida de Dios existente. Dios debe ser más experimentado que demostrado. Solo se conoce a fondo a una persona cuando se convive con ella.

Gn 1,26.
Nm 22, 19; Os 11,9.
I S 15,29.

El primer referente de Dios es el ser humano, hecho “a su imagen y semejanza” pero no igual. Porque “*Dios no es un hombre*”; su pensamiento, conciencia, libertad, poder, amor y misericordia sobrepasan con mucho a la de cualquier ser humano. Sin embargo, para que podamos entender si se comunica con nosotros, tendrá que ser a través de nuestro lenguaje y cultura. Claro que corremos el riesgo de atribuir a Dios lo que corresponde a nuestra cultura y lenguaje y por eso estamos necesariamente obligados a distinguir lo que atribuimos a Dios y lo que es propio del ser humano, y a seguir pensando y ahondando en

nuestra fe. Decía San Agustín: “*hablando de Dios es más lo que no sabemos que lo que sí sabemos*”.

Agustín,
De Trin VII, 4,9;
6,11.

Para los cristianos, Jesús es Dios mismo que habla por él, y en él se manifiesta a los hombres; más aún, no sólo en Jesús se hace visible el Dios invisible, sino que por medio de Jesús, Dios hace todas las cosas visibles e invisibles. Jesús es la fuerza y el poder de Dios que crea, salva y hace cuanto toca hacer a Dios, no en el sentido de que lo sustituya, sino en el sentido de que lo revela, manifiesta y expresa perfectamente. En Jesús se nos ha dado Dios con toda su fuerza. Jesús es la presencia de Dios trascendente en la historia. Sin subestimar el valor de lo concreto y particular, sino confirmándolo, creer en Jesús de Nazaret significa creer que su importancia trasciende el de una vida particular de 33 años y que lo más absoluto de los valores humanos se nos ha dado de forma plena en lo concreto de Jesús.

Actividades

- Qué respondes a estas afirmaciones:

Los hombres creen en Dios porque son débiles, inseguros, e ignorantes. Cuando se acepten a sí mismos y dominen la cultura y el saber, dejarán de creer en Dios.

Los hombres van adecuando la religión a su cultura.

La religión se da dentro de un contexto cultural.

Todas las religiones deben entenderse en su contexto cultural.

1.3 Dios y la vida

Aun si entendiéramos la vida como parte o forma del cosmos, es decir, como producto de la materia, eso no probaría la no existencia de Dios, por el contrario, nos invitaría a creer en Dios con mayor poder creador. La evolución, el orden, las leyes de selección natural, la progresión, etc. siguen dando motivo para afianzar la fe. Pero aunque originalmente la fe se nos haya revelado sobre un saber mitológico y poco científico, y aunque deba proyectarse sobre el saber actual, la fe religiosa no depende del saber científico.

El “por qué” y “para qué” de todo el proceso: materia, vida y existencia personal exigen una decisión individual, no es un resultado matemático, ni una evidencia científica; todo está ligado a la manera como me entiendo y me acepto a mí mismo, en la fe o en la no fe. El verdadero problema no es la existencia de Dios, sino la nuestra; no es la presencia de Dios, sino la nuestra. ¿Hago referencia a alguien más que a mis antepasados? ¿A quién le importa que yo viva? ¿Mi vida vale en sí misma, o sólo en la medida en que los demás la valoren? ¿El hecho de vivir trae consigo algún compromiso? ¿Mi vida temporal tiene algún significado trascendente?

Dios se manifiesta como lo infinito en lo finito, como lo absoluto en lo relativo, como lo divino en lo humano, como el único en lo múltiple, como persona en lo social.

Dios no es un motor inmóvil, un arquitecto o un mecánico, no actúa desde arriba o desde fuera

echando a andar el mundo, como si fuera una causa más, aunque fuera la primera, sino que actúa desde dentro haciéndolo posible y real, dirigiéndolo, respetándolo y consumándolo.

Dios es creador para llegar a dar la vida. Podemos quitar la vida de la creación pero entonces no habría ni siquiera la posibilidad de descubrir algún vínculo entre Dios y la creación. La creación está en función de una comunicación más personal. Dios es creador para llegar a ser Padre.

El interés fundamental de la Biblia no es la creación como principio del ser, sino el cuidado de Dios por el hombre y, para el hombre, el cuidado de Dios por la creación. Tanto el cuidado de Dios por el hombre como el cuidado de Dios por la creación es conforme a su naturaleza, es decir, divino, trascendente, como causa creadora, fundante, que sostiene, posibilita e impulsa; no como una causa más que suple, converge o se suma. Lo que no hagan los seres humanos por sí mismos y para el mundo, no lo va a hacer Dios. En este mundo, que Dios ha entregado al hombre, Sal 115,16. Dios no va a actuar directamente en nada porque no es un agente del mundo. El mismo hombre, la vida y el mundo quedan subordinados a la libertad y responsabilidad del ser humano y para eso es necesario que Dios no intervenga en todo, sino que dé lugar a la libertad, sin la cual no hay responsabilidad.

Al hablar de la paternidad de Dios, de la generación eterna de Jesús y de la filiación de todos los hombres nos referimos a una figura para subrayar solamente lo personal de una relación. Es

siempre una forma de hablar. Dios no es Padre a la manera de los hombres, su forma de ser Padre sobrepasa y fundamenta al mismo tiempo la generación humana, como su forma de ser creador sobrepasa la forma de ser una causa más en el mundo.

Ex 3,7. La vida es el interés de Dios por el hombre; Dios quiere al hombre vivo en toda su plenitud, por eso lo quiere libre, sano, recto y santo; ahora lo que a Dios más le importa es la vida, pero no en abstracto, sino la vida del hombre en concreto, la vida del hombre de la calle. *“Tu vida está atada en el haz de los que viven delante del Señor”*. Tu vida es una vida más de la de los hombres que transitan por la calle, a quienes Dios ama tanto.

Lv 11,44; 19,2; 20,26. I S 25,29. Tu dignidad, tus derechos y tu vida están unidos a la vida y los derechos de los demás.

Al hablar de Dios y del hombre el amor está ligado a la vida. *“No me hubieras creado si no me hubieras amado”*, dice el libro de la Sabiduría y muchos salmos nos hablan del amor eterno y creador de Dios. La vida es nuestra primera y fundamental experiencia del amor de Dios y del modo de ser de Dios.

Sb 11,24. Sal 136; 145, 103,13.

La vida, para nosotros incluye la idea de tiempo, es necesariamente temporal. Va ligada a nuestro ser, la vida es lo que somos, lo que nos pasa, somos nosotros al pasar. Pero la vida, referida a Dios, no solo no incluye el tiempo, sino que lo niega. La vida para Dios no es tiempo, sino eternidad, es su más profunda característica e íntima manera de ser. Dios es vida que no pasa, que no cambia, que perdura. La vida de Dios es Dios, no es algo que Dios tiene, o aquello de lo que goza. Dios no puede ser más que un Dios vivo. Dios y

la vida divina es lo mismo. Y por eso en Dios no hay más que una sola vida, con la que vive desde siempre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Actividades

- ¿Cómo se expresa en el Génesis la donación de la vida? – El mito y la revelación en el mito.
- Redacta en pocas palabras la diferencia más importante para ti entre el Dios de la revelación y el Dios de la filosofía.
- Según tu criterio, redacta las preguntas más importantes a las que responde este apartado.
- Redacta una oración en que expreses la relación que encuentras entre tu vida y el Dios de la vida.

Ejemplo:

Señor, ya entiendo que el mundo de la materia y de las leyes físicas, parecería estar dado para que en él apareciera el mundo de las sustancias y de las leyes químicas, y éste para que en él se diera el mundo de la vida y de las leyes biológicas, y éste para que en él apareciera el mundo de la conciencia, de la libertad, del amor y de la entrega. Yo creo que este mundo fue hecho para que en él aparecieras tú, y tú como yo. El mundo no reclamaba mi presencia, pero estaba abierto para recibirme. Creo que lo mismo pasó contigo, cuando la Virgen te recibió en su seno, y el pesebre te recibió envuelto en pañales, y la cruz, desnudo. El que sí reclama tu presencia y hace alusión a ti soy yo. Hazme comprender que no me puedo entender a mí, sin ti.

- Elige un salmo que hable de la creación y te abra a Dios. Por ejemplo, el salmo 8.

1.4 Dios vivo

La estructura trinitaria de la confesión de la fe apostólica sugiere que se hable primero del Padre, y en este primer momento de reflexión sobre Dios trataremos también de sus atributos y de la divinidad del Padre. Porque el Dios en el que creemos no es una realidad ajena al que confesamos Padre, Hijo y Espíritu Santo. Hablar de Dios equivale a hablar de aquél de quien la Escritura y Jesús mismo llaman el Padre. Padre de Jesús en primer lugar, y de todos los hombres como consecuencia, que envía a su Hijo y que se nos da en su Espíritu.

El Dios que se revela en la Biblia no es una fuerza magnética, o centrífuga, es un Dios vivo que da la vida. El modo concreto en que eso sucede cae dentro de una concepción mítico-poética y biológica propia de la época. Si entendemos el Génesis no tanto como datos sobre el origen del género humano, sino más bien como datos para que el hombre valore e interprete su propia vida, entonces el mensaje resulta más personal: Yo vivo porque Dios quiere que viva, aquí y ahora, y en mi origen no tuvo que ver el caos, sino el orden. Mis padres fueron el origen natural por el que Dios quiso mi existencia dentro de un conjunto casi infinito de posibilidades, que de haberse dado otras y no las mías, yo sería otro y no el que soy. Claro que puedo interpretar mi vida como buena o mala suerte en un juego de azar, y por eso la fe no es algo que se me impone,

sino una opción que modifica el valor y sentido de mi vida. Yo soy en cuanto vivo. La vida, mi vida, es la forma de mi ser. Si la vida se me acaba me acabaré yo. Por eso la fe y el misterio trinitario está en relación tan estrecha y profunda con mi vida; porque está en relación no sólo con un acontecimiento pasado, histórico, sino con el acontecimiento que soy yo, mi vida; y con un acontecimiento escatológico, futuro, del cual mi vida es sólo una prenda, una muestra, el inicio. Se pasa de un mundo a otro, de una vida a otra, de la esfera de lo espacio temporal a la esfera de lo intemporal e inespacial.

Entre misión y vida trinitaria se da una auténtica conexión; igualmente entre nuestra filiación y la filiación de Jesús. El modo de proceder de Dios para con nosotros es ya la realidad de Dios tal y como es en sí mismo: tripersonal. No existe una diferencia entre la forma como Dios se comunica con los hombres y la forma como los hombres nos comunicamos con Dios. Conforme al testimonio de la Escritura, la autocomunicación de Dios es trinitaria. Dios Padre se comunica a través de su Hijo, pero es el mismo Padre el que se manifiesta en el Hijo; por su medio nos dice el Padre cómo es y cómo no es, y sin embargo, Jesús no es el Padre, ni desempeña un encargo transitorio, una especie de legado, medio o mensajero cuya misión sea transitoria. Su misión en el tiempo va de acuerdo con su condición eterna de Hijo de Dios.

Lo primero que hay que afirmar del Dios en quien creemos y del Dios que se nos ha revela-

do es que se trata de un Dios vivo; que da razón de la vida, que comunica la vida, que se interesa apasionadamente por la vida. La vida es primero que la idea de ser. Para los seres vivos un Dios que “es” pero que no vive es lo mismo que si no existiera. Para captar que algo existe, aunque sea con una existencia inanimada, es necesario estar plenamente vivo —ser consciente—.

El primer atributo de Dios referido al hombre es la vida. Dios es el que prepara la vida, el que da la vida, el que custodia y defiende la vida y también, el que la lleva a su plenitud. El Dios en el que creemos no es tanto un Dios que sostiene las cosas, el Dios de la cosmología; sino un Dios que sostiene al hombre y, por el hombre, a todos los seres vivos. No cree en Dios quien lo afirma como una fuerza o una ley o un postulado del universo inanimado, sino sólo aquél que lo afirma como un Dios vivo que da la vida; y por eso de alguna manera como un padre o una madre. Por razones fácilmente explicables, la reflexión y también la oración se han encaminado más comúnmente por los senderos de la filosofía. Pero el problema más importante del hombre no es el ser, sino el vivir. El problema del hombre bíblico sería: *“¿a qué contexto debe remitirse el hombre viviente?”*

A. J. Heschel.

La diferencia entre el pensamiento metafísico y el bíblico está en que el primero remite al hombre al ser absoluto, es decir a Dios como el ser por sí mismo, mientras que el segundo vincula al hombre al vivir de Dios, a una trascendencia llamada Dios vivo. La realidad última y funda-

mental no es el ser, sino la vida. El pensamiento materialista diría: porque hay materia resultó la vida, el pensamiento bíblico, en cambio, diría: para que hubiera vida era necesario que primero hubiera materia, e interminables días de espera. Gn 1,1s. El pensamiento ontológico trata de comprender el vivir en términos de ser, el bíblico trata de comprender el ser en términos de vivir, y más todavía, en términos de amor.

La pregunta que necesariamente se hace el hombre vivo es si su referencia original, fundamental y última es a un Dios viviente. Y entendiendo a Dios como un ser vivo y fuente de vida estará a punto de llamarlo madre o padre. Si la realidad última y original fuera el ser, o la naturaleza, o una ley, el vivir del hombre no tendría nada vivo a lo cual referirse.

Hay que advertir que la vida eterna y temporal no son dos vidas en el mismo nivel, ni se contraponen, ni se excluyen. La vida eterna es la vida en el nivel de Dios fundante, vivificante y la vida temporal, es la vida en el nivel de los hombres fundada, vivificada.

El Padre no es simplemente el Dios general, ni su primer atributo es su relación con el cosmos como cosa creada por él. Su atributo primordial es la vida y es el vínculo que nos une con él como Padre. Por eso, en el credo, el término directo del verbo creer es el Padre: “*Creo en Dios Padre*”. A Dios como Padre sólo podemos llegar a través de la vida humana. La relación con Él como creador es una relación en vistas a un vínculo mucho

más profundo que se da en la vida. Dios es creador para manifestarse luego como Padre.

La vida humana es, por decirlo así, el medio por el que todos nosotros entramos en comunión con Dios; comunión de revelación, de fe, de entrega, de oración, de experiencia, y de todo lo que tenga que ver con Dios y con el hombre. La vida es el elemento divino y humano que nos conecta. Pero habrá que decir más exactamente, la vida no es algo que Dios tiene como añadido, ni nosotros tampoco, la vida es lo que somos. Y la vida de Dios es lo que Dios es: Vida.

La vida en Dios es una. No vive con una vida el Padre, con otra el Hijo y con otra el Espíritu Santo. La distinción de personas no incluye distinción de vida. En Dios hay una vida trinitaria con unidad de respectividad, es decir, ninguno puede existir y ser quien es sin hacer referencia a las otras personas divinas. La vida de Dios es vida trinitaria.

Dz-H 570, 4780. La vida de Dios por ser vida del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo es vida que se comunica, vida que Dios ha querido comunicar a los seres humanos de forma dinámica y ascendente.

Ireneo,
Adv Haer IV, 20,7.

Por eso decía Ireneo que *“la gloria de Dios se cumplía en el hombre viviente”*. Y la vida del hombre en la comunión con Dios.

Actividades

- Después de leer este apartado, retoma una realidad concreta, actual, que se oponga al Dios de la vida.
- Ver en una concordancia la palabra “*vida*” en relación con Jesús, en el evangelio de Juan.
- Hacer un breve resumen de cada apartado.
- ¿Qué expresión o texto te parece que convenga memorizar?
- ¿Cómo aparece la comunicación de vida en el Génesis?
- A modo de oración

Bendito seas Señor, que hiciste que la Sagrada Escritura se escribiera para nuestra enseñanza; concédenos que de tal manera la oigamos, la leamos, la consideremos, la aprendamos y la meditemos, que podamos asimilarla, para que por medio de tu Palabra, acojamos y conservemos la esperanza de vida eterna, que nos has dado en Jesucristo nuestro Salvador.

“En Él estaba la vida”. Jn 1,4.

Jesús comunica la vida —el alma—
a Adán. Basílica de San Marcos,
siglo XIII, Venecia, Italia.

CAPITULO II

DIOS SE COMUNICA

Objetivo: Conocer al Dios que se revela en la Historia de nuestra Salvación.

2.1 Dios personal

¿Cómo podemos saber que Dios es personal?

En la oración, el hombre entra en comunicación con Dios personal, esa personalidad de Dios viene experimentada desde nuestra condición de seres humanos, es decir, percibimos a Dios como un ser que oye, siente, ama, quiere, etc. y esto por comparación a nuestra propia forma de ser personas. A Dios no lo podemos captar sino a través de la rendija de nuestra experiencia.

¿Cómo sabemos que Dios es **como** una persona? El concepto de persona, en nuestro lenguaje ordinario, parte de nuestra conciencia y experiencia y ésta, a su vez, de nuestras relaciones

humanas, porque nos hacemos personas de la mano de los demás. Nuestra experiencia y nuestro ser personal se fundamenta en el ser personal de Dios, pero eso no quiere decir que Dios sea persona como nosotros. Dios es persona de un modo muy superior, podríamos decir “suprapersonal” o “transpersonal”.

Nadie puede distanciarse de Dios para hablar de Dios, o para verlo, o para tener de él cualquier tipo de experiencia. También el concepto de persona es un símbolo. Pero, por otra parte, un Dios que fundamenta la persona no puede ser él mismo apersonal. Dios no puede ser menos que persona. A Dios lo tratamos y nos sentimos tratados por él como por una persona humana, pero no es una persona humana. Nuestra experiencia está ligada a lo temporal de nuestra vida, a nuestra corporalidad, a nuestra cultura, a nuestro ambiente social y a nuestras circunstancias. Sabemos que en este mundo, ser persona es la forma más sublime de existir.

Dios es como una persona humana, pero no es una persona humana. Para el creyente Dios es el “Tú” absoluto, y su fe se muestra en hablarle a Dios de tú. La fe está ligada a la oración y por eso creer es hablarle a Dios de Tú. Hay muchas personas que hablan de Dios, pero solamente creen en Dios aquél que le habla de Tú. Nadie habla con la esencia, sustancia o naturaleza divina; podemos hablar de ellas pero no con ellas.

Dios tripersonal es el fundamento último de nuestro ser personal. En Dios no hay un ser personal distinto a su ser tripersonal. Los cristianos

creemos que la única forma que Dios tiene de ser personal es siendo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Según una expresión de los padres griegos en los primeros siglos, toda comunicación personal con Dios se da con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, lo cual quiere decir que en nuestra comunicación con Dios se establece una relación con las tres personas o dicho con lenguaje teológico: la comunicación con Dios es una comunicación con lo que hay de común en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que, sin ser una persona más, es Dios personal, es el Tú divino, y en ese Tú están incluidas las tres personas. La realidad de Dios vivo e íntimo es el ser personal del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dios es persona como es santo, justo, señor, todos sus atributos se identifican con su persona, con su ser. Dios no es de un modo y además bueno; sino que la bondad es su modo de ser. Dios se identifica con sus atributos. Cuando decimos que Dios es un ser personal, nos estamos refiriendo a su esencia, pero también a su forma de ser tripersonal.

Dios no es primero Dios y después tripersonal, ni tampoco tripersonal y luego Dios, sino que el ser tripersonal pertenece a su naturaleza divina, lo cual conocemos sólo por la Historia de la Salvación.

Toda afirmación trinitaria es, por eso mismo, una afirmación salvífica. La unidad de Dios es también unidad de acontecimiento y unidad de

revelación: como Hijo de Dios, Jesús es la revelación real del único Dios verdadero, y este acontecimiento se hace presente y operante entre nosotros por el Espíritu. La fe y el amor son frutos del Espíritu.

Dios es un ser que respeta, que invita, que ama, que perdona, que se entrega, que vive y da la vida, y todo esto como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Siendo Dios en su plenitud el Padre y lo mismo el Hijo y el Espíritu Santo, no son tres dioses sino tres personas, y lo que los hace ser una sola entidad son todos los atributos pues todos ellos les son comunes. Profundizando un poco más podemos afirmar con toda seguridad que la esencia, naturaleza o sustancia es una y la misma para cada una de las personas divinas.

Las personas se distinguen por su relación, como la del Padre con el Hijo. La relación es la que los hace ser tres personas. Es decir que el Padre no es el Hijo, ni uno ni otro, son el Espíritu Santo. La relación interpersonal es lo que explica la diversidad de las personas divinas; pero
Jn 17,21. partiendo de ellas, es también lo que da razón de la unidad divina, porque están siempre unidos y son inseparables.

Los padres de la Iglesia primitiva, partiendo de la Historia de la Salvación, y no necesariamente de una metafísica aristotélica, llegaron a conocer a Dios como tripersonal y único, sin negar la unidad, lo que ya aparece apuntado en el Evangelio de Juan. Jesús nos remitió al Padre como a Dios
Jn 10,30. uno y único, vivo, bueno y verdadero.
Mc 12,29; Jn 5,26.
Mt 19,17; Jn 17,3.

En los primeros siglos de la Iglesia se entendió perfectamente que Dios era el Padre y que Jesús era el Hijo, que ambos eran distintos entre sí, pero plenamente unidos, como si fueran una sola cosa, que Jesús era la expresión de amor del Padre y que tanto Jesús como el Padre eran todo amor, amor recíproco, pero también amor dirigido y terminado en cada uno de nosotros. Sobre el Espíritu Santo se reflexionó un poco después. También a partir de los datos bíblicos, pero faltaba un lenguaje y conceptos apropiados para hablar más detenidamente de él.

Cuando la acción misionera se centró en la persona de Jesús y en el anuncio de su mensaje y de su obra salvífica, fue necesario hablar también de la acción del Espíritu Santo, antes de determinar su naturaleza.

La comunidad primitiva tuvo conciencia primero de la función del Espíritu Santo, después de su naturaleza y finalmente de su ser personal.

Actividades

- En el pueblo sencillo, ¿Cuáles te parecerían sus experiencias de Dios? Experiencias simples y comunes.

2.2 Dios y la Historia de la Salvación

La grandeza del ser humano consiste, no tanto en ser el centro de todo, ni siquiera en ser dueño de sí mismo, es decir, consciente, responsable y libre, sino en que sea trascendente aun desconociendo la meta de su trascendencia, en que esté

necesitado de Alguien más allá de sí mismo, Alguien que le tienda la mano; eso es lo que constituye su grandeza y no su limitación.

El que esté llamado a abrirse a Dios y dar una respuesta lo invita a reflexionar en el Dios verdadero, en Dios como es en sí mismo, no en la verdad en que yo lo capto, que será siempre limitada y progresiva. Pero necesariamente será el Dios con nosotros, para nosotros, por nosotros y desde nosotros. Dios se automanifiesta en su salvación.

Tomás de Aquino,
De ente et essentia
c 6.

Pensaremos en Dios siempre en el contexto trinitario, porque la trinidad se refiere a la comunicabilidad de Dios, y correspondientemente a la fe, que es la apertura del hombre a Dios. Dios no sólo es el que existe —*ipsum esse subsistens*— y hace que todo exista, sino que principalmente es el que se automanifiesta en su revelación y comunicación. Jesús pertenece a la definición de Dios. Dios es el que se revela y se comunica. Hay que advertir que junto con Jesús, como cabeza de un sólo cuerpo, está y se revela el Padre, como Padre de Jesús y Padre nuestro, y con el Espíritu Santo, que habita en nosotros como en su templo y se nos ha dado; en relación con las tres personas, también nosotros pertenecemos a nuestra noción de Dios y a nuestra fe en él. Porque al Dios en quien creemos está ligada nuestra salvación como comunión con él.

Es verdad que a Dios lo podemos conocer por la luz de la razón; somos inteligentes y libres aun
Rm 1,20s. en nuestro entender, pero con más claridad y seguridad gracias a la revelación. Nos hizo perso-

nas de modo que nos fuéramos realizando poco a poco, y para que contribuyéramos creativamente en nuestra realización, también para comunicarse con nosotros poco a poco. Si somos más o menos capaces de conocernos y amarnos a nosotros mismos, también somos más o menos capaces de conocer y amar a Dios. Hay un cierto paralelismo entre la vida de Dios y la nuestra, entre el modo de proceder de Dios y el nuestro. Aunque también existe una inmensa diferencia. “*Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos*” ¡Cuánto más Dios! Si no hubiera ningún punto de contacto entre la realidad y nuestro conocimiento no podríamos saber nada ni de Dios ni de nada. Hb 1,1. Mt 7,11.

Y Dios quiere más que ser entendido por nosotros, ser amado. Ser amado como único en sí mismo y para nosotros, y por eso nos dice: “*Escucha Israel, Yahvéh es tu Dios, sólo Yahvéh, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda la mente, y con toda tu fuerza*”. Mt 22,37; Mc 12,28s; Dt 6,4.

Los seres humanos nos conocemos en profundidad, no a través de test psicológicos, ni de análisis clínicos, sino por medio del amor, así sucede con Dios: lo conocemos cuando lo amamos. Dios se hace conocer por los que lo aman. Querer amar a Dios es ya conocerlo de algún modo.

El misterio de Dios tripersonal no es pura revelación verbal o conceptual, es misterio que se fundamenta en hechos, en el hecho salvífico. Dios no solo es un misterio en su ser, sino también en su obrar, lleno de amor y misericordia. Desde Dios podemos decir que está en relación

continua de creación, redención, salvación y glorificación con cada uno de nosotros, y que esa relación la lleva a cabo el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es decir, que en la Historia de la Salvación y en nuestra propia historia, está implicado el Padre como origen de todo, el Hijo como enviado y Salvador, y el Espíritu Santo como don santificador y glorificador.

Conocemos a Dios a partir de nuestro ser vivo, reflexivo y personal, pero principalmente a partir de la Historia de la Salvación, es decir, de lo que él ha hecho por nosotros. Esto se suele llamar οἰκονομία. “economía de la salvación”, o “economía divina” y se refiere a la sucesión de hechos por los que Dios se revela y se nos da para nuestra salvación.

A través de lo que Dios es para nosotros sabemos lo que Dios es en sí mismo.

Podemos decir algo con certeza de la forma de ser de Dios por la forma de actuar para con nosotros; si fuera de una forma y actuara de otra sería incoherente. Su modo de actuar necesariamente corresponde a su modo de ser. Basados en un principio de unidad y de coherencia, hablamos de lo que Dios es y de cómo es únicamente a partir de lo que hace por nosotros y con nosotros.

El misterio por el que la fe se interesa, en primer lugar, no es el misterio de lo que Dios es en sí mismo, sino el de cómo se manifiesta y obra Dios con respeto a los hombres. Tendrá que darse una correspondencia entre el modo de ser de Dios —Trinidad inmanente—, y el modo en que se nos ha revelado y nos ha salvado —Trinidad

económica—. Pero también hemos de advertir que la eternidad de Dios supera lo que podemos saber de él en el espacio y en el tiempo, en la cultura que vivimos y en lo limitado de nuestro conocimiento. Dios es más de cuanto podemos expresar, creer y esperar. I Jn 3,2.

Nuestro conocimiento de Dios debe ser una forma de profundizar en nuestra fe, más aún, nuestra forma de creer, de amar, de servir y de entregarnos al encuentro con Dios y con Jesús se ha de concretizar en la forma de encontrarnos con los demás. A Dios lo encontramos en Cristo y a Cristo en los demás, particularmente en los más necesitados. La fe trinitaria exige, de nuestra parte, una espiritualidad trinitaria y concreta.

El misterio trinitario subyace y está presente en todos los otros misterios de la fe cristiana: en el de la realidad... o la creación, en el de la encarnación y redención, en el de la resurrección y glorificación; pero también en el misterio de la vida... de la consciencia, de la libertad, del amor y de la entrega y de todo lo que tiene que ver con la persona... y muy especialmente en el misterio de nuestra comunión final con Dios.

La Trinidad es un misterio de salvación que pervade y debe estar presente en toda oración, en todos los tratados teológicos, en toda catequesis, mensaje o celebración de la salvación. Es un valor digno de ser advertido, que la celebración eucarística nunca ha perdido su carácter trinitario.

“Conócete a ti mismo” era el imperativo de la humanismo griego. *“Conoce a tu Dios”* es el im- I Cor 28,9.

perativo del hombre bíblico, para el que no hay autoconocimiento sin el conocimiento del Dios vivo. Para San Pablo, “*Conocer a Cristo y la dimensión de su amor*”, es el imperativo de la fe cristiana. El conocernos a nosotros mismos nos lleva a una mayor comprensión de Cristo, que es hombre como nosotros. El conocer a Cristo nos conduce inevitablemente a una mayor comprensión y valoración de nosotros mismos. El pleno conocimiento de Cristo supone el conocimiento de la fe trinitaria.

Actividades

- Haz un paralelismo entre la Historia de la Salvación y la parábola de los viñadores hominidas.
- Escoge un acontecimiento y describe cómo se puede reconocer como acción salvífica de Dios.
- A modo de oración

Padre nuestro, sabemos que al comunicarte con nosotros y nosotros contigo, nos haces más conscientes, libres y auténticos, que en la persona humana se da la perfecta armonía y comunión contigo, que la salvación es unión contigo y que nos salvaste tomando lo que nosotros somos y dándonos lo que Tu eres en Jesucristo nuestro Señor; y que por la fuerza de tu Espíritu, nos unes a ti en Jesús, que la vida temporal que vivimos es el eje de la vida eterna. Concédenos que en nuestra condición humana, es decir, de debilidad, reproduzcamos la imagen de Jesús, en esta vida y en la vida eterna.

CAPITULO III

¿CÓMO HABLAR DE DIOS?

Objetivo: Advertir las limitaciones y características de nuestra comprensión de Dios.

3.1 El lenguaje sobre Dios

La imagen y semejanza del hombre con Dios es la base de la analogía en nuestro lenguaje sobre Dios y de nuestra afinidad en nuestras relaciones; es decir, para que podamos conocer y decir algo de Dios a partir de la experiencia humana.

Desde cierto punto de vista es secundaria la forma como se expresa la realidad de Dios, dado que nuestras expresiones jamás se adecuan perfectamente a la realidad. Y lo directamente salvífico es la realidad que se nos ha dado en Jesús, más que la expresión que nosotros logremos hacer de esa realidad. Como decía Santo Tomás: *“El objeto de nuestra fe es la realidad de Dios y no la expresión que nosotros hacemos de él”*. Juan XXIII decía en

S Th II-II, q 1^a 2 ad 2:
“Actus autem credentis non terminatur ad enuntiabile, sed ad rem”.

AAS (1962), 792. la inauguración del Concilio Vaticano II: *“Una cosa es la sustancia del “depositum fidei”, es decir de las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera como se expresa”*. La fe, como contenido, no se puede identificar con una expresión determinada, porque la realidad afirmada por la fe sobrepasa nuestra capacidad de expresarla. La fe hace relación a la verdad, a la realidad, más que al modo de interpretarla.

CEC 170.

Gn 12, 1-4; Jn 1,43. La fe la podemos definir como *la apertura del hombre a Dios*; cuando Dios habla, la apertura consiste en la aceptación de su palabra; cuando nos manda o muestra su voluntad, la apertura consiste en la obediencia; cuando Dios llama, la apertura consiste en el seguimiento. Si entendemos o aceptamos al ser humano como un ser esencialmente trascendente, su trascendencia consiste en su apertura a Dios. Obviamente que en la forma de entenderse a sí mismo y en la forma de entender a Dios habrá necesariamente muchas limitaciones, y la comprensión de sí mismo y de Dios estará sujeta a todas las limitaciones correspondientes al conocimiento, a la voluntad y a la cultura. Porque no se da religión, ni pensamiento teológico sin imágenes, símbolos y sentimientos.

Sólo podemos hablar de Dios con antropomorfismos, metáforas, e imágenes porque nuestros conceptos no pueden ser adecuados; que Dios está sentado, arriba o abajo, vestido o airado, son signos simbólicos para referirnos a Dios inefable.

El conocimiento de Dios Trino no puede ser objeto de un conocimiento natural; cae totalmente

dentro del mensaje revelado del Nuevo Testamento. Y las imágenes y comparaciones psicológicas que se ocurran no pueden ser fundamento seguro de una teología trinitaria. Decir, por ejemplo, que el Padre es el que ama, que el Hijo es el amado y que el Espíritu Santo es el amor, encierra algo de belleza pero mucho de inexactitud, porque tanto ama el Padre como el Hijo, como el Espíritu Santo y los tres son objetos del amor y el amor mismo, y parecería que es un amor que se cumple y cierra en Dios mismo. Parecería que el vínculo de unidad es el amor, o sea el Espíritu Santo, cuando sabemos que es el Padre, por proceder de él las otras dos personas.

Puede parecer un poco de abuso querer extraer de la mente o de las entrañas del ser humano una imagen de la trinidad. La fe en la trinidad nos abre al encuentro con Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo dentro de nosotros, que somos el sagrario de la Trinidad, pero ese encuentro es en la fe. San Agustín se esfuerza como nadie en descubrir en el alma las huellas de Dios Trino.

Agustín,
De Trin VIII 10,14;
IX, 1,1s.

Cuando el mensaje sobre Dios se piensa, se medita y se vive con humildad se logra, por su gracia, una especie de sobrecomprensión que rebasa las limitaciones del lenguaje. San Agustín era tan consiente de las limitaciones del lenguaje que, muchas veces repitió: *“Decimos tres personas para no guardar silencio, no para decir lo que es la Trinidad”*. Y no deja de ser verdad que, aunque con limitaciones, creemos mejor cuando expresamos nuestra fe, así como amamos mejor cuando expresamos nuestro amor. La fe como el

Agustín,
De Trin V, 9,10;
VIII, 6,11.

amor, por su misma naturaleza deben de expresarse, deben dar muestras de su existencia, pero no imponerse, porque cuando se imponen, se destruyen. El amor, la verdad y la fe implican libertad.

Actividades

- Advertir las siguientes comparaciones trinitarias de San Agustín:

- | | |
|---------------------|--|
| De Trin VIII, 1014; | - Amante, amado y amor, |
| Cf IX, 2,2. | - Mente, conocimiento y amor, |
| De Trin IX, 3,3. | - Memoria, entendimiento y voluntad, |
| X, 11,17. | - Realidad, visión e intención, |
| XI, 2,2. | - Memoria, visión —comprensión—, voluntad, |
| XII, 15,25. | - Conocimiento, pensamiento y amor, |
| XIII, 20,26. | - Presencia de Dios, conocimiento de Dios, amor de Dios, |
| XIV, 12,15. | - Memoria Dei, intelligentia Dei, amor Dei. |

3.2 La analogía

¿Cómo hablar y entender algo de Dios?

Todo lo que decimos de Dios es metafórico, porque el lenguaje no puede ser sino simbólico, pero no por eso deja de ser importante y real; podemos invocarlo con verdad como *“Padre nuestro”*. Al llamarle Padre estamos afirmando también que la realidad más cercana a Dios es la realidad humana. Y el Dios nuestro, a quien llamamos Padre, es más que padre y madre, su ser rebasa lo masculino y lo femenino.

Al decir que Dios es personal, porque en la Sagrada Escritura se nos presenta siempre como

un ser personal, tenemos que decir de inmediato que no es persona como nosotros en todos sus aspectos, porque nuestro concepto de persona incluye la individualidad, es decir, la limitación: yo no soy lo que es el otro, y necesito de los demás para ser y conocerme como persona, porque estoy en continua evolución y desarrollo; esta limitación no podemos atribuírsela a Dios. El límite entre él y nosotros es nuestra limitación, no la suya. Pero la individualidad significa también perfección: yo soy diferente a los demás, tengo identidad incomunicable.

Todas las cosas tienen necesariamente algo de semejante y al mismo tiempo, algo de diverso y por eso podemos compararlas, numerarlas u ordenarlas. La palabra analogía hace referencia a esa semejanza y desemejanza. Sus raíces griegas son: *ana* que significa hacia arriba o hacia delante, y *logos*, que significa palabra, pensamiento, razón, proporción. ἀνά-λογον.

La analogía es la semejanza en ciertos aspectos de cosas distintas. La analogía hace relación a lo común y a lo diverso, a lo semejante y desemejante de todo ser. Como Dios no es objeto directo de nuestra experiencia sensible, lo podemos conocer sólo por lo que de alguna manera se parezca a nuestra experiencia. Sólo lo vamos a conocer en la medida en que se adapte a nosotros, pero al mismo tiempo tenemos que reconocer, que si es Dios, debe ser diferente de nosotros.

La analogía es una semejanza perfecta entre dos cosas diferentes, por ejemplo: Dios se relaciona con los hombres de igual manera a como los pa-

Platón,
República VI, 508c.

dres se relacionan con sus hijos. Y así podemos usar los mismos términos pero no de la misma manera. Podemos decir que la analogía es la estructura fundamental de todos los seres en relación con el conocimiento, con el saber. “*Lo que es la luz para la visión, eso es el bien para la voluntad*”. No funciona la voluntad sin el bien, como no funciona la vista sin la luz. En matemáticas podríamos expresar una analogía de la siguiente manera: dos es a tres como cuatro es a seis. La vejez se relaciona con la vida como el atardecer con el día. Y podemos decir que hemos de hacer de nuestra vejez algo tan bello como una puesta de sol.

Mt 7,11.

Porque nuestra palabra no lo expresa todo, y menos tratándose de Dios, debemos usar muchas imágenes, comparaciones, metáforas y antítesis, porque todas nos dicen algo, pero no hay ninguna que nos diga todo. La antítesis o lo paradójico subraya el modo de ser de Dios: “*si ustedes, con ser malos, saben dar cosas buenas a sus hijos*”... cuánto más Dios, que es infinitamente mejor que ustedes. Hasta la contradicción puede ayudarnos a expresar algo del misterio: “*¿Qué raza es honorable? La del hombre. ¿Qué raza es despreciable?*

Si 10,19.

La del hombre”; y así podemos hablar de la presencia en la ausencia, o del cuerpo espiritualizado.

Dz-H 3283, 3546,
3887.

De hecho todo lo que decimos sobre Dios debe entenderse de forma análoga, y este principio lo reconoce y defiende la Iglesia Católica. Y el concilio de Letrán afirma que entre el Creador y la

criatura, la semejanza, por muy grande que sea, será muchísimo menor que la desemejanza.

“No puede afirmarse tanta semejanza entre el Creador y la criatura, sin que haya de afirmarse mayor desemejanza”.

Lateranense IV,
Dz-H 806.

Aun las palabras Padre, Hijo, sustancia, esencia, naturaleza, persona, y todo lo que se dice de ellas y de Dios, se afirma de modo análogo. La analogía es un llamamiento a la inteligencia para el que quiera entender, pero es también un refugio para el que no quiera creer.

Según la filosofía aristotélica, la igualdad se da en la esencia y la diferencia en la concreción. Todos los seres humanos somos iguales porque tenemos la misma esencia o naturaleza, pero somos diferentes porque la concretizamos de modo diverso. Según Platón y Aristóteles la esencia es primero y las concretizaciones vienen después. Ahora sabemos que primero se da la multiplicidad de los seres, y después, con el pensamiento, viene la abstracción. Por eso la esencia humana, como tal, no existe, es una abstracción mental, lo que existen son los seres humanos concretos.

La paternidad de Dios y la humana son tan diferentes, no sólo en su concreción, sino aun en su esencia, como lo son Dios y el hombre.

La analogía nos exige hacer uso de nuestra inteligencia, buscar el término de comparación y a no llevarla más allá del punto de conexión, para no creer que la Escritura dice lo que no dice. Nuestro lenguaje sobre Dios es siempre simbólico, metafórico, paradójico y a veces poético. Por

eso debemos amar y respetar nuestro lenguaje pero no idolatrarlo. Nuestras expresiones son expresiones y nada más.

Constarán de tres pasos:

1. La afirmación: decimos, por ejemplo, que Dios es persona, o Padre.
 2. La negación: decimos que no es persona como nosotros, ni padre como cualquiera.
 3. Luego, el razonamiento, sobrepasa la experiencia, y nos lleva a la adoración: es más que padre y madre, y lo invocamos: *“Padre nuestro que estás en los cielos”*.
- Sal 27,10.
Mt 6,9.

Cf Gregorio Nacianceno, Discurso 31,33.

En todas las comparaciones y ejemplos sucede que, si bien se consideran, sirven de poco y hasta pueden viciar el pensamiento *“a menos que uno tome un trozo de la imagen y deseche otro”*, pero sólo a través de las palabras podemos entender el pensamiento, y hemos de poner más atención a lo que se piensa que a lo que se dice. No debemos de ser más esclavos de las letras que de lo que se quiere expresar en ellas. Las palabras son reflejos de las ideas, y las ideas, de las realidades. El objetivo es llegar a la realidad y no perdernos en las palabras.

La trascendencia del ser humano se manifiesta también en su mente y en su lenguaje porque por medio de imágenes y comparaciones concretas habla de realidades espirituales. La materia tiene la particularidad de remitirnos al espíritu, o mejor dicho, el ser humano es de tal condición que encuentra en la materia semillas del espíritu. El encanto de las parábolas es que hablan de

realidades trascendentes con las experiencias de la vida ordinaria, y que las palabras que usamos para referirnos a lo ordinario son las mismas que nos sirven para descubrir lo extraordinario.

“Anhelamos, aunque sea mediante muchos nombres, aunque sea oscuramente, abarcar lo que toca a Dios”.

Juan Crisóstomo,
Homilía II,1 Sobre
Jn 1,1.

En la Sagrada Escritura, Dios es siempre un Sujeto, nunca un objeto; no cabe duda de que cuando objetivamos a Dios lo falsificamos. A los profetas no les interesaba entender la esencia divina, sino más bien el misterio de su relación con el hombre. Experimentaban y decían lo que Dios quería, no lo que Dios era. También nosotros sólo podemos entender algo de Dios en conjunción con la condición y situación del ser humano.

Actividades

- Explica con tus palabras qué se entiende por la analogía.
- Construye algunas comparaciones o metáforas donde se de la analogía.
- Jesús habló de cosas muy profundas sirviéndose de comparaciones muy sencillas, ¿podrías señalar algunas?

3.3 El tiempo y la eternidad

La Biblia no implica un tratado sobre la naturaleza del tiempo. Pero toda la visión bíblica del mundo atestigua una concepción implícita de la temporalidad que trae consigo toda estructura

concreta. Estamos en el mundo en proceso de creación continua, un mundo inacabado, una creación que tiende hacia su término.

El tiempo mide esta creación con el metro de la realización. El tiempo bíblico es una duración creadora, una duración para la realización. Es un tiempo irreversible, y la Biblia ignora todos los mitos del eterno retorno que encontramos en el pensamiento griego, hindú y chino.

El tiempo y la eternidad son realidades completamente diferentes: la eternidad no es tiempo ilimitado, ni el tiempo es una parte de la eternidad. A nosotros, por ser creaturas espacio temporales, nos es difícil imaginar algo fuera del tiempo. El tiempo es una realidad creada, como lo es también el espacio, que no incluyen a Dios. *“En el principio”*, cuando no había tiempo, Dios creó el tiempo y éste empezó a transcurrir con la creación. El tiempo depende de Dios; Dios no depende del tiempo. La eternidad es lo propio de Dios; el tiempo es lo propio del hombre. Y así como Dios asume y hace suyo al ser humano en Jesús de Nazaret, así hace suyo el tiempo, y que en Jesús hizo suya la historia y lo auténticamente humano; y así el tiempo y todo lo que implica quedó *“inertado”*, diría San Pablo, en Dios. San Agustín comenta: *“Nosotros, por el hecho de tener un nacimiento, no podríamos alcanzar la eternidad si el que es eterno, naciendo como nosotros, no se hubiera asociado a nosotros para comunicarnos su misma eternidad”*.

Hb 1,2.
Jn 1,1.
Hb 1,1.
Cf Rm 11,16s.
Agustín,
De Trin IV, 18,24.

Cuando decimos que Dios es eterno, no sólo decimos que no tiene principio ni fin, sino que

la eternidad es otra cosa, otro canal, otra órbita, otro orden. Si tenemos esto en cuenta, muchas de las preguntas pierden su sentido: ¿Cómo era el Padre antes de engendrar al Hijo? ¿El Padre se quedó solo cuando la Segunda Persona fue enviada al mundo? ¿Dónde estaba el Padre cuando Jesús se sintió abandonado? ¿La encarnación efectuó un cambio trascendente en el ser mismo de Dios? ¿Cuándo Jesús nació y murió, nació y murió la Segunda persona de la Trinidad? ¿Dónde andaba el Espíritu antes de ser difundido? etc. Este tipo de preguntas ocasionaron en la Iglesia primitiva muchas de las herejías trinitarias.

Nuestro concepto de libertad incluye el tiempo, porque en el tiempo decidimos y siempre podemos señalar un antes y un después. En Dios la libertad es absoluta, y él es trascendentemente libre, y no hay antes y después. Dios siempre ha querido lo que ha querido. Como todo concepto al aplicarlo a Dios, la libertad también es analógica, y es más grande la diferencia que la semejanza.

La Historia de la Salvación es el desdoblamiento, en el tiempo, de lo que Dios siempre ha querido. Y lo que ha sucedido en la historia siempre ha estado presente para Dios.

El espacio y el tiempo también tienen un sentido trascendente. Al asumir la Segunda Persona la naturaleza humana, asume también el tiempo en el que esa naturaleza nace, crece, se desarrolla y muere, y lo temporal queda asumido en lo eterno. Eso quiere decir que también nuestra temporalidad, nuestra historia personal, queda

Col 3,3. inmersa en Dios: *“Escondida con Cristo en Dios”*. Por eso la realidad y el tiempo no quedan vacíos o aniquilados por Dios eterno, sino sublimados, inmersos en él.

Es verdad que el tiempo pasa, y que lo propio del tiempo es pasar, pero también es verdad que algo de lo que pasa se queda... y por eso hay historia, y Dios se nos comunica y se nos da en el tiempo y en la historia... para siempre.

Para nosotros, los seres humanos, lo que ha pasado y lo que pasa, lo que sucedió y lo que hacemos, tiene trascendencia eterna. Nuestro tiempo y nuestra vida se proyectan en la eternidad, y de esa manera se hacen otra cosa que ya no es tiempo, sino eternidad. Esto mismo sucedió con la vida, las palabras, los hechos, la muerte y la resurrección de Jesús. Lo que una vez sucedió, sucedió para siempre. Si el tiempo no tuviera proyección eterna, sería razonable esperar tiempos mejores para nuestra salvación. Con Jesús quedó sublimado su tiempo, de tal manera que ese tiempo lo llama San Pablo *“la plenitud de los tiempos”*, *“pues todas las promesas de Dios han tenido su cumplimiento en Cristo”*.

Mt 25,34s; 5,1s; 10,42; Lc 14,14.

Hb 9,12,26; 10,10.

Ga 4,4; Hb 9,26.

II Cor 1,20.

Pero este lenguaje de ahora y aquí nos invita a no identificar las afirmaciones de fe con representaciones espacio temporales, sino a contemplar en ellas la totalidad del misterio de Jesús. Por ejemplo, la preexistencia de Jesús no es nada más influjo en el tiempo presente, pasado y futuro, sino también presencia y comunión eterna con el Padre; viene a significar lo que San Juan

expresa al decir “*En el principio existía el Verbo*”. Jn 1,1.
Se trata de un principio sin principio.

El tiempo, proyectado sobre la eternidad, puede convertirse en una trampa, porque nos hace pensar que hubo un tiempo en que no existía en Dios lo que de hecho existe. Por ejemplo, Tertuliano pensaba que para que Dios fuera Señor, primero tenía que ser creador, para tener a quien señorear. Dios siempre es creador, siempre nos está haciendo de barro... en el seno materno, siempre está haciendo la luz y que la tierra dé su fruto. La creación, la redención y la donación del Espíritu son hechos siempre presentes para Dios, aunque para nosotros se hayan realizado en la historia. La creación y todo lo que Dios hace expresa lo que Dios es desde siempre, y eso que Dios es se manifiesta en la historia, sin modificarlo. En la historia Dios se manifiesta, pero no hace de sí mismo lo que no era. Desde toda la eternidad Dios siempre quiere lo que quiere, siempre hace lo que hace, siempre es como es. Jb 10, 9-12; Is 64,7.

Por eso podemos decir con verdad que “la naturaleza” no es otra cosa que la creación sostenida o actualizada en el momento presente; o que nuestra salvación es la redención aplicada. Y que en la Eucaristía, y no sólo en la Eucaristía, Cristo se sigue ofreciendo al Padre por nosotros.

Dios no es primero Dios, luego el Padre, después el Hijo y, finalmente el Espíritu Santo. La historia de la revelación y de la salvación es “historia” para nosotros pero no para Dios. Estamos habituados a pensar con las categorías de “antes y después”; pero esto no lo podemos aplicar a Dios,

- que no envejece, y para quien todo es presente.
- II P 3,8. “*Mil años son para ti como un día*”. La palabra “siempre” conviene más a Dios que las palabras “antes y después”. Dios permanece para siempre. Su amor, misericordia y lealtad duran por siempre...
- Hb 7,3 y 17. “*Cristo permanece sacerdote para siempre*”, Y el Señor dice: “*Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo*”. Y San Pablo nos recuerda que “*Estaremos siempre con el Señor*”.
- Mt 28,20.
- I Ts 4,17.

Esta distinción entre el tiempo y la eternidad es importante al hablar de Jesús en la historia y del mismo Jesús en la eternidad. La divinidad de Jesús en la historia fue siempre una divinidad encarnada, en estado de “**kénosis**”, al hacerse hombre se limitó al espacio y al tiempo; a partir de la resurrección, Jesús vuelve al Padre, sigue siendo la Segunda Persona de la Trinidad, pero ahora con la gloria que tuvo *desde el principio, al lado del Padre, sentado a la derecha*. Y el tiempo queda, junto con él, asumido en la eternidad, no destruido, ni desfigurado, sino sublimado.

ἐ-κένωσεν.

Jn 17,5s.

Jn 1,1; Mt 16,19.

Ef 20; Hb 1,3; 10,12.

Para Aristóteles el tiempo es la medida del movimiento según el antes y el después. En esta noción el tiempo queda constituido por la sucesión y el movimiento. No hay tiempo sin movimiento. El tiempo es relativo... El principio y el fin, el espacio y el tiempo, son características y limitaciones del ser creado. Jesús de Nazaret quedó condicionado por estas características, que a su vez tuvieron una retroproyección, por decirlo así, para toda la eternidad. —Los padres de la Iglesia lo consideraban como un *irse habituando* — Ireneo—, o como un “Incarnandus, o induturus”, —

Numerus motus secundum prius et posterius. Aristóteles, *Física*, IV, 11.

Tertuliano—, que se había de encarnar o revestir de la condición humana—.

Al dar alabanza y *gloria*, *al Padre al Hijo y al Espíritu Santo*, al referirnos a una sucesión de tiempo en realidad nos referimos a la eternidad de Dios, en la sucesión de nuestro tiempo: *como era en un principio*, etc. Boecio (480-524) definió la eternidad como “*La posesión total, simultánea y perfecta de la vida interminable*”. Aplicando esta definición a Jesús podríamos decir que la eternidad sería la posesión total, simultánea y perfecta de su vida en la historia, es decir, de su vida temporal. Lo que correspondería al dicho de los Santos Padres: “*Lo que una vez asumió lo hizo suyo eternamente*”.

Interminabilis vitae
tota simul et perfecta
possessio, Boecio, De
Consolatione philos.
V, 6.

Quod semel assump-
sit numquam dimisit.

Los conceptos de naturaleza humana y naturaleza divina en Jesús los podemos entender también como condición divina y humana, y así podemos hablar de su condición divina como imperecedera, inmutable, eterna, omnipotente, independiente de tiempo y espacio, impasible, etc. Y de su condición humana, como aquélla en que se manifestó su condición divina pero en situación de kénosis, de abajamiento, y en todo lo propio de cualquier ser humano. De esa manera se pueden comprender atributos de la única persona de Cristo Jesús que pueden parecer contrapuestos o contradictorios; por ejemplo: debido a su condición divina es creador fuera del tiempo, atemporal, pero igualmente es creatura, perecedera, que como tuvo origen tuvo fin, nació y murió, sin que esto obste a su condición divina, porque la condición divina no se pierde, solamente se ex-

ἐ-κένωσεν.

Tomás de Aquino,
S Th III, 14, 1,1.

presa, se transfigura. Lo propio de la naturaleza humana de Jesús es revelar —encarnar— su naturaleza divina. “*El camino para llegar a la divinidad de Jesús es su humanidad*”. El camino para llegar a la eternidad de Jesús, que es “*el mismo ayer, hoy y siempre*”, es su temporalidad.

Hb 13,8.

Pertenece a la naturaleza humana de Jesús el estar unido, en comunión de naturaleza y vida, a todo ser humano, pero también y principalmente el ser capaz y estar abierta a una comunión sobrenatural con Dios. De modo paralelo podemos decir que lo propio de la naturaleza divina es poder expresarse y comunicarse, no a pesar de lo humano, sino precisamente en ello. En términos temporales podemos decir que lo propio del ser limitado en el tiempo, es ser capaz y estar naturalmente abierto a una comunión con Dios en la eternidad. Y lo propio del Dios eterno es poder hacer suyo, asumir, lo temporal.

CPD n 11,
Paulo VI, 1968.

Dios es eternidad; el hombre es tiempo. Jesús es *igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad*.

Hb 13,8; Dz-H 325.

La encarnación es en el tiempo, y no añade nada a la trinidad, donde el Hijo a preexistido desde siempre. Lo que no quiere decir que históricamente no hayan significado nada. Más bien hace notar que el significado histórico que un día habrían de tener lo han tenido desde siempre. La fe en la filiación eterna del Hijo de Dios no es la continuación o prolongación del nacimiento virginal de Jesús, por el contrario, la concepción virginal la vieron los santos padres como la consecuencia de la paternidad eterna de Dios.

Actividades

- Advertir los conceptos de eternidad y tiempo en el siguiente texto:

“El Padre no viene de nadie, el Hijo del Padre solo, y el Espíritu Santo a la vez de uno y de otro, sin comienzo, siempre y sin fin. El Padre que engendra, el Hijo que nace y el Espíritu Santo que procede: consustanciales, coiguales, coomnipotentes y coeternos”.

Cc IV de Letrán
Ecuménico XII,
año 1215.
Dz-H 1530-1531

- Leer San León Magno Dz-H 616-619.

Nota: Los cánones del Primer Concilio de Constantinopla son citados como ley por Celestino I y por Vigilio.

PL, 53, 290 A.
PL 69, 176 B; Jf 937.

“Si alguno no dijere que el Padre es siempre, que el Hijo es siempre y que el Espíritu Santo es siempre, es hereje”.

Dz-H 126, **162**; 165.

- Proponer algunos ejercicios para abstraer del tiempo y del espacio: Conceptos de naturaleza, independiente del número, del espacio; de Adán: todos y cada uno somos Adán. Conceptos numéricos. La abstracción matemática que retiene sólo la cuantidad, la operación, el conjunto, el proceso.

- Considérese la *Anáfora Alejandrina de San Juan Crisóstomo*, que utiliza la Iglesia de Etiopía: *“De nuevo proclamamos la esencia del Unigénito, cómo es, cómo descendió y cómo nació. Vino, sin salir del Padre; descendió, sin separarse de su esencia; salió, sin partir de la Trinidad; se inclinó, sin apartarse de su unión; habitó en una hija de carne, sin dejar su trono; fue concebido en su vientre, sin tener que unirse en partes, dada su plenitud; quedó encerrado en un seno, sin que por eso renunciase*

a ninguna de sus propiedades superiores, y nació, sin añadir nada a su ser superior; se hizo perfecto hombre sin pecado y apareció como un siervo, al mismo tiempo que actuaba como Señor”.

3.4 Inabarcable e Incomprensible

La incomprensibilidad de Dios no cae principalmente en la esfera del pensamiento teórico, sino en el área de la existencia personal. Dios nos trasciende, es más grande que nosotros y por eso es unabarcable e incomprensible; pero no de modo absoluto, porque en ese caso no podríamos decir nada de él, ni creer en él, ni amarlo. No es, en primer lugar, un misterio para el pensamiento teórico, sino para los deseos naturales y sobrenaturales del hombre y su comunicación con Dios. Dios es primero un misterio en su forma de actuar y ser providente y lleno de amor para el hombre, y después en su forma de ser. Porque su forma de ser la conocemos única y exclusivamente por su forma de actuar.

La palabra “Dios” tiene que captarse de alguna manera; de no ser así no se sabría a lo que se refiere. Ya supone alguna forma de comprensión. Pero la comprensión no significa una explicación racional. El amor, la fidelidad y la esperanza son cosas que se comprenden aunque no tengan explicación racional adecuada. El amor es un sentimiento no una razón. Estas realidades no se perciben por el pensamiento lógico, sino por una experiencia interpersonal y viva. Nos sucede algo parecido a la experiencia de Moisés, que antes de saber algo sobre la naturaleza de Dios, poseemos

la intuición de su presencia. Puedo comprender lo que es el amor antes de experimentarlo porque me es necesario. Mi primera percepción de Dios es mi necesidad. Al buscarlo, pedirle y esperarlo, de alguna manera lo comprendo. Ex 3,1s.

Lo incomprensible de Dios no consiste en que actúe de forma irracional, sino en que se hace presente cuando quiere, y de modos imprevistos e incalculados. Lo incomprensible no es el amor, o la esperanza, sino el hecho de que ésta se cumpla y que el amor se realice, y se manifieste como misericordia ilimitada. La función de la fe y del amor no es sobreponerse o rebasar a la razón, sino esclarecerla. Y la razón no debe oscurecer nuestra fe o nuestro amor, sino iluminarlos. Lc 15,1s.

Prevía a la revelación se da en el hombre una relación con Dios que podríamos llamar trascendental. Entre el hombre y Dios se da un vínculo —no necesariamente cognoscitivo, sí, existencial—: “*Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*” decía San Agustín. Y el salmista dice: “*Sed de ti tiene mi alma, mi carne te desea como tierra seca y sedienta sin agua*”. Nada de lo que tenemos nos puede llenar completamente, porque nuestro corazón es un hueco que solo Dios puede saciar. —Si me hiciste para verte, sólo seré feliz cuando te vea—. Agustín, Confe 1,1. Sal 63,2; 42,3.

En el hombre se da una cierta inquietud por lo que tiene que ver con Dios, semejante a esa inquietud por lo que tiene que ver consigo mismo. Naturalmente posee cierto conocimiento de Dios, aunque no de la revelación de Dios. Independientemente de su encuentro establece una pro-

funda relación con Dios por el hecho de andarlo buscando; y también Dios se ha vinculado con el hombre desde que se ha puesto en búsqueda de él. La búsqueda de Dios por parte del hombre no es necesariamente consciente, más aún, comúnmente es inconsciente. A la búsqueda del hombre precede la búsqueda de Dios. Es como la madre preocupada que acude cuando el niño llora; o como el pastor que va allí donde oye valar a la oveja.

Jn 10,11.

La vida del hombre cobra un significado diferente —más importante— cuando se pregunta sobre Dios y sabe que la respuesta es algo que tiene que ver con su propia existencia. La pregunta sobre Dios y la interrogación sobre uno mismo se identifican —coinciden—. Hablar de Dios significa hablar de nuestra existencia personal. Sólo a través de nuestra existencia personal podemos llegar a bosquejar lo que significa la existencia de Dios personal. La existencia más que un concepto es una experiencia que implica situaciones concretas de la vida. El misterio de Dios tiene como punto de partida nuestro propio misterio, el misterio de nuestra vida y nuestra propia existencia.

Pero así como para hablar de mi vida tengo que usar conceptos generales, respaldados por experiencias personales, así para hablar de Dios debo usar esos mismos conceptos y experiencias. Mi experiencia de vivir es el trampolín para que Dios sea también una experiencia de vida para mí. La experiencia, aun la propia, no es algo meramente objetivo, es siempre experiencia inter-

pretada. Hay también responsabilidad personal en el problema de ¿cómo quieres interpretar tus experiencias?

El lenguaje sobre Dios necesita absolutamente los conceptos, las imágenes y la vida del hombre. Sin estos no sería posible ninguna expresión sobre Dios y por eso toda expresión sobre Dios está limitada por nuestros conocimientos, condicionamientos y experiencias.

Dios tripersonal es mucho más de lo que nosotros podemos imaginar o expresar. “*Conocerás a Dios cuando comprendas que no puede ser comprendido*”. Ningún discurso puede expresar adecuadamente el misterio de Dios y sin embargo no debemos guardar silencio sobre él, que es el fundamento y posibilidad de nuestra palabra. El mayor problema para conocer a Dios es pensar que ya lo conocemos. La devoción, el amor, la fe, la justicia y el servicio trascienden los actos de un simple razonamiento. Nuestra condición humana no se limita solamente a comprender; cuando la justicia y el amor se viven sobrepasan la comprensión.

Gregorio de Niza
335-394. Comentario
al Cant de los Cant
Hom, 6.

La incomprendibilidad de Dios es algo que lo abarca en todos sus atributos, como su amor, su misericordia, su presencia, su acción. Lo cual quiere decir que es mucho más de cuanto nosotros somos capaces de comprender e imaginar, y por otra parte, que no depende de nuestra comprensión e imaginación.

Se pregunta el autor del Eclesiástico:

Si 43,31. *“¿Quién te ha visto para que pueda descubrirte?”*
 Sal 80,3; 27,8. Y el anhelo del ser humano es: *“Señor, muéstrame*
 Ex 33,18; Jn 14,8. *tu rostro”*.

San Agustín sostenía que al hablar de la Trinidad era primero la fe, la apertura del corazón, para poder entender, —crede ut inteligas—, y remitía su afirmación a un texto de Isaías probablemente mal traducido: *“Si no creen, no podrán entender”*. El texto dice, más bien, *“Si no creen, no subsistirán”*. De cualquier manera que se traduzca el texto, es verdad que para comprender algo del Misterio Trinitario, es necesario abrirle nuestro corazón a Dios; sólo así podremos, según la mentalidad hebrea, *“entender con el corazón”*. Ahora podemos decir, glosando a San Agustín, *“ama ut inteligas”*, ama para que entiendas. Hay una cierta correspondencia entre ser conocido y conocer, entre amar y ser amado; podemos amar a Dios porque él nos amó primero, y podemos conocer a Dios porque él nos conoce primero; *“mas si alguno ama a Dios, ése es conocido por él”*. *“Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios; el que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”*. Cuando el corazón no arde, ninguna luz iluminará la indiferencia. Las pruebas van a servir para salvaguardar, no para fundar la certeza; en último término vienen a dar razón de lo que el corazón intuye y ama. Sólo se puede interpretar la música cuando se lleva en el alma.

Hch 20,35. Si *“hay más alegría en dar que en recibir”*, también hay mas alegría en creer que en demostrar; indudablemente porque la fe es la respuesta al re-

galo que Dios nos hace para que podamos creer. La fe nos ayuda a unir todas las notas inconexas del concierto de la vida.

La función de nuestra libertad no es hacer problema con la actuación de Dios, sino dar lugar a la autodeterminación del hombre, dar lugar a la fe, al amor, y a la obediencia, que sin la libertad no tendrían ningún sentido. Cf Col 13,1s.

La reflexión sobre la fe es actitud existencial para el hombre, que por ser uno, en unidad de ser, no puede separar el mundo de la razón y el mundo de la fe. Para creer de verdad tiene que comprender de alguna manera lo que cree, pues sólo el sujeto de razón puede serlo de fe. Y tiene que encontrar si no un lenguaje común, por lo menos un lenguaje intermedio, que vendría siendo la analogía, o un lenguaje simbólico.

En ocasiones se han contrapuesto determinadas concepciones filosóficas al mensaje bíblico, pero esto no se debe interpretar como un desprecio de la filosofía, o una crítica destructiva del aristotelismo, que indudablemente sirvió muchísimo a la comprensión del mensaje revelado, sino más bien ha de interpretarse como una ponderación del mensaje bíblico. Es necesario advertir que no toda postura filosófica ayuda a comprender y vivir el dato revelado y también el dato revelado requiere una disposición racional que lo pueda asimilar.

Cuando hablamos de Dios y de Jesús, y de alguna manera de todo lo que pertenece a Dios, hablamos de “un misterio” pero el misterio no ex-

cluye la comprensión, por el contrario, de alguna manera la supone. Porque lo incomprensible de Dios no es una prohibición de pensar, sino el descubrimiento de que cuanto más lo comprendemos tanto más lo descubrimos como inagotable y trascendente. Por eso lo que decimos de Dios, aunque sea del todo cierto, puede ser superado o expresado de mejor forma, al menos para nuestro tiempo y cultura. La reflexión teológica tiene por objeto hacernos más comprensible y accesible la revelación y la manifestación de la grandeza de Dios en la salvación, el Misterio de su amor.

Rm 11,25; 16,25;
Ef 1,9.

Actividades

- Comenta la postura de San Agustín sobre la fe en la Trinidad: cree y ama para que entiendas.
- Dialogar y sacar el común denominador de la palabra “misterio” en la epístola a los efesios.
- Ver en cualquier diccionario teológico la palabra “misterio”, por ejemplo, el de Rahner-Vorgrimler, *Diccionario Teológico*.
- ¿Cómo encuentran a Dios los que no lo buscan? ¿Cómo buscan a Dios quienes no quieren tener que ver con Él? —Pistas: por la verdad, la virtud, la autenticidad, la honradez, el sufrimiento, el amor, el servicio—.

CAPITULO IV

NUESTRO CONOCIMIENTO DE DIOS

Objetivo: Reflexionar los temas importantes de Dios que se revela.

4.1 Dios en el Antiguo Testamento

Todas las religiones del antiguo oriente profesaban que lo divino estaba formado por los astros, el sol, la luna y las estrellas; también por las fuerzas naturales, especialmente la fecundidad. Los hombres eran divinizados: el faraón, el rey de Babilonia, por ejemplo. Más tarde, Alejandro Magno y los césares de Roma imitarán esta costumbre religiosa oriental.

En la India y en Grecia vemos que la naturaleza es considerada como divina. Para Platón y Aristóteles, el mundo era el —ser animado— gran animal divino. Es la divinización de la naturaleza y del universo; el panteísmo, parece haber

sido el fondo religioso común de la humanidad antigua, si exceptuamos a Israel.

Bajo este aspecto, Israel aporta un cambio en la historia del pensamiento humano cuyo carácter audaz y profundamente revolucionario nos cuesta trabajo comprender. En un mundo en el que todas las civilizaciones adoraban al sol, la luna, las estrellas, los elementos del mundo, las fuerzas naturales, los mismos hombres divinizados, nos encontramos con un pequeño pueblo que se atreve a rechazar todas esas ideas panteístas y profesar, él solo, que el mundo no es divino, que nada de lo que vemos en el mundo es divino, que todas las cosas y acontecimientos no son divinos. Gn 1,14. ¿Qué son el sol y la luna? “*Lumbreras*”, es decir, cosas, y de ninguna manera, dioses.

Y así podemos ir enumerando todo lo que encontramos en el mundo. Lo que es mundano queda desmitificado, desacralizado, desdivinizado. Todo lo que es natural cesa de ser objeto de culto. Israel es profundamente desacralizante: el mundo no es Dios ni merece ningún culto. El mundo es solamente mundo. Dios no es el mundo.

Platón y el gran Aristóteles, en el siglo V antes de nuestra era, consideran todavía al mundo como algo divino, y Plotino, en el siglo III de nuestra era, reprocha a los cristianos el no admitir la divinidad de los astros. Sin embargo existe un pequeño pueblo, salido de tribus nómadas y seminómadas, que desde hace milenios ha purificado su visión del mundo de toda mentalidad animista o fetichista, y ha llegado a una visión racional del mundo.

Llama la atención que Israel haya podido llegar a una visión del mundo tan positiva, liberada del politeísmo, del panteísmo y de fuerzas malignas o dioses del mal.

La cuestión de saber si el mundo es divino o no, si la naturaleza, los reyes y los emperadores son divinos no es simplemente una cuestión teórica. Sabemos a qué conduce la divinización de los astros, de las fuerzas naturales, de los reyes, de la nación, del Estado o de la raza; y a qué conduce la divinización de los que mandan: al circo romano, o a los hornos crematorios nazis.

El Ser absoluto no es nada de lo que hay en el mundo. Ninguna cosa humana puede ser el Absoluto. El Ser absoluto es distinto del mundo y de todo lo que contiene. No es visible. No es sensible. No es objeto de experimentación. Puede ser pensado pero no sentido. No es la suma total del universo, ni el alma del mundo. Es alguien a quien puede uno dirigirse, y alguien que a su vez se dirige al ser humano. El mundo no es una parte del Absoluto, de Dios, ni una modificación de su sustancia, o de su realidad.

El Dios de Israel es personal, pero no es como los hombres. Estamos mucho más cerca de él que el mineral o la naturaleza vegetativa. Al decir que es personal decimos que no es menos que nosotros: el Absoluto no es prepersonal, ni impersonal, ni inconsciente. El que ha creado al mundo no es inferior a sus obras más perfectas. Todos estamos de acuerdo en que la persona es la forma más maravillosa de existir.

Israel cree conocer al Dios del mundo, al Dios creador del cielo y de la tierra, y no solamente a un Dios étnico o nacional. El Dios que Israel llega a conocer es el único, el creador de cielo y tierra, y no puede haber otro. Los dioses de las naciones son nada, obras de las manos o del pensamiento del hombre.

Ex 20,3; Is 43,10s.

Para Israel, Dios no tiene origen ni fin; es un Dios vivo que no muere ni nace.

A diferencia de los dioses paganos, el Dios de Israel es un ser **absolutamente singular**; por encima de las pasiones de los hombres.

Para Israel, el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, pero Dios no está hecho a imagen del hombre. El hombre es como Dios... —en algunos aspectos—, pero Dios no es como el hombre.

Gn 1, 27.
Os 11,9.

Mientras que las religiones de los otros pueblos habían divinizado al mundo, a la naturaleza y al hombre, Israel, que ha desdivinizado al mundo y desmitificado las fuerzas naturales, no se hace de Dios una idea a imagen del hombre, sino al contrario, una idea del hombre a imagen de Dios.

El pueblo de Israel piensa que Dios es eterno, y que todo lo demás es temporal, tiene principio y fin. Solo tiene dos categorías: Creador y creatura, temporal y eterno. Dios está más allá del tiempo, del principio y del fin, y todo lo demás está en el tiempo. El mismo tiempo no es duración interminable, sino que está limitado por su principio y su fin.

La distinción entre lo humano y lo divino manifiesta dos aspectos, en sus dos polos: el mundo desdivinizado y Dios liberado de las representaciones demasiado humanas, idolátricas, aunque no antropomórficas.

La idea que Israel se hace del mundo y de Dios permite comprender la relación entre Dios y el mundo. La distinción radical entre Dios y el mundo permite discernir esta relación específica que es la creación, expresada en hebreo por el verbo “*bara*”, crear, exclusivamente reservado a Dios. Sólo Dios es creador.

Esta relación de creación significa que el pensamiento hebreo está totalmente alejado de todo idealismo que intentara disminuir o debilitar la consistencia y la realidad del mundo físico, y hacer de él una pura representación; al mundo, con todas sus fuerzas naturales, no se le puede considerar como divino, pero es una verdadera realidad, valiosa y buena en sí misma.

Precisamente porque el mundo no es divino ni ha salido de la sustancia divina, no se basta a sí mismo. No es el Ser absoluto. No se basta a sí mismo porque no es Dios. Pero existe, colmado de riquezas, atestiguando siempre una fecundidad inagotable. Pero ha recibido su ser y su riqueza de Otro. La cosmología hebrea, además de negar que el mundo sea divino, se caracteriza por el hecho de profesar la idea de que el mundo tiene un principio. En esto se opone directamente a la cosmología de Aristóteles, que enseña la eternidad del mundo por considerarlo divino. Y todo cuanto existe, por el hecho de existir, es

Gn 32,23s. Ex
33,12s.

bueno; incluyendo al ser humano con su maldad. Todo es bueno en sí mismo, y no accidentalmente bueno, sino sustancial o naturalmente bueno. La cosmovisión del pueblo de Israel, y por lo tanto de la Sagrada Escritura, es extraordinariamente optimista. Llama particularmente la atención la supremacía del ser humano, que es la obra por excelencia de Dios, su interlocutor y su colaborador. Dialogan e interactúan como iguales en su ser y en su actuar, sin ser iguales ni en su ser ni en su actuar.

Actividades

- Leer el artículo sobre “Dios” en J.B. Bauer, Diccionario de teología bíblica. Barcelona, ediciones Herder, 1976. —Formular una pregunta y ofrecer la respuesta que el autor presenta—.
- Recabar, de las narraciones del Génesis, los datos que presentan al hombre como la obra por excelencia de Dios y añadir algunos del Nuevo Testamento.

4.2 Dios es Creador

Gn 1,1. *“En el principio creó Dios el cielo y la tierra”* ésta es la primera frase de la Biblia, y exige reflexión: ¿qué significa principio, Dios, crear, cielo y tierra?

Actualmente todos los cosmólogos afirman un inicio para el mundo. Un “Big Bang”, una gran Explosión que, a juicio de investigadores, fue el principio del universo. Con muchos datos que ofrece la cosmología moderna llegan a suponer

que esto debió suceder hace unos 15,000 millones de años...

Al usar la palabra crear nos estamos refiriendo a la relación que hay entre Dios y el universo, y la palabra se refiere a una relación básica, fundante, profundamente relacionada con el hacer, trabajar y crear del hombre, pero trascendente, es decir, referida a un hacer que el hombre no puede hacer. Ese hacer es sólo de Dios. Pero lo entendemos desde el hacer del hombre, porque no tenemos otro modo de entender sino a partir de nuestra experiencia y de nuestros sentidos. Hay que advertir que ese crear de Dios no fue solo algo del principio o del origen, sino que es un hacer que continúa. *“Dios descansó el séptimo día”*, según el autor del Génesis, para darnos una lección, pero sigue trabajando, y no puede dejar de trabajar mientras el mundo exista. Dios está vinculado no sólo con la gran explosión deducida en el origen, sino con el antes y el después y con todos los momentos subsiguientes.

Gn 2, 2-3; Jn 5,17.

La creación de la nada explica lo que queremos decir con crear, que no es “hacer” a partir de una materia prima. Y por eso ese “nada” puede ser malentendido, como si nada fuera algo. Es solo la diferencia que hay entre la acción de Dios y la de sus creaturas.

La creación es una acción divina que trasciende el orden de lo temporal y espacial, que tiene por objeto el inicio de todas las cosas, y consecuentemente del espacio y del tiempo.

En su origen y en la acción continua de Dios creador, la creación no es una acción física ni del orden físico, su origen es trascendente y sobrepasa lo físico.

Por cielo y tierra debemos entender todo absolutamente, excepto el mismo Dios.

Y ¿qué debemos entender por Dios? Éste será el objeto del tratado de Trinidad.

Sb 9,16. El mensaje de la Biblia nos dice que Dios trasciende al mundo, que no es algo que pertenece al tiempo y al espacio, ni se puede comparar con ninguna cosa de las que el mundo contiene. Es verdad que muchas veces nos hemos servido de Dios para llenar los grandes huecos de nuestro conocimiento, pero esto no tiene nada de raro y es hasta natural, cuando es tan pequeño nuestro saber y nuestro conocer avanzaba tan lentamente. La ciencia no hace inútil a Dios, sino que nos ayuda a no servirnos de él como de un empaque que llena los huecos de nuestro saber. Cuando la ciencia nos descubre la realidad, en la medida en que es realidad, nos ayuda a descubrir a Dios de alguna manera. La ciencia puede tener carácter revelador, no como una revelación nueva, sino como una profundización en la verdadera revelación. Aunque por otro lado tampoco debemos permitir que nuestra fe se mueva al compás de nuestro conocimiento científico, razonablemente inestable.

No podemos llegar con certeza al conocimiento de Dios por métodos científicos, porque éste rebasa todo objeto sensible; pero tampoco pode-

mos concluir de datos científicos la no existencia de Dios. La inmensidad del universo nos hace pensar en el poder y la trascendencia de Dios.

Sabemos que el relato del Génesis es un relato poético, que nos ofrece un mensaje sobre el hombre y sobre Dios; toda la Biblia nos dice que Dios está totalmente vinculado al ser humano, como quiera que éste se entienda. Y el modo de entendernos tendrá mucho qué ver con la forma de entender a Dios.

La historia de la fe nos hace advertir que no está unida a ningún modelo cosmológico, y la fe en Dios creador puede llenar distintos moldes de pensamiento sobre los orígenes. Las imágenes y mitos sobre la creación no son más que eso: imágenes que corresponden a determinada cultura o imaginación, pero no son el mensaje. Era imposible que el hagiógrafo primitivo —el autor— hablara de otro modo que con su modo de pensar, aunque fuera directamente inspirado por Dios.

Y la pregunta ¿por qué hay algo, y no más bien nada? Sigue siendo un rompecabezas para los científicos. Para el hombre de fe, la respuesta se encuentra en la voluntad de un Dios bueno, que se complace en participar su bondad, y que encuentra mucho gusto en tener en quién colocar sus beneficios.

Ireneo,
Adv Haer IV, 14,1.

Podemos resumir el mensaje del Génesis y de la fe en Dios creador en las siguientes proposiciones:

1. Dios es el origen de todo lo que existe. Y por eso mismo él no es un ser como los demás; si

se valiera inventar una palabra, podríamos decir que es un Superser, cuando todos los demás son simples seres. Es una “super realidad”, causa, origen, sentido y fin de todas las otras realidades. Por eso mismo no hay otro principio malo o demoníaco que se le pueda oponer. No tiene que vencer a nadie, ni dominar a nadie.

2. Dios es bueno, y todo lo que existe es fundamentalmente bueno.
Gn 1, 31.

3. La bondad de Dios incluye su bondad permanente, su fidelidad, y también su providencia.

4. El hombre es la obra por excelencia de Dios. Es lo más cercano a Dios y a lo que él puede estar más cercano; éste es la meta —inconclusa— del proceso creador.
Gn 1,29.

5. Donde más podemos encontrar la huella de Dios es en el ser humano. El ser humano, a pesar de todas sus limitaciones y deficiencias, es quien más claramente nos puede hablar de Dios —revelación— y como nosotros mismos somos seres humanos, somos por eso “una” palabra de Dios a quien hemos de escuchar en nuestro corazón.

6. Dios, por ser bueno, se comunica por amor; el amor consiste en la comunicación.
Cf CDSI 34-36.

Es importante advertir que el Génesis, sobre todo en los tres primeros capítulos y en prácticamente todos los versículos, tiene carácter universal o de generalidad, no de particularidad. Adán y Eva somos todos. Por eso traduce la Biblia de Jerusalén *“Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó”*.
Gn 1,27; 2,15s.

Creer en Dios creador significa aceptar que el universo y el hombre no quedan sin sentido y cuentan con causa original y final; que una visión fixista —fija, inmóvil— o decadente del universo, del hombre y del mundo, no va de acuerdo con los datos que nos ofrece la ciencia, y que nos exigen una visión de Dios creador de un mundo en continua evolución y progreso.

La actuación de Dios creador, como Dios mismo, es absolutamente trascendente, es decir, de un orden diferente. Dios no es una causa más como las causas del mundo. Es la causa absolutamente diferente de todas las causas. Dios fundamenta el proceso normal de la naturaleza, pero no es parte de ella.

A la idea bíblica de crear, como lo propio de Dios, está ligada la idea de lo nuevo. Lo que se crea es algo nuevo, no algo que se rehace o remienda. *“Yahvéh ha creado una cosa nueva sobre la tierra”*. También hace Yahvéh *“una alianza nueva”*. *“Voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva”*. Y en el Nuevo Testamento, *“He aquí que hago nuevas todas las cosas”*. El nuevo momento implica la calidad, *“Lo viejo pasó, se ha hecho todo nuevo”*. Así hay también *“un hombre viejo”* y un hombre nuevo, *“espiritual”*. Éste *“se renueva de día en día”*.

Jr 31,22.
Jr 31,31.
Is 65,17; Mc 2,22.
Ap 21,15; Rm 7,6.
II Cor 5,17.
Rm 6,6; Ga 6,15.
II Cor 4,16.

Junto con la noción de creación va la idea de superación. Dios hizo al hombre para que creciera y cooperara con él en la creación. San Ireneo da al crecimiento el sentido no sólo de crecer en número y edad, sino en calidad humana. La *“imagen”* es un dato de origen, común a todos los

Rm 8,29. Opera autem Dei
plasmatio hominis
est. Adv Haer V,15,2;
III,20,2. hombres, la “*semejanza*” es una vocación a re-
producir la imagen de Jesucristo a lo largo de
la vida, con la ayuda de la Iglesia, de los sacra-
mentos y del Evangelio. Por eso la obra por ex-
celencia de Dios consiste en la configuración del
hombre.

Como la creación de Dios no es estática, ni tem-
poral, sino eterna; no es una acción en el tiempo
ni limitada al tiempo, Dios sigue creando, aun
en el orden natural un “*mundo nuevo*”. La posi-
bilidad de todo lo que pueda ser verdaderamente
nuevo y creado es Dios... La aparición de algo
nuevo es la característica específica de la crea-
ción, y de un mundo no acabado, que espera el
cuidado y la intervención del hombre, y un mun-
do en el que Dios no ha dejado de actuar. “*Mi*
Jn 5,17. *Padre trabaja siempre y yo también trabajo*”, “*Mi*
Padre sigue obrando todavía”. Y, “*sin mí no po-*
Jn 15,5. *drán hacer nada*”.

Dios es el vértice si es también la base, es la
Ap 1,8; 21,6; 22,13. “*omega*” si es también el “*alfa*”, no podemos en-
contrarlo en la respuesta si lo ignoramos en la
pregunta. Esto quiere decir que la creación está
ligada a la Historia de la Salvación y que Dios
Trino es el protagonista trascendente, por eso los
cristianos leemos el Génesis en clave cristológi-
ca, es decir, descubriendo en el Padre su designio
de salvación.

El “primer acto” de la obra divina fue la crea-
ción, perfectamente ligado con el segundo, que
fue la encarnación, y con el tercero y el cuarto,
que fueron la redención y la glorificación. Estos
no deben separarse, sino unirse, para que tengan

todo su sentido y formen la Historia de la Salvación. Cf Jn 1,3-14.

San Ireneo y Tertuliano se complacen en descubrir el valor de la carne, formada desde el origen, porque un día ésta sería asumida por la Segunda persona de la Trinidad.

“Cuando Dios hizo al hombre le estaba dando forma al Verbo”, “Cuando pronunció al hombre, preanunció al Verbo” y cuando dijo: “Hágase la luz” estaba anunciado al Verbo que un día sería la Luz del mundo.

Caro autem constitit propter formam sermone Dei.
Tertuliano, Res 5,6
Jn 1,9.

En el Padre encontramos el origen eterno del Hijo, y con el Hijo, el origen de todo cuanto existe; en el Hijo descubrimos la mediación eterna, y en el Espíritu, la donación total de Dios. Cf Ef 1,3s.

Actividades

- Leer Eclesiástico: Si 16, 26 a 17, 14.
- Redactar una oración a la Trinidad, inspirada en el tema estudiado.

4.3 La paternidad de Dios en el Antiguo Testamento

Es necesario advertir que el epíteto de Padre, para Dios, en al Antiguo Testamento, no es extraño, pero tampoco es común. Parecía un nombre bastante familiar que no respetaba la trascendencia de Dios cuyo nombre ni siquiera se podía pronunciar.

A Dios se le atribuía el título de Padre, por ser el creador.

Is 64,7. *“Pues bien, Yahvéh, tú eres nuestro Padre, nosotros somos la arcilla y tú el alfarero, la hechura de tus manos todos nosotros”.*

También, o principalmente, por haber elegido a su pueblo:

Ex 4,22; Dt 14,1. *“Así habla Dios: Israel es mi hijo, mi primogénito”.*

Él es “mi creador”, en sentido personal:

Sal 139, 13-15. *“Tú mis riñones has formado, me has tejido en el vientre de mi madre. Yo soy un prodigio, y todas tus obras son prodigios. Tú mi alma conocías cabalmente, y mis huesos no se te ocultaban, cuando me hiciste en lo secreto y me tejiste en las honduras de la tierra”.*

El título de hijo, no en sentido propio, sino figurado, se daba también al Rey, al Sacerdote y al Profeta, sus misiones se comprendían como una vinculación y compromiso especial con el Dios de Israel. Así se podía decir que al rey, el día de su entronización, lo había engendrado Dios: “Mi Sal 2,7. *hijo eres tú, yo te engendré hoy*”. “¿Quién engendró Job 38,28. *las gotas de rocío?*”. Evidentemente la palabra “engendrar” no se toma en sentido propio como sí se toma en las genealogías. Hablando de Dios la generación o la filiación no tiene nada que ver con la función biológico-sexual, procreativa. Dios es creador, y por ser creador es también Padre todopoderoso.

El mismo Adán, por no haber tenido padre terreno, aparece en el Evangelio como hijo de Dios, porque lo creó: *“Hijo de Enos, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios”*. Lc 3,38.

Moisés le dice al pueblo:

“¿No es Yahvéh tu padre, que te creó, que te hizo y constituyó?”. Dt 32,6.

“El —David— me invocará: ¡Tú, mi Padre, mi Dios, y roca de mi salvación!

Y yo haré de él el primogénito, el más grande entre los reyes de la tierra”. Sal 89,27.

Dios es para todos los hombres tierno y cariñoso como un verdadero padre:

“Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más lo llamaba más se alejaba de mí... Y con todo yo enseñé a Efraín a caminar, tomándole en mis brazos, mas no supieron que yo cuidaba de ellos. Con lazos humanos los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer...” Os 11,1-4.

No solamente por el poder creador Dios es Padre de todos los hombres, es principalmente por su continuo amor, fidelidad, previsión, predilección, providencia y paciencia.

La paternidad de Dios es el fundamento último de la fraternidad humana; por eso cuando se deja de reconocer a Dios como Padre, se explota a los demás y se les trata como enemigos.

“¿No tenemos todos nosotros un mismo Padre? ¿No, un solo Dios que nos ha creado? ¿Por qué nos traicionamos los unos a los otros, profanando la alianza de nuestros padres?”.

“Es que entonces no me llamabas: “¿Padre mío, el amigo de mi juventud eres tú?”;

Jr 3,4. *¿Tendrás rencor para siempre?”.*

En el Antiguo Testamento, también encontramos la imagen de Dios en una madre, sobre todo para subrayar la fidelidad y el cariño. – *“¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré”, “Aunque mi padre y mi madre me abandonen, Yahvéh me acogerá”.* Los sentimientos de refugio, consuelo, amor y fidelidad están presentes en muchos salmos que a nosotros nos suenan a amor materno. La madre es la que sufre dolores de parto al dar a luz, amamanta, consuela, cuida, limpia y cura a su hijito. *“Como un niño a quien su madre lo consuela, así los consolaré yo”.* Ésta actividad materna da idea de lo que Dios hace, y está dispuesto a hacer incansablemente por nosotros. *“Obra como hijo de Dios y Dios te amará más que tu madre”.*

Precisamente porque la paternidad de Dios no es un merecimiento, sino fruto de su ser más personal y de su amor, contamos con Él por encima de nuestras infidelidades. Él siempre será y actuará como Padre aunque no merezcamos ser llamados y tenidos como hijos... Puesto que Dios es Padre, no puede dejar de ser Padre, es lo que es sin posibilidad de cambio... —El cambio su-

Is 49,15.
Sal 27,10.
Is 66,13.
Si 4,10.
Lc 15,11s.

pondría ser lo que no es, o adquirir lo que no tiene—.

San Juan describe a Dios, quizá como su atributo fundamental, como amor: “*Dios es amor*” y el término directo de ese amor es todo el género humano. “*Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo unigénito para que vivamos por medio de él*”. Jn 3, 16; I Jn 4,9; 3,1.

El hecho de que Dios sea Padre en sí mismo, fuente y origen de todo y de toda vida y no padre en sentido físico biológico, sino Padre trascendente, es lo que ha hecho a Jesucristo también el Hijo trascendente, por encima de toda generación físico biológica. Y porque todos los seres humanos participamos de esa donación amorosa del Padre al Hijo, todos nosotros somos hijos en el Hijo. Por Jesucristo, no sólo por su enseñanza, todos nosotros podemos referirnos a Dios como a verdadero Padre. Es el Dios Padre de nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, y sobre todo el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro.

Porque Dios es Padre, Jesucristo se llama Hijo, y todos los hombres somos hermanos.

Dios no es un padre autoritario, ni paternalista, sino un Padre que respeta su creación y su obra por excelencia que es el hombre. Respeto sus decisiones del pasado, que en gran parte constituyen la historia, con todo lo lamentable que pueda ser. Respeto también nuestras decisiones del presente y respetará las del futuro. Dios es Creador y Padre, pero ha llamado a sus hijos a colaborar

con él en esta creación que todavía continúa. Les ha dado el tiempo que constituye la historia forjada por sus decisiones. Estas decisiones dan razón de los males que padecemos y que la humanidad ha padecido. Es impresionante e insensata aquella expresión de un filósofo ateo: “la única razón que explica Auschwitz, Treblinka e Hiroshima, es que Dios no existe”. —¿No será más bien el respeto de Dios a las decisiones de uno y de muchos hombres?—

Actividades

- ¿Por qué está devaluada la figura paterna en la cultura de nuestro pueblo?
- ¿En qué etapa de la vida es más importante la figura paterna: infancia, adolescencia, juventud, edad adulta? Distinguir las funciones en los niños y en las niñas.
- ¿Cuáles son las actitudes principales de los niños cuando tienen un padre cariñoso, responsable, trabajador?
- ¿Por qué la imagen del padre —real o añorada— es importante para tener una idea positiva de Dios?
- A modo de oración

Papa San Clemente.
A los Cor 63, 2-4.
Siglo I.

“Tú que abates la insolencia de los orgullosos y desconciertas las maquinaciones de los pueblos. Confortanos con tu amor. Tú que has escogido entre los pueblos a los que te amen por Jesucristo, te rogamos Señor, ven en nuestro socorro y asístenos. Aplaca el hambre de los indigentes y libera a los nuestros que sufren en prisiones”.

4.4 Dios es Todopoderoso

Dios es todopoderoso porque es el Dios creador de todo, *“Nuestro Dios en los cielos y en la tierra, todo cuanto le place lo realiza”*, *“Jesús, mirándolos fijamente, les dijo: Para los hombres es imposible, mas no para Dios, porque todo es posible para Dios”*, Dios *“tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar”*. Sal 115,3.
Mc 10,27; Lc 1,37.
Ef 3,20.

En el Antiguo Testamento el poder de Dios no sólo estaba vinculado a la creación, sino también a su superioridad, a la que no se opone ningún poder político, demoníaco, mágico o numinoso.

“Bien sé yo que es grande Yahvéh, nuestro Señor, más que todos los dioses. Todo cuanto agrada a Yahvéh lo hace en el cielo y en la tierra... Porque Yahvéh a su pueblo hace justicia y se compadece de sus siervos”. Sal 135, 6 y 14.

Frecuentemente el deseo de omnipotencia del hombre, o de dominio absoluto, trató de fundamentarse en la omnipotencia de Dios. —En la teología escolástica la omnipotencia de Dios se convirtió en objeto de muchas especulaciones sobre lo que Dios puede hacer y no hacer—. En nombre de “Dios omnipotente” se hicieron muchas injusticias.

Como norma general podemos decir que Dios no puede hacer lo que va contra sí mismo o contra alguno de sus atributos, como hacer otro dios. Tampoco puede hacer lo que no quiere hacer. Su voluntad antecede, por decirlo metafóricamente, a su hacer.

Es importante advertir que en la Escritura la omnipotencia de Dios está ligada a la creación, pero no sólo a la creación, como momento inicial, sino a toda la obra salvífica, al dominio del mundo y también a su justicia y misericordia:

“Como eres justo, con justicia todo lo gobiernas, y miras como extraño a tu poder condenar a quien no merece ser castigado. Tu fuerza es el principio de tu justicia y tu señorío sobre todos los seres te hace indulgente con todos ellos... Nos gobiernas con extremada indulgencia porque, con sólo quererlo, lo puedes todo”.

Sb 12, 16-18.

Sb 11,23. *“Te compadeces de todos porque lo puedes todo”.*

El poder de Dios no se muestra solamente en su soberanía sino principalmente en su capacidad de perdonar. No es omnipotente para destruir y acabar con el enemigo, sino para perdonar, para rehacer, para cambiar al enemigo en amigo, al fugitivo, en hijo. Porque es omnipotente es capaz de amar aun a los malos, a los que no creen en él, no lo obedecen y no lo reconocen, por eso, dirá el evangelista, tú debes amar a tus enemigos para que seas hijo de Dios. Los poderosos mostraban su poder destruyendo. Tito mostró su poder sobre los judíos destruyendo el templo de Jerusalén. Dios manifiesta su poder, no sólo creando y restableciendo, sino también redimiendo y salvando.

Mt 5, 43-45; Lc 6,27.

Dios es tan omnipotente que es capaz de llegar a ser hombre en la Segunda Persona de la Trinidad y de esa manera vincular a sí a todos los hombres. Porque Dios todo lo puede, puede abajarse

y hacerse hombre. Su omnipotencia tiene qué ver con su acción creadora, redentora, santificadora y glorificadora. Dios es omnipotente en todas sus obras. Fl 2,6.

Para el Nuevo Testamento la idea de la creación está cimentada sobre la dinámica trinitaria de Dios, y los Padres de la Iglesia veían a Jesucristo particularmente vinculado, por la encarnación, con la materia, el tiempo, el espacio y el hombre. Y la obra salvífica que culmina en Cristo, comienza con la creación. La creación es obra del Padre por el Hijo, y para el Hijo. Por ser para el Hijo, lo es para todos los hombres. Jn 1,1s; I Cor 8,6. Col 1, 15-20. Ef 1, 4-5; Hb 1, 1-8. Cf I Cor 8,6; Jn 1,3.

Actividades

- Identifica las características de la cosmovisión Israelita para cada uno de los elementos: Dios, Hombre y mundo.
- Redacta la parte del Credo que corresponde a lo que hemos reflexionado hasta ahora.

4.5 Dios es uno y único

Decimos que Dios es uno en sí mismo y por sí mismo, porque no se puede dividir en dos o más personas. Como sucede también con el ser humano que forma una unidad en sí mismo y que no se puede dividir en dos “yo”. La unidad divina no es divisible ni se puede compartir. Así las tres Personas divinas no comparten la divinidad, sino que la tienen en su plenitud cada una de ellas, tampoco comparten la naturaleza, esencia y sustancia, ni los atributos bíblicos, porque todo

forma una unidad indivisible. Es una realidad diferente a todas las otras realidades que fundamenta, pero también él es realidad. La diferencia consiste en que lo es por sí mismo y en sí mismo, y fuera de él nada existe por sí mismo.

La unidad de Dios no es una de las unidades que forman el número dos, tres, o cuatro. Es una unidad única. La unidad de Dios niega la posibilidad de división interna, la derivación de dioses, la multiplicación y procreación de dioses o semidioses, al estilo pagano; y por eso está ligada la unidad de Dios con la unicidad de Dios. La unidad divina no habla de cantidad, porque lo inmaterial no es cuantitativo. Cuando hablamos de uno queremos negar toda posibilidad de división, y más bien nos referimos a una cualidad.

Porque Dios es único no puede estar acompañado de otro. Vive en la unidad de las Personas divinas, que no son como somos las personas humanas, porque no se dan en ellas centros de conciencia, libertad, responsabilidad, visión, juicio y consejo diferentes e independientes. Por eso en Dios no hay consejo, ni democracia, ni comunidad, ni familia. En Dios se da una unidad esencial, no una unidad moral. Aunque para nosotros Dios sea el fundamento de toda unidad moral.

La unidad de vida, pensamiento, conciencia, amor, actividad y ser que se da entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es la razón fundamental de nuestra fe en la unidad y unicidad de Dios —unidad esencial—. Jesús es Dios con el Padre y el Espíritu Santo, pero no otro dios.

El punto central de la fe del pueblo de Israel era la unicidad de Dios. Todo israelita empezaba el día diciendo: *“Escucha Israel: Yahvéh nuestro Dios es el único Yahvéh”*. Dios no solamente era uno, entre otros, sino también único.

Dt 6,4; 32,39.
Mc 12,29.

Para Israel su fe en Dios único no era producto de una reflexión filosófica, ni cuestión de lógica matemática, ni exigía justificaciones. Era cuestión de fe. Se trataba de hacer de Dios el centro de la vida, social, política y, sobre todo, personal. Porque Dios era único había que amarlo, escucharlo y servirlo con todo el corazón, había que confiar en él, y solamente en él, sin brujerías ni supersticiones. La fe en Dios único era fuente de seguridad, de libertad. —Más o menos así era el mensaje y la exigencia de los profetas—. El Dios único ha hecho una alianza contigo, y no hay ningún poder divino contra ti. Si practicas la magia, no crees con toda tu mente, ni amas a Dios de todo corazón, porque solamente debes buscar a Dios en todo y confiar en él sobre todo.

Dt 32,39; Is 43,11;
44,6; 45, 5-6, 18 y
21.

Dt 6,4; 10,12s; 13,2s;
4,29.

Dt 18,10s.

Cf Dt 18,9s.

La unicidad de Dios es un artículo básico, el primero en la fe de Israel y en la fe cristiana. Jesús creía firmemente en la unicidad exclusiva de Dios, *“Porque uno solo es tu Padre, el del cielo”, “a él sólo darás culto”*. A Jesús se le va a adorar y a entender en la fe de un único Dios. La fe cristiana está plenamente en línea con la fe del pueblo de Israel y de Jesús, pero con la resurrección llega a su plenitud la revelación y la fe en el Dios único, salvífico y trinitario.

Mc 12,29; Dt 6,4.
Mt 23,9; Mt 4,10.
Lc 4,2.

Jn 17, 22-23;
I Tm 2,5.

“Dios es uno solo” y “no hay más que un único Dios” —decía San Pablo—. *“Para nosotros no hay*

Ga 3,20; I Cor 8,4.

más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él". "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y está en todos".

I Cor 8,6.
Ef 4,6.

Si non unus est, non
est. Tertuliano,
Marc 1,3.

Tertuliano decía, en el siglo segundo, que no pueden existir dos o más dioses, *"la verdad cristiana sostiene que si Dios no es único, no existe"*, porque no puede haber dos infinitos, ni dos principios, ni dos fines últimos.

Dios es único porque no existe otro Dios ni puede existir. Pero también es único en su modo de ser y existir; no es como todos los demás seres, ni existe como todo lo demás que existe. Es el único ser tripersonal, nada fuera de Dios es tripersonal. Por eso todas las comparaciones claudican en algunos puntos y sólo sirven en parte.

El pueblo cristiano cree con toda su fe en el Dios único de las religiones monoteístas, pero gracias a la Historia de la Salvación cree también que ese Dios único se ha acercado a los seres humanos y se ha revelado también como Tripersonal, sin negar en ningún punto su unicidad. Y ese Dios único se nos sigue revelando, entregando y regalando todo en el Padre, todo en el Hijo y todo en el Espíritu Santo, porque las personas no son partes de Dios. Y por eso cuando se nos da en cada una de las Personas divinas, se nos da en las Tres Personas.

Cf Agustín,
De Trin IX, 5,8.

La unidad de Dios no es el resultado de unidades separadas, ni es una unidad compuesta o

mezclada, tampoco es una unidad intencional o moral. El Padre significa la misma vida o naturaleza; la misma unidad, pero no en cuanto contable o numérica sino en cuanto distinta de las otras personas. Lo que es absolutamente único no se puede contar, porque no hay otro. Si afirmamos que Dios es único, ya no puede ser objeto de contabilidad sin caer en contradicción, por no haber otros.

Todo número, por el hecho de ser múltiple, hace relación a la unidad, así todas las cosas y personas, por el hecho de serlo, hacen relación al único Dios.

La unidad divina no consiste solamente en que el Padre sea el origen de todo lo creado, sino en que, además, es el origen de las personas divinas, del Hijo y del Espíritu, aún no conocidas como tales en el Antiguo Testamento. En la fe cristiana confesamos un sólo Dios por lo que en Dios hay de común con las tres personas, y porque lo que hay de común no es “algo” sino Dios mismo, confesamos un solo ser divino. Lo indivisible pertenece a Dios, lo particular a las personas en Dios.

La unidad divina no se destruye, ni se divide, ni se niega al afirmar que hay un único Padre, un único Hijo y un único Espíritu comunicable. Las Personas Divinas no se multiplican al comunicarse con los hombres, ni el Hijo de Dios al encarnarse.

Al hablar de la trinidad en la unidad divina no se ha de pensar en una especie de desdoblamiento, ni de diferentes manifestaciones del mismo

Dios, ni de revestimientos o imágenes y comparaciones que den pie a una reflexión modalista —aquella que piensa que Dios es uno, pero desempeña tres papeles diferentes o se presenta de tres maneras distintas—.

Aunque históricamente el pueblo de Israel primero conoció a Dios uno y exclusivo, en el sentido de que ése es su Dios, sin afirmar ni negar que pudiera haber otros; después lo conocieron como único, negando la existencia de cualquier otro, como lo hicieron los profetas en el Antiguo Testamento, y después la comunidad cristiana. A partir del Nuevo Testamento lo conoce como Dios tripersonal. Esto no significa prioridad de la unidad sobre la trinidad; porque Dios único implica las tres personas desde siempre, y las tres personas implican al Dios único. La unidad de Dios, por cuanto se identifica con la verdad, el amor, la comunicación divina, es ya unidad trinitaria.

La revelación de la Trinidad en Dios se puede ver como una profundización insospechada de la unidad divina y de su comunicación. De tal manera están vinculadas y relacionadas las personas divinas, que las tres hacen realidad —actualizan— desde siempre la unidad divina. Sólo cuando se nos ha revelado, en el Nuevo Testamento, el misterio trinitario podemos encontrar, en el Antiguo, algunas prefiguraciones de la Trinidad, pero, en sentido estricto, carecen de valor apodíctico.

N.B.

Al decir, por ejemplo, que *“el Padre es Dios”* habría que añadir, *“sí, con el Hijo y el Espíritu Santo”*, y esto de las tres personas respectivamente, porque, en cuanto Dios único, las personas divinas son diferentes pero no separables.

Actividades

- Compara esta exégesis de Tertuliano, del año 207, con una exégesis moderna.

“Si el número en la Trinidad te escandaliza como si no estuviera ligada en la simplicidad de la unión, te pregunto: ¿Cómo es posible que un ser que es puro y simplemente uno y singular, hable en plural: hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra? ¿No debería haber dicho: Hago yo al hombre a mi imagen y a mi semejanza, puesto que es un ser único y singular? Sin embargo, en el pasaje que sigue leemos: He aquí que el hombre se ha hecho como uno de nosotros. O nos engaña Dios o se burla de nosotros al hablar en plural, al ser único y singular; o bien, ¿lo diría acaso a los ángeles, como lo interpretan los judíos, porque no conocen al Hijo? O, ¿Sería, quizá, porque él era a la vez Padre, Hijo y Espíritu que hablaba en plural, considerándose múltiple? La razón es que tenía a su lado a la Segunda Persona, a su Verbo, y a una Tercera Persona, el Espíritu en su Verbo. Por eso empleó deliberadamente el plural: Hagamos... a nuestra imagen... uno de nosotros... Pues, ¿con quienes creaba al hombre? ¿A semejanza de quienes lo creaba? Hablaba, por una parte con el Hijo, que debería un día revestirse de carne humana;

Gn 1,26.

Gn 3,22.

Tertuliano,
Prax 12, 1-3. *por otra, con el Espíritu, que debía un día santificar al hombre, —así hablaba con los dos— como si hablara con ministros y testigos”.*

- Malinterpretando la unidad y unicidad divina se ha querido contraponer la unidad divina a la pluralidad, a la tolerancia, a la democracia. El que Dios sea uno no se opone a la pluralidad de los seres creados, a la diversidad, a la multiplicidad, a la tolerancia... ¿Por qué?

Hay acontecimientos históricos que se asocian, o coinciden pero no son causa unos de otro. Si el regalismo, la monarquía y el totalitarismo se trataron de justificar con el monoteísmo, es algo que pudo darse, pero no se justifica. De la misma manera que tratar de fundamentar la sociedad, la comunidad o la democracia, en la trinidad. Esto pone de manifiesto una mala comprensión e interpretación de los hechos. La unicidad de Dios primero es un dato revelado y después, filosófico; por lo que no se trata de cambiar la filosofía para pensar de Dios de otra manera. El problema no se ha de centrar entre lo uno y lo múltiple, sino en el Dios verdadero y los ídolos, entre el individuo y la comunidad —Individualismo contra socialismo—. La unidad divina es presupuesto y fundamento de la pluralidad y está relacionada con todo lo inteligible y lo que tiene sentido; y también con la multiplicidad de los hombres.

4.6 El Dios de Jesús

Jesús no creyó en un Dios diferente al Dios de sus compatriotas, ni predicó a un nuevo Dios, sino al Dios de Israel, al Dios de Abraham, de

Isaac y de Jacob, pero entendido de forma distinta; es decir, como Padre de todos los hombres. En todo lo que Jesús dijo e hizo se refería, en último término, al Dios de Israel. Cf Nm 15, 32-36.

A fin de cuentas su predicación y actuación planteaba un problema radical: ¿Cómo es y cómo no es, qué hace y qué deja de hacer Dios en favor de los hombres? En el fondo, el asunto fundamental se refería a Dios. Jesús no fue un reformador social o religioso; su anuncio del reino fue causa de una comprensión de Dios diferente, más profunda, y de una transformación social y religiosa no directamente pretendidas por él. Jesús anunció el amor y la misericordia de Dios sin límites, desbordándose ya sobre su pueblo. Su modo de comprender y hacer visible a Dios en su actuación personal fue la causa de su triunfo y de su muerte.

Para Jesús, Dios era uno y único y ése era el Padre. Sólo Dios era absolutamente bueno y ése era el Padre. Mt 23,9; 19,17.
A Dios se le llama Padre en el Evangelio 170 veces.

El único Dios verdadero fuente y origen de toda realidad y verdad; de la verdad de Dios y de la verdad revelada. Era “el Padre”. Jn 17,3.

El Dios que predica Jesucristo es su Padre y Padre de todos los hombres. Es el Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos. Es el Padre que siente una especial atención por el hijo más necesitado, aunque sea el más malo. Mt 5,45.
Lc 15,11s.

Es el mismo Dios de Israel pero comprendido de otra manera; que suprime toda diferencia entre los hombres mediante el amor, el servicio y

el perdón. No atiende a las fronteras naturales entre compañeros y no compañeros, lejanos y próximos, amigos y enemigos, buenos y malos, y se pone de parte de los débiles para fortalecerlos, de los enfermos para sanarlos, de los pobres para sacarlos de su pobreza, de los oprimidos para liberarlos, de los excluidos para incorporarlos, de los impíos para atraerlos, de los inmorales para transformarlos.

- Jesús no niega la justicia de Dios, pero insiste más en su misericordia,
- Lc 15,11s.
- no niega la importancia de los sacrificios, pero insiste más en la reconciliación y el amor,
 - no niega la trascendencia de Dios, pero insiste más en su proximidad,
 - no niega la importancia del ayuno y la contrición, pero insiste más en la alegría del reino,
 - no niega el valor del sacrificio, pero insiste más en el valor de la reconciliación,
 - prefiere la misericordia a los holocaustos,
 - no niega la importancia de la ley y la obediencia, pero insiste en la primacía de la persona,
 - no niega que el primer mandamiento es amar a Dios, pero al amor de Dios une el amor a los demás,
 - no niega el valor de la observancia de la ley, pero insiste más en la importancia de la contrición,
 - no niega el valor de lo sagrado, pero insiste más en el valor de la vida secular y ordinaria,
 - no desprecia a los justos, pero viene a llamar a los pecadores,
- Mt 12,7.
- Mt 6,4; 6,18.
- Mt 6,16; Lc 15,7.
- Mt 5,23.
- Mt 9,13; 12,7;
Os 6,6.
- Mc 2,27; Mt 5,17.
- Mt 22,36;
Lc 10,29s.
- Lc 18,11s.
- Mt 25,31s.
- Mt 9,13; 18,12;
Lc 19,10.

- no se despreocupa del pecado, pero le da mucha más importancia al amor y a la misericordia. Jn 8,3.
- Para Jesús, el reino que él anunciaba procedía del Padre: era una nueva manera de ser y actuar del Padre, que exigía una nueva manera de ser y actuar de nuestra parte. Mt 18, 23s.

Al Dios de Israel lo llama Jesús “*su Padre*” con gran naturalidad y con escandalosa familiaridad, y no sólo eso, sino que nos enseñó a llamarlo “*Padre*” y nos hizo sentirnos verdaderamente sus hijos. Indudablemente vinculó su condición de Hijo con la nuestra, aunque con algunas diferencias. Jn 20,17.

De la fe en Jesús dependía la decisión de creer en el único y verdadero Dios con quien Jesús vivió en la más profunda relación, entendida en ese tiempo en términos biológicos de padre e hijo; la relación con la madre no era tan profunda, definitiva y trascendente como lo era con el padre. El padre era quien le daba el nombre al hijo. Al hijo se le reconocía por el nombre del padre. Jesús era “Bar Josefh” —en arameo— “*hijo de José*”, y añade Lucas, “*según se creía*”. Mt 1,25. Lc 6,13s. Lc 3,23; Jn 6,42.

El conocimiento que Jesús tiene de Dios no es un saber de misterios o de cosas ocultas, es un saber en orden a la vida, a lo ordinario, y en orden a la acción. Es un saber para confiar, para agradecer: “*Yo te bendigo Padre. Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños*”, para adorar, amar y servir, para amar y perdonar. Mt 6,26; 7,11. Mt 11,25. Mt 4,10; 22,36; 25,34s. Mt 18,23s.

Después de la resurrección, no se podía hablar de Jesús sin hablar de este Dios como de “*su Padre*”, así también después es imposible hablar de Dios Padre sin hablar de Jesús. El binomio Padre-Hijo, y poco después, el Espíritu Santo, fue lo que constituyó el misterio trinitario originalmente revelado en toda su sustancia a partir del hecho salvífico. Porque Dios es bueno, en su amor y misericordia nos reveló que, en su ser más íntimo, sin dejar de ser único en su unidad de vida, amor, entrega, don y felicidad, es, con igual verdad, el Padre anunciado por Jesús, el Hijo de Dios hecho el hijo del hombre para nuestra salvación, y el Espíritu Santo para incorporarnos definitivamente en la vida de Dios.

La relación personal con Jesús viene a determinar cómo se comporta uno ante Dios, qué idea tiene de Él, cuál es, en una palabra, su Dios: el Dios anunciado por Jesús, o cualquier otro en quien cada uno ponga su confianza.

Junto con una comprensión nueva de Dios viene una idea nueva de la voluntad de Dios. Según el pensamiento judío y la conciencia del hombre religioso de tiempos de Jesús, lo que Dios esperaba se orientaba a la guarda de los mandamientos, a las disposiciones rituales, a la observancia del sábado, a los preceptos de la purificación, la comida, el culto y los sacrificios. Jesús no rechazaba esta forma de entender la voluntad de Dios, pero tampoco se sentía identificado con ella, ni la consideraba fundamental. Aunque el cumplimiento de la voluntad de Dios fue el tema central en la predicación de Jesús, no se ocupó en descri-

birla o definirla. Para Jesús, la voluntad de Dios era algo que se iba descubriendo poco a poco a lo largo de la vida y en el sustrato más íntimo de la persona, en su corazón. La conciencia era ya la raíz última de la obligación, y la oración era el medio por el que se descubre lo que Dios pide en cada momento.

La voluntad de Dios se identifica con la pregunta ¿Qué espera Dios de mí, ahora? Se trata de responder a algo concreto y de una respuesta responsable y pronta, no de una cuestión abstracta y teórica.

Para Jesús la voluntad de Dios consiste, en términos generales, en el cumplimiento de los mandamientos, y en esto coincide con la forma de pensar de sus contemporáneos. Pero tiene una forma particular de entenderla, ante la cual, la observancia de los mandamientos es solamente un primer paso; para Jesús consiste en la venida del Reino y en su aceptación por parte de los hombres, lo que implica necesariamente la aceptación y la fe en su mensaje y en su persona, para el anuncio del reino. Mt 19,17.
Mc 1,17.

En último término, para Jesús la voluntad de Dios es el bien total del hombre y de todos los hombres. Se identifica con la justicia, el bienestar, el progreso, la salud, la virtud y la santidad del hombre; de tal manera que habría que llegar a ser tan bueno, a amar y a perdonar tanto como Dios. La visión de Jesús sobre el hombre es una visión abierta, no anclada a una nación y cultura, ni a un tiempo ni a un espacio, es una visión abierta como el amor. La tradición por la Mt 7,12.

Mc 7,8. tradición esclaviza. La santidad para Jesús no es
Mt 5,20. una bella cualidad personal, sino, en esta vida, el
Mt 25,31s. compromiso real con los demás, privilegiando a
Jn 17,24s. los más necesitados; y en la vida eterna: la inser-
ción en la vida de Dios.

Mc 2,27. Su manera de entender e interpretar la voluntad de Dios iba en un sentido muy diferente al de los fariseos. *“El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”*. Reduce la ley y todas sus observancias al hombre, y no el hombre a la ley. Con todo esto quedaba claro que su interés se centraba en el ser humano y no en las instituciones, en los ritos o en el culto. La voluntad de Dios para Jesús, no se orientaba al reconocimiento de Dios a través del culto, del sábado o del templo, sino a través de la apertura del hombre hacia el hombre y en la disposición a amarlo como hermano. Para Jesús el ser humano era más importante que el sábado y que cualquier otra cosa fuera de Dios. La voluntad de Dios consistía, como dirá después Ireneo, *“en el progreso integral del hombre viviente, y la obra específicamente divina consistiría en la configuración del hombre a semejanza de Jesús”*. En la mente de Jesús, para el Padre, lo más importante es el ser humano; ante él, todas las cosas deben subordinarse.

Adv Haer IV, 20,4;
V, 15,1.

Lc 10, 25-37. Jesús, pone junto al amor a Dios, el amor al prójimo. Un amor libre para crear, para discurrir, para decidir y transformar. Para Jesús lo que Dios quiere es que el hombre trate a los demás como cada quien se sabe tratado por Dios. Por amor a los demás cada persona puede y debe, si

es necesario, renunciar a sus derechos y privilegios.

Jesús no se preocupa por dar la impresión de santo, más aún, no le importa parecer lo contrario, acepta a los publicanos y pecadores, no siempre observa el sábado, habla con samaritanas, no condena y defiende a la mujer sorprendida en adulterio, anda con gente de mala reputación. Para Jesús la perfección de Dios consiste en su amor y su misericordia. Parecer santo no era un objetivo de Jesús. A sus discípulos les dice que deben superar la santidad de los escribas y fariseos que consistía en la observancia de las leyes divinas y los preceptos humanos. La santidad o “justicia” la puso en el interés, el amor y el servicio a todos en el anuncio del reino, principalmente a los más necesitados.

Mt 11,19; Lc 7,34.

Mt 9,13; Rm 11,32;
Mt 5,48.

Mt 5,20.

Mt 25,31s; Jn 15,8.

El Evangelio no es un método o sistema ascético por el que se alcance el reino, sino un anuncio del reino presente y, como consecuencia, se ha de vivir conforme a lo anunciado en el reino. Ciertamente Jesús nos pide que seamos perfectos “*como el Padre celestial es perfecto*”, pero Jesús entiende la perfección no al estilo de los fariseos, que consistía en la observancia de los preceptos, ritos y costumbres, ni al estilo de los griegos, para quienes la perfección era sinónimo de lo bien hecho; sino más bien como él mismo vivió esa perfección. Así lo entiende y explica San Lucas en el lugar paralelo: Serás perfecto con la perfección de Dios, cuando seas misericordioso con la misericordia de Dios: “*como Dios es misericordioso*” y por falta de esa misericordia se

Mt 5,48.

Mt 9,13; 12,7.

Lc 6,36.

Mt 18,32s; Lc 10, 33. reprueba al siervo indolente y por ser misericordioso se alaba al samaritano.

Mt 5,20. Para Jesús, la santidad no pertenece al orden moral o ritual, sino al orden de la comunión con Dios. Ahora podemos decir, a partir de su mensaje, que la santidad es la presencia y acción de Dios Trino en el justo al mismo tiempo que la presencia y acción del justo en y para el Dios Trino. La santidad es afinidad y sintonía con Dios.

Para Jesús, Dios atiende a los méritos y espera buenas obras, como un Padre, pero como fruto de su amor, no como un capataz que paga lo que es debido, sino como un médico que va, cura y atiende al enfermo como a su verdadero hijo. Para Jesús Dios es su Padre y Padre de todos los hombres.

Desde el punto de vista histórico, no parece que Jesús haya hecho distinción entre su filiación y la nuestra. La distinción ha sido propia de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva, para señalar que Jesús es el Primogénito, el Unigénito, el Hijo amado, el Mesías, y que nosotros somos hijos en el Hijo, en comunión con Él, por su gracia y méritos, y participando de su plenitud.

Jn 17,26; 1,16.

Actividades

- Escribe en una hoja las características que más te impresionen de la imagen que Jesús tiene de Dios Padre.
- Anota dos o tres características de la imagen de Dios Padre que te parezcan desdibujadas en el mundo contemporáneo.

4.7 La fe y el seguimiento

Jesús reveló a través de sus palabras y obras, de su muerte y resurrección, el sentido sustancial de la fe; las expresiones y explicaciones posteriores son para explicitar algún aspecto del contenido de la revelación.

Los sinópticos, San Juan y San Pablo, y todos los autores del Nuevo Testamento son “*servidores de la palabra*”, que Jesús pronunció y realizó. El misterio trinitario nos ha sido revelado originalmente en la persona, la palabra y las acciones de Jesús. De ahí la importancia del seguimiento para la comprensión exacta sobre la persona de Jesús y a partir de él, la del Padre y la del Espíritu Santo. De la fe en Jesús de Nazaret nace la fe en Dios trinitario, y la cristología nos lleva por la vía más corta a la Trinidad. Los autores sagrados son transmisores, intérpretes y traductores de una tradición que se remonta al mismo Jesús, obviamente no en cuanto a la formulación dogmática que ahora conocemos, pero sí en cuanto a su fundamentación. Las fórmulas teológicas no son, en cuanto tales, objeto de fe, sino un intento de expresar y explicar de forma asequible el acontecimiento salvífico realizado “*de una vez por todas*” en Cristo. Lc 1,2.
Cf Hb 9, 12,26.

Habrà que distinguir entre lo que es la fe en la Trinidad y la explicación de esa fe. Decir que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo es fe; decir que es una naturaleza y tres hipóstasis es explicación de la fe. Aun cuando la esencia de la revelación y de la fe es inmutable, la interpretación teológica puede y debe progresar continuamente.

Ninguna afirmación teológica agota el contenido de la fe, pero los intentos originales tienen un valor preponderante porque son la fuente de toda otra reflexión.

Jn 1,1.
II Ts 2,6.

Cuanto más conocemos, amamos y seguimos a Jesús, tanto más nos abrimos al misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La doctrina sobre la Trinidad quiere enseñarnos, invitándonos a creer, quién era Jesús desde *“el principio”*, quién era en su vida temporal, quién es en el momento presente y quién será hasta *“el fin de los tiempos”* y en *“el fin de los tiempos”*.

El Misterio Trinitario es la manera excepcional de subrayar el eterno significado de la condición humana de Jesús, de su vida, de su mensaje, de sus padecimientos, de su muerte y resurrección; de su relación con los suyos, los que creen en él y forman la Iglesia, así como los que en él esperan. Y por su acción salvífica llegamos a conocer con toda verdad a Dios en sí mismo, que se nos ha revelado en Jesucristo.

El fundamento de la relación filial de Jesús y de su condición divina no es lo biológico o genético, sino el todo de su ser personal, por eso para saber hasta qué grado Jesús es Dios, se necesita todo el Evangelio y el encuentro personal con Él en el seguimiento. Quien no sigue a Jesús, o piensa en él solo como un profeta, no necesita creer en el misterio trinitario. La fe trinitaria es la culminación del seguimiento, de la fe y de la participación en el misterio de Jesús resucitado. Con la palabra *“culminación”* queremos expresar hasta qué punto llega nuestra fe en Jesucristo y cómo

lo concebimos en el misterio de Dios. No creemos que se pueda pensar en algo más grande que decir que es Dios con el Padre, “*consustancial*”, “*sentado a su derecha*” y que es “*El Hijo*”. El misterio trinitario no solo es culminación de la cristología, sino que también lo es de la antropología cristiana, puesto que nos da la razón última del sentido de nuestra vida y del proyecto de Dios sobre cada uno de los seres humanos.

Los discípulos se caracterizaron por seguir a Jesús, por haber convivido con él y por haber visto su gloria... Los discípulos no sólo aceptaron su mensaje creyendo en lo que él decía; no sólo le creyeron a Jesús, sino mucho más que eso: creyeron en Jesús, lo cual significa confianza plena, abandono y entrega total a él. Y Jesús los enseñó no solo en su vida, sino también y principalmente con su vida. En la convivencia los fue haciendo auténticos cristianos. Por todo esto, lo más importante y definitivo para el seguimiento de Jesús no fue la doctrina, ni la moral, ni sus expectativas, sino su misma persona. Creían en Jesús, no sólo ni únicamente en lo que Jesús decía y hacía. El seguimiento estaba centrado en su persona y en su misión.

Jn 1,14; 17,5s.
Cf Ex 24,16; 33,20.

Los evangelistas no se preocuparon de la ontología de Cristo, sino de su función como revelador del Padre, y de Jesús como camino para llegar a él, de Jesús como Mesías y Maestro, enviado de Dios e Hijo del eterno Padre. El modo como eso fuera posible quedó a cargo de la Iglesia primitiva. La fe en Jesús llevó a los discípulos y a la primera comunidad cristiana a la fe en la

Trinidad, de ahí que la predicación apostólica y los Evangelios no son comprensibles sino en clave trinitaria.

Hch 1, 21-22. Para los discípulos fue insustituible la experiencia del seguimiento de Jesús durante su vida pública, vinculada a la fe en el resucitado, porque ese Jesús era el profeta esperado que había de venir en los últimos tiempos. Lo divino de Jesús no puede captarse con absoluta evidencia, ni en sus palabras, ni en sus milagros, ni en su figura; Col 1,15. al descubrir en él *“la imagen de Dios invisible”*, se llega a la meta del seguimiento, en la fe.

Jn 14,26; 16,13. El verdadero seguimiento de Jesús se da en la fe en Jesús resucitado, y lo conocen verdaderamente sus discípulos hasta después de la resurrección. El primer conocimiento y seguimiento de Jesús fue incompleto, sensorial, el segundo es en la verdad completa.

Quien no sigue a Jesús por el camino de la fe recorrido por sus discípulos, en realidad no lo sigue... no cree en él, aunque lo admire por su heroísmo, su mensaje o su entrega.

Los discípulos primero y el cristianismo después no son solamente un conjunto de personas que se han congregado en torno a Jesús, sino que han vivido profundamente de él, de su enseñanza, de su esperanza, de su fe y de su amor. Para ellos, como para nosotros, lo que Jesús decía y hacía ponía de manifiesto lo que Dios era, y es. Pero el sentido y significado de su mensaje no se terminaba con sus palabras y obras, sino que éstas germinaron como una semilla para ser mejor

entendidas en el futuro. El mensaje trinitario, en su sentido más profundo, es el alma del anuncio del Reino; sintetiza el mensaje de Jesús y es el resumen de la fe cristiana.

Jn 13,7; 16,12-15;
Lc 18,34.

Tertuliano cree que la doctrina de Jesús se concentra en afirmar que el Padre y el Hijo son dos —personas— pero inseparables. Benedicto XVI centra también el mensaje de Jesús en su relación con el Padre: *“Veremos sobre todo que Jesús habla siempre como el Hijo, que en el fondo de su mensaje está siempre la relación entre Padre e Hijo”*.

Immo totoum erat
hoc quod docebat,
inseparatos duos
esse. Prax 22,2.

Jesús de Nazaret,
Cap 3, pág 90.

No decimos que Jesús haya revelado, en cuanto tal el misterio trinitario, sino que la fe trinitaria viene a confesar quién era y quién es Jesús en el conjunto de la revelación.

La condición divina de Jesús no fue evidente durante su vida histórica, por eso se dieron ante su presencia muy diversas interpretaciones. Se le llegó a tener por un endemoniado y loco, y también por eso Pablo afirma que *“nadie puede decir ¡Jesús es el Señor! Si no es movido por el Espíritu Santo”*. Y al mismo tiempo no acepta una fe en Jesús que se aparte del Jesús terreno. La unidad entre ambos no se da en el nivel de los conceptos: *“según la carne”* o *“según el Espíritu”*, entre vida y resurrección, Dios y hombre, naturaleza humana y naturaleza divina, terreno y celeste, sino en la unidad de su ser personal único: el mismo en su ser temporal y glorioso —eterno—.

Mc 3,21; Jn 7,5;
10,20; 7,20.

I Cor 12,3.
Cf I Cor 12,3.

Cf Rm 1,3s.
II Cor 5,16.

El misterio trinitario nos habla también de nuestra unión con Jesucristo en cuanto su Espíritu

hace posible el seguimiento y el discernimiento en el momento presente. Por eso dice Jesús a sus discípulos, soplando sobre ellos y haciendo alusión explícita a la Trinidad: *“Como el Padre me envió, los envío yo; reciban el Espíritu Santo”*. Jn 20, 21-22. El Espíritu Santo viene a vincularnos con Cristo para ser nosotros enviados de él como él lo fue del Padre.

A Jesús lo predicán los apóstoles y discípulos no como un acontecimiento exclusivamente histórico, finalizado con su muerte, sino como un ser vivo y activo en ellos, a quien ahora siguen pero de otra manera, incluso con el martirio y con otros horizontes, ya no exclusivamente judíos, sino universales. Mc 16, 19-20. Jn 21, 19,22. Mc 16,15; 13,10. Mt 28, 18-20.

En los discípulos está significada y tipificada la Iglesia como comunidad original de creyentes a Jesús y en Jesús. Los discípulos fueron más fieles seguidores de Jesús cuando supieron que no solamente seguían a Jesús de Nazaret, sino también a su “Señor y Mesías”. Ahora la Iglesia somos nosotros, pero en la unidad de la fe de los discípulos.

Aunque la fe experimentada en la vida cristiana fue antes que la fe expresada en un credo, ahora la fe experimentada debe quedar sometida a la fe expresada en el sentir de la Iglesia, porque de hecho no somos los primeros en seguir a Jesucristo ni en creer en la Trinidad. Desde el bautismo fuimos consagrados a Dios trino, y recibimos y expresamos nuestra fe desde la Iglesia, en la Iglesia y con la Iglesia. Podemos decir, con toda razón, que la fe en la Trinidad nace en la Iglesia,

aunque tenga su fundamento en el mensaje de Jesús, en su significado y valor, y en la acción propia de su Espíritu.

Actividades

- ¿Qué sería para ti más importante: creer en Cristo o creerle a Cristo?
- ¿Qué fue primero para los discípulos?
- ¿Por qué crees tú que los discípulos prefiguraron a la Iglesia?
- ¿Cuál texto del Evangelio pone de manifiesto que la misión de los discípulos también tiene un sentido trinitario? ¿Y por qué?

4.8 La fe en Jesús después de la resurrección

La verdad de Dios se comunica, se hace constatable y se revela de forma especial en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. En el misterio trinitario tiene especial importancia el hecho de la resurrección; podemos decir con toda verdad que creemos en Dios tripersonal por la resurrección, puesto que por ella Jesús quedó “*constituido Hijo de Dios*”, y el Espíritu que se nos ha dado, Rm 1,4; 8,29; 9,5. es el Espíritu de Jesús comunicado por su resurrección. Jn 20, 22.

La resurrección es no solo parte constitutiva, determinante, esencial y central de la fe cristiana, además es el tema fundamental de la predicación apostólica. Sin ella, la vida, mensaje, pasión, y muerte no tienen ningún sentido teológico y Jesús se convertiría en una víctima más de la iniquidad humana. I Cor 15, 14,17.

Que Jesús resucitó significa que fue elevado hasta el mismo Dios. Que está sentado a la derecha de Dios, significa que fue introducido en la vida eterna y en el ser de Dios, que tiene con Dios dignidad y poder, y que la gloria del Padre, en sentido literal y pleno, es la misma gloria del Hijo, es decir, de Jesús de Nazaret. Y por eso Jesús tiene señorío universal y eterno. Pero su señorío es una metáfora: no es señor como los césares, o los emperadores, sino que es el Hijo de Dios – siervo y crucificado - que vivió una vida en todo semejante a la nuestra, con excepción del pecado, que llama a su seguimiento, el cual se da también en la participación de su muerte, resurrección y gloria.

Jn 8, 52-59; 12, 41,58. En los Hechos de los Apóstoles se le dan a Jesús diferentes títulos: Mesías o Cristo, Descendiente de David, Siervo, Señor; Jefe de la vida, Salvador, Profeta, Santo y Justo; Hijo de Dios. Prácticamente todos los títulos que se refieren a Jesús hacen alusión a su resurrección. Son títulos que se atribuyen a Jesús; no es Jesús quien se atribuyó esos títulos.

Siguiendo su cultura bíblica, los discípulos y primeros creyentes buscarán en ella los mejores títulos y serán especialmente favorecidos el de “Cristo” —Mesías— y “Señor”. El de “Hijo de Dios” estará particularmente ligado a su misión mesiánica. El de “Señor” remite a la soberanía de Dios y según la Biblia de los setenta que ellos leían, traduce el nombre mismo de Yahvéh. Poco después este título expresará el carácter divino de Jesús.

Jesús no pretendió hacer una religión más, diferente de la del pueblo de Israel, solamente quiso llevarla a su plenitud y cumplimiento con la predicación del Reino de los cielos. Fue la resurrección la que transformó la historia y llevó a los apóstoles a dar a Jesús gran variedad de títulos bíblicos y a pensar en Jesús con categorías diferentes. Así escribe San Pablo:

“Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación,

Escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de los profetas en las Escrituras Sagradas,

Acerca de su Hijo,

Nacido del linaje de David,

Según la carne,

Constituido Hijo de Dios con poder

Según el Espíritu de santidad,

por su resurrección de entre los muertos,

Jesucristo Señor nuestro,

Por quien recibimos la gracia y el apostolado”

—la misión de evangelizar—.

Rm 1,1-4.
Cf Hch 2,24.

La mesianidad y la filiación divina se confiesan abiertamente a partir de la resurrección y se proyectan retroactivamente al Jesús temporal y eterno. Con el señorío de Jesús ha comenzado el reinado definitivo y eterno de Dios. Y la Imagen de Dios visualizada y proyectada en el Reino predicado por Jesús es la imagen del verdadero Dios, del Dios de verdad, de Dios como es en sí mismo.

Para el hebreo tiene una gran importancia el fin. Todo llega a ser plenamente lo que es hasta el final. El fin está de alguna manera contenido

en el origen. Pero el ser no se revela ni se descubre sino hasta el final. Así que nada se conoce perfectamente si no se conoce desde el principio, pero se conoce completamente sólo hasta el final. El fin no habrá de contraponerse al origen, sino que habrá de completarlo y llevarlo a la plenitud; de tal manera, que no se conoce completamente ninguna realidad creada, sino hasta que se conoce su final.

La concepción escatológica del ser, según la mentalidad hebrea, sostiene que el fin revela más la realidad que el origen; y sólo a la luz del fin se conoce verdaderamente el origen, “*por sus frutos los conocerán*”, el origen hay que interpretarlo a la luz del fin. Por eso, hasta el fin, muerte y resurrección, sabemos quién fue Jesús desde el origen. “*Cuando hayan levantado al Hijo del hombre entonces sabrán quién yo soy*”.

Lc 6,44; Mt 21,43. Jn 8,28.

Así se comprende que la resurrección sea un elemento constitutivo y central, y no sólo revelador de la condición divina de Jesús; y que sólo a la luz de la resurrección, y por la resurrección, lleguemos a saber quién es verdaderamente Jesús desde su origen. Por la resurrección se convierte en punto central y específico de Jesús del mensaje, que no consistirá en una filosofía mejor que la platónica, ni en una moral mejor que la estoica o la judía —con sus 248 preceptos y 365 prohibiciones— sino en el anuncio de una persona que concentra y transforma en relación personal con él todo cuanto hay de bueno en las culturas.

Cf I Ts 5,21.

Si consideramos la encarnación como un descenso, la resurrección vendría siendo el ascen-

so; como lo visualiza el evangelista cuando dice:
Subo a mi Padre y al Padre de ustedes, a mi Dios y al Dios de ustedes.

Jn 20,17; 8,42; 16, 27-28; 17,8.

Por su resurrección, Jesús tiene la plenitud de la vida, que nos comunicó no sólo para vivir la vida temporal, sino la que nos comunicará para vivir la vida eterna con Él al lado del Padre. Si dio su vida, fue para recibirla de nuevo y comunicarla de modo sobreabundante a todos los que creen en él. Jesús resucitó como Hijo unigénito del Padre, por ser su Hijo, y porque el mismo Padre lo resucitó. La resurrección de Jesús no se atribuye directamente al Espíritu Santo, a diferencia de lo que ocurre con los cristianos, para quienes el Espíritu es principio de resurrección, y prenda de la herencia eterna.

Jn 1,4; 3,36;
 I Jn 1,1s; 6,58;
 10,28.

Jn 10,17s.

Jn 4,14; 5,26; 6,35.
 47, 51, 57; 10,10;
 I Jn 5,12.
 Hch 2, 24,32,36; 3, 13,17; 4,10; 5,31;
 10, 39-40; 13, 27,30;
 17,31; Rm 1,4; 6,4.

Rm 8, 16-10.

Ef 1,14.

La pregunta que los evangelistas nos proponen resulta mucho más urgente después de la resurrección: ¿quién es este Jesús a quien los hombres crucificaron y Dios resucitó? ¿Qué significa para nosotros que ahora viva con una vida distinta y nueva, pero al mismo tiempo, con esa misma vida, entre nosotros? La respuesta va a ser múltiple; si ha resucitado Jesús no es una excepción ni un caso particular, es como “*primicia*” y “*primogénito de los muertos*”, que han de resucitar, y como “*primogénito de toda la creación*”, es que el reino anunciado por él se ha cumplido. Él es el cumplimiento de todas las promesas de Dios, es el “*Sí*” de Dios. Jesús resucitado se convierte en el fundamento de la nueva comunidad y comunica el Espíritu de Dios que él mismo había poseído y prometido. En adelante esperarán la nueva

I Cor 15,20;
 Cl 1,18.

II Cor 1,20.

venida y la comunidad será “*el nuevo Israel de Dios*” porque en ellos se manifiesta ya la nueva vida, la vida del Espíritu. La Iglesia vivirá en una cierta tensión entre el ya y aún no. Ya, porque el reino de los cielos nos lo ha traído Jesús en toda su grandeza; aún no, porque su plenitud será en la vida eterna.

Pensar y creer en Dios trinitario es situarse en el meollo del anuncio pascual proclamado como parte central del anuncio apostólico.

Por lo que toca al Espíritu Santo, la Iglesia primitiva creyó que el Espíritu solo podía venir sobre los apóstoles y discípulos después de la resurrección,

- Jn 7,39. • porque antes Cristo lo tenía en su plenitud,
- Jn 16,7. • porque Cristo lo envía de junto al Padre, y el Padre, a petición de Cristo,
- Jn 14,16; 14,26. • porque viene a ser el sustituto —vicario— del mismo Cristo,
- Jn 16,13; 20,22. • que nos conduce a la madurez cristiana y a Dios,
- Jn 14,18; 16, 13-14. • que hace posible realizar la misión que Jesús nos confía,
- Jn 20, 22-23; Mt 10,20.

El envío del Espíritu Santo es una consecuencia de la resurrección y ascensión de Jesús. Para Pablo la recepción del Espíritu Santo es un hecho que pertenece a la experiencia; dice a los gálatas: “*Sólo una cosa quiero saber de ustedes: ¿Recibieron el Espíritu por las obras de la ley o por la fe en la predicación?* La predicación del Evangelio estaba sostenida por la acción del Espíritu. Pero lo propio del Espíritu no es lo extraordinario, sino

- Ga 3,2.
- I Cor 2,4;
- II Cor 12,12;
- Rm 15,18s.

lo ordinario: hacer posible en la vida diaria el seguimiento de Jesús.

La parusía de los “*últimos días*” está en relación y se hace presente en la recepción del Espíritu Santo que ya viven los cristianos. Como lo expresa Pedro en su discurso: “*Sucederá en los últimos días, lo dice Dios: derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán sus hijos y sus hijas*”. Hch 2,17; Jl 3,1.

Los primeros cristianos, y de alguna manera todo el pueblo de Israel, no piensan en la resurrección aislada de los individuos; sino que la suerte de uno es la suerte de todos. Si Jesús ha resucitado es que el reino de los cielos ha llegado, por su persona y en su persona. San Pablo piensa siempre en Jesús resucitado asociado a todos los hombres que vino a salvar, y estamos contenidos también en la suerte y destino de Jesús resucitado. Rm 5, 12-21; I Cor 15,12; Rm 8,29; Col 1,18; Ga 6,15.

El Misterio Trinitario tiene como punto de partida la resurrección del Señor y la fe de la Iglesia primitiva. Quien no cree en Jesús como “*Hijo de Dios*” en sentido trascendente y en el valor de su mensaje anunciado por la Iglesia, no tiene por qué y para qué creer en Dios Trino.

No podemos negar que nuestra comprensión de Dios ha cambiado con la resurrección de Jesús, por la que quedó avalada su persona y su mensaje. Después de la resurrección podemos afirmar que Dios, sin dejar de ser único, es también tri-personal: es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Todo Dios se nos reveló en la persona de Jesús. Ahora podemos decir algo no sólo sobre las personas divinas sino también sobre su modo de ser,

y su modo de ser eterno. Lo que sabemos con más claridad sobre Dios, sobre cómo es y cómo no es; cómo quiere ser tratado y tratarnos, qué significa y en qué se traduce su modo de ser en nuestra vida; todo eso y mucho más lo podemos saber exclusivamente por Jesús de Nazaret resucitado.

La resurrección tiene una especial relación con nuestra salvación, no sólo como redención y justificación, sino como glorificación y comunión con Dios, es decir, como inserción en la vida trinitaria. Podemos afirmar que el misterio trinitario no es otra cosa que el misterio de nuestra salvación realizada en Cristo nuestro Señor, y que la Historia de la Salvación, que se realiza en el tiempo, es trinitaria en sí misma, como veremos más adelante.

N.B.

Antes de la resurrección y glorificación de Jesús cabe interpretar los textos trinitarios en términos de adopción mesiánica como los del bautismo y los contenidos en los sinópticos; hay exégetas que piensan que ésa es la cristología de alguno de los evangelistas, como Marcos; pero en la Iglesia primitiva se dio la fe trinitaria, no adopcionista, como la auténtica interpretación del mensaje de Jesús. El bautismo realizado en el nombre de las tres personas divinas, la mayoría de los exégetas no lo consideran un dicho de Jesús, sino más bien como expresión más ordinaria, aunque no única, de la práctica de la Iglesia primitiva.

Mt 28,19.

Hch 8,16.

Actividades

- De los títulos que se dieron a Jesús en la Iglesia primitiva, señala los tres que a ti te resulten más significativos.

- Transcribir el texto Hch 2, 14,40 e insertar estos subtítulos:

1. Ustedes, los judíos, han matado a Jesús,
2. Estaba predicho,
3. Dios lo llamó a la vida,
4. Con una nueva función,
5. Conforme a las Escrituras,
6. Somos testigos,
7. Conviértanse, porque “en él está la salvación”.

- Ver que este esquema se repite en Hch 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32; 10, 34-43 y 13,16-41.

- A modo de oración

Compadécete Señor,

de los que no creen en Dios como Padre,

de los que no creen que los ama,

de los que no conocen y aman a Jesucristo,

de los que lo amamos, y vivimos como si no lo amáramos,

de los que no nos dejamos conducir por el Espíritu Santo,

de los que persiguen a la Iglesia,

de los que no aman al prójimo, o lo explotan,

de los que no compartimos lo que tenemos,

de nosotros pecadores.

“Que el Señor nos conceda Espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente, iluminando los ojos del corazón”. Ef 1, 17 y 18.

“Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, ... para que recibiéramos la filiación adoptiva”. Ga 4, 4-5.

La anunciación, Bautisterio de San Juan, Florencia, Italia.

CAPITULO V

PADRE DE JESÚS Y PADRE NUESTRO

Objetivo: Comprender las características de la paternidad de Dios con respecto a Jesús y a nosotros.

5.1 Dios es Padre

Los cristianos creemos en Dios como un ser único, verdadero y vivo, y también creemos que su unidad, verdad y vida se nos ha revelado total y definitivamente en Jesucristo. Por la fe en él, —más que por su doctrina, aunque la fe se funda en la persona, la enseñanza, la vida y la resurrección de Jesús—, sabemos que en Dios hay tres Personas; no independientes pero sí distintas, no aisladas, pero sí vitalmente comunicadas; la vida, la unidad y la verdad pertenecen a las tres personas divinas. Es una misma vida, unidad y verdad poseída plenamente por cada una de las Personas divinas.

¿Por qué la palabra Padre conviene a Dios como lo más propio?

La vida misma y el origen de la vida es total y absolutamente del Dios a quien llamamos, por semejanza a nuestra vida, Padre. La palabra padre y madre hacen una relación especial a la vida. La vida y el origen de la vida es total y absolutamente de Dios. El origen de la vida, en cuanto procede del Hijo Jesucristo, y del Padre, y por ser vida para el hombre, desde antiguo se le llama aliento, espíritu, dado que la inspiración y la expiración eran signos sensibles de vida.

Gn 2,7; Ez 37,9.
Jn 20,22.

La paternidad de Dios es un vínculo vital entre el modo de ser de Dios y el del hombre. Es una participación al ser humano de lo que es propio del Padre. Tiene el sentido de donación de sí y por eso la llamamos paternidad. Lo propio del Padre es comunicarse vitalmente al Hijo.

Decimos que el Padre se comunica plenamente y entonces “engendra” un ser que procede de Él, pero que no es Él y que llamamos Hijo. La diferencia entre crear y engendrar está en la relación personal padre-hijo; la generación del Hijo Jesucristo es eterna y única, la creación es temporal, del tiempo y en el tiempo.

Dios es creador, como origen de todos, pero además es Padre. Jesús es creador como expresión viva y vivificante, personal y personalizante, por ser el Hijo. El hombre que recibe su condición de creatura y de Hijo de Dios Padre por Jesús, es un ser movido por el Espíritu, conducido al Hijo para encontrar al Padre.

Nos podemos hacer la pregunta: ¿Qué es lo propio de Dios como Padre? Y la respuesta podría formularse así:

+ Es propio del Padre el ser fuente y origen de todo absolutamente, menos de sí mismo —no engendrado—.

+ Ser el principio y el término de su acción continua y paternal sobre Jesús como Hijo único. Desde siempre y continuamente el Padre está engendrando a su Hijo. Lo llamamos Padre por cuanto da la vida a su Hijo, y por él y en él, a todos los hombres.

+ No es solamente el fundamento de la realidad visible, sino, además, y principalmente, el Padre amante de hijos rebeldes. Lc 15,11s; Jr 3,4.

+ Como Padre creador es el origen de todo cuanto existe y la fuente del amor.

+ Como Padre es el manantial de la efusión de su Espíritu de vida y santidad que da en su Plenitud a su Hijo amado.

+ Como Padre y junto con Jesús, su Hijo, nos da su Espíritu, que es la fuerza y la vida de ambos para el hombre. El Espíritu Santo es lo que hay de Dios en el ser humano, y eso que hay de Dios no es una parte, sino todo y el único Dios que es la Trinidad, y se nos comunica por el Espíritu Santo.

5.2 Padre de Jesús

El que Dios sea Padre de Jesús, en sentido extremadamente exclusivo, no impide sino hace posible que se nos manifieste y comunique por medio de su Hijo. También dentro de la Trinidad

el Padre se manifiesta y se proyecta en el Hijo. Y el único Dios también es el Hijo por cuanto recibe la vida del Padre, y esa vida de Dios, del Padre y del Hijo, también la recibimos los hombres, porque se nos comunica por medio del Espíritu Santo.

Dios es Padre de Jesús de forma intradivina y también de forma intramundana e histórica. Pero también es Padre de todo ser humano, no sólo en cuanto nos creó, como ya vimos, sino porque nos ha unido a Jesús su Hijo, haciéndonos a nosotros también hijos en su Hijo.

Ga 4,6; Rm 8,29.
Ga 2,6.

Para San Pablo, lo característico de Dios es ser Padre de nuestro Señor Jesucristo. No hay paternidad más grande y más maravillosa que la del Padre con respecto a Jesús. *“Doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia”*, escribió San Pablo.

Col 1,3; Ef 1,3 y 17.
Ef 3,15.

San Juan nos dice que *“Dios es amor”* y este término se aplica al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; pero de forma especial —original, fontal, posibilitante, que hace posible, que impulsa y plenifica— conviene al Padre, cuyo amor está dirigido en primer lugar a *“su Hijo amado”*. En el evangelio de Juan, el amor del Padre a Jesús es el prototipo del amor a todos los que siguen a Jesús: *“los amas a ellos como me amas a mí”*...

I Jn 4,8.
Mc 1,9-11; 9,7; 12,6;
Mt 11,25-30;
Is 42,1; Jn 10,17;
5,20; 3,35.
Jn 17,23 y 26.

El signo máximo del amor de Dios, nos dice San Juan, consiste en que *“El amor que Dios nos tiene se manifestó en que envió al mundo a su Hijo único”*.

I Jn 4,9; Jn 3,16.

A nosotros, “Dios nos ha trasladado al Reino del Hijo de su amor”. Col 1,13.

San Juan de la Cruz dice en un místico verso:

*El que a ti te amare, Hijo,
a mí mismo le daría
y el amor que yo en ti tengo
ese mismo en él pondría,
en razón de haber amado
a quien yo tanto quería.*

Romance sobre el Evangelio, “En el principio existía el Verbo”.

San Ireneo decía, ya en el siglo segundo, que “mediante la semejanza con el Hijo se hace el hombre digno del amor del Padre”. Así como también: que Dios es Padre por su amor.

Adv Haer V, 16,2.

Adv Haer V, 17,1.

Qui secundum dilectionem quidem Pater est.

En el Antiguo y en el Nuevo Testamento la característica propia del Padre es el amor, y con el amor, el cuidado, la providencia, la pedagogía, la fidelidad, la incondicionalidad y la misericordia. Es lamentable que nosotros hayamos vinculado a la idea de Dios Padre a una especie de sed de sacrificios cruentos, por más que la misma Escritura nos advierte: “Misericordia quiero y no sacrificios”, y la misericordia lo caracteriza como un Dios que ama y perdona; parecería que hasta más allá de lo razonable.

Os 6,6; Mt, 9,13;12,7; Lc 1,78.

Cf Lc 15, 13; Is 54, 8; Jr 33,26; Lm 3,32; Jl 2,13.

Para Jesús, Dios es un Padre lleno de amor y misericordia: “Sean misericordiosos como lo es su Padre celestial”. “Glorifiquen a Dios por razón de su misericordia”, decía San Pablo a los romanos.

Lc 6,36.

Rm 15,9.

Se suele decir que Jesús es el Hijo de Dios “por naturaleza” porque pertenece a la naturaleza divina del Padre comunicarse plenamente al Hijo, y corresponde a la naturaleza divina del Hijo ser

Jn 14,8. la expresión total del Padre. “*Quien me ve a mí ve al Padre*”. Al llamar a Jesús Hijo de Dios por naturaleza, lo contraponemos a la filiación por adopción, o legal. Su filiación natural no es alusión al orden físico sexual humano, sino a la naturaleza divina, como para decir que es propio de Dios comunicarse de modo intratrinitario, y comunicarse también a lo que no es Dios, por medio de su Hijo y de su Espíritu.

El principal atributo de Dios como Padre es el comunicarse, de forma única al Hijo y al Espíritu, y de forma múltiple, por medio de su Hijo y del Espíritu, a toda la creación. El Padre es el principio de la Trinidad. El monoteísmo cristiano versa sobre Dios Padre como principio uno y único de la Trinidad y del mundo.

Mt 23,9; Dz-H 125. La fe de la Iglesia trata de explicitarse con precisión, y reserva para la primera persona de la Trinidad el título de Padre. Cuando el lenguaje no estaba del todo definido, los padres de la Iglesia dieron también al Hijo y al Espíritu Santo el título de padre, pero de modo metafórico y sólo con respecto a los hombres.

Agustín,
De Trin IV 20,29. Dios, como Padre, es principio lógico, no temporal, no sólo de la creación, sino de la Trinidad misma, por eso proceden de él el Hijo y el Espíritu Santo. Y es principio también de todos sus atributos, como el amor, la misericordia, la santidad, la unidad y la unicidad. La unidad divina no es un resultado de sus relaciones, como parecen sugerirlo expresiones como esta: “las personas divinas se aman, se entienden se compenetran y se unen tanto que forman un solo Dios”.

La unidad divina no es una consecuencia, ni el resultado de relaciones psicológicas sino simultaneidad de realidad, existencia y vida eterna. Al mismo tiempo, o eternamente, uno y trino. Como se le llamó, “*Ipsum esse subsistens*”, lo podemos llamar el “*Ipsum unum per se*”. La misma unidad en sí misma, como es el mismo ser existente por sí mismo.

Actividades

- A modo de oración leer el siguiente texto.

¡Yo también te invoco, «Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob y de Israel» que eres el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios que por la multitud de tu misericordia te has complacido en nosotros para que te conozcamos; que hiciste el cielo y la tierra, que dominas sobre todas las cosas, que eres el único Dios verdadero, sobre quien no hay Dios alguno; por nuestro Señor Jesucristo danos el Reino del Espíritu Santo; concede a todos los que leyeren este escrito conocer que tú eres el único Dios, que en ti están seguros, y defiéndelos de toda doctrina herética, sin fe y sin Dios!

Ireneo,
Adv Haer III, 6,4.

- Investigar exegéticamente el significado de: “*Mi Padre y yo somos —una misma cosa— somos uno*”. ¿Por qué? ¿En qué? ¿Cuál es su sentido? ¿Físico, metafísico, moral, espiritual?

Jn 10,30.

Ayudarse de los textos a continuación. “*El Padre y yo somos una misma cosa*”.

Unidad de pensamiento, armonía, deseos, acción, no en sentido metafísico, pues aun los hombres son llamados dioses: —citado por Jesús—, por

Sal 82,6.

ser los comisionados para trabajar por el bien del pueblo.

- Jn 10,30. “Somos una misma cosa”, compárese con “*que sean uno como nosotros somos uno*”. Nosotros podemos ser uno por unidad de sentimientos, de objetivos, de acciones, de fe, de esperanza y amor, no por unidad sustancial. Las personas divinas, cada una, son lo mismo, pero no la misma persona.
- Jn 10,30. Juan pone en boca de Jesús estas palabras: “*Yo y el Padre somos una sola cosa (en)*”. Nótese que Jesús no dice: Yo y el Padre somos numéricamente uno (*eis*), sino que estamos juntos —*en*, en griego; idea que aparece luego en Juan: “*el Padre está en mí y yo en el Padre*”—. La unión del Padre y del Hijo no suprime la diferencia y la particularidad. Antes bien, la unión supone la diferencia. Por el amor y la comunión recíproca ellos son una sola realidad, el único Dios-amor. El Espíritu Santo está también siempre junto a ellos porque es el Espíritu del Hijo, porque nos revela al Padre en la oración, porque viene de junto al Padre, a petición del Hijo.
- Ga 4,6; Rom 8,9. Cf Rm 8,16. Jn 15,26; Jn 14,16.

5.3 Qué significa que Dios sea nuestro Padre

- El referirse a Dios como Padre es característica de la vida cristiana. Jesús no sólo llamó a Dios su “Abbá”, sino que nos enseñó a llamarlo con las mismas palabras. Dijo que nosotros éramos tan queridos como niños pequeños, que él nos conducía como de la mano, que nos cuidaba y educaba, y que a todas horas estábamos bajo su mirada. Para Jesús la paternidad de Dios es parte
- Mt 6, 25-32; 7, 7-11.

esencial del anuncio del Reino, y la entiende en sentido real —verdadero padre—, no en sentido metafórico, como puede ser la imagen de pastor, juez, roca, escudo.

Del anuncio del Reino se sigue el sabernos y sentirnos hijos de Dios, el tratar a Dios como Padre, y a los demás como hermanos hasta llegar al perdón cuando sea necesario. Creer que Dios es Padre, es creer en su amor para cada uno de nosotros. El amor es el sentimiento que más vincula a Dios y cuando se vive el amor fraterno y el amor humano se vive en Dios. Agustín decía: *“Ves la Trinidad si ves el amor”*. Entre el amor y la paternidad de Dios existe una especie de equivalencia, porque Dios es Padre por su amor a Jesús y, en él, a todo ser humano y a la creación entera. *“Tanto amó Dios al mundo”*. Aquí *mundo* significa la totalidad de los hombres; el mensaje queda más personalizado cuando Juan nos dice que la finalidad del envío fue: *“para que todo el que crea en él no perezca”*.

Cf Agustín,
De Trin IV, 1,2.

De Trin VIII, 8,12.

Jn 3,16.

De que Dios sea nuestro Padre se sigue que debemos vivir en la libertad de los hijos de Dios. La libertad de los hijos se oponía a las obligaciones del siervo y del esclavo; libertad con respecto a la ley, al pecado, en una actitud continua de discernimiento para saber lo que le es más grato a Dios.

Jn 8,36s.

Mt 21,28s.

Debemos vivir la vida de Dios, en la fe, confianza y amor, como hijos; porque los hijos son una proyección del Padre. Y por eso dijo Jesús: *“Sean misericordiosos como su Padre celestial es misericordioso”*, y debemos perdonar como fuimos perdonados, y como su modo de actuar es no sólo

Lc 6,36.

Mc 11,25; Mt 18,23s.
Mt 6,14.

- un ejemplo sino un imperativo para sus hijos, debemos actuar como él: “*Si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros*”. El círculo del amor a Dios se cierra no sólo amándolo a él, sino amando a los demás. Y Ef 5,1. Pablo nos dice: “*Sean imitadores de Dios como hijos muy amados*”.

- Cuando Jesús nos enseñó a llamar a Dios Padre no puso su atención en una palabra, concepto o atributo, sino en una actitud de Dios para con el hombre y de éste para con Dios: “*¿Quién de ustedes si su hijo le pide pan le da una piedra...si ustedes, con ser malos, saben dar cosas buenas a sus hijos?*... Insistió en una relación con Dios semejante a la suya, porque los discípulos debían orar como el Maestro. Con gran confianza, con Lc 11,2; Mt 6,8. seguridad en su amor, con perseverancia, con Mt 7,11. humildad y sencillez, y aun en la aceptación de Mt 6,5. lo incomprensible, como Jesús en la oración del Mt 26,39. huerto. Nuestras buenas acciones debían ser el fruto de nuestra relación con Dios como Padre, y no condición para esa relación, que se fundamenta en que es Padre de misericordia y no en Lc 15,13. nuestra respuesta personal.

- Por parte del Padre nosotros somos preamados, Ef 1,3s. preconocidos y preelegidos en el Hijo no sólo antes de nuestros méritos o deméritos, sino desde el principio. Estamos vinculados a Cristo como los miembros a la Cabeza, por *él entramos en la herencia* que corresponde a los hijos. Claro que esta participación de lo que es Cristo, no nos pertenece porque nos portamos bien, sino para que nos portemos bien: “*para ser santos e inmacula-*

dos en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo”. Ef 1, 4-5.

Nuestra referencia a Dios como Padre, es una referencia implícita a Jesús, no sólo por usar la palabra que él usaba “Abbá”, sino porque participamos de la condición de Hijo propia de Jesús, y por eso también participamos del amor con que el Padre lo ama *“para que el amor con que tú me has amado esté en ellos”.* Jn 14,21 y 23.
Jn 1,26.

La fraternidad humana sería un vano sueño para los hombres sin la eterna y constante filiación de Jesús, que nos hace en él hermanos a todos e hijos del Padre eterno.

Dios es rico en amor, misericordia y fidelidad, por ser Padre y por ser nosotros hijos para él. El Antiguo Testamento debe ser leído a la luz del Nuevo. Por ser Padre, y nosotros sus hijos, es modelo de amor y misericordia *“Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto”*, y Lucas, en el texto paralelo, explica cuál es esa perfección: la perfección en la misericordia: *“Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso”.* Mt 5,48.
Lc 6,36.

Para San Pablo la paternidad divina no sólo fundamenta la fraternidad humana, sino también la igualdad de todos los seres humanos. Todos somos iguales, porque todos somos hijos en el Hijo. *“Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer; porque todos son uno en Cristo”.* Ga 3, 27-29.

Es verdad que la imagen paterna está muy desvirtuada y muchas personas carecen totalmente de ella, pero esto no debe llevarnos a abandonar

sino a enriquecer nuestro lenguaje sobre Dios. Aunque el hombre se encuentre en una cultura que ya no es patriarcal y que amenaza fuertemente a la familia, no obstante lleva dentro la semilla de la filiación y de la paternidad, y se puede decir que, al menos en algunas ocasiones, siente más la necesidad de esa paternidad, por carecer de ella. Un adolescente carecía de figura paterna, decía: mi padre está tanto más presente para mí cuanto más falta me hace. Y el salmista dice: *“Mi alma tiene sed de Dios como tierra seca y sedienta sin agua”*; y así los niños sin familia sienten más la necesidad de ella, que los que la tienen.

Sal 63,1; 42,3.

° Dios es nuestro Padre pero no es impositivo, da lugar a la libertad. No fuerza a nadie, solamente invita. No destruye la libertad, sino la fundamenta y la confirma.

Lc 15,11s. ° No impone su modo de pensar ni su voluntad.

° No es arbitrario, repartiendo favores y daños de forma injusta.

° No es intervencionista: nos da el pan, pero no lo hornea; nos da el agua, pero no la embotella; nos da la casa, pero no la barre; nos da la salud, pero no las medicinas. Su actuación en este mundo es absolutamente diferente a la nuestra.

° El no es una causa más entre todas.

° No es protagonista, no nos hace a un lado, nos da nuestro lugar y respeta nuestras decisiones y acciones.

° No es un suplente. No desbarata lo mal hecho ni nos sustituye. Está en nosotros y actúa con nosotros, pero no en nuestro lugar.

° No es ansioso, ni nervioso. Tiene todo el tiempo del mundo para esperar. Lc 15,11s.

° No es un mago. No aparece las cosas si nosotros no las buscamos y las encontramos.

° En nuestra vida no le gusta hacer el papel que no le toca, y solamente le toca el de ser Dios-Padre.

° No es un padre ausente; está presente para ayudarnos a ser nosotros mismos.

Actividades

- Describe una experiencia en la que te hayas sentido hijo de Dios.
- La experiencia personal es importante para la experiencia espiritual pero Dios está por encima de nuestras experiencias. Confróntalo en el Sal 27,11; Is 49,15; Sal 103,13.
- Ver textos de San Pablo: Rm 9, 15-18;12,1; II Cor 1,3.
- ¿Qué debes trabajar para tener la imagen adecuada de Dios-Padre?

Dios es el fundamento de toda paternidad tanto como de toda maternidad. Exprésense algunas verdades de la fe en términos de maternidad y júzguese si sería conveniente, pastoral y pedagógico el utilizarlas. —El objetivo es crear actitudes de sano juicio—. Señalar los errores y defectos de cualquier tipo de paternidad o maternidad humana, concreta, histórica, social, étnica, cultural, etc. Is 66,13; 49,14-15.

- Extraer de este texto de Tertuliano las ideas conformes y no conformes a la fe cristiana.

“Porque confesamos que Cristo siempre actuó en el nombre de Dios Padre: en el origen él era quien conversaba —con Adán—, él se encontraba con los patriarcas y profetas, era el Hijo del Creador, su alocución, —y de esa manera— hizo —constituyó, engendró— a su Hijo expresándose a sí mismo, y después lo llevó a cabo según su proyecto y voluntad, haciéndolo un poco menor que los ángeles, según lo escribió David, por cuyo abajamiento, dispuesto por el Padre para recuperar al género humano, dándolo a conocer ya desde el origen, y una vez revestido del ser humano, llegó a ser al fin lo que dijo que sería en el futuro. Él es quien descendió, él quien pregunta, él, el que pide, el que afirma con certeza. Como dice Cristo y lo testifica el evangelio, nadie ha visto otro Padre común: Nadie conoce al Padre sino el Hijo.

Ps 8,5; Hb 2,9.

Del mismo Padre el Antiguo Testamento dijo: nadie verá a Dios y vivirá. Lo determinaba el Padre invisible, por cuyo nombre y autoridad, el que iba a ser visto era Dios, Hijo de Dios. Pero nosotros recibimos a Dios en la persona de Cristo, y de esa manera es nuestro Dios”.

Tertuliano,
Marc II, 27,7.

5.4 Dios engendra a su Hijo amado

¿Qué queremos significar cuando decimos que Dios es Padre único de un Hijo único?

Es interesante advertir que esta afirmación: “Jesús es el Hijo de Dios”, en la predicación apostólica está más relacionada con la muerte y resurrección de Jesús que con su nacimiento. Los relatos del nacimiento, exclusivos en Lucas y Mateo, aunque distintos, vienen a ser una expli-

tación de la fe pospascual, más que el origen de esa fe. Es una proyección de la resurrección en el nacimiento.

También los genios manifiestan hasta el fin lo que ya son en su nacimiento.

Después de la muerte y la resurrección de Jesús, se llegó a comprender que había vencido a la muerte con una vida superior y que se encontraba en Dios y con Dios; entonces la comunidad de los creyentes empezaron a aplicar a Jesús el título de Hijo, de Hijo de Dios, y más tarde, de Dios mismo.

Cuando decimos que Dios da la vida al Hijo y así lo engendra desde toda la eternidad, es solamente una forma de hablar, porque engendrar y dar vida es lo propio y exclusivo del Padre, es lo que lo constituye como tal, pero es lo que hace desde siempre, y no es ningún acontecimiento biológico, sino un acontecimiento espiritual y eterno que escapa a nuestra categoría de engendrar la vida.

Jesús había llamado a Dios *su Padre*, muy probablemente sin referirse a una “generación metafísica”, divina, como se estableció después en la reflexión de la fe de la Iglesia, la afirmación de Jesús habrá que entenderla en el contexto de la fe del pueblo de Israel y del sentimiento filial de Jesús, para quien Dios era un “*Abbá*”, un Padre invocado con cariño de niño.

La condición de Hijo de Dios de Jesús trae consigo la referencia a una situación histórica en la que Jesús se experimentó y vivió temporalmente su condición eterna de Hijo de Dios. La filiación de Jesús fue algo que no solamente la tuvo desde

su origen, sino que también la vivió y la actualizó durante sus treinta y tres años de vida temporal.

La generación por el Espíritu no tiene que ver con la generación humana propia del varón; tiene que ver con el milagro de la concepción, y con la dignidad de Jesús como Mesías, no con Jesús como Hijo eterno del Padre. La filiación del Mesías esperado, en todos los textos del Antiguo Testamento, es una filiación adoptiva; nunca genética al estilo de los dioses paganos.

Jesús es Hijo de Dios, es decir, del eterno Padre, no del Espíritu Santo. Y aunque haya nacido por obra del Espíritu Santo y el Poder —o la fuerza de Dios— haya cubierto con su sombra a María, esto no hace de María “la esposa del Espíritu Santo”. Indudablemente este es un abuso metafórico, que, aunque piadoso, distorsiona la fe cristiana. El Espíritu expresa el poder y la vida de Dios Padre, capaz de hacer de María la madre del Hijo de Dios. El Espíritu Santo no es padre de Jesús, ni tampoco padre nuestro.

Lc 1,31.

Es verdad que la filiación eterna de Jesús la conocemos única y exclusivamente por haberse presentado durante su vida temporal como Hijo de Dios, en la aceptación de la voluntad del Padre y en su misión.

Las palabras engendrar y generación en la acepción común están vinculadas a la vida sexual, pero al aplicarlas a Dios no tienen nada que ver con la sexualidad, significan procedencia, relación, dependencia, semejanza, manifestación y revelación. Por eso decía San Ireneo:

“Todos vieron en el Hijo al Padre; porque lo invisible del Hijo es el Padre, y lo visible del Padre es el Hijo”.

Ireneo,
Adv Haer IV, 6, 6.

“Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Le dice Jesús: el que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?”.

Jn 14,8s.

San Agustín decía que así como la mente engendra el pensamiento, así el Padre engendra al Hijo y éste no puede existir sin el Padre, como el pensamiento sin la mente. Porque el Padre en sí mismo hace relación al Hijo, y el Hijo al Padre, decía San Ireneo: *porque el nombre de Hijo se desprende del de Padre.*

Agustín,
De Trin IX, 1,1s.

Ireneo,
Adv Haer IV, 17,6.

Solamente Jesús, Hijo único de Dios, es engendrado.

Al referirnos a Jesús como Hijo de Dios no estamos diciendo que Dios sea Padre de Jesús en el sentido en que los hombres somos padres, es decir por generación física. Dios no tiene un ser físico qué comprometer en su relación de Padre. Nuestro ser físico de personas humanas, procede directamente de nuestros padres; y en un nivel superior todo nuestro ser depende de Dios en cuanto a su existencia. Habrá que evitar el pensar que Jesús, por ser Hijo de Dios no era hijo de José. Dios no es un sustituto de la actividad humana. Esto no tiene qué ver con lo que llamamos filiación divina de Jesús, aun cuando la condición de Hijo de Dios, de Jesús y en Jesús, se haya expresada de forma única y milagrosa en su con-

Lc 1,26s. concepción virginal. El Espíritu Santo hace a Jesús Hijo del Padre como Mesías, pero no como Hijo engendrado por el Padre desde toda la eternidad.

Jesús no es Hijo del Padre de la misma forma y sentido en que es hijo de María. Su condición de hijo de María toca directa, total y absolutamente a su condición física —humana—. Y su condición de Hijo del Padre toca de forma total, absoluta y única a toda su realidad. Habrá que evitar también la dualidad de materia y espíritu. Como si Jesús fuera hijo material de María e hijo espiritual del Padre.

La generación humana es temporal y momentánea, la generación divina es continua y eterna: El Padre siempre está engendrando a su Hijo, y el Hijo siempre está siendo engendrado por el Padre. Por eso siempre se da esa relación que los vincula y los distingue, del Hijo con respecto al Padre y del Padre con respecto al Hijo. A San Agustín le gustaba la comparación de la mente y el corazón: para que se dé un pensamiento, tiene que haber una mente que lo esté pensando; y para que se de el amor tiene que haber un sujeto que ame. El Padre vendría siendo la mente y Jesús su pensamiento, el Padre el amante y Jesús el objeto de su amor. Entre el amante, el Padre, y el amado, el Hijo y el amor, el Espíritu Santo, ve una imagen de la Trinidad.

De Trin IX 2,2; 3,3s.

Gn 5,1-3.
Jn 8, 35-36. La generación está ligada a la idea no sólo de semejanza, dado que el hijo es semejante al padre, sino también de igualdad en la diferencia.

La generación del Hijo hace referencia a todo cuanto existe, por lo que San Pablo lo llama “*Primogénito de toda la creación*”, “*Primogénito entre muchos hermanos*”. “*Primogénito —de los que resucitarán— de entre los muertos*”. El Primogénito es el enviado. En el contexto cultural israelita el primogénito tenía los mismos derechos del padre. A Jesús se le da el título de primogénito para distinguirlo de todos los demás, que también somos sus hermanos, y porque el primogénito pertenece a Dios de forma especial.

Col 1,5.
Rm 8,29.
Col 1,18;
I Cor 15,25; Ap 1,5.
Hb 1,6.
Lc 2, 7,23.
Ex 13,2.11.

San Juan lo llama “*Unigénito*”, hijo único, para señalar la relación particular, no reductible a la relación con cualquier otro ser humano. “*El Hijo único, que está en el seno del Padre*”, es otro modo de referirse a “*la Palabra que estaba con Dios, desde el principio*”, esto es, desde toda la eternidad y antes del tiempo cósmico. Jesús es “*el engendrado*” por excelencia.

Jn 1,18; 3,17.
I Jn 4,9.
Jn 1,18.
I Jn 5,1 y 18.

Cuando decimos: Dios engendra a su Hijo único; queremos señalar una relación vital, eterna, determinante para uno y otro. Única con respecto a Jesús y esencialmente diferente con cualquier otro ser humano, caracterizada ésta última como filiación adoptiva. Por una parte se distingue la filiación de Jesús con respecto a la nuestra, pero por otra, comprendemos nuestra filiación derivada de la de Jesús, dada la doctrina de la participación: “*de su plenitud recibimos todos...*”, y dada nuestra unión vital con él: Él es la cabeza y nosotros los miembros, él es la vid y nosotros los retoños; somos hijos en el Hijo. De ahí nues-

Jn 1,16.

Ga 4,4; Rm 8,29. tra caracterización: somos hijos porque él es “El
Ga 2,6. Hijo”.

La palabra “*engendrar*” no significa

- causalidad eficiente, el Hijo no es obra del Padre,
- ni prioridad en el ser, el Padre no existe para que exista el Hijo,
- ni prioridad en el tiempo, el Padre no es antes que el Hijo, en la vida trinitaria.

Sí significa

- Agustín,
De Trin IV, 20,29. – prioridad lógica,
Hb 1,1s; Ef 4,6. – prioridad en la revelación,
Jn 3,16. – y principalmente prioridad salvífica,
– plenitud y totalidad en la donación –de naturaleza, dignidad, autoridad, facultades, atributos–,
– exclusividad en la paternidad, en la misión para la encarnación y redención.

Las palabras “*engendrado*” y “*unigénito*” se reservan, en la fe cristiana, única y exclusivamente para Jesús. Y con esto queremos expresar

- que Jesús es Hijo de Dios desde toda la eternidad; lo que se refiere a una comunicación plena y exclusiva de Dios. Hijo en sentido propio, aunque divino y trascendente, no como rey, profeta o sacerdote,
- que no se modifica, disminuye o empobrece el Padre, como la llama de una lámpara que no se modifica ni disminuye al comunicarse,
- que comunica todo lo que el Padre es, su divinidad, como el sol se comunica en los rayos, en la luz y en el calor,

- que es la imagen o visualización perfecta y plena de Dios,
- que no es posible una manifestación o revelación de Dios, ni mejor ni mayor ni semejante que la que se dio, y se da, en Jesús,
- que Jesús, en cuanto Hijo eterno de Dios, es diferente de todos los seres humanos, que no somos engendrados por Dios, sino creados. En nuestro lenguaje analógico podemos decir que nuestra relación con Dios como Padre no es por generación, sino por gracia, por un favor inmerecido,
- que participamos de la filiación de Jesús pero no como engendrados, sino como favorecidos, como adoptivos,
- nos predestinó a ser hijos adoptivos. Ef 1,5.

El título de Hijo, en sentido propio, corresponde sólo a Jesús, no al Espíritu, aunque también proceda del Padre. Jesús es el Hijo único, primogénito, predilecto. Pero los hombres también somos verdaderos hijos por participación y por nuestra comunión con Cristo; para señalar la diferencia se usaron los términos de “filiación natural” y “filiación adoptiva”.

Pablo llama a Jesús el Hijo “*propio*” de Dios, contrapuesto a aquellos por quienes fue entregado. Rm 8,32; 5,10.

El término “*engendrado por Dios*” se usa con exclusividad para Jesús, en nuestra terminología trinitaria; en el lenguaje bíblico encontramos la palabra engendrar usada de modo metafórico y aplicada también a todos los hombres. “*Todo aquél que es engendrado por Dios no puede pecar*” I Jn 3,9; 3,6.
I Cor 5,8.

Jesús es engendrado por el Padre desde toda la eternidad, y sólo por el Padre, porque la acción de engendrar, propia y característica del Padre, no supone complementariedad, sino que la excluye. Los padres de la Iglesia usaron una imagen que pasó, por su claridad, a nuestro credo; como la luz de una vela procede de otra, sin disminuir-la y enteramente igual, por eso Jesús es “*Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero y engendrado, no creado*”. La preposición “de” no tiene sentido de pertenencia, sino de procedencia. Y la palabra “verdadero” los equipara, en el sentido más realista de la palabra. Como si dijera tanto uno como el otro. Verdadero se opone a lo figurado, a lo parecido, a lo no auténtico. Lo que viene a decir: Jesús es tan Dios como el Padre, de la misma manera, en cuanto a la procedencia, a como un hijo es tan ser humano como su padre.

Dz-H 150.

Es interesante advertir la relación que muchos de los Padres de la Iglesia hacían entre la generación eterna de Jesús por parte del Padre y la procedencia de María Virgen, en el tiempo, por obra del poder y la vida de Dios, personificada en el Espíritu Santo. “*El Hijo único, que está en el seno del Padre*”, desde toda la eternidad, es el mismo que “*llegada la plenitud de los tiempos*”, estará en el seno de María, hecho hombre. Y que aquel que “*al principio*”, es decir, desde toda la eternidad, fue Hijo sin necesidad de una madre; en el tiempo, será Hijo de verdad sin necesidad de un padre.

Jn 1,18.
Ga 4,4; Jn 1,14.

N.B.

El Espíritu Santo nunca ha sido invocado por el Magisterio de la Iglesia como esposo de María. A María, solamente en México, o quizá en América Latina, la invocamos como esposa del Espíritu Santo. El que el Padre haya obrado por medio del Espíritu Santo la concepción de Jesús, en el tiempo, no hace a María esposa del Espíritu Santo, ni en el tiempo, ni desde toda la eternidad. El esposo de María es José, y María es el Templo y el receptáculo más precioso del Espíritu Santo, donde el Padre realizó, por medio del Espíritu, su más grande don de amor. Jesús es el Hijo del Padre, no del Espíritu Santo, que según la mentalidad bíblica, es el poder y la vida de Dios. Ruah, en hebreo, es femenino y nunca fue comprendido ni se le designó como esposo de ningún ser humano.

Paulo VI, *Marialis cultu* 25-27.

Cf Dz-H 4172s.

Jn 3,16; I Jn 4,9.

Lc 1,26s.

Mt 1,18 y 16.

Para que a María se le pueda llamar esposa del Espíritu Santo, falta “un tercio de comparación”, es decir, un punto de comparación con el esposo, como en las relaciones humanas, que entre el Espíritu Santo y María no se da, como sería la convivencia física, y las relaciones correspondientes a los esposos y padres de familia.

Tampoco se le nombra con el título de “Esposa del Espíritu Santo” en las letanías, que reúnen muchos títulos marianos.

En la piedad cristiana existe el riesgo de que si llamamos a María esposa del Espíritu Santo, fácilmente llamemos al Espíritu Santo esposo de María, lo que no es conforme con la fe trinitaria, ni con la mariología. Hace falta recuperar la

imagen de María como esposa de José y madre de Jesús, que son la base más sólida de una auténtica vida familiar cristiana.

Actividades

- Explica con tus palabras qué significa que Dios es Padre único de un Hijo único.

Cf Sal 2,7;
Hch 13,33; Pr 8,24s.
Tertuliano,
Prax, 7,1.

En la Bulgata: *ex
utero ante luciferum
genui te*. Sal 109,4.

Antes de las definiciones dogmáticas, Tertuliano (160-220) lo explicaba así:

“El Padre se hizo Padre cuando de él procedió el Hijo Primogénito, que fue engendrado antes de todas las cosas, y unigénito, y sólo de Dios engendrado, y precisamente en el receptáculo de su corazón, según el testimonio del mismo Padre: la Palabra maravillosa salió del corazón de Dios, por lo cual, después, gozoso, se dirigió a la persona del Hijo amado, —diciendo— Hijo mío eres tú, yo, hoy, te engendré y antes que a la estrella de la mañana —de mi vientre— te engendré”.

- Del texto de Tertuliano extrae las expresiones que te resulten más significativas.

¿Cuál o cuáles de esas afirmaciones no coinciden con la fe de la Iglesia?

- Léase Dz-H 1330, 1331, 1333.

- San Justino (+ 165). *“En cuanto a su Hijo, aquel que sólo propiamente se dice Hijo, el Verbo, que está con él antes de las criaturas, y es engendrado cuando al principio Dios creó y ordenó por su medio todas las cosas, se llama Cristo por su unción, y por haber Dios ordenado por su medio todas las cosas”.*

Apol 6,3.

- De Atenágoras de Atenas se conserva una *Súplica en favor de los cristianos*, escrita hacia el 177 y dirigida a Marco Aurelio y a su hijo Cómodo; está escrita con elegancia y moderación, con abundantes citas paganas, y en ella refuta las acusaciones acostumbradas: los cristianos no son ateos, sino monoteístas. Tiene importantes conceptos sobre la Trinidad.

“Que nadie juzgue ridículo que Dios tenga un Hijo. Porque no pensamos sobre Dios Padre o sobre su Hijo a la manera de sus poetas que hacen fábulas en las que presentan a dioses que en nada son mejores que los hombres, sino que el Hijo de Dios es el Verbo del Padre en idea y operación, pues con relación a él y por medio de él fueron hechas todas las cosas, siendo el Padre y el Hijo uno solo. Y estando el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo, en unidad y potencia de espíritu, el Hijo de Dios es inteligencia y Verbo del Padre. Y si se les ocurre preguntar qué quiere decir «hijo», se los diré brevemente: El Hijo es el primer brote del Padre, pero no como hecho, ya que desde el principio Dios, que es inteligencia eterna, tenía en sí al Verbo y era eternamente racional, sino como procediendo de Dios, cuando todas las cosas materiales eran naturaleza informe y tierra inerte y estaban mezcladas las más pesadas con las más ligeras, para ser sobre ellas idea y principio activo... Realmente uno no puede menos de maravillarse al oír llamar ateos a los que admiten a un Dios Padre, y a un Dios Hijo y a un Espíritu Santo, mostrando su potencia en la unidad y su distinción en el orden”.

Escribe Tertuliano: “Pues pienso que el Hijo no procede de otra sustancia que no sea la del Padre”,

Atenágoras,
De Deo 1,1.

Filium non aliunde deduco, sed de substantia Patris.
Tertuliano,
Prax 4: PL 2,159.

Tertuliano,
Prax 7: PL 2, 161s.

Y para que no quede duda, poco después afirma que la palabra “*Hijo*” no es una simple voz, sino que expresa la realidad: “*Este es el nacimiento perfecto de la Palabra, que procede de Dios*”. Luego se pregunta si proviene sólo de la sabiduría del Padre como una voz emitida, o si tiene verdadera sustancia: “*¿Luego, me dirás, afirmas que la Palabra es una sustancia construida por la comunicación del Espíritu y la Sabiduría?*” Y responde: “*No puede carecer de sustancia aquél que de tan grande sustancia procede —del Padre—, y que creó tantas sustancias*”. La palabra sustancia corresponde a la realidad.

5.5 ¿Qué se ha de entender por adopción divina?

Gn 16,2; 48,5s.

La adopción consiste en establecer, querer o considerar como hijo a alguien que biológicamente no lo es. Era un término técnico del lenguaje jurídico en Grecia, Roma e Israel, donde también se daba la adopción.

La palabra *adopción* no corresponde perfectamente a la realidad cuando se refiere a nuestra relación con Dios Padre; es más lo que oculta que lo que expresa. Porque nuestra relación con Dios no es como una relación legal; el adoptado sabe que si bien tiene los derechos y quizá hasta los apellidos propios de los padres, sin embargo, en realidad, no es hijo de los padres adoptivos. Los hijos adoptivos tienen que superar este trauma y pensar que lo que cuenta en la relación humana de padres a hijos, no es tanto la carga genética, sino el amor, el cuidado, la responsabilidad y

todos los valores, principios y actitudes que determinadas personas quisieron compartir con él. La relación con Dios como Padre, sobrepasa con mucho todos estos conceptos y experiencias humanas.

El término de adopción no se usa para desvirtuar nuestra relación con Dios, sino para distinguir nuestra relación de la relación plena e inefable de Jesús, de cuya condición de *“Hijo de Dios”* participamos todos. Sólo de los cristianos se afirma que son hijos de Dios *por el Espíritu de adopción*; de Jesús se dice que es el Hijo Unigénito.

Rm 8, 15-16.
I Jn 4,9.

Los cristianos son hijos con derecho pleno, son hijos en Jesús, por la fe en Cristo Jesús, participan de su filiación por el Espíritu, *somos hijos por el Espíritu de adopción...* *“La prueba de que son hijos es que Dios envió a sus corazones el Espíritu de su Hijo”*. *“Son hijos de Dios mediante la fe en Cristo”*. *“Dios nos trata como a hijos según la carne”*, *“porque somos también de su linaje”*; aunque la adopción total y sus consecuencias pertenecen al futuro. *“Seremos semejantes a Él porque le veremos”...*

Rm 8,15; Ef 1,5.
Ap 21,7; Ga 3,26.
Ga 4,5-7.
Rm 8, 15-16.
Ga 4,19.
Ga 3,26.
Hb 12, 5-8.
Hch 17,28.
I Jn 3,2.

No hay que sacar conclusiones más allá de aquéllas a las que las parábolas se encaminan, pero podríamos pensar que el hijo pródigo era un hijo de verdad, no un siervo o esclavo, o hijo adoptivo, y su condición de hijo con respecto al padre es lo que pone de relieve la misericordia del Padre eterno.

Lc 15,13s.

Hch 17, 28-29. Somos “*del linaje de Dios*”, “*somos familiares de Dios*”. Para nosotros nuestra filiación es algo dinámico, no algo concedido por la carne y por la sangre, es un proceso y una meta “*para que llegues a ser... hijo de Dios sin tacha, en medio de una generación tortuosa y perversa*”. “*Por él –Cristo– tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu*”.

Fl 2,15; Cf Dt 32,5s.
Ef 2,19.

Algo de esta relación peculiar, diferente de la de Jesús, pero de inefable valor para nosotros, señala San Juan al insistir en que no solamente “*somos llamados Hijos de Dios, sino que en realidad lo somos*”. La adopción no es legal, ni colectiva, como en el Antiguo Testamento. La adopción de Dios por el Espíritu nos hace partícipes de la naturaleza divina. Según nuestro modo de pensar, la naturaleza divina no se puede dividir, ni compartir; pero esta donación plena de Dios se nos da por el Espíritu de vida intratrinitaria, y así participaremos de lo que Dios es: Padre, Hijo y Espíritu Santo y de este modo participaremos de la vida divina.

I Jn 3,1; Jn 1,12.
Rm 9,26.
Ex 4, 22; Dt 14,1.
II P 1,4.

La comunión de Jesús con el Padre significó comunión de vida temporal y eterna, la nuestra también debe significar comunión de vida. Participamos de la vida del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo, y de esa manera participaremos de la naturaleza divina, ahora de forma inicial, en la vida eterna de forma plena.

Quede como conclusión, que nuestra filiación sobrepasa con mucho el concepto antiguo y moderno de adopción, y que carecemos de un concepto y experiencias que expresen lo que es y será

nuestra relación con Dios. *“Le veremos tal cual es; seremos semejantes a él”*, seremos inmortales, participando de la vida divina, seremos como dioses y *“Dios será todo en nosotros”*, siguen siendo expresiones que nos sobrepasan por no estar al alcance de nuestra imaginación el modo en que esto pueda suceder y el gozo que esto nos pueda causar.

“El que me ve a mí, ve al que me ha enviado”. Jn 12,45.

“Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos”, “La creación espera ansiosa y vivamente la revelación de los hijos de Dios... y participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios”. I Jn 3,2.
Rm 8, 19-21.

En una especie de confesión de fe escribió San Ireneo:

Por encima de todos está el Padre,
y él es cabeza de Cristo; I Cor 11,3.
a través de todos, el Verbo,
y él es cabeza de la Iglesia Ef 5,23; Col 1,18.
y en todos nosotros el Espíritu,
y él es el agua viva que da el Señor
a quienes creen rectamente en él y le aman Jn 7,39.
y profesan un solo Padre,
que está por encima de todos
a través de todos
y en todos nosotros. Ireneo,
Adv Haer V, 18,2.

Nuestra relación con Dios como Padre hace que el Padre esté por nosotros, a nuestro favor; esté con nosotros, en nuestra compañía, y esté en nosotros, como en su santuario. Esta relación, en términos de adopción, es un concepto privilegia-

do para subrayar el amor, la gracia, la libertad, la dependencia de relación con respecto a Jesús, al Espíritu Santo y al Padre.

Tertuliano,
Apol 20,1: tinguere
in Patrem...

Cf Jn 10,38; 14,11;
17,21.

Col 3,3; Ef 2,4s.
Rm 6,11.
Hch 17, 27-28.

Tertuliano (160 + 220) solía decir que fuimos “*bautizados en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo*”, y sólo cuando cita a San Mateo usa la expresión “*en el nombre del Padre, etc.*” Sabemos que en el lenguaje bíblico el nombre es una forma de referirse a la persona, pero la fórmula bautismal la entendemos muchas veces en sentido de autoridad, de pertenencia, de vinculación, y casi nunca en el sentido de inclusión sugerido por el bautismo: yo te sumerjo “*en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo*”. Dios Tripersonal está en nosotros, y nosotros en Dios. “*sus vidas están escondidas con Cristo en Dios*”, “*pues en él vivimos, nos movemos y existimos*”.

Actividades

- Explica con tus palabras la diferencia de la filiación legal —adopción— y la realidad de la filiación adoptiva por de parte de Dios.

5.6 Principio de incorporación

En la mentalidad hebrea, con especial aplicación en San Pablo, se daba una especie de presupuesto biológico que consistía en pensar que los hijos se encontraban, enteros, como virtualmente dentro del padre. La madre no tenía un papel determinante. Ella era solamente como la tierra donde se desarrollaba la semilla. Al hombre pertenecía abrir el surco, introducir el arado

y sembrar la semilla. La estéril era la que no podía llevar en su seno la semilla ni hacerla crecer. La función de la madre era llevar en su seno al hijo y amamantarlo. Lc 11,27; 23,29.

San Ireneo, Tertuliano y otros Padres de la Iglesia pensaban que así como Dios había hecho a Adán “*de tierra virgen*”, es decir, cuando aún no había sido trabajada por el hombre, así “*el Segundo Adán*” había de nacer “*de una mujer virgen*”, aún no trabajada por el hombre. Ireneo, Adv Haer III, 21,10. Tertuliano, Carn 17,3; 16,5.

Que el hijo era sólo producido por el padre, obviamente no corresponde a nuestra manera de pensar, y tal vez por eso no entendemos algunas conclusiones que para san Pablo eran muy claras. Ahora tenemos otros datos y estamos muy lejos de pensar así. No pensamos que en un hombre estén, como dentro, todos los millones de hijos que podría tener. Es evidente que el hijo, antes de nacer, se encuentra física y biológicamente en su madre; así también, en la mentalidad hebrea, los descendientes se encontraban física y biológicamente en el padre, en concreto, en Adán.

Esa manera de pensar pre-científica es el molde en que se nos trasmite una verdad de tipo teológico. A través de ese supuesto nos llega un mensaje teológico de suma importancia, un verdadero mensaje salvífico. Ese presupuesto lo llamaremos principio de incorporación, y lo podríamos enunciar así: Todos estamos incluidos en Cristo como en nuestro medio vital, por lo que corremos su misma suerte y gozamos de sus mismos derechos. Este principio exige de nuestra parte unidad, comunión y comunicación consciente.

Las expresiones de San Pablo: “*hemos muerto en*
Rm 6, 4-8. *Cristo, fuimos sepultados con él, vivimos con Cristo, o hemos resucitado con Cristo y con él estamos*
Ef 2,6. *sentados a la derecha*”, habrá que entenderlas auxiliados por este principio de incorporación. Lo que sucedió con Cristo, cambiando tiempos, lugares, culturas y personas, es lo mismo que sucederá con nosotros... No podemos afirmar nada sobre Jesús sin que tenga una consecuencia sobre nosotros, debido a nuestra inserción en él. Y todo lo que sucedió en él, ya sucedió como virtualmente, diríamos ahora, para nosotros.

Lo que Pablo quiere expresar no es una fantasía, ni un lance místico, sino una realidad de fe para la vida ordinaria; como podemos constatarlo en su escrito a los colosenses: “*Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones*
Col 1,24. *de Cristo a favor de su cuerpo, que es la Iglesia*”. “*Llevamos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo*”.

Esta concepción no es extraña para el resto del Nuevo Testamento: Estamos insertos en Cristo como los sarmientos en la vid, real y vitalmente. Formamos con él una unidad como los miembros en un solo cuerpo, el ser sus discípulos ya une la idea de estar con Cristo y correr su suerte. Y si somos de Cristo, ya “*somos descendientes de*
Jn 15,1s. *Abraham, herederos según la promesa*”; “*pues los que pertenecen a Cristo han crucificado la carne*
Ga 5,24. *con sus apetencias*”. Por eso dice San Pablo: “*Yo*
Ga 2,20. *he sido crucificado con Cristo*” y en todo momen-

to vivimos en la comunión de su Hijo Jesucristo:
“Fiel es Dios, por quien han sido llamados a la comunión con su Hijo”. I Cor 1,9.

Nos podemos preguntar ¿qué relación es ésta que nos une en una persona?

No es un nirvana o un estado mental o espiritual, pues cuanto más consientes somos de ella tanto más nos personaliza. Cuando dice Pablo: *“Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”*, lo dice un hombre cuya personalidad es una de las más fuertes y definidas de toda la historia. Para Pablo una de las verdades más concretas de su predicación se encuentra en la fórmula: *“Ustedes están en Cristo”* y *“Cristo está en ustedes”*.
 ἐν ἐμοὶ.
 Ga 2,20.
 Cf Ga 4,19; II Cor 13,5; Rm 8,19; Fl 1,20; II Cor 13,3.

El mismo Pablo tratando de explicar su pensamiento acudió a lo que para él era más evidente: Cuando Adán fue formado de tierra, en el paraíso, todos nosotros fuimos formados en él, porque era el padre del género humano y todos somos sus descendientes... solo faltaba que pasaran las generaciones y los siglos y apareceríamos nosotros, como aparece el trigo después de sembrado el grano en tierra fértil. En la semilla está el árbol que va a brotar, pasado el tiempo. En Adán todos estábamos incluidos, como en una matruska están muchas figuritas semejantes a aquélla que las contiene. *“En Adán”* es una imagen física, vital, biológica y, para Pablo, indiscutiblemente real. Por Adán nos vino la muerte, *“pues del mismo modo que en Adán mueren todos”*, y forman con él un cuerpo natural, así, pero mucho más, formamos con Cristo una misma realidad vital. I Cor 15,22.

La muerte, en el supuesto Adán, es una realidad para nosotros, debemos morir porque somos seres humanos de la misma condición de Adán. Éste es el primer término de la comparación, y la muerte y el pecado se explican por nuestra relación de humanidad en Adán. “*Como el hombre —es— de tierra, así son los hombres terrenos*”; nuestra muerte se explica por nuestra inclusión en Adán. En Adán todo el género humano forma una unidad. Dios, al hacer a Adán, hizo a todos los hombres en Adán, y por eso lo que se dice de Adán se aplica a cada hombre en particular. Podríamos decir que nuestra vida estaba escondida en Adán como está escondida la vida del feto en la madre, y que la vida del feto es la vida de la madre y que la vida de la madre es la vida del feto.

Si desde el punto de vista científico e histórico Adán nunca existió como un personaje único y concreto, esto no afecta en nada el pensamiento teológico. La verdad expresada no por eso deja de ser menos cierta e importante.

En el paralelismo que hace San Pablo entre Adán y Cristo, Adán es el primer término de la comparación, “*el Segundo Adán, es Cristo*”, es el segundo término, y goza de más fuerza. Este es el mensaje que a Pablo le interesa transmitir:

- El primer Adán era de tierra y portador de muerte,
- + El Segundo Adán es un *cuerpo espiritual*;
- + *espíritu vivificante, que da vida*,
- El primer Adán es de tierra y terreno,
- + El Segundo viene del cielo;

- Como llevamos la imagen de Adán,
+ llevaremos la imagen de Cristo; I Cor 15,49.
- Estamos en Adán y por eso en la muerte y en el pecado, I Cor 15,22;
Rm 5,12.
- + Pero estamos más en Cristo en la vida y en la gracia. Rm 5,15.
- En Adán estamos materialmente, corporal-
mente unidos, contenidos en él.
- + En Cristo estamos espiritualmente unidos,
contenidos en él y él en nosotros.
- En Adán heredamos el pecado y la desgracia,
+ En Cristo la gracia y la gloria, Rm 5,21.
- En Adán fuimos arrojados del paraíso, Gn 3,23.
- + En Cristo vivimos ya en el paraíso. Col 3,1; Ef 2,6.
- Adán es prototipo del hombre presente: como
él, nosotros.
- + Cristo es prototipo del hombre presente y fu-
turo: como él, nosotros, donde está él estare- Ef 2,6.
mos nosotros.
- Adán, punto de partida, primero y sombra,
+ Cristo, punto de llegada, Segundo Adán, rea- Rm 5,14.
lidad prefigurada.
- Adán es la suma de todos los seres humanos
porque nos encontramos incluidos en él. En Rm 5,12; 16,17.
uno... todos.
- + En Cristo nos encontramos todos los hom- Ga 3,28;
bres incluidos y él es nuestra cabeza. Rm 5, 15-17.
- Con Adán estamos vinculados desde la crea- Rm 5,12.
ción.
- + Con Cristo, desde antes de la creación del Ef 1,3.
mundo.
- Adán es Hijo de Dios, y Dios lo creó en el tiem- Lc 3,38.
po.
- + Cristo es Hijo de Dios, porque Dios lo consti- Rm 1, 3-4.
tuyó por su resurrección, por toda la eternidad.

- Como llevamos la imagen del hombre de tierra —Adán—,
- I Cor 15,49. + Así llevaremos la imagen del hombre celeste —Cristo—.

Rm 8,29s. Y así como somos seres humanos en Adán, que es prototipo del ser humano, así somos hijos en el Hijo, que es prototipo de nuestra relación vital con el Padre Dios. En muchas ocasiones las expresiones “en Cristo y por Cristo” se podrían intercambiar sin trastocar el sentido, pero resulta mucho más expresiva y significativa, cuando se entiende, el uso de la preposición “En” y traduce más fielmente el uso de San Pablo.

Pablo piensa menos en el pasado –Adán–, que en el presente –Cristo–, menos en la figura, que en el figurado; menos en la vida temporal y más en la vida eterna. Pablo está suponiendo una doctrina sobre Adán, fruto de la reflexión judía, y se sirve de ella para hablar de nuestra relación mucho más vinculante con Cristo.

- Rm 5, 12-19. Es interesante advertir la insistencia del Apóstol en que “*en uno*”, en Adán, se dio la desobediencia, y “*en uno*”, en Jesús, la justificación. “*Todos*
Ga 3,28. *ustedes son uno en Cristo*”, sólo en él pueden ser
Col 1,13-14; 20. hallados justos, en él está el perdón, y “*Cristo lo*
Ga 3,28. *es todo en todos*”. “*Ustedes son el cuerpo de Cristo,*
I Cor 12,27. *uno de sus miembros cada uno por su parte*”.

La unidad con Cristo es también unidad entre los hombres y por eso dice San Pablo: “*si pecas*
I Cor 8,12. *contra tu hermano, pecas contra Cristo*”.

Dios al modelar a Adán, modeló a todos los hombres en Adán, e Ireneo decía que nos sigue modelando a todos en el seno materno, y por eso lo que se dice de Adán se aplica a cada hombre en particular. *“Tus manos me han hecho y me han formado”* en el seno materno. Del mismo modo, al glorificar a Cristo y sentarlo a su derecha, nos ha sentado con él, pues, en él seremos glorificados y él en nosotros. Sal 119,73.
Ef 1,20; 2,6.
Jn 17,1s.

San Juan nos dice: *“Comprenderán que yo estoy en mi Padre, y ustedes en mí y yo en ustedes”*; *“Que ellos sean uno en nosotros”*; *“Yo en ellos y tú en mí”*. Así podemos entender que Cristo se consagre al Padre en sus discípulos, que son como su extensión, *“Y por ellos me consagro a ti”*. La expresión máxima de nuestra relación con Jesús la encontramos en san Juan en términos de unidad espiritual con el Hijo eterno de Dios: Jesús vive en nosotros y nosotros en él. *“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”*. Jn 14,20.
Jn 17,21.
Jn 17,23.
Jn 17,19.
Jn 6,56.

Para San Ireneo es hermosa y expresiva la imagen, seguramente tomada de San Pablo, o del evangelio de San Juan, de que nosotros hemos sido injertados en Cristo y formamos una unidad con él, y sin él no podemos hacer nada, ni dar fruto, como el retoño de olivo silvestre, que se injerta en buena cepa y entonces da magnífico fruto. Rm 11,17.
Jn 15,1s.

Esta unidad que todos los seres humanos formamos en Cristo no es una unidad física o moral, sino que las trasciende, es más que éstas, es una unidad espiritual, tan real y eficaz como la

unidad física pero que va más allá, por no estar sujeta al tiempo y al espacio. Es una comunión vital, real, como la que se da entre el cuerpo y sus miembros, una unidad invisible que se manifiesta en sus efectos. No es la relación de la parte con el todo, sino la relación de lo vivo con lo que le da vida. Y esto ya aparece en el Evangelio, en la alegoría de la vid y los retoños, y cuando Jesús dice de sus discípulos que son su madre y sus hermanos.

La comunicación del Padre a Jesús, se proyecta y se prolonga en la comunicación de Jesús a cada uno de los hombres y de sus discípulos, por medio de su Espíritu. “*Yo en ellos y Tú en mí*”, como lo dice San Juan, y Pablo resumirá la vida cristiana en “*vivir en Cristo y Cristo en nosotros*”. “*El pecado ya no domina sobre nosotros, pues ya no estamos bajo el signo de la ley, sino bajo el signo de la gracia*”.

Actividades

- Hacer un cuadro comparativo entre Adán y Cristo, según lo visto en este apartado.
- Hacer un enlistado de contraposiciones entre a Adán y Cristo tomado de Rm 5,12s.
- Investigar en internet la palabra “recapitulación” –en Ireneo, recapitulación–, su relación con este apartado.
- Investigar en un diccionario bíblico el término “inhabitación”.
- Consultar la exégesis de Jn 14,20.

- Hacer una lista de diez enunciados con la preposición “en” como los siguientes:

En Cristo llega Dios a nosotros y nosotros a Dios,

En Cristo nos hacemos gratos al Padre.

En Cristo todos estamos unidos, etc.

5.7 Por nosotros, y por nuestra salvación bajó del cielo

No hay salvación sin Dios tripersonal, Padre de Abraham de Isaac y de Jacob, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro; sin Jesús de Nazaret, hijo de María, y de Dios Padre y por eso Dios y hombre como nosotros, y sin el Espíritu Santo que nos infunde vida temporal y eterna, y nos pone en comunión con Dios. Para poder afirmar nuestra salvación, en qué consiste y cómo somos salvados, es necesario afirmar el misterio trinitario. Porque el misterio trinitario es esencialmente un misterio salvífico.

Recordemos que nuestra comprensión teológica y nuestra vida espiritual dependen del lenguaje, de conceptos, imágenes y experiencias, y casi todos los conceptos y palabras de la Escritura no son los de hoy. Por lo tanto el mensaje bíblico con respecto a nuestra salvación, como con respecto a otras muchas cosas, necesita comprensión histórica, reinterpretación, integración, puntualización, explanación, para poder ser comprendido y vivido en el presente. Aplicado esto al mensaje de nuestra salvación nos vamos ha encontrar con una gran riqueza bíblica y teológica. Todas las imágenes, conceptos y palabras nos dicen algo, pero ninguna nos dice todo. Vienen a ser como

piedras de bóveda que todas juntas sostienen la magnificencia de nuestra salvación.

Los autores sagrados utilizaran gran cantidad de esquemas o imágenes mentales para dar a entender lo que el Padre ha hecho por Jesucristo para nosotros. Algunas imágenes o esquemas han sido tomadas del Antiguo Testamento, y otras, de las primeras prácticas cristinas. Desde luego, para nuestra mentalidad y nuestro tiempo, habrá algunas más comprensibles e inspiradoras que otras, y con respecto a la reflexión teológica, algunas consideraciones teológicas deberán ser superadas.

5.8 Bajó de los cielos

Tomás de Aquino,
S Th q 33 a2;
Senten, III, 6-12.

Lc 15,11. Mc 10,7;
Mt 19,29; Ga 4,7.

Jn 3,18.

La salvación no siempre se entendió como salvación del pecado y de la muerte. Los Padres de la Iglesia la entendieron también, y principalmente como comunión con Dios. Por eso nada podía salvarse si el Verbo no lo había hecho suyo. Y Cristo nos salva haciendo suyo todo lo que es nuestro, y haciendo nuestro todo lo que es suyo. Para Jesús el reino de los cielos no es solamente perdón de los pecados, es ante todo volver a la casa paterna, “*ser hijo y no sirviente*”, y heredero; “*tener vida y tenerla en abundancia*”: tampoco la entiende como un volver al estado imaginario de justicia original.

ἁμαρτία

Al centrar la salvación en el pecado se cae en un hamartiocentrismo —el **pecado** como centro de la vida cristiana, y clave de bóveda para entender la redención— donde el pecado es necesario para que Dios sea salvador. Esta concepción

la hizo suya San Agustín que ve al pecado como algo necesario para que Dios sea salvador, que se regocija de él porque nos mereció tal salvador, y que se necesita el pecado original para que Jesús no sea salvador en vano.

Sermón 174,
Finalidad de la
encarnación.

Santo Tomás creía que la Virgen había de tener pecado para que fuera salvada, y que si se le privaba del pecado original, se le privaba de la salvación. El título más importante de la Virgen es ser la Madre de Dios y por eso, Inmaculada.

S Th III, q 27, a 2.

Pío IX, 1854.

Es sabido por todos que el sentido primario de nuestra salvación es la liberación del pecado. Esto está ampliamente expresado en la Escritura. Lo que es verdaderamente importante, pero no es lo único ni lo principal, sino la comunión con Dios. Como está claro en el evangelio de Juan: *“yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”*. El término vida, como comunión con Dios es extraordinariamente amplio en San Juan y el objetivo de su evangelio.

Hb 9,28; Is 53,12;
I Tm 6,14; Fl 3,20-
21; Hch 3,20-21.

Jn 10,10.

Jn 20,30.

La encarnación no es sólo acción trascendente, es comunión en nuestra vida, nuestro dolor o angustia, es un mensaje sobre Dios, el reino y el hombre; es inclusión en el sufrimiento, la muerte y la resurrección. San Pablo veía tan unido su sufrimiento al de Cristo que lo consideraba como la continuación de su pasión. La muerte le parecía una ganancia, para lograr estar con Cristo. Y la vida eterna no era otra cosa que ser conglorificado con Cristo y así injertado para siempre en Dios. La encarnación abarca todo lo que Jesús es, lo que dijo, hizo y padeció; podríamos decir, que

Fl 1,21.

Rm 6,8; Cl 2,20.

II Cor 4,10.

Jn 14,3.

comprende y une la vida de Dios y del hombre, en la persona de Jesús.

Por medio de Jesús, en primer lugar, y por medio de todo ser humano, Dios se ha incorporado al universo. La línea de energía es la vida humana, con todos sus sabores y sinsabores; y en la vida, en la libertad, y en la libertad, la entrega. Esta tomó su máxima expresión en Jesucristo,

Fl 2,8. *“Obediente hasta la muerte y muerte de cruz”.*

II Cor 8,9. *“Por nosotros se hace pobre, siendo rico, para enriquecernos con su pobreza”.* **Pobreza y riqueza** no significan más que lo que nosotros somos y lo que él es.

πτωχεία—πλοῦτος.

De esta manera podemos sufrir y morir con una gran esperanza fundada en su persona.

A la pregunta de ¿cómo viene el Hijo de Dios? corresponde la respuesta: pequeño y desnudo, como cualquier ser humano. Todavía a muchos cristianos les cuesta más trabajo creer en la humanidad de Jesús “en su empobrecimiento” que en su divinidad. Esto trae como consecuencia que prefieren un Cristo lejano a un Cristo cercano.

Sólo porque el hombre ha pecado, y peca, Cristo y el cristianismo tienen carácter de liberación del pecado para podernos conducir al fin último; Cristo y el cristianismo tienen como fin último llevarnos a la comunión con Dios. Como acción salvífica la encarnación comprende la muerte redentora y la resurrección glorificadora, esto es, que nos lleva a la comunión con Dios.

Vat II GS 22, 1-5.

CAPITULO VI

JESÚS ES EL HIJO DE DIOS

Objetivo: Comprender el significado eterno y universal de la condición humana de Jesús.

6.1 Significado de la expresión

Obviamente este tema está vinculado con el ya visto sobre el Padre, pero ahora lo estudiaremos desde la referencia del Hijo al Padre.

La expresión “*Hijo de Dios*” es un título que damos a Jesús. Con él decimos que Jesús está profundamente vinculado a Dios como Padre. Es un mensaje sobre Dios como Padre y sobre Jesús, el Hijo por excelencia. Sin embargo, esta expresión tiene múltiples limitaciones. Es solamente una manera de hablar con la que nos referimos a una realidad que trasciende nuestro lenguaje porque todo lenguaje, y particularmente el teológico, es metafórico, imperfecto, periférico y analógico.

Jn 20,31.
υἱὸς τοῦ Θεοῦ.

Sobre Jesús afirmamos también otros atributos que vienen a completar el de Hijo de Dios. Decimos, por ejemplo, que Jesús es la expresión total y definitiva de Dios, su *“Palabra”*; decimos que es *“Señor”*, *“Mesías”*, *“La Sabiduría”* y *“El poder de Dios”*, *“Salvador”*, *“Liberador”*, *“Redentor”*, etc.

Si nos preguntamos cuál es el contenido de la expresión Hijo de Dios tendremos que acudir a las vivencias y experiencias humanas. Al llamar a Jesucristo con el título de Hijo, nos referimos a algo muy personal; el hijo nos sitúa ante una persona, y nos habla de un ser personal, y lo vincula a aquel Jesús de la historia y a nuestra vida concreta. De la filiación de Jesús se va a su divinidad y no al revés.

Con la expresión Hijo queremos decir que la relación de Jesús con Dios es la máxima posible y que esta relación supone un modo de ser de Dios y de Jesús, que es un modo de ser referencial. El ser de Dios como Padre, consiste en darse plenamente al Hijo y por Él, por medio de Él, a todos los hombres. El ser de Jesús consiste en ser relación, en proceder del Padre, y también en volver y en darse al Padre. Jesús todo lo ha recibido del Padre y todo lo ha de devolver al Padre: recibe la vida temporal y la devuelve entregando su espíritu, recibe a los discípulos: *“Tuyos eran y Tú me los diste”*, y vuelve por ellos: *“Volveré y los llevaré conmigo”*, recibe el reino y todo poder y lo devolverá en el momento final, todo se puede resumir en que ha salido del Padre y vuelve al Padre.

Lc 1,35.
Jn 19,30; Lc 23,46.
Jn 17,6.
Jn 14 18,28; 17,24.
Cf Mt 28,18; I Cor 15, 24-28; Jn 13,3.

El que Jesús sea el Hijo eterno de Dios, expresa la alteridad: Jesús no es el Padre, y también la

dependencia y la relación de Jesús con respecto al Padre. El punto de partida para saber que en Dios hay tres personas es el que Jesús haya llamado a Dios su Padre de forma particular y ordinaria, aunque no exclusiva, y el que nos haya dado su Espíritu de filiación. Llama la atención que entre todos los títulos que Jesús podría haber escogido para referirse a Dios, inspirado por los salmos o por el reino, haya elegido el de “*Abbá*”.

Decimos que no de forma exclusiva por lo ya visto al hablar de Dios como Padre. Jeremías pone en boca de Dios que se dirige a cada uno del pueblo pecador: “*Es que entonces no me llamabas: Padre mío; el amigo de mi juventud eres tú?*” Jr 3,4.

Como ya quedó dicho, sabemos algo de Dios en sí mismo por el modo en que él se ha revelado, comunicado y entregado en Jesús y en su Espíritu.

Jesús no es simplemente el Dios en general, sino el Hijo. El Verbo de Dios es un hombre particular, más que un vocablo, y es precisamente la expresión de Dios la que se humaniza. Se da una misión, una presencia en el mundo, una realidad que obedece al Plan Salvífico no solamente atribuida a una persona divina, como pudiera atribuirse a cualquier otra, sino peculiar suya, exclusiva y determinante de la Primera y la Segunda Persona. El Padre envía y el Hijo es enviado. Es algo que pasa, que sucede fuera de la vida intradivina, en nuestra historia, no es simplemente acaecer de Dios, sino que le pertenece únicamente al Logos —Palabra—. El cual, por encarnarse, es diferente de las otras personas y Jn 1,1s.

ὁ λόγος σὰρξ
ἐγένετο.

así se nos manifiesta. Con decir que la encarnación es obra de la Trinidad no se disminuye en nada la afirmación que venimos haciendo: que la visualización de Dios se da única y exclusivamente y como propia del Hijo. Una revelación del Padre sin Palabra, sin encarnación del Hijo, sería lo mismo que un hablar sin expresarse. La revelación del Antiguo Testamento la entendieron también los Padres de la Iglesia como hecha por el Hijo y el Espíritu Santo. Y también a la comunicación plena de Dios hecha en su Hijo y por su Hijo Jesucristo. *“Por más vil que fuera el lodo —el ser humano—, era capaz de expresarlo. Por el hombre y el barro se pensaba en el Cristo futuro, y en la Palabra hecha carne, cuando en ese momento apenas era tierra”.*

Tertuliano,
Res 6,3.

Dz-H 125.
ἐκ τῆς οὐσίας τοῦ
Πατρὸς.

Jesús es el Hijo de Dios significa que es en todo Igual al Padre, *“consustancial y de la misma naturaleza”*, se dirá en el concilio de Nicea. Todas las imágenes, metáforas y comparaciones llegarán a ese punto como al vértice.

Pero ¿qué significa eso de *“la misma naturaleza del Padre”*? *“Verdaderamente Dios y verdaderamente hombre”*, como Dios, en todo semejante al Padre, menos en el hecho de ser *“El Hijo”*; y como hombre, en todo semejante a nosotros, menos en el hecho de ser en sí mismo y existencialmente, Dios como el Padre. Trataremos siempre de uno y el mismo Jesús, un solo ser, una misma entidad y una misma persona. Pero qué significa eso de que Jesús de Nazaret, aun en su vida temporal sea Dios como el Padre y tenga la misma naturaleza divina, y no una naturaleza dismi-

nuida, participada, concedida, derivada, no una mera semejanza.

Habrá que hacer notar algunas cosas: la naturaleza divina y la humana, como naturalezas las llamamos con la misma palabra, pero no son iguales, aunque las dos sean verdaderas: Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Pero  cu l es la función de la condición divina de Jesús? Ciertamente no fue revelarlo abiertamente como Dios. Esa fue la tentación del Demonio: “Si —Tú— *eres el Hijo de Dios*” mani  state. Y, de alguna manera, también la pregunta de Juan el Bautista: “ Eres t  el que había de venir o debemos esperar a otro?”. Mt, 4,1s;
Lc 4, 1-13.
Lc 7,20.

La función, por decirlo así, de la condición divina, igual que la del Padre, es originante, fundante, determinante, impelente, unificante, plenificante, y al mismo tiempo, invisible, incomprensible en su plenitud. Y un punto, que para ponerlo de relieve lo digo aparte, es comunicable. Del Padre al Hijo, en primer lugar, y de manera plena, y por el Hijo a todos los hombres y, de algún modo, a toda la creación. La naturaleza divina comprende todos los atributos revelados —y no revelados— de la condición divina, de Dios. Todo esto es lo que queremos decir al afirmar que creemos en Jesucristo como “verdadero” Dios.

Θε ν αληθιν ν.

Pero Dios encarnado, eso quiere decir, abajado, adaptado, condicionado, en estado de “  nosis”,  -  νωσεν. que diría San Pablo. Hecho hombre, siervo y obediente hasta la cruz. Fl 2,6s.

Y por lo tanto la naturaleza humana, es una realidad, desde luego no física, pero que representa o se refiere a lo que todos los seres humanos tenemos de iguales y de típicos y personalmente humanos.

El ser humano, o la naturaleza humana, en su concreción, es una realidad creada, que exige un fundamento o razón de ser, impulsada por un principio interior —que lo hace y lo invita a la libertad—, no dejado solamente a la ley de la gravedad indeterminada o por determinar, es decir, libre, automodelable, en cuanto a su ser y su modo de ser para el futuro, llamado a una plenitud inexistente si atendemos solamente a lo espacio temporal, invitado a la unidad en sí mismo, con los demás y con Dios. Visible, por ser espacio temporal y condicionado. La naturaleza humana no es solamente un concepto, es la forma conceptual en que nos referimos a todos los hombres, de todos los tiempos y en todos los lugares, condicionamientos y culturas. La naturaleza humana exige necesariamente concreción, porque de lo particular es de donde surge la abstracción, pero también porque no puede darse si no es en lo concreto.

Conviene hacer notar que la naturaleza divina y humana de Jesús, no se contraponen —no se han de contraponer—, ni se excluyen —no se han de excluir—, ni se separan —no se han de separar—, están perfectamente unidas, —se han de unir perfectamente sin limitarse—, más aún una es la condición de posibilidad de la otra. Por lo

ya visto, tampoco se han de igualar. Dios como Dios y el hombre como hombre. Dz-H 301, año 451.

Entre los romanos, los emperadores se creían dioses. Pero, ¿qué es lo que hacía que se creyeran dioses? Que un emperador tan cruel y tan vil como Calígula se hiciera adorar como Dios, nos resulta ahora incomprensible. ¿Qué idea tenían de Dios? ¿Por qué se creían dioses?

Para los emperadores y sus súbditos, la vida dependía de los dioses, el bienestar, la paz y la prosperidad. Los dioses tenían derecho a dar la vida y a quitarla, ellos juzgaban a hombres, mujeres y niños y eran la última instancia. Podían destruir y aniquilar, así como hacerse temer y odiar. Los dioses no tenían qué ver con lo que ahora llamamos el bien, la verdad y la virtud. Para ellos era virtud la crueldad; la falta de compasión era heroísmo, y la misericordia era debilidad de corazón y de energía. Los emperadores-dioses hacían lo que querían, y en el orden moral no había ninguna ley que los limitara.

Jesús, no solamente es lo contrario de todo eso, sino lo absolutamente opuesto. Él había venido a anunciar el reino de Dios, no el suyo propio, había venido a servir, no a ser servido, a obedecer y no a mandar, a recoger los frutos de la viña amada, finalmente a entregarlo todo con su vida.

Mt 6,10; 20,28;
26,39.

Mt 21,33s; Is 5, 1-7;
Jn 20,30; Ga 2,20;
Fl 2,8.

Siempre se sentía Hijo de Dios y vivía en referencia a su Padre celestial, en sentido de obediencia, en sentido de procedencia, en sentido de creatura ante Dios, que es su Creador y Padre, en sentido de misión, enviado de Dios, en sen-

Lc 2,49.
Jn 4,34.

Mc 1 22,27; tido mesiánico, con poder y autoridad y, sobre
Mt 5,22s. todo, en sentido escatológico, es decir como últi-
mo profeta que dice la última palabra. Nunca en
Ap 21,6. sentido genital, lo que sería aberrante para Jesús
y todo israelita.

Siendo el Hijo desde toda la eternidad, en el
Rm 1,4; Fl 2,11; tiempo lo vivió y experimentó cada día y quedó
Hch 2,36. constituido Señor y Mesías por su resurrección.

La fe en Jesús uno y único, pero con dos natura-
lezas, no implica que haya habido en él dos suje-
tos de acción y atribución, sino uno solo, porque
Cf Dz-H 301, era “uno y el mismo”, pero “*abajado*”, expresado,
Calcedonia. fundamentando y sosteniendo su persona huma-
na en proceso de crecimiento y desarrollo.
Lc 2, 40,52;
Cf Fl 2,6; Ef 4,15.

La condición humana y divina de Jesús no dis-
minuye en nada su auténtico ser trascendente de
Hijo eterno de Dios, pero hecho hombre, en nues-
tro tiempo, espacio, cultura y condicionamientos.
Hb 4,15. “*En todo semejante a los hombres, menos en el pe-*
I Tm 2,5. *cado*”. “*Cristo Jesús, —que es— hombre también*”.
Fl 2,7. “*Semejante a los hombres, y en su porte como hom-*
bre”. Durante su vida temporal la persona divina
de Jesús se encuentra en situación de “*kénosis*”,
Ef 2,6s. es decir, de abajamiento. La condición humana
de Jesús es la expresión perfecta, completa y ple-
na de su condición divina. Nada de la condición
divina queda sin encarnarse.

La virginidad de María no hace a Jesús Hijo de
Dios en sentido sexual. —Muchos padres de la
Iglesia vieron en la virginidad de María y en la
concepción por el Espíritu un signo, y hasta una
prueba, de la filiación especial y única de Jesús.

En el evangelio de Lucas más bien parece tener sentido mesiánico y no referirse a la generación eterna de Jesús—.

La personalidad de Jesús se ha de entender desde su identidad, desde su misión de anunciar el Reino, se captaba a sí mismo como el Hijo de Dios enviado, Mesías-Hijo. Habrá que entender la persona de Jesús no solo a partir de su origen, sino también a partir de su misión y de su historia concreta; es esta la que nos revela en verdad quién es Jesús desde el principio. Lc 4,21.

Su filiación tanto humana como divina era algo que procedía de la paternidad de Dios y de su bondad y amor.

Jesús no hacía distinción entre Hijo de Dios por naturaleza e hijo de Dios por adopción. Esta última diferenciación se hizo en el contexto de la fe, que distingue a Jesús como portador del Reino y, después de la resurrección, como cabeza, primicia y primogénito con respecto a todo ser humano. Rm 1,4.

Poco después de su resurrección se comprenderá, y lo expresará San Juan, que la misión de Jesús no se le comunica en un momento preciso, como sucede con los profetas. En Juan, la misión no se reduce a un quehacer concreto. Su misión implica la vida entera, es un ascenso y un descenso. *“Nadie ha subido al cielo sino el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo”*. La idea de misión en el Evangelio de Juan es particularmente importante: Jesús es el enviado del Padre. Jn 6,53.
Jn 3,17; 4,34;
6, 29,38,44,57; 7,
28-29; 8,16,18,26,29;
9,4; 11,42; 12, 44-
45,49; 13,20.

La fe en Jesús como Hijo de Dios, Dios con nosotros, Dios y Señor, Gran Dios y Salvador, son expresiones y títulos que pertenecen claramente a la predicación apostólica. El evangelio de Juan, especialmente rico en el mensaje trinitario, sin desconocer las muchas aportaciones históricas que puede tener, es el evangelio más teológico y el que tuvo más impacto en las definiciones trinitarias. El evangelio lo escribe para *“que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”*. Lo más natural sería pensar que aquí “Hijo de Dios” es un título mesiánico, sinónimo de “*el Cristo*”, pero más bien habrá que pensar en la extensión y significado que el evangelista ha dado al término “*Hijo de Dios*” en todo su evangelio, porque se trata de una perícopa conclusiva.

Jn 7,29; 10,15; 1, 8-9; 9,5; 14,6; 11,25. En los sinópticos, Cristo anuncia y realiza el Reino, predica y actualiza la Buena Nueva; en Juan, da testimonio de lo que ve en el Padre. Sólo él conoce al Padre, como el Padre lo conoce a él. Su persona es la luz, y la verdad. También, “*Resurrección y vida*”. Por eso su misión es la de dar testimonio. Para Juan, el objeto del testimonio de Jesús es su propio misterio y el misterio del Padre.

El Padre, que envía, da testimonio de Cristo.

Jn 5,37. “*El Padre, que me ha enviado, es el que ha dado testimonio de mí*”. “*También da testimonio de mí*
Jn 8,18. *el Padre que me envió*”.

El testimonio viene dado por la verdad de su mensaje,
Por la eficacia de su palabra,

Por su entrega misma, que es la visualización del Padre,

Por su compasión y amor, en los milagros,

Por su misericordia en sus palabras y actuación.

Jesús como Hijo de Dios encarnado, enviado al mundo, “*despojado de sí mismo*”, humillado, durante toda su vida temporal,

Jn 1,14; 3,16; 8,42;
Fl 2,7.

Es obediente al Padre, y en ese sentido “*siervo*”,

Jn 8,29; 14, 31.

Es portador del mensaje del Padre,

Jn 8,38; 16,25.

De él recibe su poder y autoridad,

Jn 10, 29.

Él ignora lo que el Padre sabe,

Mt 24,36.

Es inferior al Padre, que es su Dios,

Jn 14,28; 17,34.

El Padre es mayor que él,

Jn 14,28.

Jesús vive por el Padre,

Jn 6,57.

Se siente abandonado por el Padre.

Mc 15,34; Lc 22,41.

Todo esto hizo pensar a herejes y también a algunos Padres de la Iglesia, como Teófilo de Antioquia, Ireneo, Hipólito, Tertuliano, que Jesús, no sólo durante su vida temporal —como es la doctrina de la Iglesia—, sino también en su vida eterna, estaba subordinado al Padre, y en cuanto Hijo era inferior al Padre —lo que no es la fe de la Iglesia—.

Jesús, “*siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se **despojó** de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo **en su porte** como hombre; y se **humilló** a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*”...

ἐκένωσεν.

σχῆματι.

εταπείνωσεν.

Fl 2, 6-8.

La Historia de la Salvación, que es el punto de partida para conocer a Dios en sí mismo y lo que hace por los hombres, no se acabó con la muerte de Jesús; la resurrección y exaltación de Jesús y la predicación de la Iglesia primitiva, son parte integrante y esencial de esa Historia.

ὑπερύψωσεν. *Por lo cual Dios le **exaltó**
y le otorgó el Nombre,
que está sobre todo nombre
para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese*
κυρίως. *que Cristo Jesús es **Señor**,*
Fl 2, 9-11. *para gloria de Dios Padre*

La filiación de Jesús, en su vida temporal, supone abajamiento, pero no en su vida eterna, por ser de la misma esencia, sustancia y naturaleza que el Padre. Su filiación divina no es igual que la filiación humana, donde sí se da subordinación, mayoría de edad por parte del padre, saber y autoridad.

Jesús, como Dios encarnado, como “*Hijo del hombre*”, como hijo, “*según se creía*”, de José y María es al mismo tiempo el Hijo eterno de Dios. Su filiación humana y el haber vivido la experiencia de Dios como “*Abbá*”, y de sí mismo como Hijo amado, vinculado al hecho de la resurrección, revela su condición divina de Hijo eterno de Dios. Su condición de Hijo revela la condición del Padre. El don de Jesús revela el don del Padre. El amor de Jesús revela el amor del Padre.

“Todos vieron en el Hijo al Padre”, decía Ireneo; y “quien me ve a mí, ve al Padre”, escribió San Juan. Jn 14,9; 12,45.

El evangelista ve en Jesús una especie de repetidor de las palabras del Padre: *“Las palabras que yo hablo, las hablo como el Padre me las ha dicho a mí”*. El Padre nos da la vida por su Hijo y en su Hijo Jesús. Jn 12,50.
Jn 17, 1-2; 3,16.

La fe cristiana tiene como punto central, esencial y específico la fe en Jesús, como Hijo eterno de Dios hecho Hombre. Por eso escribe Juan: *“Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo posee también al Padre”*. I Jn 2,23.

Lo que se da en Jesús es todo el ser divino del Padre, sólo que en cuanto Dios-encarnado viene en la historia y proviene del Padre, y porque en su ser procede del Padre, lo llamamos Hijo. Y con nuestro lenguaje y figuras humanas tocamos algo esencial e íntimo del ser divino: su ser trinitario. La posibilidad de expresarse de Dios reside en su ser tripersonal, en expresarse a través de su Palabra y de la vida, en expresarse de hecho en Jesús. El Hijo sucede fuera... y revela lo que sucede dentro, es decir en Dios mismo. Por eso podemos decir algo cierto sobre la vida y el modo de ser de Dios, porque nos ha revelado con obras y palabras su forma de ser, lo que es, y por eso podemos decir que Dios es uno, y único, y al mismo tiempo tripersonal.

Actividades

- Léase Dz-H 681.
- A modo de oración

Señor, tu Apóstol ha dicho de ti que en la eternidad *“estabas en la figura de Dios”*, Hijo del Padre, imagen exacta de su santidad y compañero de su gloria. Pero Tú no has considerado *“el ser semejante a Dios”* como algo usurpado, sino que generosamente *“te desprendes de ti mismo”*. *“Tú has tomado la figura de siervo, has aparecido a imagen del hombre, de quien primero fuiste modelo, y en todos tus actos has sido considerado verdadero hombre. Te has rebajado a ti mismo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz”*. Tú has llegado hasta los hombres alejados de Dios. Tú has bajado hasta lo hondo del extravío y contigo nos has vuelto a llevar a casa. Por eso *“también Dios te ha elevado tan alto, y te ha dado el nombre que está sobre todo nombre, de modo que ante tu nombre se doble toda rodilla, y toda lengua confiese que Tú, Jesucristo, eres el Señor”*. Por eso yo también doblo mi rodilla ante tu nombre, y reconozco que tú eres mi Señor, Redentor, Salvador y Glorificador.

Fl 2, 9-11.
R Guardini,
Oraciones Teológicas.

6.2 Que significa para nosotros que Jesús sea el Hijo de Dios

Al afirmar la filiación divina de Jesús, queremos subrayar primero la pertenencia total e íntima de Jesús a Dios, el profundo significado de Jesús para los hombres como elemento de comunión con el Padre, la entrega total y única de Dios a Jesús, y en Jesús y, por último, queremos hablar de Dios como aquél que se nos da todo y a sí mismo en Jesús.

Jesús pertenece de tal forma a Dios que es imposible hablar de Dios sin referirnos a Jesús y

no cabe en la vida una entrega de Dios más inmediata y más completa que la hecha en Jesús, y al mismo tiempo que no hay comunicación con Dios capaz de superar la ya hecha en su Hijo.

El ser hombre más que algo esencial —propio de una naturaleza— es algo dinámico y por realizarse; de la misma manera que Dios se fue manifestando poco a poco, de forma progresiva y dinámica, a lo largo de la historia, así Jesús fue manifestándose y “*creciendo*” poco a poco y se hizo “un hombre”. Habrá que evitar todo tipo de “adopcionismo”: que Jesús llega a ser lo que no era; como si por sus méritos llegara a ser el Hijo de Dios. El atributo de “*Hijo de Dios*” de Jesús debe ser entendido no sólo de manera atemporal y estática, sino en sentido histórico y dinámico, como todo ser humano, en el mismo sentido en que afirmamos que un niño es un hombre y al mismo tiempo se hace un hombre.

Lc 2,40 y 52.
Jn 3,30.

υἱὸς τοῦ Θεοῦ.

Desde el principio el hombre y la mujer han sido creados a imagen y semejanza del Hijo de Dios, aun en su condición corporal, aun en la carne que fue lo configurado como plasma —plastilina—. El tema de la carne configurada por Cristo, desde el origen del mundo, es un punto ampliamente desarrollado por San Ireneo.

Ad Haer IV, 33,4.

El gran don de Jesús con su encarnación, como nos lo presenta San Juan en el Prólogo del Evangelio, es el “*poder*” que nos ha dado “*de llegar a ser hijos de Dios*”. Donde *poder* no significa un título jurídico, sino una dignidad establecida y adquirida como fruto de creer en su nombre. La filiación de todos los que aceptan a Jesús viene

ἐξουσίαν.
Jn 1,12.

siendo una verdadera santificación o divinización, que consiste en la participación con Cristo de la vida divina.

Jn 17,26. La filiación adoptiva es una forma de participación en el misterio trinitario. Por nuestra filiación y nuestra aceptación de Cristo contamos con el amor del Padre, y con un amor que es participación del mismo amor a Cristo. Nuestra filiación y la vida divina vivida en Dios, subsiguiente a nuestra vida humana, no es otra cosa que vida de Dios vivida al lado de Cristo y del Padre. Dicho con las expresiones y metáforas de San Pablo, estaremos también nosotros, con Cristo y en Cristo, sentados a la derecha del Padre, *“Nos vivificó juntamente con Cristo y con él nos resucitó y con él nos hizo sentar en los cielos”*. Esa vida del Padre y del Hijo se da en nosotros y es el Espíritu Santo. Por eso la vida eterna es la participación de la vida trinitaria.

Ef 2, 5-6; Ap 3,21;
Mt 19,28.

Jn 14,26; 16, 14-15.

Jn 17, 3,24; 14,3;
12,26.

Ga 4,6. *“La prueba de que son hijos de Dios es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo”*.

Jn 1,13. ¿Pero cómo podemos ser hijos de Dios? ¿En qué sentido? No es por un nacimiento, no nacen de *“carne o sangre”*, términos que designan la debilidad humana, *“ni de deseo de varón”*, por iniciativa humana, sino que los que aceptan o reciben a Jesús, *“nacen de Dios”*. La Biblia de Jerusalén ve en estos versículos una alusión al nacimiento virginal de Jesús, pero muchos exégetas creen que se refiere *“a los que lo recibieron y creen en su nombre”*.

Nacen por el designio eterno de Dios de incorporar a los seres humanos uniéndolos, en Jesús, a la vida eterna e intratrinitaria. San Pablo dice: *“Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el Primogénito entre muchos hermanos”*. Rm 8,29.

E Ireneo comenta: *“¿Cómo podríamos nosotros participar de la filiación adoptiva de Dios si no hubiéramos recibido la comunión con su Hijo”*. Ireneo, Adv Haer III, 18,7. Sólo así podremos estar donde él está y participar de su gloria, y ser objetos del amor del Padre, y sujetos incluidos en Dios a la vida Trinitaria.

La vida eterna no es en una ciudad maravillosa, ni un banquete eterno, sino una vida en Dios trinitario prácticamente inimaginable.

Los cristianos vuelven a nacer, por su fe en Cristo: *“Nacer de lo alto”*, de Dios, no significa volver al seno materno, como pensaba Nicodemo, sino participar del Espíritu de Jesús; *“lo nacido de la carne es carne; lo nacido del Espíritu es vida”*. Jn 3,16; I Jn 2,29; 3,9; 4,7; 5, 4.18.

“Pues todos son hijos de Dios, por la fe en Cristo Jesús”. Ga 3,26.

A los que no aceptan a Jesús, éste les responde en el Evangelio de Juan: *“Si Dios fuera su Padre, me amarían a mí, porque yo he salido y vengo de Dios”*. Jn 8,42.

“Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, ... para que recibiéramos la filiación adoptiva”. Ga 4, 4-5.

“La prueba de que son hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama “Abbá, Padre”. De modo que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero por voluntad de Dios”.

Ga 4,6.

κληρονόμοι. *“Y si somos hijos, también **herederos**: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados”.*

Rm 8,17.

Mt 5, 5.9; 13,47;

Jn 3,5; Mt 20,1

La condición de hijo de Dios es participación de la filiación de Jesús, es don del reino y es propia de los discípulos; el ser hijo de Dios, a los ojos de Jesús, es fruto de la aceptación del reino principalmente, y no una consecuencia de la creación solamente. *“Amen a sus enemigos...para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos”.*

Mt 5,45.

Jn 1,14; 2, 11; 12,41;

Lc 2,9; 9,32.

Los discípulos son los que *“han visto su gloria”*. La gloria de Jesús, como la gloria de Dios, significa: poder, autoridad, presencia, que es objeto de admiración y veneración. Los discípulos han visto la gloria de Jesús, pero también la gloria del Padre en la persona de Jesús.

Mt 6,8.32; Lc 12,30.

Cf J Jeremías, Teol
Del NT p 215.

La filiación da seguridad en esta vida porque el Padre sabe lo que sus hijos necesitan. Es como una madre que se ocupa más del hijo que más la necesita. A los más pequeños es a los que Dios más protege.

Mt 7,11; Lc 11,13;

Rm 8,15.

Podemos afirmar que la filiación es el don máximo del reino, el don que compendia todos los otros dones. La filiación de Jesús la vieron los Padres como la recapitulación de su mensaje, y

nuestra filiación, que es consecuencia de la suya, vendría siendo la recapitulación del mensaje de Jesús para nosotros.

*El Logos de Dios se hizo hombre,
asemejándose al hombre
y asemejando el hombre a sí,
para que mediante la semejanza con el Hijo
se haga el hombre digno del amor del Padre.*

Ireneo,
Adv Haer V,16,2.

Al decir que somos “*partícipes de la naturaleza divina*” lo entendemos como una participación de lo que Dios es, es decir, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Hay que notar que esa participación se da en el Hijo, y por Jesucristo, por quien el Padre se comunica. Así pues, como decía San Agustín, somos hijos en el Hijo. Nuestra relación con Dios es la de un hijo porque Jesucristo es el Hijo de quien recibimos la vida en nuestra condición natural de seres vivos. A Jesús el Padre se comunica en su plenitud, y a los hombres, por su comunión con Cristo. De ahí que toda nuestra relación con Dios sea implícitamente trinitaria y cristocéntrica, aunque de nuestra parte no sea consciente.

II P 1,4.

Al decir que Jesús es el Hijo de Dios no solamente hablamos de El, sino que decimos también algo sobre nosotros mismos. La referencia de Jesús al Padre es la fuente de nuestra propia referencia. Jesús es Hijo de Dios en una relación no solamente con el Padre, sino con todos los hombres. Al llamar a Jesús Hijo de Dios nos referimos a todos los hombres que estamos vinculados con él. El título de Primogénito que San Lucas y San Pablo dan a Jesús hace relación a la prioridad de su comunión con Dios, pero también con todos

Lc 2,7; Rm 8,9; Ap 1,5; Col 1,18; 1,15. los hombres vivos y muertos, y con la creación entera.

Jesús contrapone la condición de sirviente a la de hijo:
Jn 8,27s.

El siervo

- entra y sale a casa, no es de casa,
- está mientras se le paga,
- tiene obligaciones de trato y trabajo con sus amos,
- Lc 10,7. - debe ser diligente,
- Lc 17,7. - debe ser bueno,
- si no está contento puede irse, es su derecho,
- Lc 16,2; Jn 8,35. - puede ser despedido,
- la recompensa de su trabajo es el salario,
- no tiene derechos de familia, no hay lazos de amor, sus derechos y obligaciones son de obrero,
- Mt 25,24. - no es libre mientras trabaja,
- Cf Rm 8,14. - vive en el temor de ser despedido,
- Cf Jn 15,15. - en el desconocimiento de la voluntad del amo,

El hijo

- Lc 15,31; Jn 8,35. o permanece en casa, porque le pertenece, "*permanece para siempre*",
- o tiene derechos de familia,
- o es una dignidad y honor —las sandalias y el anillo eran signo de dignidad y honor—,
- Lc 15,22. o todo le pertenece,
- Lc 15,31. o y es heredero,
- Lc 20,14; Ga 4,7; Rm 8,17. o no puede ser expulsado,
- Jn 8,35. o no teme,
- Rm 8,15. o no tiene recompensas inmediatas,
- Lc 15,31. o no tiene que ser bueno, diligente o perfecto,
- Mt 21,29.

- o la casa le pertenece y debe ser responsable, Mt 21,28.
- o dispone de sí mismo, Lc 15,11s.
- o piensa por sí mismo, aunque se equivoque,
- o decide por sí mismo, aunque decida mal,
- o el hijo es libre, con la libertad de los padres, Ga 4,6.
- o todo les pertenece a todos,
- o el padre con los hijos vive en comunión de vida: duermen, trabajan, comen, oran, celebran y descansan juntos, Lc 11,7.
- o corren la misma suerte. I Jn 2,25s.

El primogénito

- o Pertenece a Dios de modo especial, Ex 13, 11-15; 22,28; 34,30.
- o Le corresponde una bendición que lo caracteriza, Gn 27, 33-36.
- o El mayor tiene la misma autoridad del padre, Jn 8,36.
- o Representa, defiende y protege a todos los hermanos,
- o Puede dar la libertad a un esclavo o despedir a un sirviente pero el mayor tiene la posesión de todo, para administrarlo, es el "Titular", Jn 8,36. Lc 15,31; Rm 8,29; Sal 89,27; Jn 3,35; I Cor 15,24.
- o Tiene poder de dominio y decisión,
- o El hijo sabe lo que el padre quiere, Jn 4,53; Hch 10,2; 11,14; 18,8;
- o El hijo actúa como el padre, I Cor 1,16.
- o Porque todo lo ha aprendido del padre. Jn 8,36; 5,19-20.

Dada la autoridad e importancia del Hijo mayor, *"si el Hijo te libera, serás verdaderamente libre"* Participamos de la filiación de Jesús, y por eso también de su libertad. La libertad que da Jesús es ante el pecado y ante la ley, y nos libera de nosotros mismos, de nuestra condición de debilidad, dolor, sufrimiento y muerte; del Demonio, es decir, de todo mal. Su salvación y su don principal es hacernos partícipes de su filiación, Jn 8,36. Jn 8,33. Jn 8,44.

por eso la salvación tiene carácter de “herencia” y nosotros, de “herederos”.

Entre “los hermanos” no debe darse falta de unidad, porque los une el padre, los une el hijo mayor, los une la casa habitación o casa paterna, y los une la “herencia”, es decir, los une el Padre, el Hijo, el Espíritu, el mundo y la vida eterna.

Jn 8,35s; Rm 8,29. Esta imagen de la familia y del hijo mayor sirve a Juan y a Pablo para hablar de la relación privilegiada y única de Jesús con respecto al Padre; Jesús es el Primogénito, el Unigénito, el Hijo muy amado, en quien están puestas las complacencias del Padre. A los padres de la Iglesia, en concreto a Tertuliano, les servirá la imagen de la familia para hablar del Hijo, como diferente y semejante al Padre en dignidad y autoridad.

Lc 10,7; 16,10. Cuando Jesús compara a los discípulos con obreros, sirvientes o esclavos no es para hablar de su naturaleza o condición en el Reino, sino más bien para hablar de sus derechos, obligaciones y responsabilidades.

Lc 16,8; Jn 8,44. De la relación de hijo a padre se dan también otras analogías. Hay hijos de la luz, de las tinieblas, de este mundo, del diablo porque es mentiroso y padre de la mentira.
I Jn 2,21.

II P 1,4. Hombres y mujeres son más que sólo hijos o hijas adoptivas de Dios porque participan de la naturaleza divina, al ser incorporados a Jesucristo y estar llamados a participar de su resurrección. Nuestra participación de la vida divina es gracia absoluta que se nos da al participar de la filiación de Jesús.
Rm 8,29.

N.B.

Se da, entre los israelitas, un fuerte sentido de familia, tanto que la conversión a la fe del padre o del hijo mayor implica la de toda la familia.

Jn 4,53; Hch 10,2;
11,14; 18,8;
I Cor 1,16.

Actividades

- En las parábolas de sirvientes Mt 22,26s, buscar sus características.
- De la misma manera buscar las diferencias con los hijos.
- Lee el texto de Rm 13, 8-14 y explica en qué consiste ser hijos de Dios.
- Hacer una lista de enunciados que compendien este apartado, por ejemplo:

Somos hijos y no esclavos, ni empleados, ni sirvientes.

Dios es Padre, pero no amo, ni capataz, ni rey.

Dios es Padre de hijos adultos... que tienen en él la confianza y seguridad de los niños.

El infantilismo espiritual no es ninguna virtud.

–Ver en el Evangelio las veces que sale la palabra “*primogénito*”, e investigar su sentido–.

6.3 Jesús es Dios con el Padre y el Espíritu Santo

La experiencia postpascual de los discípulos se convierte en una convicción, en un credo. Jesús no es el Padre, pero es igual al Padre, en poder, autoridad, dominio y señorío. Es para ellos la visualización del Padre. Así como fue Jesús, así es el Padre, es decir, Dios.

Para los cristianos, Jesús es Dios mismo que habla por él, y en él se manifiesta a los hombres; más aún, no sólo en Jesús se hace visible el Dios invisible, sino que por medio de Jesús Dios hace todas las cosas visibles e invisibles. Jesús es la fuerza y el poder de Dios que crea, salva y hace cuanto toca hacer a Dios. En Jesús se nos ha dado Dios con toda su fuerza. Sin subestimar el valor de lo concreto y particular, sino confirmándolo, creer en Jesús de Nazaret equivale a creer que su significado trasciende el de una vida particular de 33 años y que lo más absoluto de los valores humanos se nos ha dado de forma plena en lo concreto de Jesús.

Lc 3,23.

La divinidad de Jesús no es un dato directamente experimentado, no pertenece al orden de lo fenomenológico. Es una afirmación de la fe sobre la persona de Jesús, directamente revelada por Dios. *“Esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*. Con esta expresión San Mateo declara el origen de la fe en Jesús; aunque el acontecimiento concreto y la confesión de Pedro puedan tener distintas interpretaciones.

Mt 16,17.

La fe en Jesús no consiste en algo que se capta, sino en algo que se acepta; la fe en Jesús fue una interpretación de lo que se captó a través de los sentidos. Y esa realidad captada —la persona de Jesús— puede ser interpretada de múltiples maneras. De hecho, muchos contemporáneos de Jesús vieron lo que Jesús hacía y oyeron lo que decía, y sin embargo no sólo no interpretaron su persona en la línea de la fe, sino que lo tuvieron

por loco y endemoniado. En el evangelio de Juan aparece como blasfemo y digno de muerte, *“por- que siendo hombre te haces a ti mismo Dios”*. Mc 3,21; Mt 9,34. Jn 10,33 y 39; 5,18.

La fe cristiana es una forma de interpretar la vida, la persona y los misterios de Jesús. Por eso podemos decir que creer que Jesucristo es Dios es un acto de entera libertad. Nada fuerza a creer en Él. En realidad, ningún argumento es contundente. La divinidad de Jesús no es algo evidente. Por otro lado, los textos bíblicos expresan la fe de la Iglesia primitiva, apostólica, no necesariamente las mismas palabras de Jesús.

Las razones en las que se ha apoyado la fe en la divinidad de Jesús son las siguientes:

+ Jesús tenía una autoridad que superaba la de Moisés y los profetas y que convenía sólo a Dios; por eso se presentó también con exigencias absolutas.

+ Tenía poder para hacer milagros. Por Jesús y en Jesús llegó el reino escatológico de Dios. Los hechos salvíficos del fin de los tiempos acontecieron en Jesús. Fueron hechos que manifestaron quién era Jesús. *“Si expulso a los demonios por el dedo de Dios, es porque, sin duda, el reino de Dios ha llegado a ustedes”*. Lc 11,20.

+ Jesús ha dado a entender que en su amor y misericordia, en su perdón a los pecadores y amor a los marginados ya estaba presente el reino de Dios; y Dios mismo.

+ Perdonaba los pecados. En la convicción judía, sólo Dios podía perdonar los pecados.

+ Jesús es Dios por haber sido concebido milagrosamente, y en virtud del Espíritu Santo, y en una mujer virgen.

+ Porque se atribuyó, o se le atribuyó, aquello que pertenece al Padre, como dar vida.
Jn 1,4; 5,21; 14,1.

Su honor y gloria dan testimonio de su identidad. Jesús pasando por su vida, pasión y muerte, Mc 16,19. *“está sentado a la derecha del Padre”*, lo que significa igualdad con Dios.

En ningún pasaje del Nuevo Testamento se intenta afirmar la divinidad de Jesús en sentido esencial, ni aparece en el Evangelio una identidad entre Jesús y Dios. La expresión de San Jn 10,30. Juan: *“Mi Padre y yo somos la misma cosa”*, no tiene sentido esencialista sino sentido referencial, y pertenece a la fe de Iglesia primitiva que desde el origen incluía a Jesús en Dios, se trata de unidad de pensamiento y acción. La palabra Jn 1,1. *“cosa o realidad”* no significa el mismo; Jesús no dice mi Padre y yo somos el mismo, sino somos lo mismo, como si dijera: lo que concede el Padre, lo concedo yo; lo que hace el Padre, lo hago también yo, quien me ve a mi ve al Padre, donde Jn 14,10 y 18; 16,23; 5,17. estoy yo está el Padre.

Jn 20,28. Cuando se llama a Jesús: *“Señor mío y Dios mío”*, como conclusión en el Evangelio de Juan, se le está vinculando a Dios y al creyente, pero no se está afirmando que Dios y Jesús sean lo mismo. No se dice Dios es Jesús, pero sí se dice que Jesús es Dios. Es decir que Jesús es la expresión, el don, la comunicación de Dios. El esquema de Padre e Hijo refleja bien la alteridad, la relación y la dependencia. Por eso se preferirá la fórmu-

la más bíblica y existencial de llamar a Jesús el “*Hijo de Dios*”, que la fórmula, más metafísica que histórica y bíblica, que afirma, sin más, que Jesús es Dios.

Los textos del Nuevo Testamento que hablan de Jesús como Dios no pretenden ser una definición, sino principalmente la expresión de la función que cumple Cristo para nosotros. Para describir la realidad de Cristo, la Iglesia, tanto primitiva como actual, creó nombres y títulos para Cristo; todos ellos necesarios e inadecuados. El título de “Dios”, que se ha de ver en conexión con todos los demás títulos que expresan la realidad histórica de Jesús, es la base para asumir la paradoja que encierra el que un hombre particular sea Dios y, sobre todo, que Dios sea ése, y no otro, que se nos revela y comunica en Jesús. El título cumbre de Jesús podría ser el de “Jesús es Dios”, pero eso no quiere decir que sea el título único o máximo, o suficiente para expresar y comprender, religiosa y teológicamente el misterio de Jesús. Jesús es Dios y Hombre, lo que no es ni el Padre ni el Espíritu Santo.

Jesús no es Dios en abstracto; sino que el Dios que se nos da y revela en Jesús es Dios-encarnado, vinculado con la singularidad de los hombres, con sus circunstancias y con la historia; el Dios de la alianza vinculado con el mundo. Dios vinculado con el sufrimiento humano. Flp 2,8.

No se ha de dar una interpretación representativa: Jesús es el que hace las veces de Dios. Según esta interpretación, Jesús habría suplantado o sustituido a Dios entre los hombres. Jesús no

sustituye a Dios entre los hombres ni a los hombres ante Dios. Jesús, con su vida, su mensaje, su muerte y resurrección es la expresión perfecta de Dios para los hombres, y de Dios en sí mismo y por eso lo podemos llamar, con San Pablo, “*imagen de Dios invisible*”, “*Cristo, imagen y gloria de Dios*” y por eso también el hombre es “*Imagen y gloria de Dios*”.

Col 1,15; II Cor 4,4.
I Cor 11,7.

Habría que evitar el hacer a Jesús un mero partícipe de lo que Dios es, porque Dios no se divide; o una identificación funcional, por el papel que desempeña entre los hombres, algo así como un abogado nos representa para auxiliarnos en un problema.

La fórmula “*Jesús es Dios*” sitúa a cada uno de nosotros de frente a Jesús y señala la raíz del misterio y la singularidad de Jesús: su unidad con Dios hace posible el que sea para nosotros lo que Dios es. El Dios vivo y verdadero, de Abraham, de Isaac y de Jacob, es impensable sin Jesús, y Jesús, a su vez, es impensable sin Dios.

Hay peligro de suponer que se conoce quién es Jesús con afirmar que es Dios y hombre a la vez: una persona en dos naturalezas; algo así como saber que el agua es un elemento compuesto por dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno, cuando vitalmente el agua se conoce por la sed. No hay que poner la fuerza de la afirmación Jesús es Dios, en la metafísica divina, sino en la comunicación, manifestación y salvación de Dios.

Pablo nos dice que “*en Jesús reside —se encuentra— la Plenitud de la Divinidad corporalmente*”.

Col 2,9; 1,19.

El Espíritu que nos comunica pone de manifiesto su condición de Hijo de Dios; y así como nadie puede perdonar los pecados, sino sólo Dios así nadie puede darnos el Espíritu de Dios sin ser Dios.

Mc 2,7; Lc 5,21.

Cf Tertuliano,
Bapt 10,3.

Jesús es Dios porque es la expresión completa, absoluta y única de Dios.

El que Dios por Jesús se dé totalmente a los hombres, y se dé a Jesús a través de lo humano, eso es lo que hace a Jesús Dios.

El darse de Dios a Jesús de forma eterna, total, definitiva, absoluta y última es lo que constituye finalmente la paternidad divina con respecto a Jesús.

Y el que Jesús sea Hijo de Dios por naturaleza significa que es propio del ser de Dios, desde siempre, expresarse y darse a Jesús plenamente a través de lo humano. Y que es propio de Jesús el poder ser la expresión perfecta, completa y natural de Dios.

En la fe católica llamamos a Jesús “*Consustancial al Padre y al Espíritu Santo*” con lo que queremos señalar su naturaleza divina, su esencia. No decimos que participa de la esencia divina, porque ésta no se puede dividir. El concepto de *consustancial* señala su ser divino junto con el Padre y el Espíritu Santo, de los que no se puede separar en cuanto a su ser divino. La distinción y separación se da solamente en su ser personal, por ser, desde siempre, engendrado por el Padre, e históricamente enviado al mundo. Pero el hecho de ser Dios se da en su ser personal. Jesús es

Dios siendo —por el hecho de ser— la Segunda Persona de la Santísima Trinidad; él se había de encarnar, se encarnó, y permanecerá encarnado, es decir, en su eterna relación al ser humano, a la creación, a lo que no es Dios.
Col 2,10; Ef 1,21.

Walter Kasper
El Dios de Jesucristo,
Ed. Sígueme, 2001.

La palabra “*consustancial*”, en el sentir de los padres que intervinieron en el concilio de Nicea, es la traducción de la analogía Padre-Hijo, que no es mera semejanza, sino realidad en el sentido en que Jesús la usó. “*No es una filosofía al lado de la Biblia, sino la protección de la Biblia contra el ataque de la filosofía*” que quería hacer de Jesús un ser transitorio, como cualquier creatura.

La afirmación: “Jesús es Dios” es una afirmación verdadera, pero incompleta, porque “Jesús es Dios con el Padre y el Espíritu Santo”, como cada persona divina lo es con las otras dos. Es el significado teológico de la palabra “*con-sustancial*”. Ahora podemos traducir esos términos para una comprensión de su significado teológico como “co-existente, co-real, co-trascendente, co-amante y co-operante”. Queremos decir que lo que es y cómo es el Padre, lo es junto con el Hijo y con el Espíritu Santo, excepto aquello que hace ser al Padre, el Padre y no el Hijo, y todo esto en la relación eterna de procedencia.

N.B.

Los textos en los que se ha apoyado la fe en la divinidad de Jesús son: Mt 12, 41-42; Lc 11,31-32; Mc 12, 35-37; Lc 20, 41-44; Mt 12, 28-36; Mt 17, 1-9; Mc 1,7; Lc 7, 26-28; Mt 13, 41; 16,27; 24,31. La mayoría de los exegetas piensan que estos textos se

refieren a la mesianidad de Jesús, no a su divinidad, como consustancialidad con Dios.

Actividades

- Después de leer el texto, explica con tus palabras qué debemos entender con la expresión Hijos de Dios, y qué, con la expresión: Jesús es Dios.
- Señala las partes del credo que corresponden a este apartado.
- Léase en Dz-H 533-536, formulen algunas preguntas si algo no resulta suficientemente claro.
- Leer la exégesis de Col 1,15-20; Cristo Creador y Salvador, en *Comentario al Nuevo Testamento*, Sígueme, Verbo Divino, Salamanca, 1998.
- San Ireneo escribe contra los ebionitas y judaizantes que no aceptan la encarnación del Hijo de Dios:

“Además, quienes dicen que era un simple hombre engendrado por José, perseverando en la servidumbre de la antigua desobediencia mueren, por no mezclarse con el Verbo de Dios Padre, ni participar de la libertad del Hijo, como él mismo dice: “Si el Hijo los libera, serán libres en verdad”. Desconociendo al Emmanuel nacido de la Virgen, se privan de su don, que es la vida eterna; no recibiendo al Verbo de la incorrupción, permanecen en la muerte carnal; y son deudores de la muerte, no recibiendo el antídoto de la vida. A ellos les dice el Verbo, exponiéndoles el don de su gracia: “Yo dije: todos son dioses e hijos del Altísimo; pero como hombres moriran”. Esto dijo a quienes no recibían el don de la filiación adoptiva, sino menospreciando

Jn 8,36.
Is 7,14.
Jn 4, 10.14.
Sal 82, 6-7.

*la encarnación por la concepción pura del Verbo de Dios, **privan al hombre de su elevación hacia Dios**, y así no agradecen al Verbo de Dios que se hizo carne por ellos. Para eso se hizo el Verbo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del Hombre, para que el hombre mezclándose con el Verbo y recibiendo la filiación adoptiva, se hiciese hijo de Dios. Porque no había otro modo como pudiéramos participar de la incorrupción y de la inmortalidad, a menos de unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad. ¿Pero cómo podíamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad, si primero la incorrupción y la inmortalidad no se hacía cuanto somos nosotros, “para que se absorbiese” lo corruptible en la incorrupción y “lo mortal” en la inmortalidad “para que recibiésemos la filiación adoptiva”?*

I Cor 15, 53-54;
Ga 4,5; II Cor 5,4
Ireneo,
Adv Haer III, 19,1.

6.4 Qué significa para nosotros la divinidad de Jesús

Jesús es “Dios como el Padre, consustancial al Padre, de la misma naturaleza que el Padre”; “Dios de Dios”, todas estas son formas de entender y expresar el eterno significado de la relación de Jesús con Dios y con los hombres.

Θεὸν ἐκ Θεοῦ.

En el momento presente, para muchos, creer en la divinidad de Jesús significa aceptar una afirmación que no les dice nada, ni modifica en nada su conducta. Si ahora nos preguntamos por el sentido de nuestra confesión en la divinidad de Jesús, habrá que poner énfasis en sus relaciones con nuestra vida diaria.

La divinidad de Jesús es una confesión que se refiere a la trascendencia de la vida de Jesús —vali-

dez y valor permanente y universal— en nuestra relación con Él. Equivale a decir que la vida de Jesús vale tanto como vale la vida de Dios; y vale para cada uno y para todos, en la medida en que estemos vinculados con Jesús.

Creer en la divinidad de Jesús significa aceptar a Jesús de forma determinante y absoluta. La proclamación que la Iglesia hace de la divinidad de Jesús es, en primer lugar, una invitación a la decisión, y a que cada quien le dé en su vida el significado que le da la Iglesia en su fe. No es un llamamiento a aceptar una afirmación, sino el llamamiento a aceptar un significado. Acepta que Jesús es Dios quien le da el lugar absoluto, determinante, fundamental y prospectivo de su vida personal.

De nada sirve afirmar que Jesús es Dios y continuar viviendo en una actitud cerrada al Evangelio y al mensaje apostólico.

Creer que Jesús es Dios significa:

- Hacer de Jesús el centro determinante y último de la propia vida.
- Poner a Jesús en el punto central y final de nuestra actitud religiosa.
- Hacer de Jesús el centro de nuestro amor, y que sea él quien determine, condicione y valore todos nuestros otros amores.
- Reconocer en Jesús al que ha de pronunciar la última palabra, valorando nuestra vida, como Redentor y Juez. A Jesús toca valorar la vida de cada quien, a nivel personal, social y cósmico. La valoración no sólo se dio al vivir nuestra propia

vida, sino se ha de dar como valoración total de la historia.

- Saber que lo que creemos, reconocemos, amamos y adoramos de Dios lo encontramos en Jesús y, paralelamente, lo que Dios nos ha aceptado, amado, elegido y perdonado, lo encontramos en Jesús.

Poco importa decir que Jesucristo es de la misma naturaleza que el Padre y profesar todo el Credo de la Iglesia, si la fe, la confianza y el amor a Jesús no determina y dirige la vida. Por otra parte, si Jesús de veras dirige la vida, ha de dirigir también nuestra forma de pensar, nuestros criterios, la interpretación de nuestras experiencias y nuestros sentimientos, que son los que inmediatamente dirigen la vida.

Lo específicamente cristiano consiste en reconocer en la vida que Jesús es Dios y no sólo en una confesión de fe. No ha de ser una afirmación teórica, sino una afirmación práctica, y por eso St 2,14s. la confesión de fe va ligada al amor a los demás.

Crear en la divinidad de Jesús es un acto de auténtica fe. No es algo que brota de la experiencia de la realidad constatable; ni tampoco es una conclusión inevitable de determinadas premisas. La fe en la divinidad de Jesús es un acto que trasciende la capacidad perceptiva del hombre.

Llamar a Jesús *“Dios y consustancial al Padre”* significa hasta qué punto está vinculado Jesús con Dios y Dios con Jesús. En el contexto de la fe, en el que únicamente tiene sentido la expresión: *“Jesús es Dios”*, la expresión es más histórica que

metafísica y esencialista. Dios se nos ha revelado, se nos ha dado, y nos ha unido a sí, en Jesús de Nazaret, y por eso Jesús es Dios.

La aclamación de Jesús como Dios es una respuesta de adoración y culto al Dios que se ha revelado a los hombres en Jesús. La confesión de la divinidad de Jesús es un reconocimiento de la soberanía y señorío de Dios, en Jesús y por Jesús. Y también es el reconocimiento de que en Jesús, tocamos, por decirlo así, de forma inmediata al Dios vivo. Ese Dios vivo y único se nos ha comunicado en la vida única de Jesús.

Jn 20,28; Rm 9,15;
Hb 1,8.

Jn 1, 17-18.

Todos los títulos de Jesús vienen a afirmar de distintas maneras un solo mensaje: que Dios se ha revelado plenamente para nosotros en Cristo, y que Cristo no es solamente un signo alusivo a Dios, sino aquél que lo hace presente; según lo que el mismo Dios quiere y puede ser para el hombre: su salvación, su Dios.

Con las reflexiones y definiciones teológicas y dogmáticas no tratamos tanto de “entender” a Jesús, sino de seguirlo realmente, haciendo de él el centro de nuestra opción cristiana, movidos por su Espíritu.

El creyente puede encontrar razones o motivos para fundamentar su fe, pero no para demostrarla. Las pruebas de la divinidad de Jesús son más bien las razones en las que la fe se apoya, una vez que se da, pero no son premisas de las que necesariamente fluya la fe.

Si uno acepta a Jesús, y lo acepta como es y cómo fue, implícitamente está aceptando eso

que llamamos la divinidad de Jesús. Porque lo que determina la verdad es la realidad, y no la imagen que nosotros nos formamos de ella. Tratándose de Jesús, como tratándose de Dios, la reflexión no precede a la fe. Los antecedentes de la fe en Jesús son la admiración, el llamamiento y la respuesta en el seguimiento, juntamente con la alabanza y la adoración. Cuando Jesús, llama es necesario responder, antes que formular nuestras preguntas, aunque algunas veces la pregunta sobre Jesús puede llevarnos a una auténtica fe.

La confesión de la divinidad de Jesús ha de ser una afirmación que explicita el testimonio que de Él se dé en la vida. Quien afirma que Jesús es Dios, está afirmando que el valor supremo de su vida es Jesús de Nazaret y la causa de Jesús, que fue el hombre, y el hombre en desventaja; que su amor a Dios sobre todas las cosas se visualiza, se concretiza en su amor a Jesús, y su amor a Jesús en su amor a sus hermanos.

Mt 25,34s;
Lc 10,33.

Lc 10,25s;
Jn 8,42; 14,23.

Creer en la divinidad de Jesús es creer en la dignidad humana, la de cada uno de nosotros, y saber que lo que somos, seres humanos y personas, está en Jesús elevado al lado de Dios, porque el Verbo al lado de Dios es el Verbo a nuestro lado. Creer en la divinidad de Jesús es creer en el valor del ser humano, porque para Jesús, en el mundo, no hay nada más sagrado que el hombre, ni el sábado, ni el templo, ni el sacrificio, y aunque parezca contradictorio, ni siquiera la doctrina o la fe; el hombre bueno de la parábola era samaritano, y lo principal en la vida cristiana es el amor, incluso a los enemigos.

Jn 1,14; Mt 1,23.

Mc 2,27; Mt 12,1s.
Mt 5,23s.

I Cor 13,13.

Mt 5,43s; Lc 6,27s;
Rm 12,20.

Desde el punto de vista histórico, la razón fundamental y última por la que creemos en la divinidad de Jesús es la interpretación que han hecho de él los Apóstoles y los autores del Nuevo Testamento, y a partir de ellos, la Iglesia, a través de distintos siglos y culturas. Evidentemente que no se trata de una interpretación arbitraria, sino fundamentada en los hechos de vida, muerte y resurrección de Jesús, de donde surgió la fe cristiana. La fe en la condición divina de Jesús nos lleva de la mano a la fe en la Trinidad del único Dios verdadero.

La opción tomada con respecto a Jesús visualiza y concretiza nuestra opción ante Dios. Aceptar a Dios es, para los cristianos, aceptar a Jesús y aceptar a Jesús es aceptar a Dios y ser sus hijos de verdad. Dios ha querido que el hombre suba a él por la misma escalera por la que él ha bajado al hombre. No hay mayor comunión con Dios que aquélla en la que él ha querido entrar en comunión con el hombre, es decir, en Jesús de Nazaret.

Cf Jn 8,39s.

Un autor pagano del siglo primero se escandalizaba de que los primeros cristianos dieran culto a Jesús como a Dios. Plinio el joven, cuyo nombre era Cecilius Secundus Plinius, nació el año 61 de nuestra era, fue gobernador de la provincia romana del Ponto, en Bitinia, desde el año 110. En el 112 escribió una carta al emperador Trajano en la que le dice que los cristianos *"cantaban himnos a Cristo como si se tratara de Dios"*.

Tertuliano, Apol II, 2. *"Carmen Chisti quasi deo dicere"*.

Los primeros cristianos se sentían orgullosos de dar su vida como testimonio de su fe en la divi-

nidad de Jesús. Tertuliano decía: “*Segundo nos siembran: somos más mientras más sangre nos hacen derramar, que la sangre de los mártires es semilla de cristianos ... Lo decimos, y públicamente lo proclamamos, ensangrentados y despedazados por los tormentos, a boca llena lo gritamos: ¡Adoramos a Dios en Cristo! Dios quiere ser reconocido y adorado en él y por él*”... “*No nos avergonzamos de tener a Cristo por Dios los que por su nombre gustosamente padecemos, y da buen testimonio de nuestra fe el gusto con que morimos*”.

Tertuliano,
Apol L, 4; XXI, 10.

Apol XXI, 2.

Escribiendo contra Marción, dice en el libro segundo:

“*Como dice Cristo y lo testifica el Evangelio, nadie ha visto otro Padre común: Nadie conoce al Padre sino el Hijo. Refiriéndose al Padre, el Antiguo Testamento dijo: nadie verá a Dios y vivirá, lo determinaba el Padre invisible, por cuyo nombre y autoridad, el que iba a ser visto era Dios, Hijo de Dios. Pero nosotros recibimos a Dios en la persona de Cristo, y de esa manera es nuestro Dios*”.

Tertuliano,
Marc II 27,7.

Conviene hacer notar que el adjetivo “nuestro” se aplica a Dios, “*Él es nuestro Dios*”, no como uno entre varios, ni tampoco como algo que nos pertenece o podemos dominar, sino más bien para designar nuestra pertenencia a él. Pero también lo aplicamos al Padre, él es “*Padre nuestro*”, al Hijo, él es “*nuestro Dios y Señor*”. Este adjetivo posesivo es el que más usa San Pablo para referirse a Jesús, él es nuestro Señor. El Espíritu Santo es también “*Espíritu nuestro*” porque nos pertenece como un don. Y Dios nos lo dio como lo más suyo y lo más nuestro, desde la creación.

Mt 6,7; Rm 15,6;
I Cor 1,2.

Gn 2,7; Cf Jn 20,22.

La Alianza consistía en que “*Yahvéh es nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo*”. Y también lo determinante de la Nueva Alianza es que el Dios de Abraham, Isaac, y Jacob, y sobre todo el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro, en unidad con el Espíritu Santo, es nuestro Dios, y nosotros somos su Iglesia. Is 26,12.

N.B.

Los griegos tenían por dioses a grandes personajes, como al divino Platón, a Empédocles, a Pitágoras. Eran hombres divinos –*Θεός ἄνδρες*– por haber sido poetas, videntes, taumaturgos, héroes, salvadores, y atletas. El Evangelio vino a decirles que Jesús no solo fue un gran hombre por su innegable calidad humana, sino que seguía vivo, que no sólo “*pasó haciendo el bien*”, sino que sigue viviendo y pasando —aconteciendo— a nuestro lado. La divinización de Jesús, esto es, su más honda condición divina y humana, no tiene que ver con la divinización de emperadores, sabios, o héroes, ni se trató de poner a Jesús a la par de ellos, o de seres míticos; los concilios trinitarios y cristológicos más bien tratan de expresar la fe de forma contrapuesta a esas concepciones de dioses híbridos. Hch 10,38.

Actividades

- Comparte una experiencia donde tú des a Jesús el lugar de Dios.
- ¿Qué significaría para ti que Jesús fuera simplemente un ser humano, como tú?
- ¿Qué significaría para ti que Jesús fuera únicamente Dios y no un ser humano?

- Investiga la exégesis de los textos: Jn 20,28: “Señor mío y Dios mío” y Rm 15,6.

6.5 La preexistencia

Desde el principio de la predicación apostólica, la preexistencia se convierte en punto de partida para la comprensión de Cristo y es elemento de la confesión de fe. Los textos fundamentales pertenecen a la tradición paulina y se encuentran fijados veinte años después de la muerte de Jesús. El Evangelio de Juan se redactó alrededor del año 100, y expone una cristología más elaborada donde la preexistencia de Jesús es el punto de partida.

Para San Juan y San Pablo, Jesús de Nazaret está presente a los ojos de Dios desde toda la eternidad. Afirman la preexistencia de Jesús de Nazaret como una realidad personal, concreta, tal como se presentó en la historia; pero en una dimensión trascendente al espacio y al tiempo, en la dimensión de Dios.

Rm 8,3; Ga 4,4;
Jn 1,1; I Jn 4,9.

Para ellos, Jesús existió, pre-existió, con anterioridad a su presencia en el mundo.

Juan identifica al Verbo con Jesús: Jesús es la Palabra de Dios desde siempre, “*al lado del Padre*”, en el seno del Padre. Entre el Verbo de Dios, su Palabra, y Jesús hay una verdadera identidad. El Verbo no es algo distinto del Jesús histórico, sino el mismo Hijo de Dios, preexistente, que se encarna. Jesús histórico preexiste y por eso precede a Abraham y a David.

Jn 1,14; 10,30;
I Jn 1,2.
Jn 8,57.

Jesús vino desde Dios para conducirnos a Dios. Él mismo es Dios, y su poder divino se expresa y se nos da, en su “llegar a ser hombre”.

Lo que se dice del Verbo, se sabe con referencia a Jesús de Nazaret. El “Logos” está desde siempre orientado a Jesús-histórico y al mundo. La buena nueva viene dada sobre Jesús-histórico, concreto e intramundano, y no sobre el Logos. El Logos, como noción cristológica, viene a afirmar el eterno significado de la persona de Jesús histórico y el valor de su actuación salvífica. Lo histórico representó algo tan valioso para Dios y fue tan grande su significado que lo tuvo desde siempre. El Jesús que existía como Hijo en Dios era el mismo que existiría en la historia.

Al afirmar la preexistencia de Jesús como Hijo de Dios, se subraya la plena divinidad de Jesús, y la relación de Dios con el mundo, y del mundo con Dios, a través de Jesucristo. Hablar de pre-existencia, o de Dios *antes* de la creación, es sólo una forma de expresarnos, pues antes de la creación no existía tiempo alguno como punto de referencia. Por lo que preexistencia significa trascendencia e inmanencia en Dios, con eso nos referimos al eterno significado de Jesús.

Significado de la preexistencia.

La preexistencia de Jesús viene a afirmar su procedencia absoluta de Dios.

Afirma la trascendencia de Jesús.

Jesús es el Hijo, al lado de Dios, aun antes de aparecer históricamente como tal.

Apareció como Hijo porque ya era el Hijo.

La preexistencia indica que Jesús goza de realidad en Dios aún antes de hacerse hombre; y con esto se valora la encarnación como el hecho por el que Jesús asume la vida humana.

La preexistencia de Jesús prescinde de la forma en que nació; afirma algo que escapa a toda prueba de tipo histórico: que Jesús viene de Dios.

Lejos de prescindir de la historia, afirma la trascendencia de lo histórico, proyectándolo hasta el origen y por toda la eternidad.

Para San Juan y San Pablo, Jesús era el Hijo de Dios y el Hijo único, aún antes de su condición histórica. Para ellos, Jesús no llegó a ser Hijo de Dios por el hecho de hacerse hombre; Jesús es “*el Hijo*” desde toda la eternidad, y su condición de Hijo se manifiesta y se realiza históricamente en su vida humana. No dice que preexista “un Hijo” que **después** llega a ser Jesús; sino que Jesús es el Hijo que ya preexistía en Dios.

En la tradición sinóptica Jesús no aparece como un ser preexistente. Para Mateo, Jesús es una realidad absolutamente nueva, en quien Dios se nos da y se comunica, sin que antes hubiera habido nadie en Dios, que después fuera Jesús. —En el evangelio de Lucas, Jesús es el Hijo de Dios por ser el Mesías y haber sido concebido por obra del Espíritu Santo; a partir de ese momento empezó a existir—. Bíblicamente no es seguro que los textos que parecería insinúan la preexistencia de Jesús se refieran realmente a ella; el ser el Mesías no supone anterioridad a David. La interpre-

Lc 7, 34-35; 11,49;
Mt 23,34; 11, 25-30;
Mt 22, 42-45;
Mc 12,35.

tación de estos textos podría dar pie a pensar que también los sinópticos hablan de la preexistencia de Jesús.

La idea de la preexistencia está directamente vinculada con el concepto de “Hijo de Dios”, y particularmente con la idea de misión. *“Esta es la obra de Dios: que crean en aquel que Él ha enviado”*. *“El Padre envía, el Hijo es el que viene, el enviado”*.

Jn 6,29.

Ireneo,
Adv Haer IV, 6,3.

Si Dios se ha manifestado como tal en Jesús, es porque la comunión de Jesús con Dios forma parte del ser de Dios. Jesús es inseparable de Dios, esto quiere decir que su comunión con Dios, en cuanto eterna, no es distinta de su forma humana, temporal y condicionada. La realización existencial de Jesús actualiza, en el tiempo, su relación eterna con Dios.

El mensaje fundamental de la preexistencia es afirmar que la vida temporal de Jesús tuvo significado eterno; y que lo que una vez se manifestó en el mundo lleno de sentido, visualizaba el sentido que tenía en el seno del Padre. Jesús llegaría a ser, en la historia, lo que era ya desde siempre en el Padre. El Hijo de Dios, en la eternidad, se manifestará “el Hijo” en su vida temporal, y vendrá como enviado para llegar a ser el Salvador de los hombres. El Hijo en el seno del Padre es el que llegará a ser el Hijo en el seno de María.

Jn 1,1; Lc 1,35.

La preexistencia de Jesús hace referencia directa a la eternidad de Dios, donde no hay antes ni después; donde no tiene que ver tiempo, espacio, ni devenir; donde se es independiente de las

coordinadas espacio-temporales. Es, por lo tanto, una categoría inefable en términos de tiempo y espacio, que no le quita novedad y riesgo a la historia, ni determina tampoco lo que Jesús llegue a ser en su condición de intramundano. Desde toda la eternidad es Jesús para el Padre, lo que en el tiempo iba a llegar a ser para los hombres. Su ser eterno no contradice a su desarrollo.

Lo que uno es, debe, históricamente, “llegar a ser” en su desarrollo; y uno llega a ser aquello que ya era. En este aspecto se da solamente una actualización de posibilidades; pero tratándose de Jesús, la preexistencia es una verdadera existencia en Dios, no una preexistencia temporal, que lo es solamente con respecto a nosotros y con respecto al tiempo.

Cf Dz-H 422, 125,
150, 554.

Jesús resucitado, que vivió vida humana, vive ahora vida divina en referencia real a su vida temporal; de la misma manera que antes de su historia vivía vida divina, referida a su vida temporal.

Ef 1,1s; Fl 2,6s;
Jn 4,9; 13,13; 16,18.

Existe el riesgo, desde el punto de vista bíblico, de identificar la preexistencia de Jesús con su naturaleza divina, y pensar que Jesús preexiste en cuanto es la Segunda Persona de la Trinidad. Sabemos que el Nuevo Testamento desconoce la existencia de un Hijo divino y eterno, independiente de Jesús que se ha encarnado en un momento de la historia. Cuando el Nuevo Testamento alude a la preexistencia supone siempre que Jesús tenía una especie de realidad humana desde el mismo principio de los tiempos. No preexiste el Hijo eterno abstracto, sino el hombre Je-

sús del Evangelio. Jesús existe activamente en el principio del mundo y se presenta como humano en un momento determinado.

En el evangelio de Juan, aparece con claridad la idea de preexistencia en estas palabras: *“Salí del Padre y he venido al mundo; dejo de nuevo el mundo y vuelvo al Padre”*. *“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora... que había salido de Dios y que a Dios volvía”*... Y en otro texto dice: *El amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que ha enviado al mundo a su Hijo unigénito a fin de salvar al mundo por medio de él*.
Jn 16, 25-28.
Jn 13,1.
I Jn 4,9.

La Segunda persona de la Trinidad se identifica con Jesús de manera perfecta, es decir, que toda la Segunda Persona de la Trinidad es Jesús y desde siempre, y sólo Jesús es la Segunda Persona de la Trinidad. Jesús en el seno del Padre, antes de vivir temporalmente, se identifica perfectamente con quien “llegaría a ser en la historia”.

Si la preexistencia se interpreta en un sentido físico, Jesús carece de existencia física antes de llegar a ser un ser humano; pero si se interpreta en sentido meta-físico, Jesús proviene de Dios y pertenece a su comunicación; Dios no existe sin Jesús, por eso viniendo de Dios, Jesús trasciende el campo del cosmos y de la historia. En Dios no podemos hablar de una preexistencia física, porque Dios no es un ser físico, sino sólo de una preexistencia espiritual.

Sabemos, por otra parte, que tratándose de Jesús podemos hablar de una auténtica preexisten-

Calcedonia,
Dz-H 301.

cia, aunque no entendiendo a Jesús como una realidad física en Dios antes de serlo en la historia, pero sí una auténtica existencia de Jesús, no del orden físico, sino espiritual —divino—. Su ser personal divino, en el tiempo llegaría a ser histórico. *“Uno solo y el mismo”* estaba ya, desde siempre, en Dios.

Jesús no crea el mundo como una causa más en el orden de lo físico, —como sí actuaba en su vida temporal—, sino en comunión con el Padre y el Espíritu, como causa fundante, trascendente, posibilitante, impelente, y plenificante, y que le da al mundo físico y humano unidad y sentido, y que entabla, cimentada en él, la posibilidad y la realidad de la comunión con Dios.

Rm 8, 14-17; Ga
3,26; 4,5; Rm 8,29.

La preexistencia de Jesús no fue una noción secundaria y accidental sino absolutamente necesaria para afirmar la relación de Jesús con Dios expresada en términos de filiación. Solo la doctrina de la filiación eterna y de la preexistencia garantizaba que Dios estaba implicado en la vida terrena de Jesús, en su muerte y resurrección. Dios se presentó en Jesús de modo escatológico y definitivo y esta forma de aceptar y comprender el mensaje de Jesús exigía necesariamente aceptar que Jesús pertenecía a la esencia misma de Dios, su esencia eterna. De otro modo Jesús no hubiera podido hablar de Dios de modo escatológico y definitivo. De la preexistencia depende también su significado universal y la universalidad de su salvación, porque Jesús es el Hijo único de Dios que nos hace ser también hijos de Dios.

El que el Hijo eterno de Dios, el Verbo o su Discurso, sea desde siempre el que se había de encarnar, o el que se había de revestir de nuestra carne, hace, desde su eternidad, alusión a su condición humana, y la condición humana, alusión a su eternidad. Para Tertuliano, el Padre es quien reviste al Verbo de carne humana, con el consentimiento de la Virgen y por la presencia y acción del Espíritu.

“¿Qué había de recibir Cristo del Padre sino aquello de lo que se iba a revestir? Al hombre, sin dudarle, entretejido de alma y carne”.

Tertuliano, Res 34,10:
Quid a patre Christus
acceperat nisi quod et
induerat? Hominem,
sine dubio, carnis ani-
maeque texturam.

La misión o el envío, sin la noción de preexistencia, podría entenderse de forma metafórica, como envió Dios a los profetas, pero tratándose del Hijo, siempre se interpretó de forma real, aunque no física, era el mismo Jesús de la historia que existiendo —estando— en Dios y con Dios, pre-existía referido a la historia. El envío del Hijo consiste fundamentalmente en la encarnación.

Mt 21,23-27;
Lc 20, 9-19.

I Jn 1,1s.

De todos los hombres se afirma que están presentes a los ojos de Dios, que Dios los ha conocido, amado, elegido y predestinado a la vida eterna, no sólo antes de sus propios méritos, sino, incluso, antes de que existieran. El hombre no preexiste, simplemente está presente en la mente y el corazón de Dios, como un proyecto de futuro; como está presente el fin en aquél que lo persigue. El amor de Dios es la raíz más profunda en la vida de los hombres. “No me hubieras creado si no me hubieras amado”, dice el autor del libro de la Sabiduría. De Jesús se afirma una verdadera

Rm 8,29.

Sb 11,24.

preexistencia. Jesús, en el seno del Padre, es una auténtica realidad que, a nivel divino, funda toda otra realidad, y por eso lo podemos llamar creador y vivificador de todo cuanto existe.

Jn 1,3.

Lo que no significa la preexistencia:

No significa que Jesús real e histórico, espacio y temporal, haya estado presente y actuando en la eternidad exactamente igual a como se presentó y actuó en el mundo. Está presente y actúa el mismo Jesús, pero no del mismo modo, y el modo se refiere tanto a su presencia como a su actuación. En el mundo es una presencia personal física, que actúa como una entre otras causas físico-personales. En la eternidad es el mismo sujeto personal, Jesús de Nazaret, —divino humano—, que sin dejar de ser hombre glorificado, y persona divina encarnada, actúa con el Padre y el Espíritu Santo de modo eterno y divino, esto es fundante, fuente de posibilidades y dinamismo, impelente y plenificante, como último fin del ser creado. De esta manera su relación con el ser físico, espacio temporal, no es física, sino más que eso, es trascendente espiritual, metafísica o metaempírico. El cuerpo de Cristo que preexiste, sería para San Pablo, el mismo cuerpo pero espiritualizado, es decir, en su forma eterna y trascendente. Cuerpo de gloria. La forma de Dios —morfé Zeu—, en la que se encuentra Jesús preexiste, no es mera forma, sino su manera divina de ser, existir, y actuar.

σώματι τῆς δόξης
αὐτοῦ. Fl 3,21;
πνευματικόν
I Cor 15,44s.

μορφῇ Θεοῦ.
Flp 2,6.

La preexistencia es un tema poco común, si no es que hasta extraño, en la catequesis y en la predicación de la Iglesia, tal vez porque se en-

tiende poco o mal, o tal vez por las dificultades que plantea la relación entre eternidad y tiempo. ¿Cómo pudo ser Jesús, aquél *“sin el cual no se hizo nada de cuanto fue hecho”*, antes de haber nacido? Jn 1,3.

Actividades

- Investiga un texto de los santos Padres que hable de la preexistencia de Jesús.
- Estudia la exégesis de Col 1, 17: *“en él fueron creadas todas las cosas”*.
- Entresaca de este apartado las expresiones que te parecen más claras y significativas. Procura decir lo mismo con otras palabras.

6.6 La encarnación

Por encarnación se entiende el proceso por el que la Segunda Persona de la Santísima Trinidad asume la naturaleza humana, es decir, se hace hombre particular e irrepetible, temporal y condicionado. Al asumir o hacer suya la condición humana, no hace suya solamente la materialidad de su cuerpo, sino una vida que comienza y que termina, ubicada en un espacio del mundo, Nazaret, Galilea, Jerusalén; también hace suya una cultura, la de ese momento en el pueblo de Israel, una mentalidad, la de su medio ambiente, una forma de pensar, la de los paradigmas dados, ideas, tradiciones, costumbres y ritos. La naturaleza divina, su ser Dios, no actúa por encima, al margen o independientemente de su ser humano, Lc 2,1s.

sino que se revela, se manifiesta y se expresa en su ser hombre de verdad.

La salvación para que lo sea realmente, de todo el hombre y de todos los hombres, ha de ser auténtica comunión con Dios. Nosotros podemos pensar en la salvación de forma limitada, como salvación de un daño, de un peligro, de una epidemia o de algún desastre; incluso podríamos hablar de la salvación de la muerte y del pecado. Pero sería escasa la salvación, aunque fuera volver a una vida paradisíaca o intramundana, o a una vida de “justo”. Para algunos eso podría ser hasta una desgracia. ¿Cómo vivir por siempre en esta vida que más es muerte que vida?

La salvación sólo puede ser comunión con Dios. La proximidad de Dios, en el caso de todos los hombres, y la unión de Dios, en el caso de Jesús, no disminuye a la persona humana, por el contrario: la hace más libre y más autónoma, y más ella misma. En el ser humano —en la naturaleza humana— se da la perfecta armonía y comunión con Dios. Lo único que puede unirse a Dios perfectamente es el ser humano y lo único que Dios puede hacer suyo perfectamente y para siempre, es también al ser humano. Esto se da en suma perfección, en Cristo Jesús, nuestra cabeza, pero también en todos sus miembros. Pues solamente puede salvarse aquello que Dios hace suyo.

I Cor 6,15; 12,27.

Caro de Virgine
sumpta, nos sumus.
León Magno, Ser-
món 10 sobre la En-
carnación.

Con la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido a cada hombre concreto; este acontecimiento lo expresamos diciendo que asumió la naturaleza humana. Decían los padres de la Iglesia: “*Nosotros somos la carne tomada de la Virgen María*” Y

por eso nos salvó ya, de hecho, porque el Padre, por la fuerza y el poder del Espíritu Santo, nos unió a sí mismo en Jesús.

La encarnación no es solamente un acontecimiento sobrenatural que hace posible la existencia individual de Jesús como Dios-hombre. Es la relación de Dios con todos los hombres, y con lo que los hombres tienen de humano; relación que culmina en Jesús y en él hace posible la salvación de todos aquellos a quienes San Pablo llama miembros de Cristo.

Por razón de la encarnación, y a partir de ella, la humanidad —el ser humano— es algo que pertenece a Dios y en lo que Dios se manifiesta. En adelante nada que sea verdaderamente humano va a ser ajeno a Dios. Y nada que sea verdaderamente divino va a ser ajeno al hombre. Y todo aquello que hace al hombre humano, por eso mismo, es un vínculo con Dios. Y lo que lo deshumaniza, lo aleja de Dios. La encarnación es un misterio que toca a todos los hombres, en lo que los hombres tienen de humanos.

Homo sum: et nihil humanum a me alienum puto.
Publio Terencio.

La expresión: “Dios ha enviado a su Hijo a fin de salvar al mundo” constituye una de las verdades fundamentales de la fe cristiana. El envío fundamental consiste en hacerse hombre, concebido, gestado durante nueve meses, que nace, vive, anuncia el reino, muere y resucita. Por eso decían los Padres que “*nada que no sea asumido puede ser salvado*”. Cf Jn 3,17.

No se trata de un proceso en el que el Verbo venga a convertirse en hombre. El proceso no

es de conversión, sino de unión, que comienza con la concepción y culmina en el momento de la muerte-resurrección. Por eso no se dice: Dios hizo de su Hijo un hombre, sino Dios ha enviado a su Hijo: “*de tal modo ha querido Dios al mundo que le ha dado a su Hijo Unigénito*”. Dios no se convierte en un niño, sino que sin dejar de ser Dios, comienza a ser un niño. Y no hay contraposición: puede seguir siendo Dios plenamente y niño plenamente.

Pablo presenta la encarnación como un misterio introductorio a la pasión y muerte. Juan pone el centro en la venida del Hijo de Dios. La Pascua es el final con que culmina esa venida, viene para volver. Encarnación y muerte-resurrección constituyen el misterio de Jesús. Los creyentes son aquellos que confiesen que Jesús viene del Padre, y los que afirman que es el mismo Dios el que le envía, y que viene “*en carne*”.

Jesús proviene del Padre, por eso puede presentarse ante los hombres como el pan de vida, luz del mundo, la puerta, el camino, la verdad y la vida, la resurrección y la vida verdadera.

Juan no pretende iluminar la figura de Jesús a partir de su origen biológico. Lo esencial de la obra de Jesús, como revelador de Dios, se condensa en estos rasgos:

- Como enviado del cielo realiza sobre el mundo la obra de Dios.
- La misión o envío principal, no solamente es ocasional o funcional, es la encarnación.
- Conoce al Padre.
- Enseña lo que el Padre manda.

- Cumple lo que el Padre quiere. Jn 14,31; 6,38.
- El Padre está en él, y él en el Padre. Jn 17,21.
- El Padre lo ama con predilección. Lc 3,22; Mc 1,11.
- El va a donde el Padre está. Jn 13,1; 14,12.
- Entrega la vida al Padre. Jn 18,11.
- El Padre lo glorifica. Jn 17, 1,5.

Para Juan, la Encarnación consiste en el envío que el Padre hace de su propio Hijo. La encarnación tiene carácter revelador más que metafísico. La afirmación: *“Jesús es el Hijo de Dios”* no se puede interpretar bíblicamente como dato metafísico. La metafísica no es problema o tema de reflexión bíblica. —Lo que no se opone a fundamentar la metafísica cristiana—.

Jesús viene de Dios de tal manera que se puede imaginar como su lugar-teniente, su instrumento y su acción sobre la tierra. Sin embargo, la función de Jesús no es impersonal y pasajera. No es un medio que se emplea para lograr el objetivo; no es simplemente un transmisor de Dios para oír sus exigencias y promesas. No es un camino que se recorre y se pasa. Existe el peligro de hacer que Jesús se diluya detrás de su función. Para Juan, es muy importante dar un paso más. Jesús y Dios se unen de forma permanente: la relación de Jesús con Dios preexiste y subsiste.

Sin embargo el centro de interés no está puesto en ningún tipo de especulación esencialista sobre Jesús o el ser divino; lo importante es descubrir que Dios se acerca hasta nosotros, encontrarle en la persona de Jesús y cimentar en Él nuestra existencia. Jesús no es solamente el *“Emanuel*,

Mt 1,23. *Dios con nosotros*", sino también "el nosotros con Dios" de forma definitiva y última.

Creer en la Encarnación significa que todo lo que hoy podemos decir y esperar de Dios se encuentra en la condición humana de Jesús, por la que "este Jesús es Dios para nosotros". Esto significa que el ser de Dios se revela en la humanidad de Jesús. Su divinidad debe aparecer en su ser hombre. La Escritura presenta a Jesús diciendo:

Jn 14,8. *"el que me ve a mí, ve al Padre"*. El hombre Jesús es la presencia de Dios, presencia creadora, re-

Jn 1,1s; 17,1s. dentora, salvífica, santificadora y glorificadora.

Al decir que en Jesús hay una sola persona, y esa es la divina, se quiere afirmar que hay un solo sujeto, un solo yo; no dos sujetos, uno divino y otro humano. La expresión de que en Jesús la Persona divina se encarna y se hace hombre histórico, significa, en expresiones contemporáneas, que se hace persona humana. Lo cual no se opone a la afirmación —y al hecho— de un solo

Dz-H 150, 300. sujeto en Jesús.

En la cristología tradicional no es común hablar de la persona humana de Jesús, más aún, se afirma explícitamente que ésta no existe como entidad metafísica, sino únicamente la Persona divina.

Dz-H 681.

Hablamos de la persona humana de Jesús no en sentido dogmático y metafísico, sino en sentido histórico, existencial, psicológico. La persona humana de Jesús era aquel Jesús a quien los discípulos seguían, a quien llamaban por su nombre y el que les respondía; aunque sustentando esa

realidad perceptible estuviera, en último término, la Persona divina de Jesús. Dz-H 302.

Actividades

- De este texto de Tertuliano subraya lo que te parezca más interesante con respecto a la encarnación.

“Considera detenidamente: todo Dios ocupado, como entregado con sus manos, con sus sentidos, con su acción, con su pensamiento, sabiduría y providencia, y además, en primer lugar, con su amor, con el que lo iba delineando —se trata de Adán en su creación—. Por más vil que fuera el lodo, lo expresaba. Por el hombre y el barro se pensaba en el Cristo futuro, y en la Palabra hecha carne, cuando en ese momento apenas era tierra. Y así preanunció el Padre al Hijo diciendo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Y Dios hizo al hombre, a aquél precisamente que había modelado; hizo a aquél a imagen de Dios, es decir, de Cristo. Y la Palabra era Dios, el que constituido imagen de Dios no juzgó un hurto ser igual a Dios. Y así el barro se revistió de la imagen de Cristo futuro, en la carne, que aún no era toda la obra de Dios, sino la prenda” —para la resurrección.

Fl 2,6.

Tertuliano,
Res 6,1.

- Hay textos que tienen un sentido en su origen y otro en su aplicación, como *“Emanuel, Dios con nosotros”*, pero la aplicación también es objeto de revelación. Buscar otro texto semejante en su origen y aplicación, como la profecía de Is 7,14.

Mt 1,23.

Si homo non perisset Filius hominis non venisset. Sermón 174, Finalidad de la Encarnación.

- Léase en San Agustín, De Trinitate, IV, 29 y hágase notar la relación entre Cristo, enviado del Padre y el Espíritu Santo.
- ¿Cuál crees que haya sido el fin de la encarnación?
- ¿Qué podríamos decir de la opinión de San Agustín? *“Si el hombre no hubiera pecado, el Hijo de Dios no se hubiera encarnado”*.

6.7 Jesucristo creador

En la fe cristiana llamamos a Jesucristo creador, ¿por qué?

¿Qué puede significar que Jesucristo sea creador? Es una afirmación difícil de comprender con la mentalidad moderna.

Esa afirmación es de carácter teológico y no cosmológico, no se afirma que se conozca el origen histórico del mundo, o el orden físico de los seres creados, ni aquello que cae dentro de la naturaleza del tiempo o del espacio. La afirmación recae en lo que da origen al tiempo y al espacio sin quedar comprendido por ellos.

Al decir que Jesucristo es creador y salvador, afirmamos que el mundo y el hombre tienen su fundamento, en cuanto a su origen, en orden a Jesucristo, como fin y como salvador del todo de la realidad creada. Expresamos la relación total del mundo con Jesús.

Si Jesús es realmente Dios-salvador no lo es solamente para cada uno en el “aquí y ahora”; sino

que es salvador, desde el principio hasta el fin, de toda la realidad.

La experiencia de Dios creador es una experiencia de relación de todo lo que uno es con Dios, como fuente y origen del ser y la vida. Para descubrir a Jesús en el origen de la vida no hace falta buscarlo en la primera etapa del proceso de la evolución, sino más bien en la última, y descubrir la unidad que encierra el mundo, la vida, la historia, y la acción de Dios.

Jesús, con su influjo creador da principio a la realidad física, pero su presencia y acción no pertenece al mundo físico, sino que es de un orden espiritual, meta-histórico y meta-físico. Su presencia y acción no se puede medir ni comprobar en el orden físico, es una realidad que se experimenta únicamente en el orden espiritual de la fe. La acción creadora no pertenece al orden físico, no es un momento ni un espacio; es el influjo de Dios que en nivel meta-físico suscita y sustenta todas las cosas; en ese mismo nivel, Jesucristo está presente como aquél que lleva a su plenitud, desde su origen, al mundo de la realidad física.

La pregunta de cómo puede ser Jesús creador del universo antes de llegar a ser históricamente Jesús, es un problema de tipo cronológico, que podríamos expresar de la siguiente manera: Jesús no puede ser la causa del ser existente antes de existir Él mismo. Este planteamiento se apoya en las siguientes suposiciones:

- Que Jesús vendría a ser una causa de la misma índole que las causas intramundanas.

- Que la acción creadora es una acción detectable y constatable en el orden físico experimental.
- Que el orden histórico —temporal— y el orden metafísico se excluyen mutuamente.
- Que el influjo causal de Cristo en el mundo es de tipo físico.

Estos puntos exigen una profundización. Al hablar de la acción creadora de Cristo nos referimos al influjo causal que pone en marcha la misma realidad física con sus causalidades incluidas. Y que es la causa de las causas. Y no una causa más entre ellas. Este influjo causal lo podríamos llamar, para distinguirlo de los demás, “causalidad trascendente”. Por este motivo la causalidad de Jesús no es constatable en el orden físico temporal; porque es lo fundante y no lo fundamentado. La causalidad trascendente de Jesús pone en marcha y sostiene el orden histórico y físico. Y por lo tanto, no lo excluye, sino lo fundamenta.

Conocemos el influjo causal trascendente por analogía con el orden histórico-físico. Pero esto no significa que el influjo causal de Jesús sobre la historia y el mundo sea de tipo físico. Jesús como causa trascendental, sostiene la acción de las causas físicas.

Jesús lleva a su plenitud la comunión con Dios porque es la meta del designio divino; está efectivamente presente desde el principio, porque entre el origen y el fin hay verdadera unidad. Hay unidad también en el mundo, que es el medio en que se da la vida. Hay unidad en el plan y desig-

nio de Dios, que realiza todo por medio de su Hijo único.

La acción creadora de Jesús es, por otra parte, una acción distinta a su actuación histórica, y, sin embargo, su actuación histórica no es un período aislado de la historia de la salvación. Su vínculo con la realidad física no toca solamente al misterio de la encarnación, sino también al misterio de la realidad física desde su origen hasta su fin. Por eso a Jesús se le confiesa Creador en el origen y Juez en el fin.

En la mentalidad de los Padres griegos, Jesús tiene un vínculo real con la creación aun antes de su nacimiento. Entre Jesús y el mundo no sólo existe una relación salvífica, sino que, además, Jesús es la expresión activa y operante de Dios creador. Y llega a ser el Salvador del mundo, porque en el principio fue su Creador. La línea de conocimiento y de revelación no va de la creación a la salvación, sino por el contrario, de la salvación a la creación. Es decir, para que Jesús verdaderamente salvara al mundo y a todos los hombres, era necesario su influjo salvífico desde el primer momento en que empezó a existir el mundo y el hombre. No se trata solamente de remitir el mundo a Cristo, se trata también de interpretar el mundo a partir de Cristo.

Dios crea para salvar, y el mismo que salva es el que crea. *“Una es la salvación como uno es Dios”*. Jesús es la posibilidad de Dios de salir fuera de sí, y sale en lo humano, en la vida concreta de Jesús. Pero esta posibilidad de Dios de salir fuera de sí y de salvar al hombre es también la posi-

Ireneo,
Adv Haer IV, 41,4;
V, 12,6.

Ireneo, Adv Haer V,
12, 6;
Agustín,
Sobre el Ev de Jn,
Homilía 32.

bilidad que Dios tiene de crearlo y regenerarlo. Para los padres latinos y griegos, si Jesús rehacía con sus curaciones a los enfermos, era porque había hecho a todos los hombres; si los regeneraba era porque los había generado, si los rehacía era porque los había hecho.

Entre el mundo físico e histórico y Jesús, hay una relación recíproca que no la hay con ninguna de las otras personas divinas. Solamente el Verbo, desde siempre, tiene carácter histórico y físico, y la materia y la vida, carácter crístico; porque Jesús había de llegar a ser una realidad física, viva e histórica. El Verbo de Dios siempre ha sido *“el que se había de encarnar”* —*“Incarmandus”*—, y el mundo su casa en la que había de habitar. Él ha sido la fuente y el autor de la vida, porque en Él estaba la vida. La Palabra creadora de Dios se revela como Palabra redentora y salvífica. El vínculo que la creación y, particularmente el hombre, tienen con Jesús, cuando nos referimos al origen, lo expresamos con el título cristológico de *“Jesús creador”*.

Jn 1,11.

En la mentalidad hebrea no existe un concepto de esencia o de naturaleza que determine al ser desde su origen, como existe en la filosofía platónica y aristotélica. Para los filósofos griegos el ser está determinado desde el principio por su esencia; por ejemplo: el hombre, desde el primer momento de su existencia, es animal racional, y nada de su proceso histórico lo hace ser más o menos hombre, únicamente le es posible realizar sus potencialidades. La esencia es como la mayor perfección del ser, y éste, al existir de forma

concreta, se degrada. La esencia del hombre, o la idea del hombre, es más perfecta que cualquier realización concreta y así, el proceso histórico hace que las cosas decrezcan.

Para el hebreo, por el contrario, la creación no está terminada. Dios espera la cooperación y el trabajo del hombre. La creación comprende no solo al hombre y a la mujer, sino a toda la humanidad que surge de los dos. El origen es solamente un nacimiento, y lo que determina a la persona es su historia. De ahí que la mentalidad bíblica sea histórica y no esencialista; de ahí también que el tiempo se entienda como un proceso ascendente, y orientado hacia una meta y un fin, y no como un perpetuo retorno.

En la mentalidad griega, el tiempo vendría siendo una espiral descendente que siempre se repite; en la mentalidad bíblica, vendría siendo una línea ascendente irrepetible.

Lo que tuvo un origen puede tener muchos fines, pero sólo su fin real revela su identidad, su ser. El fin determina y constituye al ser, y con el fin, también el proceso histórico. La mentalidad hebrea encierra en su concepción de la realidad, y del hombre, una visión escatológica. Así se comprende que el hombre sea un ser inacabado, y que llegue a ser plenamente hombre sólo hasta el final. San Ignacio de Antioquía decía que si el hombre estaba hecho para ver a Dios, solamente llegará a ser verdaderamente hombre cuando llegue a ver a Dios. Y San Ireneo decía que Dios había hecho al hombre para que creciera y se desarrollara, y así llegara a ser perfecta imagen

Carta a los romanos
6,2.

Ireneo,
Adv Haer V, 15,2.

y semejanza de Él; la obra verdaderamente creadora y propia de Dios es hacer al hombre en la historia. El tener todo desde el principio y ser perfecto es propio de Dios, el ser hecho y desarrollarse es propio del hombre.

Esta visión del ser y del mundo tiene que ver con la creación y con la actividad continua de Jesucristo, y con la acción de los hombres. Si Jesús salva al hombre, y lleva al mundo a su plenitud, Jesús tuvo que ver con la creación, que llegará a su final y a su plenitud con la salvación. El hombre sólo llegará a serlo plenamente con la salvación de Jesús. Y el mundo está siempre en proceso creativo y salvífico por la acción del hombre y de Jesús que no cesará de transformarlo hasta el fin de los tiempos.

Actividades

- Explica con tus palabras en qué consiste la obra creadora de Jesús.
- Redacta la expresión del Credo que corresponde a lo visto en este apartado.
- Investiga la exégesis de la expresión “por Cristo”. Como causa final: con motivo de, a fin de... Como causa eficiente... Como medio o conducto por el cual obtenemos el amor del Padre y todo lo demás.

Jn 1,2.

6.8 Diferencia entre Jesús en el tiempo y Jesús en la eternidad

En nuestro lenguaje trinitario podemos afirmar que entre la Segunda Persona de la Trinidad y

Jesús se da una identidad perfecta: Jesús es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad y la Segunda persona de la Santísima Trinidad es Jesús. El hecho de que Jesús nazca y aparezca en la historia no destruye, sino manifiesta la condición trascendente, eterna y divina de Jesús. *“El camino para llegar a la divinidad de Jesús es su humanidad”*. Él es la imagen visible de Dios invisible.

Tomás de Aquino,
S Th III, 14,1,1.

I Jn 4,12; Jn 1,18;
6,46; Col 1,15.

El autor de la Epístola a los hebreos nos dice que Jesús es *“el resplandor de la gloria de Dios, e imagen de su ser”*, es también *“Impronta”*, esto es, imagen esculpida o grabada como garantía de autenticidad, como el sello que el emperador dejaba con su anillo para garantizar un documento; imagen de su ser y autoridad, y por eso *“Ha heredado un título mayor que el de los ángeles”*. Jesús, por ser el Hijo de Dios hecho hombre, es servidor del Padre, es obediente al Padre, no por ser inferior, sino por ser el Hijo: *“El Hijo se llama a sí mismo siervo del Padre, a causa de su obediencia al Padre, ya que todo hijo, aun entre los hombres, es siervo de su padre”*, decía San Ireneo.

Hb 1, 1-4.

Demos 51.

Ciertamente, para nosotros, concepción, nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús es un acontecimiento fuera de la vida trinitaria, podríamos decir, temporal y espacial, pero no para Dios *“en quien todos vivimos, nos movemos y existimos”*, en quien no hay antes ni después, sino que *“desde siempre y hasta siempre tú eres Dios”*, y nosotros mismos estamos destinados, por nuestra unión con Cristo, a participar de la vida in-

Hch 17,28.

Sal 90,2.

tratrinitaria y atemporal, es decir, sin tiempo e imperecedera.

Al encarnarse, Jesús no se aleja de Dios Padre, *“el eterno se hace temporal, el impasible, pasible; el que era invisible se hace visible, el que es Hijo de Dios según el Espíritu, se hace Hijo de Dios, según la carne —e Hijo de David, e Hijo de María, e Hijo del Hombre—, igual al Padre como Hijo, y menor que el Padre como encarnado, Omnipotente como*

Dz-H 611. *Hijo y débil como hecho hombre”*. En el tiempo,-

Mc 15,34; Lc 22,41. no se ha alejado de Dios o del Padre, aunque, en el tiempo, se sienta abandonado o desamparado del Padre. —Ver esquema al final del capítulo—

Jesús es inferior a Dios Padre, no por ser el Hijo eterno, sino por ser hombre. Dios sigue siendo único y trascendente. Jesús es el “Hijo de Dios” por excelencia, quien por su muerte y su resurrección pasará a ser eternamente glorificado al lado de Dios.

Jesús es uno y el mismo, en el tiempo y en la eternidad. Pablo no acepta una fe en Jesús que se aparte del Jesús terreno. *“Engendrado del Padre, antes de los siglos, y el mismo, engendrado de María Virgen, en los últimos tiempos”*.

I Cor 12,4.
Dz-H 301.

- Jesús, en la eternidad, es creador con el Padre y el Espíritu,

En el tiempo, es creatura.

- Como persona divina, en la eternidad, en Dios no es autónomo, en todo procede del Padre, —quiere, ama, decide y actúa con el Padre y el Espíritu—.

En el tiempo, como ser humano, sí es autónomo —por eso obedece y hace la voluntad del Padre—.

- En la eternidad, no nace, ni crece, ni muere —siempre está presente en su proceso y es objeto eterno de la complacencia del Padre y del Espíritu—,

En el tiempo, nace, crece, ignora y aprende, sufre y muere —y es objeto encarnado de la complacencia eterna del Padre—,

- En la eternidad tiene un mismo querer, invariable y eterno, con el Padre y el Espíritu Santo,

En el tiempo, tiene una voluntad humana en la que presiente los tormentos de la pasión.

- En la eternidad será juez de vivos y muertos, Jn 8,22. y del mundo entero,

En el tiempo no juzga a nadie.

Jn 8,25.

Es “el mismo” Jesús, considerado en el seno del Padre que considerado en el seno de María, pero no es lo mismo considerado inmerso en Dios eterno, que considerarlo inmerso en María, en el tiempo y en la historia.

La Segunda Persona, al encarnarse no adquiere nada que antes le haya faltado. Al modo de Dios, Dz-H 569. tiene desde siempre lo que tendrá en el tiempo —preexiste y subsiste o sobre existe—.

Nos podríamos preguntar: ¿Cómo puede compaginarse la muerte temporal con la vida eterna del Hijo de Dios? Conviene advertir primero que el nacimiento y la muerte son los límites de una vida temporal, por lo que morir es llevar la vida a su cumplimiento. Y cuando se nos dio la vida, se nos dio también la muerte, porque son términos complementarios, no contrapuestos.

La pregunta la podemos reformular así: ¿Cómo compaginar la vida temporal con la vida eterna? La encarnación es precisamente la expresión de la vida eterna del Hijo de Dios en una vida temporal, concreta, de Jesús de Nazaret.

Dios tiene la posibilidad de expresar lo que le es propio en lo que es humano, y de hacer de lo que es humano algo absolutamente suyo y personal, en la Segunda Persona de la Trinidad. Y así hizo suyo, de una vez y para siempre el sufrimiento, la angustia, el dolor y todo lo que hace al hombre humano.

Esta vida humana tiene la posibilidad de poder ser injertada en la vida eterna, sin disminuirla, sino sólo dándole expresión humana a la vida eterna y divina. Y la vida divina —Dios— tiene la posibilidad de expresarse y asumir la vida humana como algo propio en Jesús de Nazaret y, en él, en todo ser humano. A las dos las llamamos vidas, pero no son del mismo orden: la vida de Dios es fuente, término, origen y fin, determinante y plenificante. En sí misma invisible e incomprensible en plenitud, pero también capaz de expresarse humanamente, y así hacerse visible y solidaria.

En la vida de Dios todo es presente. La historia deja de ser sucesión de hechos y se convierte en acontecimiento siempre presente. Todo lo acontecido y narrado, o no narrado, en el Evangelio es presente para el Padre en Jesús su Hijo. Lo que una vez sucedió, sucedió para siempre; como decían los padres de la Iglesia: *“nunca dejó lo que una vez hizo suyo”*.

“Quod semel assumpsit nunquam dimisit;”

Esto quedó claramente establecido en el concilio de Calcedonia celebrado el mes de noviembre del año 451: la compatibilidad de la vida divina y la vida humana, y la unidad en una sola persona, en Jesús.

Concilio de Calcedonia

Dz-H 301

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos unánimemente enseñamos que ha de confesarse **a un solo y el mismo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, el mismo**

ἓνα καὶ τὸν αὐτὸν.

perfecto en la
divinidad —

y el mismo

— perfecto en la
humanidad,

verdaderamente

Dios —

y el mismo

—verdaderamente
hombre

Con alma racional y
cuerpo.

consustancial
con el Padre
en cuanto a la
divinidad —

y el mismo

— consustancial
con nosotros
en cuanto a la
humanidad,

Semejante en todo a
nosotros menos en el
pecado.

engendrado del
Padre

antes de todos
los siglos

en cuanto a la
divinidad, —

y el mismo

— engendrado de
María virgen,
Madre de Dios,
en los últimos
tiempos,
en cuanto a la
humanidad,
por nosotros y
nuestra salvación

que se ha de reconocer a
un solo y mismo Cristo Señor,
Hijo unigénito
en dos naturalezas,
sin confusión, sin cambio, sin división, sin
separación;
en modo alguno borrada la diferencia de
naturalezas por causa de la unión, sino
conservando, más bien, cada naturaleza su
propiedad.

Dz-H 301.

Actividades

- Sepárese en dos columnas lo que corresponde al tiempo y lo que corresponde a la eternidad de este texto:

La Anáfora Alejandrina de San Juan Crisóstomo, que utiliza la Iglesia etiópica, dice: *“De nuevo proclamamos la esencia del Unigénito, cómo es, cómo descendió y cómo nació. Vino, sin salir del Padre; descendió, sin separarse de su esencia; salió, sin partir de la Trinidad; se inclinó, sin apartarse de su unión; habitó en una hija de carne, sin dejar su trono; fue concebido en su vientre, sin tener que unirse en partes, dada su plenitud; quedó encerrado en un seno, sin que por eso renunciase a ninguna de sus propiedades superiores, y nació, sin añadir nada a su ser inferior; se hizo perfecto hombre sin pecado y apareció como un siervo, al mismo tiempo que actuaba como Señor”*.

6.9 Jesús de la fe y de la realidad histórica

La reflexión exegética y teológica en torno a Jesús de Nazaret ha precisado conceptos sobre el

Jesús real, el Jesús terreno, el Jesús histórico, el Jesús de la fe y el Jesús teológico, que conviene mencionar, a fin de entender lo característico de estas distinciones, su relación y su importancia.

Nos interesa no la contraposición, sino la síntesis. Una fe bien integrada nos pide diferenciar para integrar tiempos, acontecimientos, interpretaciones, espiritualidades, mentalidades y finalidades de todas aquellas personas que están entre Jesús y nosotros y que han sido sus intérpretes. Todos formamos la Iglesia y de alguna manera, el magisterio.

El *Jesús real* es el que existió y tal como Él existió. No limitado a los datos históricos, ni a interpretaciones subjetivas, sino, de alguna manera, trascendente a ellas, como cualquier persona, que es más que su biografía o la interpretación que se haga de ella, incluyendo la que haga ella de sí misma. Abarca todo lo que una reflexión “razonablemente completa” podría darnos de Él. Del Jesús real podemos decir con certeza, lo que conocemos de un ser humano real, que nació, creció, se desarrolló, tomó decisiones, sufrió y murió.

Toda persona es importante para Dios. Más de lo que ella misma pueda imaginar.

El *Jesús terreno* es, más concretamente, la vida de Jesús en la tierra. Se trata de la huella que dejó, independiente de su significado antes de la encarnación y posterior a la resurrección. —Si se hubiera filmado la vida entera de Jesús, sería lo que la cámara habría captado—.

No debemos quedarnos en la interpretación que el mismo Jesús daba a su persona y a su actua-

ción, porque aun para el Jesús real y terreno no se había dado el momento de su resurrección, que es no sólo elemento integrante de su ser y de su significado, sino el tema central de su concepción, nacimiento, vida, pasión y muerte. De lo contrario parecería que la resurrección no añadió nada a la condición temporal de Jesús.

Jesús demostrado, comprobado. El *Jesús histórico* es el que se puede reconstruir por medio de los métodos científicos de la investigación histórica.

Habría que evitar el historicismo, porque no es la historia, ni siquiera la realidad del Jesús terreno exclusivamente lo que nos salva, sino Jesús en su dimensión trinitaria. En la historia de la fe, se dio una contraposición y sobrevaloración del Jesús de la historia, sobre el Jesús de la fe; como si sólo lo histórico fuera determinante e importante. Es evidente que el Jesús de la fe se fundamenta y tiene su fuente indispensable en el Jesús de la historia y real, pero el mensaje sobre Jesús rebasa los datos de la historia. San Pablo transmite y desarrolla ese mensaje sin haber conocido personalmente a Jesús. La fe en Jesús es mucho más que su biografía. Conocemos más al verdadero Bach oyendo su música que investigando dónde nació y con quién estudió. La verdad histórica, en cuanto a los detalles, no es el eje de la salvación o de la fe, sino la aceptación trascendente de su persona, es decir, la aceptación de Jesús que rebasa el tiempo y el espacio.

Desde el punto de vista histórico, la importancia que se dio Jesús a sí mismo fue sólo como portador del Reino. El núcleo de la predicación

y la conducta de Jesús no fue su persona, sino la llegada del Reino de Dios. Claro que ese reino implicaba una doctrina, un mensaje, una nueva manera de ver, pensar y actuar, una apertura del hombre a Dios y a los demás, y por eso una conversión. Mc 1,14.

La pluralidad y lo condicionado de las afirmaciones neotestamentarias sobre Jesús de Nazaret muestran claramente que su persona y su obra deben ser comprendidas desde un punto de vista que está más allá de las categorías con que el historiador comprende la historia. Al hablar de Jesús debemos trascender la historia.

El que Jesús haya sido una persona histórica, con todo tipo de condicionamientos particulares, cuya obra y destino se realizaron en una época y que pueden ser entendidos como un elemento del curso de la historia, no ofrece razones contundentes para llegar a reconocer lo que Dios ha obrado en Jesucristo. El que sólo se fija en los hechos constatables no puede experimentar en Jesús al Dios verdadero. El Jesús de la historia, también como histórico, es trascendente, inabarcable e incomprensible. Su amor, misericordia y entrega sobrepasan el límite.

El marco en que Jesús se presenta y el contexto en que se cree en él son un conjunto de títulos y atributos bíblicos que traducen la fe en el significado trascendente, eterno y universal de Jesús de Nazaret. Esto es lo verdaderamente importante en el Evangelio: el significado, la acción y presencia del mismo Jesús, que es más que las particularidades o datos concretos, que cambiando

tiempos y circunstancias, podrían haber sido diferentes.

Mt 11,3; Ga 4,4;
Jn 3,19; 5,25.
II Cor 1,20.

Según el Nuevo Testamento la significación decisiva de Jesús en la historia se cifra en que él es el acontecimiento escatológico *“Jesús es el que ha de venir y no hemos de esperar a otro”*, y que en él se cumplieron las promesas, *“Él es el sí de Dios”*. Jesús es accesible cuando se le da a su vida, muerte y resurrección un significado trascendente.

La palabra de Dios antes que un mensaje oral, es el mismo Jesús terreno de carne y hueso con sus acciones. El Nuevo Testamento es la expresión por escrito de la fe de las primeras comunidades cristianas. Dios no se reveló en una especie de mensaje dictado, sino que lo hizo a través de la biografía de Jesús y los acontecimientos históricos que suscitó.

El cristiano cree que el Cristo real es más que el que la historia crítica puede alcanzar. No se puede hacer como si el cristianismo estuviera fundado en testimonios y textos, en reliquias literarias, porque puede haber otra historia hecha de reliquias vivas, sin las cuales el cristianismo no sería sino una religión de pergaminos, es decir, no sería el cristianismo vivo.

El *Jesús de la fe* es la respuesta de los primeros cristianos en la fe vivida, como aceptación del Jesús real e histórico. Esta vivencia se recoge en los cuatro evangelios, integrada con el Jesús real y de la historia, distinguible con los métodos de exégesis histórico-críticos.

Es seguro que los discípulos rescatan, reinterpretan y reviven la experiencia histórica de convivencia con Jesús desde su fe en la resurrección. Los evangelistas hacen notar que el verdadero significado de Jesús fue comprendido por los discípulos hasta después de la resurrección. Todo lo ven a la luz de la pascua y todo adquiere un significado nuevo, y consiste en que a partir de la historia, lo sucedido deja de ser sólo historia y se convierte en realidad presente.

Mc 9,32; Lc 9,45;
Jn 8,27; 12,16; 13,7;
14,20.

Para Pablo, el verdadero conocimiento de Jesús es el de la fe en *“su misterio”*, no el conocimiento directo de Jesús histórico como fue conocido por Anás y Pilatos. Pablo valora el conocimiento directo de Jesús en orden al conocimiento por la fe. *“Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así”*.

II Cor 5,16.

El trabajo del exegeta con fe es no dejar que el Jesús de la historia sea sólo historia, y no deshacer la unidad esencial entre el Cristo de la fe y el Cristo de la historia.

La fe de los apóstoles y primeros cristianos está expresada con imágenes, figuras, metáforas y comparaciones, no con conceptos. A estos se llegó por una profundización en la fe.

El *Jesús de los dogmas* es el que se definió progresivamente en los concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, como reacción a las herejías que ponían en peligro elementos esenciales de la identidad de Jesús y la unidad de la Iglesia.

Años: 325, 381, 431,
451 respectivamente.

Jesús, para los discípulos, llegó a ser “meta-histórico” y trascendente después de la resurrección, que fue un acontecimiento real, pero no por eso histórico en el sentido de la ciencia moderna, es decir, que deja huellas constatables en las coordenadas del tiempo y del espacio, sensibles y comprobables físicamente.

Urgidos por la filosofía, la fe se expresa exactamente por medio de conceptos más que por imágenes. La pregunta se convierte en ¿qué se nos quiso decir o revelar? ¿Qué fue eso que se nos dijo y reveló directamente? En realidad se busca una mejor comprensión de la fe en profundidad y significatividad, y no un revestimiento de la fe que la oculte.

El Jesús teológico es el que a partir de todos los anteriores se medita, se reflexiona, y presenta al cristiano contemporáneo para enriquecer su fe y su vida en diálogo con su cultura y con el pensamiento de la Iglesia a lo largo de la historia. En el Jesús teológico se tratan de sintetizar las diferentes visiones de los autores sagrados así como también las diferentes etapas y contextos de reflexión cristiana.

Se pretende responder, desde la fe y en el contexto de la cultura actual, a las preguntas: ¿Quién es, fue y será Jesús de Nazaret? ¿Qué significado tuvo, tiene y tendrá para nosotros en esta vida y en la vida eterna?

El Jesús de la piedad cristiana, es el mismo Jesús objeto de la devoción, casi siempre popular, que subraya algunos aspectos y prescinde de

otros, y que aunque fundamentalmente se basa en el Evangelio, algunas veces lo separa y concibe de otro modo y con distintas características, por ejemplo, la devoción al Sagrado Corazón, a los nueve viernes, o a la Preciosísima sangre, o a las Cinco llagas, etc. Todo esto pertenece a la sensibilidad espiritual de tiempos, lugares y personas. La fe cristiana —y la teología— debe enriquecer y encauzar cualquier tipo de religiosidad.

La Trinidad no es una hipótesis, una teoría, o un sistema teológico, es la clave de interpretación que la Iglesia tiene, desde su origen, para comprender la persona y el mensaje de Jesús, así como nuestro propio destino y el modo de ser de Dios para con nosotros. El credo viene a ser el compendio de la extensión y profundidad de todo el Nuevo Testamento.

Actividades

Responder o comentar estas preguntas:

- ¿Puede darse la fe trinitaria sin mediaciones culturales?
- ¿Tiene sentido una religiosidad del corazón o del sentimiento solamente?
- ¿Puede limitarse la fe a un creo privado y asocial?
- ¿Es correcto practicar las virtudes cristianas, como la caridad, sin hacer referencia a Aquel por quien se practican?
- ¿Se podría dar la vida cristiana anónima?
- ¿Se podría dar la transmisión de la fe sin transmisor, el testimonio sin testigo?

- A modo de oración

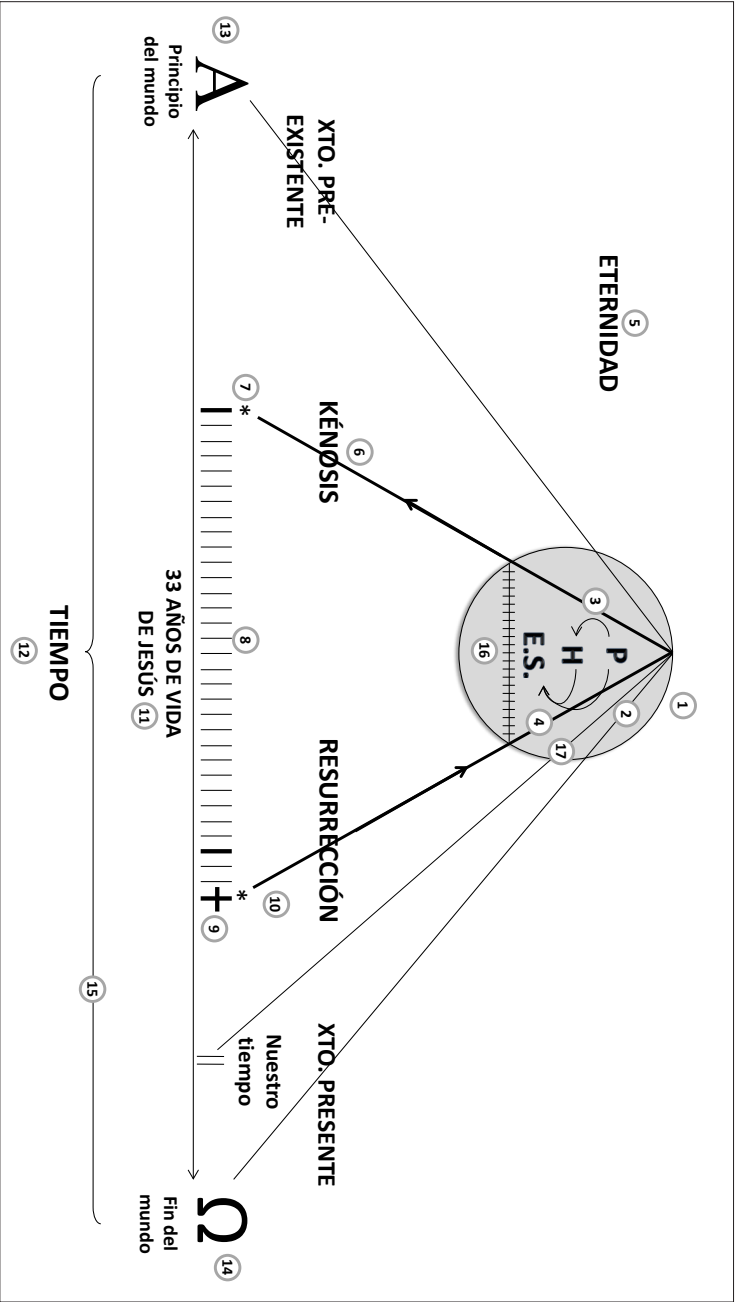
Te doy gracias Señor por el tiempo y la oportunidad que me das de profundizar en el misterio de tu amor; que sea de crecimiento en la oración y en el estudio de modo que pueda servirte en mis hermanos. Ilumina mi entendimiento para entender mejor. Fortalece mi memoria para retener lo importante. Impulsa mi voluntad para decidirme por lo que más me conviene. Haz que no me deje engañar por mis falsos deseos. No me dejes cambiar lo más por lo menos, y líbrame de todo mal.

6.10 Representación del tiempo y la eternidad

El esquema a continuación puede ayudar a visualizar la diferencia y relación entre la eternidad y el tiempo, aquello que podríamos llamar la esfera de Dios y la esfera de los hombres, la encarnación y nuestra participación de la vida trinitaria.

- | | |
|----------------------|--|
| Dz-H 150, 800, 3001. | 1.- El círculo superior representa la eternidad de Dios único, sin principio ni fin. |
| Dz-H 1331. | 2.- En Dios está el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, desde siempre y por siempre, y son inseparables. |
| Dz-H 284, 490, 1330. | 3.- Del Padre procede el Hijo, por generación. |
| Dz-H 1451, 527. | 4.- Del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo, por donación —para ser dado—. |
| | 5.- En la eternidad de Dios no hay tiempo que transcurra; ni en el tiempo, eternidad permanente. |

- 6.- El Padre envía al Hijo, lo que significa misión y abajamiento (Kénosis). Dz-H 145, 4892.
ἐ-κένωσεν.
- 7.- El Hijo de Dios nace en el tiempo, Hijo de María. Ga 4,4.
Dz-H 1337.
- 8.- Vive 33 años; su vida pública dura alrededor de 3 años. Lc 3,23.
- 9.- Muere de verdad, deja de vivir en el tiempo. Jn 19,30; Mt 27,50.
- 10.- Resucita y vuelve al Padre (Anástasis). Rm 1,4; Hch 2,29.
- 11.- La vida temporal del Hijo, vinculada a la de todos los hombres. Como él, aunque no igual que él, la vida de los seres humanos y toda la creación queda inserta en Dios. Rm 8,11.
Ef 4,10.
- 12.- La creación incluye todo lo espacial y temporal, todo el universo, más de 5000 millones de años hasta Cristo y todo lo que no es Dios. Rm 8,22;
Dz-H 3002.
- 13.- El principio se simboliza con la letra alfa, Α. Ap 1,8s.
- 14.- La omega, representa el fin del mundo, Ω.
- 15.- La llave significa que todo queda recapitulado en Cristo (anakefaláiosis). Ef 1,10.
- 16.- La línea paralela, correspondiente a la base del triángulo, pero en el círculo, representa la inserción de la vida temporal de Jesús en la eternidad de Dios, en Dios mismo.
- 17.- Y como la vida de Cristo queda inserta en Dios, quedará también la nuestra. Col 3,3; 2,12s.



CAPITULO VII

JESÚS Y EL ESPÍRITU SANTO

Objetivo: Comprender la función, naturaleza y acción del Espíritu Santo.

7.1 El Espíritu Santo en los sinópticos

San Marcos empieza su evangelio diciendo: *“Comienzo del Evangelio de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios”*. Luego de hablarnos del Bautista como precursor, pone en su boca estas palabras: *“Yo los he bautizado con agua, él los bautizará con —el— Espíritu Santo”*. Y al hablarnos del bautizo de Jesús nos dice: *“Juan lo bautizó en el Jordán. Y en cuanto —Jesús— salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hasta él como una pa-*

Mc 1,1.

loma. *Se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo a quien yo quiero, mi predilecto*".
Mc 1, 9-11.

Según los evangelios sinópticos, Jesús habló poco del Espíritu Santo y prácticamente nada de su carácter personal. Desde el punto de vista histórico, el texto más seguro lo encontramos en
Mc 3, 28,30. Marcos: *"El que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes bien, será reo de pecado eterno"*.

Jesús estaba convencido de que arrojaba los *"espíritus impuros"* por el Espíritu de Dios. Para Jesús, el Espíritu Santo era la fuerza y la vida de Dios unida a su amor y misericordia, y por eso era don del reino y venía junto con él, pues
Mt 12,28; Mc 3, 28-30. *"reposará sobre él el Espíritu de Yahvéh... porque la tierra estará llena del conocimiento de Yahvéh, como cubren las aguas el mar"*.
Is 11, 2-9; Jl 3,1s; Hch 2,17.

San Mateo sostiene que Jesús actuaba con conciencia de poseer el Espíritu, la fuerza de Dios.
Mt 12,28. *"Si por el Espíritu de Dios expulso yo a los demonios, es que ha llegado a ustedes el reino de Dios"*.
Lc 11,20. En Lucas se habla de *"el dedo de Dios"*, lo que significa la actuación divina.
Sal 8,4; Ex 8,19; 31,18; Dt 9,10.

La fuerza de Dios también es gloria y poder aunque históricamente Jesús haya hablado poco sobre el Espíritu Santo, los Evangelios lo presentan lleno de él, porque es el Mesías y el Siervo de Dios.
Mc 1,22; 27,2; 2,10; 5,30; 9,39; 12,24; Lc 5,17.
Mc 1,11.

"Se posará sobre él el Espíritu de Yahvéh: Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor de Yahvéh".
Is 11,2; 59,21.

Nunca se llega a identificar el Espíritu de Dios con el Mesías. En la teología hebrea, *Sekiná*, es la presencia activa de Dios que se relaciona con el hombre. *Ruaj* es la presencia de Dios que vivifica y gobierna el mundo y al pueblo de Israel por medio de sus elegidos: sacerdotes, profetas, reyes, y por el Mesías.

Ne 9,30; Za 7,12;
Is 42,1; II Cor 15,1.
Esd 1,5.

Mateo nos dice, aplicando a Jesús el texto del profeta: *“He aquí a mi Siervo a quien elegí, mi Amado, en quien mi alma se complace. Pondré mi Espíritu sobre Él, y anunciará el juicio a las naciones”*.

Mt 12, 17-18.
Is 42,1-4.

Lucas ve a Jesús no sólo movido por el Espíritu cuando habla y actúa, sino que lo presenta como dueño y señor del Espíritu. Jesús actúa y hace milagros por medio del Espíritu. Los espíritus, tanto buenos como malos, son servidores y obedecen a Jesús.

Lc 4,14; Is 61,1.
Mc 1,23s; 5,8; 9,25.

La revelación, en su conjunto, no contempla un hablar propio del Espíritu, a diferencia del Padre y del Hijo.

Jn 16,13; 14,16;
15,26.

El primer destinatario del Espíritu divino es Cristo, en El se encuentra en plenitud, a tal grado que el evangelista lo visualiza monopolizando la fuerza, la vida, el conocimiento y el temor de Dios que es el Espíritu. *“Porque aún no había Espíritu —no se les había dado, dice otra versión—, pues todavía Jesús no había sido glorificado”*. El contexto es el de la donación del Espíritu Santo. *“Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él”*.

Hch 2,33; CEC 1831.
Jn 7, 38-39.

El Espíritu Santo que es la fuerza y la vida de Dios, es lo más grande que el Padre podía dar a su Hijo; no lo entendamos tanto como un regalo que se puede hacer o no hacer, es ante todo el don de sí mismo, el don de la vida, aquello por lo que el Padre es Padre y el Hijo es Hijo, y en su vida temporal es lo más grande que el Hijo puede recibir y la suma de todos los dones. Es lo que hace a Jesús el Cristo —el ungido, el Mesías—, e Hijo de Dios en sentido mesiánico.

Por eso podemos decir que intratrinitariamente el Espíritu Santo depende de Cristo, y Cristo no depende del Espíritu Santo. Si Jesús fuera Hijo por el Espíritu, como lo somos todos los seres humanos, eso supondría una filiación por adopción, que es lo propio del Espíritu, no por generación.

La comunidad cristiana vio en Jesús el depositario por excelencia, el modelo y la fuente de toda donación del Espíritu.

- Lc 1,35. Al recibir en su plenitud al Espíritu Santo que a él, en primer lugar, lo haría *“el Santo de Dios”* desde su concepción. Aun teniendo en cuenta la concepción por el Espíritu, este no fecundó a María según los requerimientos de una fecundación normal, por lo que no es ni se le puede
Dz-H 282. llamar padre de Jesús.

El Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, lo recibió, cada momento, de forma plena.

- por eso su palabra estaba llena de fuerza, vida, conocimiento y sabiduría de Dios.
- por eso era poderoso en sus obras,
- por el Espíritu soportó la pasión y la muerte,

“El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”. Mt 26,41.

Aunque el texto no se refiera directamente al Espíritu Santo, se refiere al estado de ánimo, y éste es fruto de la acción del Espíritu.

El Padre se le comunicaba por el Espíritu, porque él, antes que nadie, llamaba a Dios *“Abbá”* movido por el Espíritu. El Espíritu es comunión de amor, vida, misión y acción entre el Padre y el Hijo.

7.2 El Espíritu Santo en Pablo y Juan

San Pablo llama en repetidas ocasiones al Espíritu Santo *“Espíritu de Cristo”*. Ser arrastrados o impulsados por el Espíritu es cosa propia de la vida cristiana —pero esto no impide, más aún exige un discernimiento de espíritus—. Por eso dice San Pablo: *“Les hago saber que nadie, hablando por influjo del Espíritu de Dios, puede decir ¡Anatema es Jesús!, y nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!, sino por la fuerza del Espíritu Santo”*. Rm 8,9; Flp 1,19. II Cor 3,17; Ga 4,6.

El criterio decisivo a favor de la divinidad del Espíritu es la recta doctrina, la confesión de que Jesús es el Señor. El Espíritu de Dios sólo puede darse en armonía y en conexión con la revelación de Cristo. Podemos decir, bíblica y teológicamente, que Jesús no está en dependencia del Espíritu y el Espíritu sí está en dependencia de Jesús. El criterio podría ser este: si el Espíritu te lleva a profundizar y proclamar la fe cristiana, tienes al Espíritu Santo; pero si el espíritu te aparta de la fe cristiana, no tienes al Espíritu Santo, sino al espíritu del mal. I Cor 12,3. Cf I Jn 4,1.

El Espíritu que sondea las profundidades de la divinidad, no es otro que el “*sentido*” de Cristo que han recibido los creyentes y por eso, “*si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece*”; “*tener el Espíritu de Cristo*” y “*vivir en el Señor*” son expresiones complementarias y progresivas, porque el Espíritu nos lleva a vivir en el Señor, lo que significa vivir los valores del Evangelio, hacer de Cristo lo determinante en la propia vida, establecer una relación nueva y única con él y con los demás, tener los mismos sentimientos de fe, servicio y entrega. Para Pablo “*vivir en el Señor*” es la forma típica de ser cristiano. El Espíritu no ofrece una revelación nueva, sino que su función es llevarnos a un conocimiento más profundo de Jesucristo.

- ¿Qué relación existe entre Cristo y el Espíritu Santo? Pablo intercambia las expresiones: “*Espíritu de Dios*”, “*Espíritu de Cristo*” y “*Cristo en nosotros*”. El Espíritu de Cristo se identifica con el Cristo resucitado, espiritual e histórico, que habita en nosotros. La idea de que el Espíritu Santo debe equipararse de alguna manera a Cristo resucitado, es clara cuando afirma: “*Pero el Señor es el Espíritu*”. En otros pasajes distingue con claridad a Cristo del Espíritu. Cristo es accesible a través del Espíritu. Pablo define la existencia cristiana y sus bienes de salvación tanto basándose en Cristo como en el Espíritu.
- Los bautizados están tanto en Cristo Jesús, como en el Espíritu.
 - Cristo habita en ellos. Y también el Espíritu.
 - La alegría se da en el Espíritu Santo. Y al mismo tiempo en el Señor.

- El amor de Dios es infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Y este amor es el “*amor de Cristo*”. Rm 5,5.
Rm 5,8; 8, 35-39.
- Lo mismo la paz. “*El reino de Dios es justicia. Paz y gozo en el Espíritu Santo*”, y “*la Paz de Dios custodiará sus corazones y pensamientos, en Cristo Jesús*”. Rm 14,17.
Flp 4,7.
- La libertad, “*Donde está el Espíritu del Señor ahí está la libertad*”, “*los falsos hermanos espían la libertad que tenemos en Cristo Jesús*”. II Cor 3,17; 2,4.
II Cor 3,8; Flp 4,19.
- Y así, la Gloria. II Cor 3,6; Rm 8,2;
6,23; 5,25; 6,8; Flp 4,19.
- Y la vida. Jn 14,6.
- Cristo es la Verdad, Jn 16,13.
- y el Espíritu es el Espíritu de la verdad, en Juan también el Espíritu es la verdad. I Jn 1,7; Jn 11,25.

Pablo piensa en Cristo “*como en la fuerza poderosa, que está activada y presente sólo por el Espíritu y como Espíritu*”, de esta manera “*fue hecho Espíritu que dé vida*”. La fuerza y la vida de Cristo resucitado y glorificado se manifiesta en la comunidad cristiana a través de su Espíritu. Sin embargo, San Pablo y San Juan no equiparan a Cristo y al Espíritu en todos los aspectos. Se dan relaciones que no son convertibles: I Cor 3,17.

- Cristo actúa a través del Espíritu, Rm 15,18s.
 - Pero el Espíritu no actúa a través de Cristo.
- Pablo dice de Cristo que es “su” vida,
 - Pero no lo dice del Espíritu.
- Los cristianos deben configurarse a Cristo, Flp 3,10.
 - Lo que no puede decirse del Espíritu, porque no es modelo, ejemplar o prototipo del cristiano. συμμορφιζόμενος.
- Cristo es el Camino, no el Espíritu, Jn 14,6.
 - el Espíritu nos hace caminar. Cf Rm 8,3s.

- El Cristo espiritual sigue siendo el encarnado, el crucificado, el que vendrá,
 - El Espíritu no se encarna o vendrá al fin de los tiempos, ya ha venido y sigue viniendo.
 - El Espíritu no actúa por sí mismo, sino en dependencia del Padre y del Hijo.
 - El Espíritu no habla a nombre propio. Cuando afirmamos que *“habló por los profetas”* no es por iniciativa propia o con un mensaje distinto, sino preanunciando a Cristo, según el testimonio de los Santos Padres.
 - El Espíritu se contrapone a la carne, a la debilidad y al pecado.
 - Cristo se contrapone solamente al pecado, porque fue de carne y débil, tentado pero no vencido.
- Jn 14,26; 16,14.
Jn 16,13; 14,16; 15,26; Mt 10,20.
Mt 26,41; 5,16.
Jn 1,14.
Lc 4,1s.
- El Espíritu desempeña funciones que no son ejercidas ni por el Padre, ni por Jesús, y por eso podemos hablar del Espíritu como Persona distinta.
- La muerte y resurrección de Cristo se actualiza por el Espíritu en cada uno de los cristianos.
 - El Espíritu vincula a Cristo con los bautizados, y a los bautizados entre sí.
 - Junto con el Padre y el Hijo tiene funciones y acciones de tipo personal, da testimonio, continúa el mensaje, le da gloria. El Espíritu del Padre hablará en ustedes.
 - El Espíritu no se expresa como persona frente a nosotros, sino dentro de nosotros.
- I Cor 6,11.
I Cor 12,13.
Jn 6,59.
Jn 16, 8-11.
Jn 14,26; Jn 16,14.
Mt 10,20.
Ef 4,40.

El Espíritu Santo tiene funciones netamente cristocéntricas.

- Jesucristo lo promete. Jn 14,15s; 16,7.
- Para continuar su obra en la tierra. Jn 16,7.
- El Espíritu Santo cuidará de que la palabra de Jesús y su fuerza salvífica actúen plenamente. Jn 16,13.
- Y que perdure. Cf Jn 20,22.
- No enseñará nada nuevo. Jn 16,13; 14,25s; 15,18s.
- Ni propio, *“No hablará por su cuenta”*. Jn 14,26; 16,13.
- Enseñará y recordará lo que Jesús ha dicho. Jn 14,26.
- Procede de Jesucristo y lo da a quien quiere *“El Espíritu recibirá de lo mío y lo dará a ustedes”*. No es una alternativa, o un rival, sino un continuador. Jn 14,16.
- Dará testimonio de Cristo, Jn 15,26; I Jn 5, 6-7.
- Dará inspiración y fuerza a los discípulos, *“El Espíritu del Padre hablará en ustedes”*. Mt 10,20.
- Por el Espíritu, Jesús se hará presente en todos los tiempos, Jn 14,16; Rm 8,9; Fl 1,19; Ga 4,6; Jn 14,26; 15,26; 16,7.
- El Espíritu es quien nos hace pertenecer a Cristo: *“El que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece”*. Rm 8,9.
- Por su medio, Jesucristo se convierte para los creyentes en el Cristo presente. Ef 3,16; Ga 4,6; II Cor 3,17.
- Ejerce las mismas funciones que Cristo en la tierra. Será *“otro”* abogado, intercesor, paráclito. Jn 14,16. I Jn 2,1.
- Tiene la tarea de enseñar, anunciar y desarrollar en toda su profundidad y plenitud el mensaje de Jesucristo. Jn 16,13; II Cor 2, 10-14; 12,3; II Cor 4,13s; Ef 3, 5-16s.
- A la hora de dar testimonio de Jesucristo, al padecer adversidad, no son los discípulos los que hablan, sino el Espíritu Santo. Mc 13,11.
- Jesús permanece cercano a los suyos, profundamente íntimo, por el Espíritu. Cf Jn 14,23; 20,22s.

- El Paráclito sustituye a Jesús y prosigue su obra, actúa en estrecha unidad con Él, e incluso es Jesús mismo quien viene en el Espíritu con un nuevo modo de presencia.
- El Paráclito es enviado por Jesús y procede del Padre.
- El Padre da y envía al Paráclito en nombre del Hijo.
- El Espíritu es principio de resurrección.
- Su último objetivo es llevar a los creyentes a la gloria que el Padre ha dado al Hijo, antes de poner los fundamentos del mundo.

Lo que Juan dice del Paráclito, lo dice de Jesús en otros lugares del Evangelio:

- + El Paráclito vendrá así como Jesús ha venido a este mundo.
- + Procede del Padre, al igual que Jesús vino del Padre.
- + El Padre dará el Paráclito a petición de Jesús, como el Padre dio al Hijo.
- + El Paráclito será enviado en nombre de Jesús, como Jesús vino en nombre del Padre.
- + Jesús es consolador e intercesor, y el Espíritu Santo es “otro Paráclito”.
- + El primer Paráclito es Jesús.
- + Si el Paráclito es el Espíritu de Verdad, Jesús es la Verdad.
- + Si el Paráclito es el Espíritu Santo, Jesús es el Santo de Dios.

Jesús desempeña, con respecto al Padre, las mismas funciones que el Espíritu desempeña con respecto a Jesús.

- + Al Padre lo conocemos por medio del Hijo, y al Hijo lo conocemos por medio del Espíritu Santo.
- + El privilegio de conocer y reconocer al Paráclito corresponde al de conocer a Jesús. Jn 14,7.
- + El Paráclito estará dentro de los discípulos, como Jesús permanece en ellos. Jn 14,20.
- + Enseñará como Jesús también enseñó. Jn 6,59.
- + El Paráclito anuncia o revela las cosas que han de venir, Jesús se declaró como el que había de venir, que anuncia o revela todas las cosas. Jn 4, 25-26.
- + El mundo no puede aceptar al Paráclito, como los hombres no aceptan a Jesús. Jn 14,17.
- + El Paráclito dará testimonio frente al odio del mundo, como Jesús testificó contra el mundo. Jn 7,7.

El Espíritu Santo es la fuerza de Dios para el hombre; hace referencia al hombre y por el hombre, al mundo. San Ireneo decía que Dios era el Padre, el Hijo y el ser humano vivificado en comunión con Dios por el Espíritu, es decir, el Espíritu Santo en cuanto vivifica y diviniza al hombre. Con esta forma de hablar de la Trinidad se enfatiza que la acción creadora y santificadora de Dios está encaminada, por su Espíritu, al hombre, a la adopción, a la visión de Dios, a la comunión con Dios, y a la inmortalidad. Que el hombre está incluido en el misterio trinitario, porque posee el Espíritu de Dios. Que la acción de Dios *hacia afuera* culmina en la inclusión del hombre en el misterio de Dios.

Ireneo, Adv Haer IV, 1,1: *manifestavimus neminem alium Deum appellari a Scripturis, nisi Patrem omnium et Filium et eos qui adoptionem habent.*
Adv Haer IV, Prólogo, 4; *qui adoptionis Spiritum accipiunt.*

El Espíritu Santo es la vida de Dios que se da en su plenitud a Cristo y por él, al hombre. El Espíritu Santo es la vida de Cristo en nosotros, y por él llegamos a ser partícipes de la filiación

divina. El Espíritu Santo es un proceso de relación interpersonal con Cristo; como un proceso de amistad. Es lo que hace posible en nosotros la relación de comunicación, de comunión y diálogo con Dios.

El Espíritu Santo es lo divino que hay en el hombre y está en profunda relación con la vida que vivimos y no solamente con la vida en el orden de la gracia. El Espíritu Santo está en función de la misión que Jesús confía a sus discípulos. Se les ha dado para que sus palabras tengan fuerza y lleguen al corazón de los hombres. Jesús no funda una comunidad de místicos inactivos, sino una comunidad de apóstoles. La misión tiene especial importancia por la Pascua: a aquéllos que han tenido una experiencia existencial, que lo han visto y oído, sobre todo que han recibido su Espíritu, los envía a todo el mundo a predicar el Evangelio a toda la creación.

Cf Mc 16,15; Mt 28,
18-20; Lc 24,46;
Jn 20,21s; Hch 1,8.

El Espíritu es el elemento de continuidad y plenitud

- I Jn 4,2.
- entre el Jesús prepascual y Cristo glorificado;
 - entre Cristo glorificado y la comunidad de creyentes.

Su Espíritu es la misma vida de Dios en cuanto se expresa inicialmente en la experiencia histórica de Cristo, que ha llegado a su plenitud en la glorificación, de la que ha hecho partícipes a los hombres; difundido en ellos y en el mundo, es fruto de la resurrección como principio vital del Reino futuro en el momento presente. El Espíritu Santo es Dios mismo, que con el Padre y el Hijo se nos comunica a través del Espíritu.

Jn 7, 37-39; Rm 8,23;
II Cor 1,22.

Escribe San Basilio: *“Al Espíritu Santo se le conoce después que al Hijo y por el Hijo, el Hijo manifiesta al Espíritu por sí y consigo... No puede pensarse ningún corte o separación que divida al Espíritu del Hijo... Entre las tres personas hay que establecer una comunión inefable e incomprensible al mismo tiempo que una diferencia; la distinción en las personas no elimina la unión en la naturaleza, ni la comunidad de esencia destruye la propiedad de las notas diferenciales”*.

Basilio, Epist 38,4.

En hebreo, Espíritu es femenino “Ruáh”, es la fuerza o vida de Dios. En griego y en latín es masculino, el pneuma, spiritus, y significa aliento y soplo. La traducción al masculino favoreció la personificación y la distinción de las otras personas divinas. Es evidente que el lenguaje tiene mucho que ver en la forma de entender y explicar las cosas y hasta en nuestra misma fe, dado que la fe llega a nosotros, o nosotros llegamos a la fe, por el oído. El dar razón de nuestra fe exige una manera de pensar y una manera de expresarnos capaz de ser comprendida, al menos en parte.

Rm 10,17.

¿Cómo ve San Pablo la relación entre el Padre, Cristo y el Espíritu?

En muchas ocasiones lo llama “El Espíritu de Dios”, como el espíritu del hombre está en el hombre, así el Espíritu de Dios está en Dios. El Espíritu es referido a Dios *“El Espíritu de Dios”*, el Espíritu es lo santo de Dios, es lo que le pertenece a Dios, que da en su plenitud a Cristo y por Cristo y con Cristo, al hombre. El Espíritu Santo es don del Padre y de Cristo para el hombre.

I Cor 2, 11-14;
3,16; 6,11.

Rm 8, 9-14; I Cor 7,
40; 12,13; II Cor 3,3;
Fl 3,3; I Cor 2,12.
I Ts 4,8; Rm 8,11.

N.B.

- Lo que San Pablo dice sobre el Espíritu Santo para todos los hombres, se puede aplicar con verdad y por excelencia a Jesús, dado que el Espíritu y sus funciones son las mismas, salvaguardando aquello que se refiere al orden y a la relación de las personas divinas, por ejemplo, nosotros somos hijos de Dios por el Espíritu de adopción, pero Jesús es Hijo de Dios por naturaleza, por generación, porque el Padre es Padre de Jesús en primer lugar —Primogénito—, y en él, de todos los seres humanos. Por el Espíritu Santo el Padre hace que Jesús aparezca en María como ser humano, pero el Espíritu no hace a Jesús Hijo eterno del Padre, lo que corresponde única y exclusivamente al Padre. En Jesús el Hijo eterno de Dios y “el Mesías” se identifican en su persona. Pero en la mentalidad hebrea el Mesías no suponía la filiación divina natural y eterna, por generación, solamente la filiación por adopción.
- Rm 8, 15-16.
- Lc 1,26s.
- Jn 8,25s.
- Cf Sal 2,7: 13,33;
Hch 1,5s.

Paráclito no es adjetivo, sino sustantivo. Viene de “*para*” y “*kaleo*”, que se traduce por el que habla a favor de, el que está junto para defender.

para-καλέω.

I Jn 2,1.

Jn 14,16.

Por eso Cristo es el primer Paráclito, el Espíritu Santo es el segundo: “Otro Abogado”, pero es también el que está al lado para levantar, consolar, animar, como un padre o una madre. El Paráclito no es sólo el que habla por mí, como abogado, —sentido jurídico—, sino también el que está conmigo para lo que sea necesario —sentido familiar— como una madre con su hijo pequeño.

- II Cor 3, 17 Cuando Pablo dice “*El Señor es el Espíritu*” no habla aquí nuestro lenguaje trinitario, no habla

de Cristo y del Espíritu como personas o hypóstasis, con lo que respondería a una pregunta no planteada, sino que admite cierta identidad dinámica entre el resucitado y el Espíritu, superior a una unidad funcional. En Jesús resucitado se concentran al máximo la acción y la presencia del Espíritu, del mismo modo que el reino de Dios. El Espíritu es don del reino, pero el reino no es don del Espíritu. *“El Espíritu de Dios descendió sobre Jesús, para que nosotros nos salváramos recibiendo de la abundancia de su unción”*; *“El que unge es el Padre, el ungido es Cristo y la unción es el Espíritu”*.

Ez 36,26; Jr 24,7.

Ireneo,
Adv Haer III, 9,3.

Ireneo,
Adv Haer III, 18,3.

Actividades

- Realiza un cuadro comparativo donde expongas las características que le son propias al Espíritu y las que le son propias a Jesús.
- Haz un enlistado de los títulos que le podrías dar al Espíritu Santo según sus funciones.

—Ejemplo: Eres maestro porque nos enseñas, Guía porque nos conduces, Paráclito porque nos defiendes, favoreces, animas... etc. Eres sello porque nos marcas y certificas. Eres prenda de nuestra herencia porque sin ti no podremos entrar en comunión con Dios. Eres amigo porque nos inspiras buenas obras y te entristeces con nuestras malas acciones. Eres del Padre porque de él procedes, eres también de Cristo porque él te envía a nuestros corazones y eres nuestro porque nos has sido dado y nos perteneces; contigo podremos renovar la faz de la tierra.

Ef 1,13.

Ef 1,14.

Ef 4,30.

7.3 El Espíritu y la Iglesia Primitiva

El cristianismo nació de tres elementos que al mismo tiempo son las columnas que lo sustentan:

1. las palabras y obras de Jesús de Nazaret unidas a su pasión y muerte,
2. las apariciones del mismo Jesús resucitado, y
3. las experiencias del Espíritu en la Iglesia pos pascual.

La comunidad cristiana vio en Jesús la fuente de toda donación del Espíritu, pues *“Dios ha mandado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo”*
Ga 4,6.
y era también el modelo cuya imagen debíamos reproducir por la acción del Espíritu.
Rm 8, 17,29.

Si tomamos el agua desde la fuente, vemos que en la Escritura, el Espíritu significa fuerza y vida por lo que está presente en la creación. Es el que habla por medio de los profetas, el que prepara a la humanidad para la recepción del Hijo, el que viene sobre María para hacerla receptiva y fecunda a fin de que el fruto de su vientre sea el Hijo de Dios en la Historia, y el Mesías,
Gn 1,2.
Is 11,2; Jn 2,28; Ez 36,26.
Lc 1,35; Mt 1, 18-20.
Mc 1,10; 1,12.
Lc 4,1.
Mt 12,28.
Hch 2,1s.
Rm 1,4; 8,11; I Cor 15,45.
el que mueve a Jesús para predicar el reino,
el que le induce a ir al desierto,
el que le ilumina y fortalece para que venza las fuerzas demoníacas,
el que viene sobre la humanidad para hacerla receptiva a la presencia nueva y personal de Cristo y hace surgir a la Iglesia,
el que prepara a los oyentes ante el anuncio apostólico del Evangelio,
el que los orienta en una dirección misional.

El Espíritu aparece como protagonista en la obra de Cristo en momentos fundamentales como la concepción y el bautismo. Pablo menciona el origen humano de Jesús, y no lo atribuye al Espíritu Santo: *“Nacido del linaje de David, según la carne”*. Considera distintos el envío del Hijo y el del Espíritu. San Pablo no menciona al Espíritu como agente de la resurrección de Cristo y sí le atribuye nuestra propia resurrección.

Lc 4,14-18;
Mc 12,36;
Lc 1,15-17;
Lc 2,25-27; Hch 1,2.
Ga 4,4.
Rm 1,3.
Ga 4,6; Rm 8,3s.
I Cor 6,14; II Cor 13,4; Rm 6,4; 8,11.
Rm 8,11.

Los textos neotestamentarios, subsiguientes a la resurrección, conciben el Espíritu con referencia a Cristo y en dependencia de él, como ya lo vimos.

El Espíritu es “la promesa” que Jesús hace a los apóstoles, que él enviará, y así serán revestidos del Poder desde lo alto.

Lc 24,49; II P 1, 3-4.

La fe en Dios que nos salva a través de su Hijo y que sigue actuando en sus seguidores por medio de su Espíritu, llevó a la Iglesia primitiva a muchas y diferentes fórmulas y expresiones trinitarias. *“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único... como propiciación por nuestros pecados... y nos ha dado de su Espíritu”*.

Hch 2, 32-33; 5, 30-32; Rm 1, 3-4; 5, 5-8;
Hb 9,14.
I Jn 4, 9-14.

Tienen especial importancia las fórmulas bautismales: *“Vayan, pues, y hagan discípulos míos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”*.

Mt 28,19.

“Bautizar” tiene sentido de purificación, de perdón, de justificación y santificación. En, “eís”, en griego, tiene sentido de inclusión, de inmersión, de ubicación. Juan bautizaba en el Jordán. Cuan-

do se une al nombre, tiene sentido de dirección, de pertenencia. El “nombre” es el modo hebreo de subrayar el sentido personal de la acción; el nombre equivale a la persona... En el hecho de que se digan los nombres en singular y no en plural, se ha visto la unidad divina en la trinidad de personas. La enumeración de las personas deja entrever un principio, un orden, una secuencia salvífica y trinitaria. La triple enumeración expresa la trinidad de las personas en condición de igualdad, que luego se interpretará como igualdad de naturaleza.

I Cor 6,11;
II Cor 1, 21-22;
I P 1,2. *“Han sido lavados, santificados, justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”.*

I Cor 13,13. *El saludo Trinitario de la Eucaristía nos recuerda el misterio central de nuestra fe: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios —nuestro Padre— y la comunión del Espíritu Santo estén con ustedes”.*

Escribe San Ireneo:

Ireneo,
Adv Haer V, 20,2. *Al colocar al Espíritu en el hombre, el mismo Señor se hizo cabeza del Espíritu, y dador del Espíritu para —que sea— cabeza del hombre, pues por su medio vemos, oímos y hablamos.*

Verbum incarnandum.
Spiritus effundendus. *Así como desde toda la eternidad el Verbo es el que se había de encarnar, así el Espíritu es el que se había de difundir. Se piensa en el Espíritu Santo como en el “don” para los hombres, es lo que recibimos y nos califica, y no en función de*

la vida intratrinitaria, como amor entre el Padre y el Hijo, o como el que hace al Hijo ser “El Hijo”.

Argumentando Tertuliano con el texto del Génesis, decía: *“En plural, dijo Dios: Nosotros hagamos a nuestra imagen. ¿Con quienes lo hacía? ¿A quienes lo hacía semejante? Ciertamente se refería al Hijo, que había de manifestarse –induturus– como los hombres, y al Espíritu, quien los había de santificar –sanctificaturus–. Hablaba con ellos —con el Hijo y el Espíritu Santo— como ministros y colaboradores en la unidad de la Trinidad”.*

Tertuliano,
Prax XII, 3.

Dentro del misterio Trinitario podemos hablar de prioridades, siempre que no signifiquen ni prioridad en el tiempo, ni diferencia sustancial, pero sí en nuestro orden lógico y en el orden de la revelación y salvífico. Ese orden queda señalado al nombrar primero al Padre, luego al Hijo y después al Espíritu Santo, al reconocer que el Padre es el no engendrado, el Hijo el engendrado y enviado, el Espíritu el don difundido entre los seres humanos. Por esta razón no se dice que Jesús sea Dios o el Hijo de Dios por el Espíritu que se le ha dado, aunque se le haya dado en plenitud. Por otra parte, el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre, pero también del Hijo, y es un don de pascua, que no hubiéramos recibido si Cristo no hubiera resucitado. Podríamos decir, glosando a San Pablo, que si Cristo no resucitó, no hay Espíritu de vida eterna para los hombres.

Cf I Cor 15,13s.
Jn 7,32.

Al Padre se localiza, por decirlo así, en el cielo, al Hijo, en la tierra y en todas partes y tiempos, y al Espíritu Santo, en el corazón del hombre.

Mt 6,9.
Jn 1,11; Mt 28,20.
I Cor 3, 16-17.

El Espíritu Santo para Jesucristo no es un don, en sentido estricto, sino algo que le pertenece por su condición de Hijo unigénito de Dios, lo que no impide que en su vida temporal Jesús se haya manifestado lleno de todos los dones del Espíritu Santo. San Agustín nos dice: *“El Padre es el principio de toda divinidad, o por mejor decir, deidad”*, no el Espíritu, ni el Hijo. Y el Espíritu y el Hijo remiten siempre al Padre. Pero el Padre, principio de la divinidad y de todo, sólo lo es en relación con el Hijo y el Espíritu, como sólo relacionado con ellos puede hacerse accesible a nuestra comprensión y *“Dios con nosotros”*.

Cf II Cor 3,17.
De Trin IV, 20,29.

El Evangelio es la buena nueva sobre Jesús, no sobre el Espíritu Santo. Es de advertir que aunque el Evangelio fue escrito en la Iglesia primitiva, y aun después de algunas de las epístolas paulinas, y bajo un fuerte influjo y múltiples experiencias del Espíritu, los evangelistas no retroproyectaron sobre Jesús las funciones y los dones del Espíritu Santo, como para salvaguardar la diferencia y prioridad salvífica de Cristo sobre el Espíritu. Sin embargo, la fuerza del Espíritu Santo sobre Jesús tampoco la ignoran; por eso dice Pedro: *“ustedes saben lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazaret, le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él”*.

Hch 10, 37-38.

El Espíritu Santo no es la visualización de Dios; Dios no se nos revela en el Espíritu Santo, sino

por el Espíritu Santo. Si se presenta como viento, paloma o llama, es para darnos a entender que no es ninguna de esas tres cosas; que tiene la fuerza del viento, la libertad de la paloma y la luz y el calor de la llama, pero no se encarnó en la paloma, ni en la llama, ni en el viento. Tampoco se nos reveló para ser adorado separadamente de Jesús, ni reconocido en nuestros hermanos, que son imágenes de Cristo y no del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos lleva hasta dar la vida por Cristo, como sucedía con los primeros cristianos, y Cristo no nos lleva a dar la vida por el Espíritu.

Por el sello del Espíritu pertenecemos a Cristo y no al Espíritu; el Espíritu es don que nos pertenece, pero nosotros no pertenecemos al Espíritu, sólo en cuanto nos llena y por cuanto obramos movidos por su fuerza, así como por ser la Tercera Persona de la Trinidad. El Espíritu es un don para nosotros, pero nosotros no somos un don para el Espíritu. En el concepto de don, regalo, gracia y favor, lo importante no es tanto el don, sino aquél que lo hace. Nosotros no permanecemos en el Espíritu, sino que el Espíritu permanece en nosotros. Nosotros somos los destinatarios del Espíritu. Nosotros no seguimos o vamos al Espíritu, sino que el Espíritu viene a nosotros.

Ef 1, 13-14
I Cor 1,22.

Cf CEC 687.

El Espíritu Santo no es prototipo del ser humano, ni es imitable; pero es la fuerza creadora de Dios que nos impulsa a seguir e imitar a Cristo de forma creativa.

En la Iglesia primitiva, el Espíritu Santo era la comunicación del Espíritu de Cristo. Y es Cristo, quien, comunicándonos su Espíritu, nos hace hi-

jos como él. *“La prueba de que son hijos, es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!”*. Por esto, el Espíritu Santo nunca se ha de separar del seguimiento inmediato de Jesús, de la fe, el amor y la confianza puesta en él, que es el fruto principal del Espíritu en nosotros.

Orígenes escribió: *“Ha habido hombres sabios que, teniendo a Dios, nos han referido sus palabras; sin embargo, sólo parcialmente poseían el Espíritu de Dios... pero el Salvador, enviado a transmitir la palabra de Dios, no da el Espíritu parcialmente, porque no lo comunica a los demás por haberlo recibido él mismo, sino que él, que ha sido enviado de lo alto y es superior a todos, él mismo da el Espíritu, porque es su fuente”*.

Orígenes, Comentario al Ev de Jn 48.

En la Iglesia primitiva, el Espíritu Santo se concibió ligado a la persona de Jesús, a sus obras y palabras. Después de la resurrección, lo característico del Espíritu es que hace presente a Jesús de modo permanente; por él estamos ligados a la humanidad de Jesús, al Evangelio, a su presencia y acción, y formamos una comunidad que llamamos “la Iglesia” de la que Jesús es la cabeza, y el Espíritu Santo, el alma.

Dz-H 3328; Agustín, Sermón 395,4; Hch 4,32: *“tenían un sólo corazón una misma vida, alma”*.

Actividades

- Investiga algún texto de los primeros siglos donde se trate de la acción del Espíritu Santo. Por ejemplo Dz-H 542.
- Con respecto a la oración de Pablo y de los cristianos, ver Ef 3, 14-17.

- Hacer un comentario a los textos siguientes:

Al redimirnos, pues, el Señor, con su sangre, ofreciendo su alma en vez de la nuestra y su carne en lugar de nuestra carne, y al infundir el Espíritu del Padre en orden a la unión y comunión con Dios y de los hombres —entre sí— como quien abaja a Dios entre los hombres mediante el Espíritu, y levanta al hombre hasta Dios por medio de su encarnación y otorgarnos en su advenimiento con firmeza y verdad la incorrupción por nuestra comunión con él, se vinieron abajo todas las doctrinas de los herejes.

Ireneo,
Adv Haer V, 1,1.

- Comentar el texto siguiente:

La Iglesia es un pueblo reunido “*en virtud de la unidad del Padre del Hijo y del Espíritu Santo*”.

San Cipriano, 258;
Vat II, Lg 4.

Al hablar del bautismo dice Tertuliano: “*Donde está el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, está también la Iglesia... que es el cuerpo de los tres*”. En Tertuliano la palabra cuerpo significa expresión, realidad, lo visible. Y la Iglesia lo es porque por el bautismo, en ella se expresa la fe en la trinidad, y por ella se comunica y en ella se confiesa.

Quoniam ubi Tres,
id est Pater et Filius
et Sapiritus Sanctus,
ibi Ecclesiam, quae
Trium corpus est.
Bapt VI, 2.

7.4 El Espíritu Santo como don personal

No sólo la comunidad cristiana, sino cada uno de los que la formamos puede llamar a Dios Padre mío, por el Espíritu que se nos ha dado a cada uno por el bautismo.

El Espíritu Santo está en referencia directa y primaria con el ser humano, con Jesús, como “*Primogénito*” de todos los hombres y de toda la creación, y por los hombres a las instituciones, como a la Iglesia y a la jerarquía. Aunque Berni-

ni haya representado al Espíritu Santo sobre la Sede de Pedro, el Espíritu no viene sobre la sede, sino sobre el que se sienta en ella.

- Dz-H 3325. Es propio del Espíritu animar, dar fuerza y vida, y por eso su sede es el ser humano, no las cosas ni las construcciones. La Iglesia apostólica concibe al Espíritu, como fuerza, impulso, motor, agente, guía, no como meta o término, ni como objeto de culto separado de las otras personas divinas. Si se representara como objeto de culto, entonces habría que pedir “otro” espíritu que nos llevara al Espíritu. La tarea del Espíritu es conducirnos a Cristo y por Cristo al Padre. Pero esto no impide que pidamos al Espíritu que venga en nuestro auxilio para orar como conviene y para
- Rm 8,15s. conducirnos a Cristo y dar testimonio sin temor, y que lo glorifiquemos con el Padre y el Hijo y por ser del Hijo y venir junto con él.

El Espíritu procede total y absolutamente del Padre para el Hijo, por el Hijo, y junto con él para el hombre. En función del hombre fue enviado al mundo.

El Espíritu es vida y verdad. Es la comunicación de todo Dios al hombre y el que hace al ser humano capaz de abrirse a Dios. Es la vida del hombre y todo lo que hay en él de divino. Es lo que Dios le ha dado y le puede dar de sí mismo, sin que sea algo distinto de lo que Dios es, ni de lo que se nos da por Jesucristo; en pocas palabras: es lo que el hombre tiene de Dios, de trinitario y de cristo-céntrico, y por el Espíritu participa de la vida común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; esta es la vida trinitaria, la vida divina.

Será un verdadero maestro porque nos enseñará todo lo referente a Dios y nos recordará lo que Jesús nos ha dicho. Jn 14,26.

Jesús nos lo enviará, de tal manera que si no es glorificado, el Espíritu no podrá venir a nosotros, es el don de pascua. Jn 16,7.

Su Espíritu será un verdadero guía que nos conducirá hasta la verdad plena sobre Jesús. Jn 16,13.

El Espíritu recibirá del Padre lo que pertenece a Jesús, para entregárnoslo. Jn 16,14.

El Espíritu Santo es un regalo que nos hace Jesús para que se convierta en nosotros en una fuente de donde correrán ríos de agua viva, de buenas acciones. Jn 7, 38-39.

El Espíritu Santo nos hace ser hijos de Dios y nos impulsa a vivir como tales. “*Tener el Espíritu de Cristo*” significa lo mismo que “*vivir en Cristo*”, esto es, vivir en el amor a él y a los demás, lo que se traduce en una nueva vida, una nueva sociedad, un mundo nuevo. Y la tarea de los apóstoles consiste en que el Evangelio que predicán signifique la transformación del mundo entero, en una forma de ser y de vivir cada vez mejor. En este sentido, el Espíritu Santo es aquel que nos impulsa e inspira a transformar nuestras estructuras y nuestra sociedad. Aunque lo propio del Espíritu sea darnos vida, esto no debe ser entendido en un sentido exclusivamente intimista. Rm 1, 3-4.

El Espíritu Santo nos va haciendo, poco a poco, semejantes a Jesucristo. Ha sido enviado a nuestros corazones para configurarnos con Cristo. El

I Cor 6,17.
Communicatio Christi
Spiritus Sanctus.
Adv Haer III, 4,1.

Cf Ireneo,
Adv Haer V, 6,1; 9,3.

Ireneo,
Adv Haer V, 8,1.

Jn 15,26.
Jn 20, 21-22.

Ireneo,
Adv Haer V, 9,2.

Espíritu Santo es principio de vida y comunión con Cristo. San Pablo escribió: *“el que se une al Señor se hace un solo Espíritu con él”*. Para San Ireneo, el Espíritu era quien nos unía a Cristo de modo personal. *“La imagen”* es la referencia de todos los hombres a Jesucristo, *“la semejanza”* es la vocación que todos los hombres tenemos a reproducir en nuestras vidas las actitudes de Jesús, mediante la fe, los sacramentos, la acción de la Iglesia, y principalmente nuestro trabajo personal, movidos por el Espíritu.

“El Espíritu nos hará semejantes a él y llevará a cabo el beneplácito del Padre, como quien modela al hombre a imagen y semejanza de Dios”.

“El Espíritu Santo, dice Jesús, dará testimonio de mí”, porque está conmigo, *“Y también ustedes darán testimonio de mí, porque están conmigo desde el principio”*. El Espíritu Santo está vinculado con el trabajo misionero y apostólico.

*Quienes temen a Dios
y creen en la venida de su Hijo
y mediante la fe instalan en sus corazones el Espíritu de Dios
se dirán con justicia hombres limpios,
espirituales, vivientes para Dios.
Pues tienen el Espíritu del Padre que purifica al hombre
y le levanta a la vida de Dios.*

Por el Espíritu Santo tenemos la comunión con Dios, lo que produce necesariamente la salvación y la inmortalidad. Por eso el Espíritu Santo,

que ya hemos recibido, es prenda de nuestra herencia.

*Donde está el Espíritu del Padre,
ahí está el hombre viviente,
... la carne poseída en herencia por el espíritu;
olvidada de sí misma para asumir la cualidad
del Espíritu,
hecha con la forma del Verbo de Dios —encarnado—.*

Ireneo,
Adv Haer V, 9,3.

San Pablo ve como fruto del Espíritu Santo la gran libertad en que debe vivir el cristiano “*Donde está el Espíritu del Señor ahí hay libertad*”. El Señor nos hace libres por medio de su Espíritu, hasta llevarnos a la completa libertad de los hijos de Dios.

II Cor 3,17.

Rm 8,21.

Tertuliano decía:

*“El Señor envió su Espíritu Paráclito, para que —el hombre— poco a poco fuera dirigido, se ordenara y fuera conducido a la perfección por el mismo vicario —sustituto— del Señor, que es el Espíritu Santo. “Muchas cosas tengo todavía que decirles a ustedes, pero aún no pueden entenderlas; pero cuando venga el Espíritu de la Verdad los conducirá a toda la verdad, y su venida les traerá un mensaje”. Además el mensaje será saludable por su acción. Pues qué tiene de positivo la intervención del Paráclito sino esto: que **dirige nuestra conducta, que nos revela las Escrituras, que renueva nuestro entendimiento, que nos conduce a lo mejor**”.*

Tertuliano,
Virg 1,4.

El Espíritu, no en cuanto Tercera Persona, sino en cuanto fuerza, vida y forma de ser de Dios, es común a las tres personas. El Padre es Espí-

ritu, pero no es el Espíritu Santo y lo mismo el Hijo. Para los Padres de la Iglesia, de la misma manera como Jesús es “*Dios de Dios*”, así el Espíritu Santo es Espíritu del Espíritu, pero la relación con el Padre no es de filiación, sino de procedencia, porque el Espíritu no es revelación ni visualización, ni expresión ajena a la de Jesús, sino que es quien la hace posible. Los adjetivos que convienen al Espíritu Santo están en estrecha relación con nosotros, porque nos santifica, porque es don, porque es comunión, porque nos da fuerza y vida, porque es otro intercesor —Paráclito—.

Mt 10,39; Lc 16,22; Mc 12,26; Jn 12,25. Para Jesús, “*encontrar la vida*” es vivir con Dios y la vida sobrepasa el concepto psico-biológico –ψυχή– y se refiere a la vida propia y específica de Dios –ζωή– que en otras partes se expresa como Espíritu. La vida de Dios es lo que salva la vida del hombre, es su plenitud, lo que ansía, lo que necesita y lo único que lo puede satisfacer: “*Pues tienen el Espíritu del Padre que purifica al hombre y le levanta a la vida de Dios*”. La vida eterna, o participación de la vida intratrinitaria, la suele expresar en términos de visión, de comunicación,

Jn 4,24.

Ireneo,
Adv Haer V, 9,2.

*Y el hombre será preparado por el Espíritu,
como hijo de Dios,
y El Hijo nos conducirá al Padre;
El Padre nos dará la incorruptibilidad y la vida eterna,
que a cada uno acaecerá como consecuencia de ver a Dios.*

Ireneo,
Adv Haer IV, 20,5.

El aspecto de comunión con Dios por el Espíritu Santo fue de suma importancia en los prime-

ros siglos de la Iglesia, incluso para la fe en la divinidad del Espíritu Santo. Decían, por ejemplo, “*¿Cómo no va ser Dios, si nos diviniza?*” La divinización por el Espíritu, significa la máxima comunión posible para el ser humano con el ser divino, con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, esto es, la participación del hombre en la vida trinitaria; lo cual se nos da en razón de nuestra adopción, es decir, por gracia, sin mérito proporcional de nuestra parte.

Lo propio del Espíritu para el hombre no era la santificación solamente, sino la divinización, con lo que se designaba la inmortalidad, la visión divina: “*Seremos semejantes a Él porque le veremos tal cual es*”. Todo esto no era otra cosa que la plenitud de la salvación. ¿Cómo podríamos librarnos de la muerte y del pecado sino en la máxima comunión con Dios? Tendremos que participar de lo que Dios es para poder vivir con Dios. Sólo “*en su luz podremos ver la luz*”. Ver y conocer significa en el lenguaje de Juan, y en general de la Biblia, la máxima comunicación con Dios.

I Jn 3,2.

Sal 36,10.

Si el Espíritu no fuera Dios, sino creatura, “*¿cómo podría hacerme dios o unirme a la divinidad?*”. Gregorio aplica al Espíritu Santo el mismo argumento de Atanasio con respecto al Hijo: “*Si no es Dios, ¿cómo podemos ser divinizados por él?*”. Podemos decir que el Espíritu Santo es la donación del Padre, a través de Cristo, al hombre, en esta vida y en la vida eterna. El Espíritu Santo habita en nosotros por ser, y en cuanto es enviado por el Padre y el Hijo.

Gregorio Nacianceno, Discurso 31,4.

Cf Arrianos 39, PG 26,93 A.

Toda la actividad del Espíritu Santo, que mueve sin cesar la vida cristiana en el hombre, impulsa a la Iglesia e inspira al mundo entero, se finaliza en la comunión con Dios. Y el fin último del ser humano es la participación de la vida divina trinitaria: con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo, aquélla que procede del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Y cada una de las personas divinas se nos comunicará en su peculiaridad. Como decía Ireneo: *“Todos vieron en el Hijo al Padre”*... Y la gloria de Dios se nos manifestó en el rostro de Jesús... Aunque la vida en el Espíritu debe tener características que sobrepasan nuestra manera de pensar, de hablar y de ser sujetos de experiencias espacio temporales.

Dz-H 178. Al hablar del Espíritu Santo se suelen señalar los dones que nos otorga y se enumeran siete:

- + don de entendimiento, que nos permite conocer los misterios de la fe necesarios para la vida cristiana;
- + don de sabiduría, nos vincula con Dios y con los demás, y con todas las cosas en orden a la vida eterna;
- + don de piedad, nos une a Dios de modo familiar y reverente;
- + don de ciencia, nos ayuda a santificarnos en el mundo y a santificar las realidades temporales;
- + don de consejo, nos ofrece una conciencia recta y sensible a las mociones de Dios en nosotros mismos y en quienes nos rodean. Nos capacita a asesorar prudentemente a los demás;
- + don de fortaleza, nos ayuda a vencer las dificultades; finalmente,

+ don de temor de Dios, nos vincula con Dios en el reconocimiento de su soberanía, en actitud de respeto y amor.

San Pablo enumera más de siete, que pueden considerarse como frutos o consecuencias de los dones. En realidad podemos decir que los dones del Espíritu Santo son muchísimos y van de acuerdo con la idiosincrasia de la persona que los recibe. El don por excelencia del Espíritu Santo no es algo, sino el dárseles él mismo como gracia personal para llenar nuestro corazón, es la suma de todos sus dones y los supera infinitamente. *“¿O no saben que son templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en ustedes?”* Ga 5,22.
Cf Lc 11,13.
I Cor 3,17.

Así como Jesús es para siempre Dios encarnado, y desde siempre, el que se había de encarnar —Incarnandus, induturus—, así el Espíritu Santo es Dios que se comunica, que se había de difundir —effundendus—; es “la posibilidad” de Dios, si se puede hablar así, de entrar en comunicación continua y personal —tripersonal—, en términos de amor, con el Padre y con el Hijo y con el ser humano.

Entre las muchas imágenes que utiliza la Biblia para describir la acción y los efectos del Espíritu Santo —aliento; aire; viento; agua viva; fuego; unción; sello; paz—, las del don y el amor han sido las más frecuentes en la historia de la teología. El Espíritu es, según la Biblia, el don escatológico de Dios y, como tal, la plenitud de las obras de Dios. El Espíritu es considerado como don puro. Las afirmaciones neotestamentarias sobre el Espíritu emplean a menudo los verbos Hch 2,38; 8,20; 10,45;11,17; Hb 6,4; Cf Jn 4,10.

“dar” y “recibir”. El Espíritu Santo es quien “habló por los profetas” preanunciando a Cristo. Y de esa manera no es sólo “Espíritu Creador”, sino también presencia y acción histórica.

Juan Pablo II y el Sínodo XVI de Toledo.

Dz-H 570, 4780.

Dz-H 570.

Agustín,
De Trin V, 15,16.

Para subrayar la naturaleza relativa del Espíritu, dice el Magisterio, que en vez del nombre de “Espíritu Santo”, que no expresa suficientemente la relación, se puede aplicar el término de “*Don*”, pues el Espíritu Santo existe como “*Don*”, y así se expresa más la idea de gracia, regalo, comunicación. “*Porque es concedido a los fieles por el Padre y por el Hijo, con quienes es de una esencia en todo*”. Y aunque el Espíritu Santo es “*Don*”, existe como tal antes de ser dado a las creaturas.

Vivimos en comunión de vida con el Padre y el Hijo por medio del Espíritu Santo y en el Espíritu Santo, y no vivimos unidos y en comunión con el Espíritu por el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo no se manifiesta en sí mismo, ni es el objeto primario de la revelación, sino el que la hace posible, y se manifiesta a través de Cristo, de los profetas, y de nosotros.

N.B.

Es necesario distinguir entre el Espíritu y el Espíritu Santo porque como nociones trinitarias no son equivalentes. Dios es Espíritu, y lo es tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo. La palabra Espíritu, sin calificativo, designa la unicidad de Dios, porque Dios es Espíritu, de la misma manera que es amor, vida, luz y Señor. Con las palabras Espíritu Santo nos referimos única y exclusivamente a la tercera persona de la Trinidad

Jn 4,24.

directamente comunicado para la vitalización, santificación y glorificación del ser humano.

Actividades

- En actitud de recogimiento trata de hacer una oración, inspirado o glosando el texto de Ireneo.
- El objetivo de la creación se alcanza paulatinamente y de forma progresiva; señalar estas características en este texto de Ireneo:

*El Padre asiente y ordena,
el Hijo ayuda y modela,
el Espíritu nutre y da el crecimiento,
en tanto que el hombre avanza paulatinamente
y llega a la perfección,
a saber, se aproxima al Increado,
porque el perfecto es el Increado y se llama Dios.
Convenía, pues, que el hombre primero fuera
hecho,
y una vez hecho, que creciera
que habiendo crecido, se desarrollara,
que desarrollado se multiplicara,
que multiplicado se fortificara,
que fortificado, fuera glorificado,
y que glorificado viera a su Señor:
pues, es Dios quien ha de ser visto,
y la visión de Dios produce la inmortalidad,
y la inmortalidad nos hace estar próximos a
Dios.*

Ireneo,
Adv Haer IV, 38,3.

7.5 El Espíritu Santo y la Iglesia contemporánea

El Espíritu Santo que se recibe como don personal, se recibe en la Iglesia y para la Iglesia, y en cierto sentido también por la Iglesia. **En** la Iglesia, porque por medio del Espíritu, que se recibe por el sacramento del bautismo, quedamos incorporados a la Iglesia; formamos una unidad más profunda y vital con Cristo; quedamos consagrados y santificados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; entramos en la dinámica de la comunión con Dios por el Espíritu, que recibimos en el sacramento de la iniciación. Y todos los dones del Espíritu los recibimos en comunión con la Iglesia.

Escribe San Ireneo:

La senda de los hijos de la Iglesia rodea al mundo universo, en posesión de la firme enseñanza de los apóstoles, y nos ofrece el espectáculo de una misma fe en todos.

Todos dan acogida al único y mismo Dios Padre y dan fe a la misma economía de la encarnación del Hijo de Dios, y conocen la misma donación del Espíritu, y se ejercitan en los mismos preceptos, y custodian la misma forma en la ordenación de la Iglesia, y aguardan el mismo advenimiento del Señor, y esperan la misma salud de todo el hombre, en cuerpo y alma.

Ireneo,
Adv Haer V, 20,1.

“Nam et ipsa ecclesia proprie et principaliter ipse est spiritus, in quo est trinitas unius divinitatis, Pater et Filius et Spiritus sanctus.

Y Tertuliano decía que el Espíritu Santo se nos daba en orden a la fe trinitaria. *“Pertenece principal y exactamente a la misma Iglesia el mismo espíritu —de fe— que consiste en la —confesión de— la trinidad de la única divinidad: el Padre, el Hijo*

y el Espíritu Santo. El Señor une a la Iglesia —en la confesión de— lo que pertenece a las personas”. Piensa Tertuliano que, donde se bautiza, ahí está la Iglesia; y que se bautiza en la inmersión en las tres divinas personas.

Illam ecclesiam congregat quam Dominus in tribus posuit”.
Tertuliano,
Pud XXI, 1.

En la Iglesia, el Espíritu nos une, y toda división va contra el Espíritu. Por Cristo, “por él, unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu”.

Ef 2,18.

El Espíritu es el medio vital, y en este aspecto se identificaría con la Iglesia, en la que nace, crece y se desarrolla el cristiano.

“Conservamos esta fe, que hemos recibido de la Iglesia, como un precioso perfume custodiado siempre en su frescura en buen frasco por el Espíritu de Dios, y que mantiene siempre joven el mismo vaso en que se guarda. Este es el don confiado a la Iglesia, como el soplo de Dios a su criatura, que le inspiró para que tuviesen vida todos los miembros que lo recibiesen. En éste se halla el don de Cristo, es decir el Espíritu Santo, prenda de incorrupción, confirmación de nuestra fe, y escalera para subir a Dios. En efecto, «en la Iglesia Dios puso apóstoles, profetas, doctores», y todos los otros efectos del Espíritu. De éste no participan quienes no se unen a la Iglesia... **Pues donde está la Iglesia, ahí se encuentra el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, ahí está la Iglesia** y toda la gracia, ya que el Espíritu es la verdad”.

I Cor 12,28.

Ireneo,
Adv Haer III, 24,1.

Todos los dones, por más personales que sean, siempre tienen una función social, eclesial; se reciben **para** el bien de todo el cuerpo de la Iglesia.

Cuando el Padre y el Hijo, nos comunican su Espíritu, están mirando nuestro bien y el de la Iglesia; de hecho, el don personal del Espíritu tiene siempre una función eclesial, de modo que sería un signo de inautenticidad un don del Espíritu que dividiera a la Iglesia. Los dones personales están siempre encaminados a prestar servicios en la Iglesia. El Espíritu Santo es siempre espíritu de amor que une a la Iglesia.

I Cor 12,7; 14,4.
 Cf I Cor 1,10s;
 3, 3-4.
 Cf Ef 4, 7,12;
 Rm 12, 3-8;
 II Tm 1, 6,7.
 I Cor 13,14s; 12,28.

Ef 4, 9-13. Jesús, que descendió y ascendió, fue quien dio a unos ser apóstoles; a otros profetas, etc.

Para Pablo el templo del Espíritu Santo son los fieles que forman la Iglesia, como si se tratara de un templo bien cimentado y construido. *“Así pues, ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también ustedes con ellos están siendo edificados, para ser morada de Dios en el Espíritu”.*

Cf I Cor 3,16.
 Ef 2, 19-22.

El mal en la Iglesia *“entristece al Espíritu Santo de Dios”*. El Espíritu del Señor, el Espíritu Santo, es una invitación constante a evitar el mal y procurar el bien. En la teología judía, el *Sekiná*, el espíritu de Dios activo en el hombre, es el principio de vida moral, es quien nos impulsa a cumplir su voluntad. Para ellos puede personalizarse, pero no personificarse.

Ef 4,30.

Cuando actuamos mal, el Espíritu Santo nos invita y mueve a la conversión, pero no es el Espí-

ritu directamente quien nos perdona los pecados, sino el Señor, hecho presente en los apóstoles y en los sacerdotes. El sacerdote dice: *“Yo te perdono”*, porque actúa en lugar de Cristo, —in persona Christi—, y no pide: que el Espíritu Santo te perdone. Por eso dice Jesús:

“Reciban al Espíritu Santo.

A quienes perdonen los pecados,

les quedan perdonados;

a quienes se los retengan,

les quedan retenidos”.

Jn 20, 22-23.

Cabe hacer notar que el Espíritu no viene a la Iglesia como “comunidad”, la comunidad no es la sede del Espíritu, sino los fieles **en** la comunidad y **para** la comunidad. El Espíritu Santo es “Don” para las personas, que es enviado sobre dirigentes y dirigidos en cuanto personas que forman la comunidad, es decir, la Iglesia. De ahí la obligación de los dirigidos de oír a los dirigentes, pero también la de los dirigentes, de oír a los dirigidos, porque el Espíritu no es exclusivo de ninguno de los dos.

El Espíritu Santo se recibe del Padre y del Hijo **por** medio de la Iglesia; en este caso la palabra “medio” significa ministerio, acción, modo, autoridad y autorización. El Espíritu Santo es el alma o la vida de la Iglesia. Dz-H 3328.

Hemos insistido en que el término directo de la presencia y acción del Espíritu Santo es la persona humana, pero ésta vive como miembro de la Iglesia y el Espíritu Santo se recibe **para** el bien de la Iglesia, por eso el fruto principal de la acción del Espíritu Santo es el amor que da sen- Rm 12,12s.

I Cor 13,13. tido a la entrega y al servicio para edificar una comunión de hermanos.

El Espíritu Santo hace progresar a la Iglesia gracias a las crisis por las que atraviesa. Y así como está presente, actúa e intercede por cada uno de los miembros, así actúa e intercede por la Iglesia entera.

El Espíritu Santo hará que la Iglesia y la palabra de Jesús en ella perduren como algo vivo hasta el fin de los tiempos. Pero también es una responsabilidad de todos los creyentes, en quienes actúa el Espíritu para renovar a la Iglesia, dado que el Espíritu no actúa por sí mismo, ni habla por sí mismo. Esa renovación de la Iglesia debe darse en todo el pueblo cristiano, es decir, en cada iglesia particular, y como una renovación interior. Podríamos decir que el Espíritu Santo pertenece a la Iglesia, pero que también la Iglesia pertenece al Espíritu. Él mantiene siempre joven a la Iglesia, como leíamos en san Ireneo Pág. 287. El Espíritu Santo es también su principio de unidad y diversidad en la comunión.

Cf Jn 16,13; 14, 16,17.
Cf Vat II LG 34,1-2; AA 3,1; 29,3.
Vat II UR 2,2.

“El modelo supremo y el principio de este misterio es la unidad de un solo Dios en la trinidad de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo”.

Vat II UR 2,6.

Decía Tertuliano, recordando a san Pablo que era bueno para la Iglesia que hubiera herejes, porque éstos hacen que la Iglesia exprese su fe y profundice en ella. Así también podemos decir que es bueno que la Iglesia tenga muchos problemas, porque estos se convierten en abono que hace que dé mejores frutos y que viva más en el

Res 40,1.
I Cor 11, 18-19.

presente, sin olvidar el pasado y aprendiendo de él.

Actividades

- Léase Dz-H 850.
- Hacer una presentación de lo dicho en CEC 867s.
- Analiza los textos de los padres de la Iglesia y señala los puntos que iluminan u oscurecen el sentido de la fe trinitaria. Debes tener en cuenta que aún no existe el Magisterio y que son los primeros pensadores cristianos que se esfuerzan en defender y expresar su fe. *“¿Quién puede descubrir la verdad sin Dios? ¿Quién puede conocer a Dios sin Cristo? ¿A quién se le puede dar el Espíritu Santo sin el sacramento de la fe —el bautismo—?”* Tertuliano, An 1,1.
- Redacta diez afirmaciones con su correspondiente adversativa, como éstas: El Espíritu Santo nos configura a Jesucristo, pero Jesucristo no nos configura al Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos hace seguir a Jesucristo, pero Jesús no nos hace seguir al Espíritu. El Espíritu es un don para nosotros, pero nosotros no somos un don para el Espíritu. El Espíritu no es el prototipo del ser humano, ni es imitable, pero es la fuerza creadora de Dios que nos impulsa a seguir e imitar a Cristo de forma creativa.

7.6 Jesús “ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”

En griego *parousia* —παρουσία— significa “presencia”, La *parusía* o segunda venida de Cristo

Jesús tiene fondo veterotestamentario. Se habla de una manifestación de Dios que viene a juzgar a su pueblo y al mundo entero. *“Miren que días vienen —oráculo de Yahveh— en que suscitaré a David un Germen justo: reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra. En sus días estará a salvo Judá, e Israel vivirá en seguro. Y este es el nombre con que te llamarán:*

- Jr 23,6. *Yahveh, justicia nuestra”*. *“He ahí a Yahveh que sale de su lugar a castigar la culpa de todos los habitantes de la tierra contra él; descubre la tierra sus manchas de sangre y no tapa ya a sus asesinados”*. El Mesías *“juzgará no por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos”*.
- Is 26, 19-21.
- Is 11,3-5.

- La segunda venida tiene también sentido escatológico, será *“el Día del Señor”* que puede traer perdición o salvación, según sea el caso. Se habla de *“un cielo nuevo y una tierra nueva”*. Y esto se aplica particularmente al Mesías, según Zacarías, con rasgos pacíficos pero según el salmista, también con rasgos guerreros.
- Am 5,18.
- Is 65,17.
- Zc 9,9; 10,6.
- Sal 17,21s.

- En la fe de la Iglesia primitiva, en Jesús, que es el Mesías, el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios, todo tendrá su cumplimiento. El que primero vino en humildad y misericordia, volverá, no otro, ni nuevamente encarnado, pero ahora en gloria, poder y majestad, a recoger el fruto de su amor y misericordia para entregarlo todo al
- Mc 14,61s.

Padre. *“Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo”.* I Cor 15,28.

Indudablemente que se trata de imágenes, comparaciones y alegorías que nos relatan una verdad teológica revelada por Dios. Pero como toda verdad revelada, se expresa a través de cosmovisiones, e imágenes, y por medio de símbolos y construcciones mentales en las que tiene mucho que ver las experiencias espacio-temporales, no menos que las tradiciones. Como el emperador volvía a Roma después de conquistar un pueblo, así volverá Cristo a la tierra para llevarlo todo al Padre. La palabra *parusía* se usaba principalmente para referirse a la presencia del gobernante en misión oficial o de realeza.

Los Evangelios contienen numerosas predicciones sobre esta presencia de Jesús en su regreso al mundo. Mt 16,27, 24,26-28; 24, 37-41; Lc 17,22-37; Jn 143; II Tm 2,26; 4,1; I P 4,5.

La verdad teológica la podríamos expresar así: Jesús vendrá a dar unidad y plenitud a su obra de creación, redención y glorificación, a su misión salvífica, para entregarlo todo al Padre e integrarlo todo en Dios Trino. El fin del mundo se considera como integración, plenitud y fin de la obra salvífica.

“Volverá” para aparecer ante todas las naciones —pueblos y personas en particular— a valorar sus obras, lo cual será como una nueva aparición. Será universal y salvífica. Mt 24,27; Hb 9,28. Mc 13,35; Mt 24,43; Lc 17 30s; I Ts 5,4 y 9. II Ts 2,8; I Tm 6,12; Tt 2,13.

“Volverá” el mismo Jesús, que resucitó y está sentado a la derecha del Padre, volverá como lo vieron subir al cielo.

Hch 1,11; 3, 20-21.

Mc 13,24s. La Parusía sigue esquemas apocalípticos, sujetos a la antigua cosmovisión. De la misma manera que el relato de la creación fue tomado del entorno cultural, también lo que toca al fin del mundo está tomado del entorno cultural y apocalíptico. Las imágenes y comparaciones unen el presente con el futuro, lo que sucederá, o sucedió en corto plazo, con lo que sucederá al fin del mundo. El fin lo entienden y esperan como un acontecimiento inminente, cargado de imágenes apocalípticas.

Lc 21,20s; Mt 24,29.
II Ts 2,4; II Cor 5,17.

Mt 24,34.
Hch 2,17; Mc 13,14s.

Nos podríamos preguntar si el juicio final es un mensaje cristológico, antropológico, cosmológico o ético. Y la respuesta podría ser, sin separar por completo los elementos, que el mensaje es, ante todo cristológico, como aparece en el credo, como complemento de la presencia de Jesús resucitado y glorioso.

Mensaje cristológico

- Hch 1,11; Ap 1,4s. – Se trata del mismo Jesús, que nació de santa María Virgen y murió en tiempo de Poncio Pilatos, que resucitó y que ha de volver.
- Mt 24,34; Ap 1,3. – El momento se ignora, pero se espera como algo próximo.
- I Cor 11,26. – Por lo que hay que esperarlo siempre celebrando la Eucaristía *“hasta que venga”*.
- Hch 2,17. – Será, en primer lugar, momento de gracia y salvación universal,
- Ap 22, 20; Fl 4,5.
St 5,8. – Por lo que la Iglesia primitiva lo espera con añoranza e ilusión.

- *“Será tiempo de consolación”.* Hch 3,20.
- *“Se hará presente por segunda vez, a los que lo esperan para su salvación”.* Hb 9,28.
- *“Dichosos los siervos que el Señor, al venir, encuentre despiertos: yo les aseguro que se ceñirá, irá de uno en uno, y —él mismo— los servirá”,* Lc 12, 37-38.
- *“Esperamos así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la cólera venidera”.* I Ts 1,10.
- Jesús nos acompaña siempre, hasta que vuelva. Jn 14,28; Mt 28,20.
- Todo tendrá en Cristo su unidad, teniendo en cuenta la pluralidad de personas y culturas, para ser entregado al Padre, I Cor 15,24.
- Cristo glorioso será revelado y manifestado a todas las naciones. Mt 25,14; Ap 1,4s.
- Será un momento de valoración y juicio en la esperanza gozosa. II Ts 2,4; 4,17; I Jn 2,28.

Pero también de reprobación

- de aquellos que han resistido a la gracia y se han cerrado a dar fruto; consecuencia de la responsabilidad personal y social. Mt 24,3s.
- Como se valora lo bueno, se valora también lo malo en sentido personal, social, histórico, circunstancial. Lo negativo se ve en función de lo positivo. El futuro en función del presente para valorar las acciones que ahora se hagan y la fe que ahora se tenga. Mt 10,32; I Jn 2,28.

Es también un mensaje antropológico

- La vida de cada ser humano está remitida al todo, al más allá, al fin, por eso tiene sentido escatológico y trascendente. La vida que vivimos no es solamente una vida en el mundo

- y con sólo valores humanos; vivimos para el Señor.
- Rm 14,8. – Esta vida está destinada a un encuentro personal y salvífico con Cristo.
- Mt 25,14. – *“Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que, velando o durmiendo, vivamos juntos con él”.*
- I Ts 5, 9-10. – *“Estén siempre alegres en el Señor; se los repito, estén alegres. Que su medida sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca”.*
- II Cor 6,2. – *“Tengan, pues, paciencia, hermanos, hasta la Venida del Señor. Miren: el labrador espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tengan también ustedes paciencia; fortalezcan sus corazones porque la Venida del Señor está cerca”.*
- Fl 4, 4-5. – Un encuentro de plenitud y glorificación para la Cabeza y sus miembros, comprendidos en sus diversos niveles: Cristo y la Iglesia —comunidad de creyentes—, Cristo y todo ser humano —fraternidad humana—, Cristo y el universo —solidaridad de existentes—.
- Stg 5, 7-8. – Vincula a toda persona con Cristo no sólo por su dignidad personal sino también por sus obras,
- I Cor 15,23. – Las acciones humanas trascienden el momento histórico.
- Ap 1,7.

Como mensaje cosmológico nos dice

- Que el mundo no es un mero escenario, sino el medio vital de comunión con Dios,
- Jn 1,3; Mt 24,3; – Que está vinculado a Cristo en su origen y en su fin,
- Ap 1,8.

- Que la realidad física no es exclusivamente física, en el sentido científico, sino también realidad que queda inserta en Dios, por la encarnación, porque Dios se hizo realidad física, humana e histórica.
- Pero no nos dice nada, en sentido científico e histórico, fenomenológico, con respecto al fin cosmológico. *“El fin del mundo”* viene a ser, como el origen del mundo, un relato de carácter teológico, es decir, para valorar la vida y nuestras acciones, no un mensaje de acontecimientos propios de las ciencias naturales. El lenguaje cosmológico no habla de predicciones históricas.

Como mensaje ético

- Lo que el hombre haga de sí, consigo, con el mundo y para el mundo, especialmente, con sus semejantes y para sus semejantes, tiene sentido trascendente y está integrado en el todo.
- Nuestras acciones nos vinculan o separan, nos integran o nos desintegran de modo personal con Cristo. Mt 24,27s.
- Al fin, Cristo es capaz de rehacer lo hecho o lo mal hecho —milagros de curaciones—.
- Cristo no cambiará, será el mismo en su amor y misericordia.
- Pero tampoco se podrá equiparar el actuar bien con el actuar mal.
- El fin no suprime responsabilidades, sino que las manifiesta.
- Siempre hay que estar preparado. Mc 13,33; Mt 24,42;
25,13-15; Lc 19,12.

Las imágenes, comparaciones y metáforas apocalípticas son tantas y, teológicamente hablando, de poca importancia que no parece necesario hacer un enlistado de ellas. Baste hacer notar algunas:

- | | |
|---|---------------------------|
| Mt 24,1s; Mc 24,24;
II Ts 2,2; I Ts 5,3. | 1) tribulaciones previas, |
| Mt 24,4 y 24;
I Jn 2,18s; II Ts 2,4. | 2) anticristos y engaños, |
| Mc 13,24s; Ap 8,7s.
9,1s; II P 3,6. | 3) catástrofes cósmicas. |

Los anticristos que aparecen en distintas ocasiones son herejes cristológicos, o perseguidores —emperadores— como fieras ante los cristianos.

Aunque en la Iglesia primitiva la segunda venida del Señor se entendió de una manera muy literal y descriptiva, como era lo normal, eso no quiere decir que así se ha de entender siempre. El mensaje no se ha de poner en los detalles descriptivos, sino en la verdad teológica, aunque ahora la interpretemos de manera distinta. No cambia la fe, sino nuestra comprensión de la fe.

Pero la Parusía también tiene aspectos que despiertan una amorosa espera. Como dice J. Ratzinger, hay que purificar el pensamiento de imágenes cosmológicas, antiguas y modernas. La palabra “mundo”, a la que se refiere el fin, no es primariamente el mundo físico, sino al mundo humano, es decir, la historia del hombre. Por otra parte, el mundo y el hombre no son realidades que se puedan separar fácilmente, el hombre es de tierra y terreno, y el mundo es del hombre. El mensaje es de unión y salvación de todo en Cristo y este será “*el Día del Señor*”, la meta final. Por eso la resurrección del Señor, y la nuestra

con él, tienen sentido escatológico y es la anticipación de lo que se espera *“al fin de los tiempos”*. Mt 27,52-53. Jesús, que es Alfa y Omega, Principio y Fin, Origen y Consumación, estará presente y valorará la creación entera, como estuvo presente en el origen, en la creación del mundo, con una presencia divina, espiritual y en relación esencial, “unipersonal”, a su presencia física e histórica. Como en las apariciones de pascua era el mismo Jesús, en relación directa a su presencia real e histórica y sin embargo no sujeto al espacio y al tiempo.

El que no sea física e histórica, no quiere decir que no sea real, o que sea sólo algo supuesto o imaginado; Dios no es un ser físico ni histórico, y sin embargo es el ser más real de todos los seres reales, y es el fundamento y meta de todos los seres reales y del tiempo y de la historia. La vuelta de todo al Padre realizada por Cristo y llevada a su término por la acción del Espíritu Santo es I Cor 15, 27-28. *“Para que Dios sea todo en todas las cosas”*.

La valoración del mundo, o juicio final, figura en la parábola de san Mateo: *“Vengan —Benditos— de mi Padre —al reino— preparado —para ustedes— desde antes de la creación del mundo”*, Mt 24,31s. es extraordinariamente positiva, y lo negativo está solamente para subrayar lo positivo, por lo que usa exactamente las mismas expresiones, y al premio contrapone el castigo. El Evangelista Mt 25,31s; I Ts 5,9. subraya lo positivo diciendo que cuando vuelva Lc 12,37. *“El mismo Señor se pondrá a servirlos”*.

Para el creyente existen dos realidades no contradictorias pero si contrapuestas y de alguna manera complementarias. Por una parte la gra-

cia de Dios y la salvación como fruto de la fe, y, por otra, la necesidad de las buenas obras, como frutos también de la fe. Consiguientemente debe vivir tranquilo, sabiendo que cuenta con todo el amor y la gracia de Dios, pero también con responsabilidad sobre sus actos, porque es lo que se va a evaluar. El hombre y la mujer son como un administrador que debe dar cuentas de lo que se le ha confiado. Hay responsabilidad cuando existe alguien que evalúa o que valora. El Evangelio sólo se comprende cuando hay alguien que responde o no responde, de no ser así, es voz que clama en el desierto.

El retraso de la venida del Señor, no es un fraude de Dios, es una gracia. Es el tiempo necesario para que se extienda la fe en la persona del Señor. Este acontecimiento pertenece a los grandes hechos de Dios. “*Día del Señor*”, es también “*Día de Cristo*”. Ese retraso se interpretó como una gracia más, como tiempo de conversión para judíos y paganos.

¿Ese momento será el momento en que el mundo se acabe para mí y yo para el mundo, o el momento en el que el mundo deje de existir? Evidentemente que la afirmación del credo se refiere a un momento escatológico, es decir a “un momento teológico”, no a un momento histórico. La expresión de “*a los vivos y a los muertos*” se refiere a la suposición de que al final unos estarían vivos y otros no, como lo suponía San Pablo. Lo que estaría también en concordancia con la inminencia del fin.

Este artículo del credo nos puede hacer caer en la cuenta del carácter trascendente y escatológico de todo el Evangelio, y que la justicia de Dios, que es un Padre bueno, pronto para perdonar y tardo para castigar, llevada a cabo por Jesucristo, su Hijo misericordioso, necesariamente exige la distinción de tiempos, culturas, lugares y personas. No sería justo, por decirlo así, que Dios juzgara a todos con el mismo rasero. Jesús enseñó con las parábolas de los talentos y de los obreros que Dios es generosa o misericordiosamente justo. Mt 25, 14-30;
20, 1-16.

La visión dinámica del ser y de su proceso histórico, propia del pueblo de Israel, está mucho más de acuerdo con la evolución progresiva del ser en la historia que lo que puede estar la concepción aristotélica y platónica que contempla al ser de forma estática e incapaz de perfeccionarse.

Durante su vida temporal los evangelistas no atribuyen a Jesús la misión de juzgar al mundo. Juan pone en boca de Jesús esta afirmación. *“Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que el mundo se salve por Él”, “El Padre no juzga a nadie”. “Yo no juzgo a nadie”.* Lucas lo presenta como intercesor ante el Padre. Jn 3,37.
Jn 8,25; Jn 8,15.
Lc 13,8.

En el Evangelio aparece claramente que la decisión de Jesús, en el juicio final, dependerá de la actitud que el hombre tome ante él. Y así, la relación establecida entre el Hijo del hombre y Jesús, pone a Jesús como Juez Escatológico. Jesús no solamente es *“el que había de venir”* como Mesías prometido, sino también *“el que viene”* a juzgar al mundo. Lc 12,8s; 17,24s; 13,
35.

Jesús de Nazaret aparecerá algún día como Hijo del hombre y Juez, y ese que vendrá en el futuro sigue siendo Jesús que anda por los caminos, no una figura mítica creada por la fantasía.

Quien valora y declara el peso definitivo de nuestra vida es Jesucristo. A Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, se le ha entregado el juicio, porque Él es el Creador y Salvador de los hombres, y porque el mundo va a ser juzgado y valorado conforme a lo que se nos ha revelado en Jesucristo.

Cf Mc 10,37; y la Salvación, le toca juzgar a los hombres. Y
Mt 20,21. entendemos que el juicio no es tanto una escena

dramática, sino la ponderación valorativa de la vida del hombre. Las parábolas que hablan de la ciega, del trigo y la cizaña, del banquete nupcial, de la red, de los viñadores homicidas; dan claramente a entender que todas son solamente imágenes de una verdad fundamental: la valoración de la vida del hombre por los criterios del Evangelio. Aquél que pronunciará la palabra final sobre el hombre, será el mismo que durante su vida pronunció palabras de amor y perdón, y quien nos ha venido perdonando a lo largo de nuestra propia vida. ¿Qué sentido habrían tenido sus palabras de perdón, si al final su última palabra no fuera de misericordia? San Ireneo une la Encarnación del Verbo de Dios al juicio final y dice que *“era conveniente que aquéllos que habían de ser juzgados vieran al Juez, y conocieran a Aquél que los juzgaría y a quien les diera el don de la gloria”*.

Ireneo,
Adv Haer V, 12,6.

Esto nos debe llevar a una actitud de confianza y no de temor: *“El amor de Dios ha llegado a su plenitud con nosotros, y por eso tengamos confianza en el día del juicio”*. I Jn 4,17.

La fe en la última venida del Señor, como Juez de vivos y muertos, era uno de los puntos principales de la predicación apostólica, y era tanto más esperada cuanto más vivo el sentido escatológico de la Iglesia primitiva. Por eso, el Apocalipsis termina con la exclamación llena de nostalgia *“Ven Señor Jesús”*, a concluir la obra que empezaste con la creación, que restableciste con tu muerte y resurrección, que mantuviste con tu presencia y actividad, y que llevarás a su plenitud con tu última palabra haciéndonos partícipes de la vida divina. Hch 10, 39-43; 2,36; 17,31; I Ts 4,13; 5,10; II Tm 4,1. Ap 22,20.

Actividades

- ¿Cuál sería para ti la razón más fuerte para comprender que será Jesús quien valore tu vida, al final?

- A modo de oración

Señor nuestro Jesucristo, que enviaste a tus discípulos como el Padre te envió a ti, comunícanos tu Espíritu para conocerte mejor, seguirte más de cerca y anunciar valientemente tu mensaje, Danos

Capacidad	para comprenderlo,
Concentración	para meditarlo,
Sabiduría y prudencia	para comunicarlo,
Gracia y alegría	para vivirlo,

Te lo pedimos a ti que con el Padre y el Espíritu Santo, vives y reinas por todos los siglos.

En la Trinidad, el juicio pertenece a Jesús, al final, Él separará a las ovejas de los cabritos. Mt 25,31s.

“Me atrevo a decir que todos los beneficios de Dios son en vano, si esta misma carne —nosotros mismos— no alcanza la benignidad, la gracia y la misericordia”. Tertuliano, Res 9,5.

Mosaico del siglo VI, San Apollinare Nuovo, Ravena, Italia.

CAPITULO VIII

LA FE TRINITARIA

Objetivo: Comprender que la confesión trinitaria, vida de la Iglesia, surge de nuestra fe en Jesús.

8.1 Origen de la fe trinitaria

Sabemos que Jesús no habló del misterio trinitario, y sin embargo éste es el centro de la fe cristiana. La experiencia trinitaria, aún no definida ni interpretada como la conocemos ahora, surgió como un fruto maduro del encuentro con Jesús de Nazaret, de su seguimiento, de su mensaje, principalmente de su resurrección y glorificación. La fe en Jesús nos llevó a pensar de Dios de otra manera. Nuestra idea de Dios surgió precisamente de la Historia de nuestra Salvación. Sabemos cómo es Dios exactamente porque se nos ha revelado y nos ha mostrado su rostro y su gloria en Jesús de Nazaret.

Col 1,15.

Jn 1,14.

Era imposible que Jesús enseñara directamente la doctrina trinitaria en cuanto tal porque ésta incluye, como parte constitutiva y esencial, la condición divina de Jesús y del Espíritu Santo, aún no reveladas en la predicación de Jesús histórico,

- porque incluía el sentido salvífico del mismo Jesús como muerte, entrega, resurrección y retorno al Padre,
I Tm 2,6; Mc 10,46
I Cor 15,4.
- porque incluía su resurrección y exaltación, “*sentado a la derecha del Padre*”.
Mc 16,19; I Tm 3,16;
I P 3,22.
- porque el mensaje no lo centró Jesús en el anuncio sobre sí mismo,
Mt 19,17; Mc 10,18.
- porque el Espíritu fue un don de pascua.
Jn 20,22.

Podríamos decir que era imposible que Jesús nos revelara la solución cuando aún no se planteaba el problema.

Los primeros discípulos convivieron con Jesús, vieron cómo rezaba y oraba, experimentaron lo que sentía y pensaba a través de su enseñanza y su modo de ser, cómo trataba con los enfermos, los pobres, los marginados por sus pecados; pensaron que Dios se manifestaba en sus palabras, en sus hechos y en él. Su muerte lo destruyó todo, pero la resurrección no sólo lo rehizo, sino que le dio otro significado aun a las acciones y palabras que en un principio parecieron insignificantes o circunstanciales.

Empezaron a vivir la fe que juntos “experimentaban” con cantos, oraciones, ritos y alabanzas. Poco a poco, de modo gradual, pero muy pronto, empezaron a profesar la fe al celebrar el bautismo y la eucaristía. La predicación y la catequesis

los impulsaban a hablar coherentemente de Dios como Padre, de Jesús como su Hijo único y muy amado, enviado al mundo, y del Espíritu Santo como una fuerza de vida interior por el que se vencían las dificultades y la muerte y llevaba a creer y amar a Cristo sobre todas las cosas.

El mensaje de Jesús y sobre Jesús los condujo ineludiblemente al misterio trinitario; porque Jesús, igual que ellos, y todos los patriarcas y profetas habían creído en un solo Dios. Jamás tuvo Jesús la idea de apartarse del judaísmo, y en la transfiguración aparece Jesús en medio de Moisés y Elías, de la ley y los profetas.

Mc 9,2; Mt 17,2.
Lc 9,30.

Nos podríamos preguntar si la fe trinitaria añade algo al Nuevo Testamento, o porqué es necesario expresar de esa manera nuestra fe.

A la primera cuestión podemos contestar que la fe trinitaria no añade nada extraño al Nuevo Testamento, solamente explicita con conceptos y palabras análogas lo ya dicho y vivido por Jesús en el mensaje del reino y lo proclamado en el mensaje apostólico.

A la segunda cuestión, de por qué es necesario expresarlo como unidad de naturaleza y trinidad de personas, podemos responder: porque la revelación y la fe tienen carácter histórico. No somos los primeros en creer ni en seguir a Jesucristo; y el modo como Dios se ha revelado y comunicado en el pasado es el molde en que se seguirá comunicando en el futuro. Tratándose de la fe, no se puede renunciar al origen, aunque en éste se reconozcan limitaciones de comprensión

o de datos, como sucede al hablar de Dios creador en el Génesis, —el trabajo del Magisterio de la Iglesia y de la teología es darle a la revelación y a la fe —*depositum fidei*— una expresión comprensible y contemporánea—.

En el fondo, la fe trinitaria viene a expresar sobre Jesús todo lo que de él podemos y tenemos que decir: que Jesús es Dios en toda la extensión de la palabra, y expresamos con conceptos y palabras lo que Dios nos ha dicho con signos, imágenes, metáforas y hechos.

Debemos hacer notar la gran importancia que tienen los Padres de la Iglesia para la expresión y puntualización de la fe en los primeros siglos de la Iglesia. Ellos prepararon con miles de horas de oración, reflexión y discusiones, lo que después llegó a definirse como fe de la Iglesia en los concilios ecuménicos. Lograron unir su fe con su cultura y con su vida, y darle a la fe una expresión viva con la sangre del martirio, no menos que con su cultura, conceptos y palabras. Como el amor, la fe necesita y exige la expresión verbal. Se cree de verdad cuando se sabe qué es lo que se cree y por qué se cree.

Es verdad que se podrían hacer nuevos esfuerzos para expresar con nuevos conceptos la fe trinitaria, pero esos esfuerzos, por referirse al Dios único y trascendente, tendrían que ser explicados; creemos que será mejor explicar los conceptos antiguos y así podremos entrar en conexión viva con la fe original del misterio trinitario, que no sólo es “regla de fe”, sino también fuente y expresión universal de esa misma fe.

Los primeros cristianos creían firmemente en Dios único, creador de todo cuanto existe, Padre de Abraham, Isaac y Jacob, y sobre todo, y de modo especial, de Jesús. Creían que por su muerte y resurrección había sido constituido Señor y Mesías, Hijo de Dios, y que estaba a su lado, sentado a la derecha del Padre; que el Espíritu, que en su plenitud había poseído Jesús, por su muerte y resurrección, y después de ellas, se les había comunicado de modo especial a cuantos creyeron en él. En su origen, la enseñanza apostólica se centró en la persona de Jesús, muerto y resucitado, y en su trascendencia. Pablo escribe: *“Ésta es la fe que proclamamos: Si confiesas con la boca que Jesús es Señor, si crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás”*, y San Juan: *“Quien acepta al Hijo posee la vida, quien no acepta al Hijo de Dios no posee la vida”, “La fe verdadera es la fe en Jesucristo, Hijo de Dios, que vino en la carne”*. La doctrina trinitaria es una profundización de la enseñanza apostólica.

Jn 20,22; 1,33.
Hch 1,8s.

Rm 10,9; Hch 2,36.

I Jn 5,12.

I Jn 4,2.

El misterio trinitario es la culminación de la fe en la trascendencia de Jesús, es la expresión más sublime de la fe en Jesús. Al decir que Jesús es Dios estamos haciendo perdurable su mensaje y su significado personal. Al creer que Jesús es el Hijo único de Dios, estamos llevando a plenitud su persona y su mensaje. Y por el contrario, quien no acepta la condición divina de Jesús, no necesita creer en la trinidad, y, por lo mismo, relativiza tanto la persona como el mensaje de Jesús. Lo característico de la fe cristiana es la fe en la trascendencia plena de la persona de Jesús: el creer que Jesús es el Logos al lado de Dios y que

Jn 1,1.

Jn 1,11-14. es rigurosamente el mismo que el Logos al lado nuestro. Pero esta comprensión de Jesús no debe llevar a una actitud fundamentalista del Evangelio, ni de las palabras de Jesús, tomadas en sentido literal, ni de hechos aislados, sin tener en cuenta el conjunto del Evangelio en su contexto cultural. La doctrina católica se caracteriza, no sólo por ser universal, sino también, por tener en cuenta todo el mensaje bíblico.

Cf Vat II
DV III, 11,12.

Año 325. En la Iglesia primitivas se empezó a establecer “una regla de fe”, es decir, las verdades principales y características por las que el cristiano se hace cristiano. Esas reglas de fe fueron los esbozos de lo que ahora conocemos como el Credo. Las encontramos en las oraciones y ritos de sacramentos, principalmente del bautismo, y en buen número de textos en los Padres Apologistas anteriores al concilio de Nicea como Ireneo, Hipólito y Tertuliano.

Ireneo dice: *“La Iglesia, extendida por el orbe del universo hasta los confines de la tierra, recibió de los apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios Padre, soberano universal que hizo los cielos y la tierra y el mar y todo cuanto hay en ellos, y en solo Jesucristo Hijo de Dios, encarnado por nuestra salvación, y en el Espíritu Santo, que por los profetas proclamó las economías y el advenimiento, la generación por medio de la Virgen, la pasión y la resurrección de entre los muertos y la ascensión a los cielos del amado, Jesucristo nuestro Señor; y su advenimiento de los cielos para recapitular todas las cosas y para resucitar toda carne del género humano.*

Ireneo,
Adv Haer I, 10,1.

“Por nuestra parte conservemos la Regla de la Verdad, que se resume en lo siguiente: Hay un solo Dios soberano universal que creó todas las cosas por medio de su Verbo, que ha organizado y hecho de la nada todas las cosas para que existan, como dice la Escritura: “Por la Palabra del Señor se afirmaron los cielos, y sus estrellas con el Espíritu de su boca”; y también: “Todo fue hecho por él, y sin él nada ha sido hecho”. Nada de lo que existe se exceptúa, sino que el Padre ha hecho todas las cosas por sí mismo, las visibles y las invisibles, las sensibles y las inteligibles, las temporales en vista de una Economía y las sempiternas y eternas. No las hizo por medio de Ángeles o de Potestades separadas de su voluntad; pues el Dios de todas las cosas no necesita de ellos; sino que hizo todas las cosas por medio de su Verbo y de su Espíritu, las ordena, gobierna y da el ser a todas. Él ha hecho el mundo, pues el mundo es parte del universo; él plasmó al hombre. Este mismo es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sobre el cual no hay ningún otro Dios, ni Principio, ni Potestad ni Pléroma. El mismo es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, como adelante probaremos”.

II Mac 7,28.
Sab 1,14.

Sal 33,6.
Jn 1,3.

Col 1,16.

II Cor 4,18.

Gn 2,7.
Mt 22,29; Ex 3,6.
Ireneo,
Adv Haer I, 22,1.
Ef 1,3.

“He aquí la regla de nuestra fe: el fundamento del edificio, y lo que da firmeza a nuestra conducta: Dios Padre, increado, que no está contenido, invisible, Dios, creador del universo. Este es el primer artículo de nuestra fe. Como segundo artículo: El verbo de Dios, el Hijo de Dios, Cristo Jesús nuestro Señor, que se apareció a los profetas, según el género de su profecía, y según la disposición del proyecto —economía— del Padre, por quien toda cosa ha sido hecha; y quien, por otra parte, al fin

οἰκονομία.

de los tiempos, para recapitular todas las cosas, se hizo hombre entre los hombres, visible y palpable, para destruir la muerte, y hacer aparecer la vida y llevar a cabo una comunión entre Dios y el hombre". Y como tercer artículo: el Santo Espíritu por el que los profetas han profetizado y los padres han aprendido lo que concierne a Dios, los justos han sido guiados por el camino de la justicia, y que al fin de los tiempos ha sido esparcido de una manera nueva sobre nuestra humanidad, para renovar al hombre sobre toda la tierra en orden a Dios".

Ireneo,
Demos, 6.

Tertuliano escribió: "Ésta es la regla de fe, para que defendamos lo que profesamos, lo que creemos: que existe un solo Dios y ningún otro fuera del creador del mundo, que todo lo produjo de la nada por medio de su Palabra que pronunció antes que todas las cosas. Su Palabra la llamamos su Hijo que de muchos modos fue vista por los patriarcas, y oída por los profetas, últimamente, del Espíritu del Padre, y por su poder, se hizo carne — Hombre— en el vientre de la virgen María y de ella nació Jesucristo. Después predicó una nueva ley y una nueva promesa sobre el reino de los cielos, obró portentos, fue crucificado, y al tercer día resucitó, habiendo sido llevado al cielo, está sentado a la derecha del Padre, —Y dijo— que enviaría la fuerza del Espíritu Santo que lo supliera, para que formara a los creyentes, y que vendría glorioso para llevar a los santos a la vida eterna y prometió un fruto —gozo— eterno, y a los que juzgara ajenos, el fuego eterno; hecha la resurrección de unos y otros, con la restitución de la carne".

Tertuliano,
Praes, XIII, 1.

Y en otra ocasión, escribió:

“La regla de nuestra fe es ciertamente una, inamovible e irreformable, porque se ha de creer en un único Dios omnipotente, creador del mundo, y en su Hijo Jesús, el Cristo, nacido de la virgen María, crucificado bajo Poncio Pilato; al tercer día, resucitado de entre los muertos, recibido en el cielo, y ahora sentado a la derecha del Padre, y que vendrá a juzgar a vivos y muertos, realizada la resurrección de la carne.

Y una vez que el Señor envió su Espíritu Paráclito, dado que la mediocridad humana no podía entenderlo todo de una vez, para que el hombre poco a poco fuera dirigido, se ordenara y conducido a la perfección por el mismo vicario —sustituto— del Señor, que es el Espíritu Santo. “Muchas cosas tengo todavía que decirles a ustedes, pero aún no pueden entenderlas; pero cuando venga el Espíritu de la verdad los conducirá a toda la Verdad, y su venida les traerá un mensaje”. Además, el mensaje será saludable por su acción. Pues qué tiene de positivo la intervención del Paráclito sino esto: que dirige nuestra conducta, que nos revela las Escrituras, que renueva nuestro entendimiento, que nos conduce a lo mejor.

Jn 14,25.

Éste era el maestro que había de ser venerado y el que había de enseñar a partir de Cristo, porque no hablará por sí mismo, sino sólo aquello que Cristo le mandará; Cristo era antecesor porque —el Espíritu— sólo pudo venir después de Cristo”.

Tertuliano,
Virg I,1.

Actividades

- Subraya con un color las semejanzas de estas reglas de fe con el credo que tú conoces.
- Subraya con otro color lo que aumente tu conocimiento sobre las personas divinas.
- Léase Dz-H 75, 328; 421.

8.2 El tema trinitario

El misterio por el que la fe trinitaria se interesa, no es un problema contable, ni una cuestión de esencias divinas, ni siquiera es el tema de Dios en sí mismo. El foco de interés es el Dios que se revela en su acción salvífica con respecto a los hombres. Lo que conocemos de Dios es lo que podemos ver por la ventana que nos ha abierto. No es un misterio de ideas irreconciliables. Es un misterio de acontecimientos y relaciones. La revelación de Dios no tendría ningún sentido para nosotros si no fuera a la vez revelación del sentido de nuestra existencia y de nuestra relación con él. La fe trinitaria es la interpretación decisiva de la palabra de Dios, es decir, de la Biblia en la Iglesia.

El tema surge desde el momento en que se reconoce en Jesús no sólo una especial relación con Dios de carácter histórico, sino un vínculo con Dios que además de trascender lo humano llega al ser de Dios. Lo particular de la fe en la encarnación consiste en creer que Jesús es Dios preexistente antes de su vida terrena.

Cuestión central

La raíz última de la revelación trinitaria es la condición divina de Jesús, su referencia al Padre. Todo Dios se revela, se manifiesta y es o está en Jesús, y sin embargo el Padre que se revela en el Hijo sigue siendo Padre, haciendo a Jesús su Hijo.

Aunque la distinción se da en la historia, no habrá que ponerla solamente en lo temporal. El Padre no es el Padre solamente por no estar encarnado en el mundo, ni el Hijo es Hijo por haber vivido en el mundo. El acontecimiento salvífico es la consecuencia de que Jesús sea la visualización, la expresión de Dios. Expresión absoluta, original y eterna.

- En lo temporal —historia— se revela —refleja— lo eterno, pero no es la causa de lo eterno. El Hijo en la historia es la consecuencia, no la causa, de que Dios sea Padre.
- Dios es Padre en relación al Hijo. Esto sucede aun antes de la encarnación. El Hijo, que es Jesús, estaba vinculado desde siempre con su aparición en la historia. Dios se revela como Padre en el Hijo.

Como confesión de fe, la Trinidad surge de la confesión del significado de Jesús en su relación con Dios. El fundamento de la confesión trinitaria surge al vincular, de forma personal y única, a Jesús con Dios, y al expresar este vínculo en los términos en que Jesús se refiere a Dios como Padre.

Jesús es Dios, pero no otro Dios, ni tampoco es el mismo que el Padre.

Sumario del contenido Trinitario

El contenido y proclamación del mensaje consiste en:

+ Afirmar, experimentar, vivir y creer que Dios es Padre de todos los hombres y especialmente de Jesús, y que es el origen de todo cuanto existe.

+ Que Jesús es Dios —Señor y Mesías— para todos los hombres y para —*al lado de*— el Padre. En términos de relación personal, es el “*Hijo único*”, el “*Hijo en quien el Padre tiene puestas todas sus complacencias*”. El calificativo *único* pone de relieve su original relación con el Padre. En términos salvíficos, es “*el enviado*”.

+ Que el Espíritu Santo es la fuerza y la vida de Dios, que se dio en su plenitud a Cristo y por medio de Él, a todos los seres humanos. La sede del Espíritu Santo es el ser humano.

Planteamiento del tema trinitario

A. Se mantiene firmemente la fe de Israel y de Jesús en Dios uno y único. Este es un dato, primero, de revelación y después, de razón.

La unidad se refiere a la integridad, sin división real ni posible. Lo que es esencialmente uno, si se divide, se destruye; es una unidad sin partes integrantes ni componentes. La unidad en Dios no puede ser unidad moral, como la de un equipo, porque eso exigiría que fueran muchos dioses, sino unidad de vida, acción, poder, gloria,

culto y adoración, que se expresará como unidad de naturaleza, esencia y sustancia.

La unicidad nos dice que no existe otro Dios de ninguna especie, ni distinto, igual o semejante.

B. Se cree en Jesús como verdadero hombre, pero que sobrepasa lo humano

- que vive la vida de Dios, —y no sólo en comunión con Dios—,
- que está junto o al lado de Dios, —en igualdad de dignidad, gloria y poder—,
- que es Hijo de Dios,—en sentido propio y no adoptivo—,
- que está sentado a su derecha, —en sentido de autoridad y gloria—,
- que revela en su modo de ser —el modo de ser de Dios—,
- Dios invisible —se hace visible en él—,
- que vino de parte de Dios, —su palabra es la misma palabra de Dios—,
- que preexiste con Dios, —su vida se proyecta a toda la creación y a la historia—,
- que su presencia fue el modo en que Dios visitó a su pueblo,
- en él, Dios se hizo “*Dios con nosotros*”, y nosotros con Dios, en sentido real,
- que su mensaje era la palabra de Dios, —el reino era la revelación máxima de Dios y de su voluntad—,
- que su modo misericordioso de actuar revelaba el modo de ser de Dios,
- que al morir entregó su vida por nosotros, —para nuestra salvación y no para nuestra condenación—,

Jesús no podía ser mejor que Dios.

- que al resucitar, Dios lo constituyó dueño y Señor del universo y particularmente del género humano,
- que estuvo lleno del Espíritu Santo de Dios y que con su muerte y resurrección comunicó ese mismo Espíritu a todos los que creen en él.

Todo esto pone a Jesús no sólo al lado de cualquier rey, profeta, sacerdote o Mesías santo, sino al lado de Dios, en un cierto nivel de igualdad.

El problema es escandaloso. Así aparece ya en el evangelio de San Juan: *“¿cómo es que, siendo hombre, se hace igual a Dios?”*, y *“llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios”*. Llamar a Dios *“su propio Padre”*, en la mentalidad del evangelista y de los judíos, es *“hacerse igual a Dios”*, por lo que en diversas ocasiones quisieron darle muerte.

C. ¿Cómo entender esto sin menoscabo de la unidad y unicidad de Dios? En el Nuevo Testamento, la fe en Dios y en Jesús está clara, es decir, la pregunta está perfectamente formulada, pero no la respuesta.

D. Los Padres de la primitiva Iglesia se dieron a esta gran tarea en un ambiente de controversia, pero también de inmenso fervor. El cristianismo estaba echando profundos y fuertes cimientos para fundamentar la fe de todos los creyentes.

E. Con ayuda del pensamiento griego —platónico, aristotélico y gnóstico— el problema se planteó en términos metafísicos más que bíblicos y salvíficos.

Las soluciones no podían ser adopcionistas

- porque disminuían la trascendencia y significado de Jesús: si Jesús fue adoptado, como rey, sacerdote, profeta o Mesías, sin tener que ver con el ser de Dios, cualquier otro ser humano podría ser adoptado, y Jesús sería como uno entre los demás, y no nos podría poner en comunicación directa con Dios.

- Si Jesús era como un mediador o ángel encarnado, no podría por sí mismo dar vida, ni tendría poder o autoridad propia, estaría, por decirlo así, esperando la autorización de Dios para hablar y actuar. Su función no sería estable. Y la fe no se pondría en Dios, sino en su mediador.

- Jesús no podría ser una emanación, derivación, o parte de Dios, porque por razón de su unidad y simplicidad, Dios no se puede dividir, ni derivar, o emanar.

- La solución no era el docetismo —de δοκεω: parecer—: Jesús sólo parecía hombre, sin serlo de verdad; eso haría mentira todo el Evangelio.

- La solución tampoco podía ser subordinacionista, aunque algunos textos y hechos pareciera que lo sugieren: *“El Padre es mayor que yo”*, pero muchos más quedarían desarticulados: *“Como tú y yo somos uno”*, *“El Padre y yo somos una sola cosa”*, *“Mi Padre actúa siempre y yo también”*, *“La Palabra era Dios”*, *“Señor mío y Dios mío”*, *“Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo”*, *“Como el Padre, así también el Hijo da vida a los que quiere”*, *“Tengo*

Jn 14,28; Mt 24,36.
Mc 13,32.

Jn 17,21.

Jn 10,30.

Jn 1,1; 5,17.

Jn 20,28.

Jn 5,26.

Jn 5,21.

Jn 10,17.

poder para dar la vida y poder para recobrarla de nuevo”, etc. Jesús es el Hijo, pero no por eso menor que el Padre, ni subordinado al Padre, como un ángel o creatura alguna.

- Tampoco podía entenderse como la presencia, en el tiempo, del Dios de la eternidad, porque entonces el Padre sería el mismo que el Hijo, y se podría suponer que el Padre Dios nació y murió, y no habría lugar a la relación de Jesús con el Padre.

- No puede haber ningún lugarteniente de Dios: alguien que sin ser Dios, hable y actúe como Dios; que pudiera representarlo, pero sin serlo. Y si la salvación es comunión con Dios, nadie fuera de Dios nos puede dar la salvación.

F. El camino sugerido por el mismo Jesús al llamar a Dios su Padre fue:

- Creer en Dios uno, único, vivo, personal, bueno, creador universal y con todos los atributos del ser divino.

Cf Ex 3,14.

Ipsa esse
subsistens.

- Después, Dios fue pensado como una esencia: lo que es en sí mismo, lo que hace que las cosas sean lo que son. La esencia de Dios es existir por sí mismo. “*Yo soy el que soy*”, el que seré y me iré manifestando... El texto más que decirnos quién es Dios, en sentido metafísico, —el que existe por sí mismo—, nos dice que se irá revelando, en sentido salvífico.

- Se pensó en Dios como una naturaleza, que expresa relación a la actuación. La naturaleza es lo que puede ser y hacer, lo que hace que las cosas sean y actúen de manera propia y determinante. La acción de los seres es conforme a su

naturaleza. Normalmente por los efectos se llega al conocimiento de la naturaleza del ser que actúa. La naturaleza no se puede captar directamente.

- También se pensó en Dios como una sustancia, que es lo que identifica al ser y da razón de su permanencia. La sustancia es independiente, libre de cambio y devenir; se contrapone a lo accidental, pero consiste en lo sustantivo, lo que hace que el ser sea lo que es.

Cuando estas tres palabras: esencia, naturaleza y sustancia, se aplican a Dios, se refieren a la misma y única realidad divina, y hacen alusión a algún aspecto de la misma realidad. Dios, que crea, salva y glorifica; que engendra a su Hijo único, y nos adopta en él, que nos da su Espíritu, todo esto se refiere al modo propio de actuar de Dios, a su naturaleza. Dios, que existe por sí mismo y desde siempre, eternamente, que es uno y único, se refiere a su esencia. Dios, que es amor, fidelidad, comunicabilidad y entrega redentora y glorificadora, es su sustancia permanente e invariable. Pero los tres aspectos no son sino formas de hablar nuestras, todo se refiere a una misma y única realidad, que llamamos Dios.

Hablando de los seres físicos, la esencia, naturaleza y sustancia no son seres existentes por sí mismos, son abstracciones, conceptos, o entes de razón; existen sólo en el pensamiento y en cuanto son pensados.

Cuando nos referimos a Dios, con ellos nos referimos a la realidad espiritual e intangible de Dios y, por tanto, la sustancia, esencia y naturaleza

de Dios no son atributos, ni abstracciones sobre Dios, sino el modo de referirnos a la realidad de Dios; por lo que a cualquiera de estos tres sinónimos pertenecen todos los atributos divinos. En Dios, el ser y el existir se identifican, así como el pasado, el presente y el futuro, y por eso al referirnos a la esencia, sustancia o naturaleza divina, nos referimos a su existencia, a la realidad que reconocemos como Dios.

Las Personas divinas

Dado que Dios es todo naturaleza, esencia y sustancia indivisible y a la vez es

- + El Padre como realidad subsistente en Dios; como Padre, engendra un Hijo desde toda la eternidad, es creador omnipotente de todo cuanto existe, es también Padre de todos los hombres.
- + El Hijo, en Dios y de Dios, es también una realidad subsistente; aunque no como el Padre, no engendrado, el Hijo engendrado, en tanto que procede del Padre, Y fue enviado al mundo para revelar al Padre haciéndose hombre y como hombre, Y así salvarnos con su vida, muerte y resurrección, uniéndose a nosotros y nosotros a él.
- + El Espíritu Santo es también una realidad subsistente en Dios. Pero no es hijo, no es engendrado, tampoco es creado, es don del Padre y del Hijo para el ser humano y para la Iglesia,

es también la fuerza, la vida y el amor de Dios personificado, porque, donde está el amor de Dios, está Dios.

A estas tres realidades en Dios se les llamó primero “prosopon” que en griego significaba, representación, máscara o personaje de teatro. πρόσωπον. Luego se tradujo a “persona”, en sentido metafísico, no psicológico, porque los seres humanos no eran designados todavía como personas. La subsistencia se da en tres subsistentes o personas. ὑπόστασις. El subsistente no es un sujeto independiente, aislable, consciente y libre con respecto a los otros dos subsistentes, de ser así, serían tres dioses.

Las personas subsistentes en Dios se vieron constituidas por las relaciones entre ellas y con los seres humanos.

- El Padre es tal porque engendra y es el origen de todo, y él mismo no tiene origen ni es engendrado; es el Padre de Jesús y Padre nuestro.

- El Hijo, por ser engendrado por el Padre, es su visualización y su imagen; por haber sido enviado al mundo y por ser el salvador de los hombres, se le llamó Jesús.

- El Espíritu Santo es la fuerza de la vida y del amor entre el Padre y el Hijo, y por eso es también la fuerza, la vida y el amor de Dios que se comunica por parte del Padre y del Hijo al ser humano, gratis, como don inmerecido. Lo que es otorgado —el Espíritu— tiene relación tanto con el donante —El Padre y el Hijo—, como con el agraciado —el hombre—, y por eso lo llamamos

Cf Agustín, “*Espíritu nuestro*” porque lo recibimos y porque nos fue dado, nos pertenece.

El que sean tres personas, no se opone a la unidad y unicidad de Dios porque los números indican las cantidades de las cosas, no las naturalezas de ellas: si digo uno, uno y uno son tres, puedo referirme a personas o cosas, ya sean animales, plantas o piedras. Porque el número se refiere a la cantidad, no a la naturaleza de los seres numerados, y por eso puedo decir que en Dios hay tres personas pero una sola naturaleza, sustancia o esencia. Decía Gregorio Nacianceno: “*Sobre la cantidad recae el número, no la naturaleza*”.

Discurso 31,18.

Gracias a los conceptos abstractos y a la terminología griega, el contenido del mensaje bíblico comenzó a traducirse en conceptos y términos más exactos que iban al fondo y meollo de los temas. Se dejó el signo para hablar de lo significado; se dejó la réplica, para hablar del original; la figura para hablar de lo figurado, la construcción, para hablar de su fundamento.

Por otra parte el enriquecimiento conceptual trajo consigo un empobrecimiento significativo y existencial. Se pasó de la afirmación práctica y cúltica a la afirmación teórica y abstracta. Y la elucubración ocupó la mente y actividad teológica, con perjuicio del diálogo con el pueblo, con la vida y la cultura corriente, con perjuicio de la significatividad y, en último término, del diálogo con Dios y de la espiritualidad.

El dogma trinitario no debe considerarse solamente como una dificultad catequética. Llevó a

una profundización en la fe y en el misterio salvífico, a un discernimiento de contenidos y palabras altamente significativas y se situó en continuidad con la vida cristiana y el mensaje bíblico, llegó a ser su destilación o concentrado del mensaje apostólico.

Aunque siga en pie la analogía como clave del conocimiento, podemos saber con verdad, no sólo cómo es Dios, sino quién es Dios y Jesús, y yo mismo y los demás; aunque por otra parte, nunca acabe de conocerlos; mi saber sobre ellos y sobre mí mismo no agota la realidad. Mientras más alto se sube en una montaña más amplio se hace el horizonte.

¿Por qué sólo en la fe cristiana se cree en un solo Dios Tripersonal?

Hay autores que han querido ver una imagen del Dios Tripersonal en otras religiones, y en las divinidades babilónicas y egipcias encuentran familias de dioses: padre, madre e hijo; en otras, deidades que comparten el poder, la guerra, la fecundidad. En el mismo imperio romano se compartió la fuerza, el poder y el territorio entero en tres partes, el triunvirato. La asociación política de César, Pompeyo y Craso para tomar el poder el año 60 a C. Pero en todas ellas se habla de dioses en sentido politeísta. En ninguna se encuentra el sentido fundamental de la fe trinitaria, que se refiere a un único Dios.

Sólo la fe cristiana ve en Jesús la imagen perfecta del único Dios verdadero, la visualización irrepetible, la revelación absoluta de lo divino en

lo humano. Esta es la razón original y última del misterio trinitario. La fe en el Espíritu Santo es consecuencia y fruto de la fe en el mensaje de Jesús y de su resurrección. La Historia de la Salvación y de la revelación recae sobre Jesús y no sobre el Espíritu Santo, éste la hace posible tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Posible, en sentido activo, inspirando a los profetas y apóstoles, y en sentido pasivo, haciendo que se comprenda lo que se dice, tanto por el pueblo de Israel como por el pueblo cristiano, aceptando y profesando la fe, *“pues nadie puede decir que Jesucristo es Señor, si no es movido por el Espíritu Santo”*.

I Cor 12,3.

Actividades

- Leer el Concilio I de Nicea (25 Ag 325) Dz-H 125.
- Subraya del siguiente texto lo que te parezca conforme a la fe de la Iglesia, y con otro color lo que te parezca inexacto.
- Tertuliano, en su Apología contra los gentiles, escribe: *“Cuando un rayo proviene del sol es una parte que viene de una totalidad; pero el sol permanecerá en el rayo porque el rayo pertenece al sol y la sustancia no se separa sino que se extiende, como una luz que enciende otra luz. La materia productora permanece entera y no disminuida, aun cuando tú mismo tomaste de ella muchos acodos de su misma naturaleza. Asimismo lo que se ha derivado de Dios es Dios e Hijo de Dios y ambos son uno solo. Así el Espíritu que viene del Espíritu y Dios que viene de Dios, es distinto en*

el orden de sucesión, se cuenta como segundo por razón del paso, no por la condición, y no se ha alejado de la sustancia productora; sólo ha salido de ella.

Por tanto, este rayo de Dios, como siempre había sido anunciado con anterioridad, descendió en una virgen y plasmado como un individuo de carne en su seno, nace como hombre —unido a— mezclado con Dios. La carne plasmada —formada— por el Espíritu se nutre, crece, habla, enseña, actúa, y ese es Cristo”.

Tertuliano,
Apol, XXI, 12,14.

8.3 Persona e hypóstasis

La palabra “hypóstasis” la podemos traducir por sustrato, subsistencia o persona. Y así podemos decir que en Dios hay tres subsistentes: el Padre, el Hijo y el Espíritu. A las “hypóstasis” las llamaremos personas porque se nos revelaron y las comprendemos como distintas, aunque no independientes. Las personas divinas no son algo abstracto; es lo más concreto de Dios, es la forma única de ser Dios. Los conceptos de personas divinas o humanas no son conceptos bíblicos; en el Nuevo Testamento nos encontramos que se habla de Dios como Padre, de Jesucristo como el Hijo y del Espíritu Santo como don que procede de los dos.

ὑπόστασις.
Dz-H 421.

En el siglo primero, no se había formulado aún el Misterio Trinitario, ni el concepto de persona dentro de la Trinidad. Cuando se hablaba de las personas divinas, no se hacía referencia al hombre como persona psicológica, y por lo tanto no

había confusión entre personas divinas y humanas.

En las personas divinas no hay primero sujeto y luego relación, como en las personas humanas, sino que lo que constituye a las personas como tales es la relación. La relación en Dios significa única y exclusivamente **relación de procedencia**, de autocomunicación expresiva, porque el Padre se da al Hijo, y uno y otro, juntos y como única fuente, se dan al Espíritu Santo. Éste, al ser enviado y dárseos, lo poseemos, y junto con él, al Padre y al Hijo, porque son inseparables. La relación es propia de las tres divinas personas entre sí; y es también una relación de Dios con respecto a nosotros que nos vincula con Él, como Padre, como hijos en el Hijo, y con el Espíritu Santo como fuente de comunión con Dios y de inmortalidad. Las relaciones entre las personas divinas **no** son relaciones psicológicas, ni sociológicas, ni de carácter humano. Así que la palabra relación, como la palabra persona, son palabras ambiguas—análogas—, que pueden prestarse a confusión y malas interpretaciones. Eso no quiere decir que las personas divinas no sean **por, con y para** unas con otras, porque eso es lo que expresa la unidad en la trinidad.

Dz-H 162. Las relaciones en Dios son eternas. No hubo un tiempo en que el Padre no fuera Padre, o en Dios no hubiera Espíritu o Hijo. Ni un tiempo en que Dios no pensara o quisiera comunicárseos como lo hizo.

Históricamente, primero se dio el concepto trinitario de persona y después el concepto filosó-

fico. En el siglo sexto, Boesio (+ 524) definió a la persona humana como “*sustancia individual de naturaleza racional*”. Pero esta definición de persona no es aplicable a las Personas divinas porque no son sustancias individuales, es decir independientes, y porque no forman un mismo género, ni son multiplicables. Para referirse a las personas divinas, Ricardo de San Víctor, en el siglo doce, (+ 1173) modificó así la definición: “*la persona en Dios es la existencia incomunicable de la naturaleza divina —racional—*”.

Naturae rationalis
divinae incommuni-
cabilis existentia.
PL 196, 964.

Cada uno de nosotros somos por naturaleza personas en proceso, que nos hacemos a partir de lo que nacemos, es decir de lo que somos virtualmente. La persona en el tiempo no solo perdura, sino principalmente crece, madura, hace realidad un gran número de posibilidades que antes no eran realidades, sólo posibilidades, sin realidad.

El concepto de persona se aplica a Dios de modo análogo y a veces equivoco. De modo equivoco, cuando se piensa que Dios es persona como nosotros, de modo análogo, porque una persona divina no es la otra, además cada persona divina tiene características personales —engendrado, no engendrado, difundido—. Porque Jesús que es Dios desde siempre, ha sido divino como el Padre y humano como nosotros. Aun hablando de las tres personas divinas, también aplicamos el concepto de forma análoga, porque cada una de las tres personas lo es de forma peculiar. El Hijo es persona desde el Padre, en toda la eternidad. Aun como Dios, Jesús, desde toda la eternidad

es “Dios de Dios”, lo que no es el Padre. Las Tres Personas divinas son mucho más diferentes que parecidas a tres personas humanas. Precisamente porque son personas de forma análoga, las tres personas divinas, aunque distintas, no son tres dioses. Esa relación de Padre sin origen, y de Hijo originado, y de Espíritu Santo expirado, difundido, es también razón de la unidad divina. El modo de ser personas divinas, del Padre sin origen, del Hijo engendrado y del Espíritu enviado, son las relaciones eternas y continuas que las constituyen como personas y al mismo tiempo las implican, son expresión de unidad y unicidad divina.

A diferencia de las personas humanas, las personas divinas son inseparables en su ser y en su obrar y por eso se implican mutuamente. Y correspondientemente, cuando nosotros nos dirigimos al Padre, o al Hijo, implícitamente nos vinculamos con las tres personas; tratándose de Dios son tres subsistentes dependientes y vinculados, aunque distintos.

El amor entre el Padre y el Hijo, por razón de su unidad, es amor dirigido, en primer lugar, a las mismas tres personas, es amor recíproco intratrinitario; luego ese amor se desborda, por decirlo así, sigue siendo amor cristocéntrico, porque
 ἀνα-κεφαλαιῶση. Cristo “**recapitula**”, o compendia la creación entera y a cada uno de los seres humanos. El Padre ve en los seres humanos la imagen de su propio y
 Jn 17,23. único Hijo, y los ama con el mismo amor.

Las personas divinas existen unas en otras, cada una con, y para las otras dos. Se da en ellas una

verdadera comunión o inhabitación, pero no comunidad, familia o grupo, porque no son personas en sentido psicológico, como centros de conciencia, libertad, sentimientos o acción, no necesitan ponerse de acuerdo, ni dialogar o negociar; no coexisten yuxtapuestas, sino implicadas y relacionadas. Entre las tres personas divinas no se da una vida de familia ni una vida comunitaria, y ni siquiera cabe la analogía por no haber punto de semejanza. La familia y la comunidad se da entre personas psicológicas, y en Dios el ser personal de las tres personas no es de tipo psicológico ni numerable, sino metafísico y metanumérico. Tres personas humanas son tres hombres, pero tres personas divinas no son tres dioses. La relación del Padre y del Hijo no es de convivencia o de diálogo, lo que supondría conciencia, libertad, acción y responsabilidad diversa. En las personas divinas se dan sola y exclusivamente relaciones continuas de origen, procedencia, misión y señorío.

Si se piensa en Dios como una persona al modo humano, es decir, como un centro de conciencia, libertad, responsabilidad y entrega por amor, entonces se está pensando en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en su unidad de personas intratrinitarias, porque la conciencia, libertad, responsabilidad y amor son atributos del único Dios, y no de las Personas divinas. En Dios no hay tres sujetos de atribución como son: yo, tú y él, distintos, independientes, conscientes, responsables, libres, agentes independientes. La persona humana no es modelo ni criterio de las personas divinas.

Entre las tres personas y Dios se da una identidad perfecta: Dios es las tres personas y las tres personas son Dios. La existencia de Dios único no es primero o antes que la existencia de las tres personas. Podemos decir que Dios no existe sin Jesús, sin el Espíritu Santo y sin el Padre, pero tampoco es después: Dios no es la suma de los tres. La unidad divina no es el resultado de las relaciones trinitarias, sino que éstas son el fundamento o raíz de las distinciones de las personas divinas.

Las personas en Dios son diversas entre sí; separables real y conceptualmente, pero no independientes. El término no se aplica por igual a cada una de ellas. Las personas no sólo son distintas, sino también diferentes, aun como personas no son iguales, como lo somos los seres humanos; Jesús, por ejemplo, es la Segunda Persona divina que asumió la naturaleza humana haciéndose hombre, esto es, persona humana, sin dejar de ser la Segunda Persona divina, y sin embargo no hay en él dos personas, sino sólo la Segunda Persona divina que se manifiesta, expresa y se comunica en la persona humana, empezando una vez, *“llegada la plenitud de los tiempos”*, y para siempre.

Ga 2,4.

Cc Calcedonia 451,
Dz-H 301.

La condición de persona encarnada —humana— de Jesucristo permanece para siempre, es el mismo Jesús—encarnado pero espiritualizado, diría San Pablo. No necesita lugar, ni pasa el tiempo para él, como resucitado, trasciende el tiempo y el espacio.

σῶμα πνευματικόν.

I Cor 15,44.

El concepto de “ser humano” conviene solamente a Cristo; a la Segunda Persona divina. Sólo la Segunda Persona divina ha venido a ser persona humana, es decir, hombre.

Desde el punto de vista dogmático, en Cristo se da una sola persona: la divina, la cual se encarna y se expresa, se revela y entrega en Jesús, que se hizo hombre, y por tanto persona, ahora en sentido psicológico, porque la única manera de ser verdadero hombre es siendo persona. *“Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre”*. Lo que una vez hizo suyo lo asumió para siempre. La Encarnación es misión exclusiva, eterna y única de la Segunda Persona de la Trinidad.

Dz-H 308.

Hb 13,8; Ap 1,4.

Quod semel assumit
numquam dimisit.

Dz-H 325.

Sólo la Segunda Persona tiene relación de dependencia, de Hijo con respecto al Padre, que llamamos filiación, es la que se puede hacer historia, visualizar-encarnar, porque es la apertura de Dios a la creatura, la visualización de Dios. Al llamar a Jesús *“Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero”*, en el Credo, queremos confesar su procedencia y su referencia eternas al Padre.

Col 1,15.
Θεὸν ἐκ Θεοῦ,
φῶς ἐκ φωτός.

Dz-H 150.

Las personas divinas sobrepasan nuestra total comprensión e imaginación. Solo el Hijo, por haberse hecho hombre y, en cuanto hombre, persona humana como expresión de su ser personal divino. El único encarnado y encarnable. El Padre y el Espíritu Santo no se encarnan, sino que se comunican con el Hijo a los hombres.

Al referirnos a las personas divinas nos referimos a lo que les es propio y exclusivo, no a lo que

es común. Y así las propiedades no son intercambiables, ni uno puede hacer las veces de otro, el Padre hacer las veces del Hijo y viceversa.

Dz-H 302.
 ἕνα καὶ τὸν αὐτὸν.

La persona humana, encuentra su fundamento en Dios y más particularmente en Cristo, que de las tres “Personas divinas” es la única que se ha humanizado; es decir, ha venido a ser persona humana e histórica. Pero no por eso hay en Jesús dos personas, una divina y otra humana. Hay una sola, porque él es uno sólo “*Uno y el mismo*” y no es persona humana en el mismo sentido y rango en que es persona divina. La persona divina procede del Padre solamente, y ésta se encarna, se manifiesta, se comunica, se entrega a través de su ser humano.

Dz-H 432.

Sólo la Segunda Persona se hace hombre, con una presencia física en el mundo, temporal, de 33 años, e histórica. Su presencia es trascendente: al hacerse hombre, se hizo hombre para siempre. Y en el orden de la fe, en la Eucaristía sigue estando presente Jesús hecho hombre. En la Eucaristía recibimos a Jesús, y en Jesús, a las otras dos Personas divinas.

Col 1,15.

El Espíritu Santo es persona de forma menos semejante a nosotros y a las otras personas divinas. Las tres Personas, aun como Personas, no son iguales, ni sus misiones son intercambiables. El Espíritu Santo, por ejemplo, no se podía encarnar, porque no era el Hijo, ni la visualización o imagen de Dios.

El Espíritu Santo es la forma y el medio por el que Dios se hace presente en el hombre, en la

Iglesia y en el mundo. El Espíritu Santo es fuerza, vida, sabiduría y poder del Padre y del Hijo en el hombre. Es la suma de todos los dones. Cuando Dios se da personalmente ya no tiene más que dar; se da el Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

Jesús procede del Padre únicamente, y no del Espíritu Santo, porque todo el Padre —Dios originante—, se da y se manifiesta sin disminución alguna en todo Jesucristo. La diversidad de uno y otro no está en la vida, sino en la relación de origen. La diversidad no está en el ser como entidades distintas y por eso no son tres unidades numerables. Lo numérico, aplicado a Dios, induce a error. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son relaciones diversas, pero no separables ni independientes y por eso sólo de forma análoga se pueden numerar y se puede hablar de tres personas.

El ser divino está en todo y de forma plena, y lo impregna todo no como una realidad numerable distinta del ser que se numera, sino como origen y sustentador de la pluralidad de todos los seres. Las cosas, la unidad y la pluralidad, no son una unidad, más Dios, sino una unidad y nada más, y Dios es el origen y fundamento y el que hace posible la unidad y la pluralidad del ser contable. Dios no es uno contrapuesto a otro, porque Dios no es lo otro ajeno y extraño a éste uno. Dios está en todo. El concepto aplicable a Dios es “el único”, que dice más relación a lo absoluto, a lo universal, que a lo numérico.

Cf Dz-H 1330.

Agustín,
De Trin IX, 1,1.

Las personas divinas sólo se determinan por su referencia mutua, no por su individualidad, o independencia. **Porque en Dios todo es, en rigurosa identidad, uno, siempre que no se trate de la contraposición de las relaciones de origen.** La relación constituye a las Personas divinas como sujetos de referencia, porque como subsistentes se relacionan, por ejemplo, el Padre con el Hijo, pero no es primero el sujeto subsistente y luego la relación, o al contrario, porque en Dios no hay primero y después. En Dios estos tres subsistentes personales están unidos en una sola sustancia, esencia o naturaleza. En su tratado sobre la Trinidad, escribió San Agustín: *“La trinidad consiste en una mutua relación personal y en la unidad de esencia”*. La relación del Padre, del Hijo y del Espíritu que fundamentalmente es relación de origen, implica también comunión y dependencia del Espíritu Santo con respecto al Padre y al Hijo, y del Hijo con respecto al Padre.

Tomás de Aquino,
S Th q 30 a 9; q 9
a 3.

Cuando afirmamos que Dios es único y tripersonal queremos decir tres cosas: primero que las personas divinas son diversas entre sí, segundo, que cada una de ellas es indivisible, tercero, que la trinidad personal divina no se opone a la unidad y unicidad.

La interpersonalidad se da en la esencia divina, y la conocemos en el acontecimiento trascendente histórico-salvífico, a quien llamamos Jesucristo. No desde, ni a partir de Jesucristo considerado en el tiempo. El que Dios sea Padre, Hijo y Espíritu Santo lo sabemos y se nos reveló en Jesús de Nazaret, muerto y resucitado.

Cada una de las Personas Divinas se comunica como es en sí misma, en su peculiaridad y en su diversidad. El Padre en su fundamentalidad divina, en su amor, en su fidelidad, en su providencia y en su predilección. El Hijo, en su ser revelador del Padre, y en su identificación con nosotros, en su participación de vida, muerte y resurrección. El Espíritu Santo, como fuerza y vida divina, como santificador y prenda de vida intratrinitaria. Pero al mismo tiempo cada una de las Personas, al comunicarse, se comunica en su relación a las demás, y al comunicársenos como Personas, en la Trinidad, se nos comunica el único Dios vivo.

Lo que señalamos como individual o característico lo designamos con la palabra “hypóstasis” ὑπόστασις. o persona. Lo que es común a las tres personas, como ser amor, verdad, vida, Santo, Espíritu, etc. es lo que constituye la unidad. Los atributos comunes a las tres personas divinas coinciden con los términos de sustancia, naturaleza y esencia.

¿Por qué las tres personas son un solo y único Dios? Con lo ya visto, a esta pregunta podemos contestar: porque las tres personas tienen en plenitud los atributos divinos como el amor, la santidad, la verdad, el señorío; tienen la misma vida divina, eterna, imperecedera, origen de toda vida. Porque las tres personas, no comparten, sino que poseen en plenitud la esencia, sustancia y naturaleza. Porque las tres personas son una sola realidad en su ser y en su actuar.

¿Por qué las tres personas divinas no son tres sujetos? Porque no son tres centros de operacio-

Tomás de Aquino,
S Th III, 14, 1,1.

nes, de conciencia, libertad y responsabilidad diferentes e independientes, como lo somos las personas humanas. El único que durante su vida temporal fue sujeto humano o persona humana, en quien se nos manifestó su persona divina, fue Jesús de Nazaret: *“El camino para llegar a la divinidad de Jesús es su humanidad”*.

Actividades

- Explica con tus palabras qué se entiende por persona y cómo se aplica este concepto a las personas divinas.
- Léase Dz-H 530: sólo existe número con relación a las Personas.
- Según lo visto, comentar lo dicho sobre la trinidad en el siguiente párrafo de la encíclica Caritas in Veritate, 5,54 de Benedicto XVI.

Unidad, justicia paz, desarrollo... *“Esta perspectiva se ve iluminada de manera decisiva por la relación entre las Personas de la Trinidad en la única Sustancia divina. La Trinidad es absoluta unidad, en cuanto las tres Personas divinas son relacionalidad pura. La transparencia recíproca entre las Personas divinas es plena y el vínculo de una con otra, total, porque constituyen una absoluta unidad y unicidad. Dios nos quiere también asociar a esa realidad de comunión: “para que sean uno, como nosotros somos uno”. La Iglesia es signo e instrumento de esta unidad. También las relaciones entre los hombres a lo largo de la historia se han beneficiado de la referencia a este Modelo divino. En particular, a la luz del misterio revelado de la Trinidad, se comprende que la ver-*

Jn 17,22.

dadera apertura no significa dispersión centrífuga, sino compenetración profunda. Esto se manifiesta también en las experiencias humanas comunes del amor y de la verdad”.

- Hacer una lista de enunciados importantes, sintéticos, de cada apartado.
- Hacer un extracto de lo tratado en cada apartado.

8.4 Digresión sobre la persona humana

Entre los seres humanos, todas las personas somos iguales, en el orden jurídico, pero en el orden psicológico y existencial, todos somos diferentes. Una mujer es persona de forma diferente a un hombre, a un niño o a un bebé. En esos casos, se es persona de forma análoga, es decir, de modo igual y distinto, y ambos aspectos son inseparables entre sí.

Objetivo: Advertir las diferencias entre persona humana y persona divina.

La persona humana es original y única desde su nacimiento, es, naturalmente, semejante y diferente a sus antepasados. Originalmente es una vocación, una esperanza, una posibilidad orientada hacia su propio desarrollo, que se da relacionadamente, en diálogo y de la mano de los demás. Necesita a los demás. Se es persona a partir de los demás, junto con los demás y para los demás.

La persona humana es, por naturaleza, un ser en proceso. En los hombres y mujeres ser persona es algo inseparable del devenir como persona, podríamos decir que la persona como tal, no nace sino que se hace, pero se hace a partir de lo que nace. Ser persona humana es hacerse per-

sona humana. Nos hacemos personas de frente a los demás, pero también ayudados por los demás, en relación continua con ellos. Los demás nos construyen como personas, pero desgraciadamente también nos destruyen, o nos pueden destruir.

La evolución de nuestra personalidad va ligada a nuestro crecimiento biológico, al desarrollo de nuestro entendimiento, de los sentimientos, de la conciencia, libertad y responsabilidad, a la conciencia o sentido de los demás y del todo, a la capacidad de amar y de entregarse por amor. Va ligada a todo aquello que humaniza al hombre. La persona no es solamente auto-posesión o auto-realización, sino, principalmente, auto-entrega. También va unida al respeto a la otra persona cualquiera que sea.

Pero la persona es esencialmente un ser auto-responsable, esto es, responsable de sí misma, al menos en parte. Es capaz de autoconstruirse o autodestruirse a pesar de los que quieren ayudarlo. Por su autoresponsabilidad y su naturaleza original, es un ser imprevisto, e imprevisible, incontrolado, e incontrolable, y por ese y otros aspectos, es un misterio inefable, mayor que mis conceptos, imágenes y sueños.

La innumerable multiplicidad de personas únicas nos habla de la trascendencia de cada una. Cada una es más de lo que cree ser y vale más de lo que cree valer —¿Para quién y con respecto a qué?—. La persona es original, única, y por eso hace originalidades. No es un ser cerrado, en

su autopoerse, en la conciencia, sino abierto a darse en la autoentrega, en el amor.

La persona humana es necesariamente un ser limitado, no solamente en sí mismo, sino también por los demás, por su entorno, por sus circunstancias, por el tiempo y el espacio. Ser persona implica aceptarnos como personas y ser “tolerantes” con los demás y en cierto modo también con nosotros mismos.

La personalidad humana incluye la individualización y ésta, la limitación, porque yo no soy como es el otro ni lo que es el otro. El varón carece de la feminidad plena y el niño de la madurez. Como individuo, el hombre vive en un mundo de realidades individuales. Yo no existiría sin mis padres, mi alimentación, mi vivienda, mis instrumentos, mis costumbres.

La persona es la forma más maravillosa de existir.

La persona humana se determina —define— por un “modo de ser particular”, un lugar donde se encuentra, su cultura, un tiempo determinado que solo a ella pertenece. Se es persona hacia adentro y hacia afuera, de modo voluntario e involuntario, de forma improvisada o proyectada. Las personas humanas se hacen tales por sus relaciones, casi seguramente de sus relaciones surgen sus consciencias y modos de ser y proceder, las personas divinas “no se hacen” por procesos psicológicos, sociológicos y de convivencia.

El concepto de persona, describe al hombre real, lo encontramos de forma seminal o virtual en otras culturas, particularmente en la cultura del pueblo de Israel. En la mentalidad del pue-

blo de Israel, el hombre siempre se sintió tratado y respetado como persona, principalmente por Dios; y el pecado se consideró como una falta a lo que entonces se veía como un agravio a lo que ahora llamaríamos los derechos de la persona.

Gn 1,1s; 3,1s.
Ex 20,12s.

Los valores religiosos, como la fe, la esperanza, el amor y la libertad, tienen un gran poder personalizante. Dios, en la historia de nuestra salvación, nos personaliza. Todos los valores humanos nos personalizan, de la misma manera que nos despersonalizan los actos inhumanos. De esta manera las personas se orientan hacia el bien y éste las hace ser más ellas mismas. El orden moral es elemento constitutivo del orden personal.

En realidad el personalismo como filosofía, antropología y sistema sociopolítico —derechos humanos—, es algo relativamente reciente.

Las personas humanas, por más unidas que estén, siempre formarán una unidad moral, nunca una unidad entitativa o esencial, por ser creaturas independientes, libres y esencialmente autónomas —separadas—.

Al afirmar que Dios es persona, afirmamos que Dios tiene toda la perfección que encierra la personalidad humana, y excluimos las imperfecciones propias de la condición humana. Ninguna categoría del ser creado nos sirve para referirnos a Él de modo unívoco. Sin embargo, la palabra persona intenta reflejar lo que caracteriza al mismo Dios, su relación con el hombre por amor.

Dz-H 804, 3283, 3546, 3887.
I Jn 4,16.

La persona humana se puede considerar como equivalente al alma, o como su sustrato o resul-

tado último; pero el concepto de persona añade al de alma diferentes aspectos: es un concepto no estático sino evolutivo, en crecimiento y desarrollo a partir de un sujeto original, donde la misma persona tiene qué ver en su realización. No desplaza a Dios de la creación de la persona, sino que se hace partícipe de su crecimiento y realización como ser humano en el tiempo. Esta participación es mucho más importante que la participación en todo lo creado, por tener como objeto el desarrollo de la misma persona y de su objetivo final —escatológico—. Integra los elementos de tiempo, espacio, cultura, circunstancias, convivencia, amor, y todos los valores humanos. Pone en claro las diferencias individuales, con la intervención propia de Dios en la historia humana. Ve al ser humano como un todo, con su alma y cuerpo, espacio y tiempo, cultura y circunstancias, convivencia y amor, responsabilidad personal y social, y todo eso lo contempla como término personal y misericordioso del amor de Dios.

La persona humana es también un ser misterioso, incomprensible e inefable, limitado, pero siempre mayor de lo que antes se pensaba, imprevisible, fugaz y efímero; como un dios, pero tremendamente limitado y contingente. Sal 8, 5-6; 82,6.

Actividades

- Redacta diez contraposiciones entre persona humana y persona divina, como estas: La personas humanas nacen y mueren, las personas divinas, no. Las personas humanas crecen y se

desarrollan, las personas divinas, no. Las personas humanas son independientes, las personas divinas, no.

8.5 La fe trinitaria y la plenitud de la vida cristiana

Tertuliano, *“quia nihil tam dignum Deo quam salus hominis”*
Marc II, 27,1.

El misterio trinitario tiene carácter salvífico, no tanto por ser un saber sobre Dios sino por ser el origen, medio y fin de nuestra propia salvación; por decirnos cómo es Dios para con nosotros; por expresar el lugar e importancia de Jesús en nuestra salvación y, principalmente, por incluirnos en el misterio de Dios por medio de su Espíritu. Lo propio y característico de Dios no es solamente crearnos, sino salvarnos, *“porque nada hay tan digno de Dios como ser nuestro Salvador”*. Si la creación es gracia inmerecida mucho más, es la salvación, que no es solo salvación del pecado, de la muerte y de todos los otros males, es, principalmente la elevación del ser humano a la vida trinitaria. La salvación nunca será plena si no es comunión con Dios.

El tema de la divinización, tal vez por no ser fácil de entender, apenas aparece en la predicación actual, y textos como el de la epístola de Pedro se dejan un poco de lado: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para ustedes... Pues su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha*

llamado por su propia gloria y virtud... para hacernos partícipes de la naturaleza divina. II P 1, 3-4.

Participar de la naturaleza divina es una expresión de carácter filosófico; poco comprensible para nuestra mentalidad, porque la naturaleza divina es única e indivisible. Pero la expresión encierra el sentido cristiano de nuestro destino: la participación de la vida y el amor de Dios, en quien nos veremos inmersos por nuestra fe en Cristo. *“En él está la fuente de la vida y en su luz veremos la luz”*. La luz es la que procede del rostro de Dios, *“Dichoso el pueblo que... a la luz de tu rostro, oh Yahvé, camina”*. Sal 36,10. Sal 89,16; 27,1.

Es evidente que la expresión *“participes de la naturaleza divina”* es de influjo griego, pero al autor le parece útil para hablar de la inefable comunión con Dios. Aunque la expresión es única en el Nuevo Testamento —ἁπαξ-λεγόμενον: lo dicho una vez—, pero la idea está repetida muchas veces con otras palabras. Θείας κοινωνοὶ φύσεως. I Jn 1,3; 3,2,9; Jn 15,4; 17, 22-23; Rm 8, 14-17.

Jesús llegó a ser lo que nosotros somos, para que nosotros llegáramos a ser lo que él es... Asumió nuestra condición humana para unirnos a su condición divina.

Le dicen los judíos a Jesús: *“No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios. Jesús les respondió: No está escrito en su ley: Yo he dicho: dioses son”*. Jesús cita el salmo: *“Ustedes son dioses, todos ustedes, e hijos del Altísimo”*. El salmista hace un reproche a los jueces que no obran justamente y que eran re- Jn 10,33. Sal 82,6.

presentantes de Dios aquí en la tierra. Para el evangelista, los dioses son los hijos “a quienes se dirigió la Palabra de Dios”. El argumento procedería así: Si ustedes, con ser jueces injustos, a quienes Dios dirigió su Palabra, son dioses, “Y la escritura no puede fallar”, con mayor razón lo es “aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo”; “¿por qué dicen que blasfema cuando afirma: Yo soy Hijo de Dios?”.

Jesús comprende al hombre “a quien Dios dirige su Palabra” tan vinculado a Dios como un dios en pequeño. Esto viene a poner de relieve la responsabilidad y dignidad del que desde el principio, “es imagen y semejanza de Dios”, por eso dice el salmista: “apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y esplendor”.

Para Jesús, “encontrar la vida” es vivir con Dios y por eso es de menos importancia perder esta vida. “La vida” por excelencia, es la que Jesús tiene junto a Dios, que recibe del Padre y que Jesús da a quienes creen en él.

El mensaje de participación en la vida divina trinitaria parecería carente de fuerza de convicción e increíble para nuestra mentalidad cientificista. Desde el punto de vista fenomenológico, el hombre vive como todos los seres vivos. ¿Por qué darle una proyección más allá de la muerte? Pero el don de la fe consiste en trascender lo fenomenológico.

Crear es darle al ser humano un lugar privilegiado, el que tiene desde el Génesis: “hecho a imagen y semejanza de Dios”. Por eso es propio de la

fe cristiana no sólo creer en la Trinidad, sino al mismo tiempo, creer en la resurrección de los muertos para la comunión con Dios.

Para Juan, Jesús era la fuente de la vida y la luz de los hombres. La vida de Dios es lo que salva la vida del hombre, es su plenitud, lo que ansía, lo que necesita y lo único que lo puede satisfacer: *“Pues tienen el Espíritu del Padre que purifica al hombre y le levanta a la vida de Dios”*. San Ireneo suele expresar la vida eterna o participación de la vida trinitaria en términos de visión, de comunión, de amor, de conocimiento y de gloria. Por eso dice: *“La gloria de Dios está en el hombre viviente, y la vida del hombre en la visión de Dios”*. *“A fin de que, abrazando el hombre al Espíritu de Dios, tenga acceso a la gloria del Padre”*. Nosotros, sin ser dioses en sentido propio, seremos semejantes a Dios, porque estaremos bajo su influjo, y sólo así podremos conocerlo, verlo y amarlo, y participar de su gloria.

Jn 1,4.

Ireneo,
Adv Haer V, 9,2.

Ireneo,
Adv Haer IV, 20,7.

Ireneo,
Adv Haer IV, 20,4.

San Juan nos dice: *“Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo”*. Según esta expresión, formulada como confesión de fe, la vida eterna es algo que se posee en germen desde el momento en que se cree en Dios como único y verdadero, y en Jesucristo como en su enviado. Dios no puede ser reconocido como verdadero y único sino a través de Jesucristo y, al mismo tiempo, si no se admite en Jesucristo la presencia del Dios único.

Jn 17,3.

En la Iglesia oriental usaron un término para hablar de la comunión con Dios, que para nosotros resulta un poco extraño: la divinización.

Esta la podemos entender como inhabitación: Dios está en nosotros, —itodo él!— y nosotros en él. *“Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos tam-*

Jn 17,21. *bién sean uno en nosotros”*. *“Para que el amor con*

Jn 17,26. *que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos”*.

Ef 4,5. *“Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos”*.

Θεοποίησις. La **“deificación”** la podríamos reinterpretar ahora como plenitud de comunicación con Dios para el ser creado, visión de Dios, inmortalidad, inmersión en Dios, relación interpersonal con Dios, participación del amor y del ser divino.

Se puede definir la deificación como la elevación que Dios hace de la creatura para insertarla a su vida trinitaria. Aunque el hombre no es divino por naturaleza, está llamado a participar de lo que es propio de Dios y de Dios mismo, sin perder su condición de creatura y siempre a título de gracia.

En el momento presente, en medio de guerras, pecados y problemas de todo tipo, resulta casi irónico hablar de deificación, pero olvidamos que la deificación no habla tanto del éxito de la vida humana en un mundo contaminado bajo tantos aspectos, sino más bien de nuestro destino, de algo que ya llevamos en germen, como título y garantía pero que todavía no es la plenitud. *“Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque*

I Jn 3,2. *le veremos tal cual es”*. *“La creación entera desea*

Rm 8,19. *vivamente la revelación de los hijos de Dios”*. La divinización nos habla más de nuestro destino,

que del momento presente en que nos encontramos bajo el signo de las tinieblas. Cf I Jn 1,5s.

La divinización consiste en participar plenamente de la gloria de Cristo encarnado y resucitado, y esto no debe ponerse en el orden de lo metafísico, o del cómo, puesto que el modo nos trasciende; debe ponerse en el orden del amor. Decía San Ireneo al destinatario de su obra: “*Seguirás como único firme y verdadero maestro al Logos de Dios, nuestro Señor Jesucristo; el cual, por su amor sin medida, se hizo lo que nosotros somos, para hacernos perfectos con la perfección de Él*”. Ef 3,19.

Lc 6, 40;
Ireneo,
Adv Haer V, 1.

No se trata de una especie de encarnación, porque Dios no se une para hacer de cada ser humano una única realidad, como en el caso de Jesús, pero por medio de él los demás seres humanos podemos obtener la aceptación de nuestra persona para entrar en comunión con él. Esto lo llamamos ahora santificación, y es, desde luego, una prolongación o proyección del misterio de Jesús en nosotros, es filiación, es la participación de la condición del Hijo.

En Cristo se encuentran no sólo todos los seres humanos, sino todas las cosas como sintetizadas, como virtualmente contenidas, y en el lenguaje de Pablo y de Ireneo, “recapituladas” —ἀνακεφαλαιώσασθαι—, “*tanto las que están en los cielos como en la tierra*”, “*todo se sustenta en él. Y él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que sea él quien ocupe el primer lugar entre todas las*” Ef 1, 9-10.
Col 1, 12,20.

Cayetano in III, q.
1, a. 1: Incarnatio
est elevatio totius
universi in divinam
personam.

cosas”. *“La encarnación es la elevación de todo el universo en Cristo nuestro Señor”.*

Cristo ocupa el primer lugar en el misterio de la comunión con Dios, a esto se le ha llamado en lenguaje teológico “unión hipostática” y le corresponde a Jesús por ser el Hijo único de Dios, la imagen de Dios invisible, el enviado y el que viene. Pero así como Jesús está vinculado a Dios por su naturaleza divina, del mismo modo está vinculado a los hombres por su naturaleza humana. Y como es Dios con Dios, así es hombre con los hombres. Por eso en Jesús hemos sido aceptados a la comunión con Dios y por eso podemos participar de su gloria. La encarnación no fue un favor hecho a Jesús, sino un favor hecho a la humanidad, es decir a todos los hombres. Y en Jesús hemos sido aceptados y favorecidos con la comunión con Dios.

Adv Haer IV, 16,3,
95s; III, 18, 7, 163s;
III, 19,1, 18s.

Et quoadmodum
homo transiet in
Deum, si non Deus
in hominem?
IV,33,4; 20,4,77s.

Tertuliano,
Marc II, 27,7.

Quod idola, 11 fin.

En Ireneo, la idea de la divinización es muy frecuente: *el Verbo de Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios. “De qué manera el hombre podrá hacerse Dios, si Dios no se hace hombre”.* Y Tertuliano, con la elocuencia que lo caracteriza: *“Conversaba Dios con él —Adán— a fin de que éste fuera aprendiendo a actuar de modo divino. Y actuaba junto con él a fin de que el hombre pudiera actuar con Dios. Y encontramos que Dios se hacía pequeño a fin de que el hombre se hiciera lo más grande”.* Y San Cipriano: *“Lo que el hombre es, eso quiso ser Cristo, para que el hombre pudiera ser lo que Cristo es”.* Y San Gregorio Nacianceno (330-390), decía: *“Ustedes han sido hechos hijos*

de Dios, coherederos de Cristo, y para hablar con audacia, ustedes han llegado a ser dioses. Sermón 14,23.
PG 35,888.

La divinización, como participación de la vida trinitaria, tiene carácter cristocéntrico: participamos de la vida de Dios por Cristo. *“Que todos sean uno, como tú en mí y yo en ti”*. La participación divina es una prolongación de la encarnación y glorificación de Cristo en cada uno de los discípulos, de los que creen en él. A ellos les pertenece contemplar la gloria de Dios en el rostro de Cristo y en sus acciones. *“Hemos visto su gloria”*. La gloria de Dios se manifiesta en Cristo y es consecuencia de ser *“el Hijo único”*; *“su rostro resplandecía como el sol”*. Y *“nosotros, todos, con el rostro descubierto, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor”*. Sabemos que la gloria de Dios invisible, se hace visible, en Cristo y que esa gloria la contemplamos y la contemplaremos en el rostro de Jesús, pues *“entonces veremos cara a cara”*. El rostro de Dios es visible en el rostro de Jesús. *“Padre quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que contemplen mi gloria”*. *“Y verán su rostro, y el nombre de él se verá en sus frentes”*. El rostro de Dios sólo es visible en el de Jesús, porque él es la expresión primera y última de Dios. Para todos los seres humanos, aún para los no cristianos, la gloria de Dios es Cristo; pues la fe no es lo que constituye la realidad, sino la realidad la que conocemos por medio de la fe, aunque la fe sea muy elemental.

Jn 17,21.
Jn 17,22; 20,31.
Jn 1,11.
I Jn 1,14; Mt 3,17; 17,5; Mt 12,18.
Mt 17,2.
II Cor 3,18.
Col 1,15.
I Cor 13,12.
Jn 17,24.
Ap 22,4.
Jn 17,24.

El texto del salmo, tan citado al respecto por los Padres de la Iglesia, *“En tu luz veremos la luz”* Sal 36,9.

Jn 8, 12; 9,5; 1, 8,19. significaría: en tu luz, que es Jesús, veremos la
I Jn 1,15. luz, que es Dios.

En la mentalidad hebrea, la vida humana se entendía como procedente de Dios, y la muerte como un devolverle a Dios el espíritu, que en el origen nos había dado con su aliento. Este don de vida perecedera es también, en el Nuevo Testamento, semilla de la vida eterna, y participación de la vida y gloria de Cristo nuestro Señor. El Espíritu desempeña un papel muy importante en el orden de la vida temporal, y será proporcionalmente mayor en el orden de la vida eterna, porque por su medio será posible participar de la vida, la inmortalidad, el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que ya desde ahora nos ha sido dado como prenda de vida eterna.

Jb 34, 14; Qo 12,8.
Lc 23, 46.
Gn 2, 7; 6, 17;3, 19.
I Cor 15, 42-43.
Jn 17,24s.
II Cor 1,22; 5,5.
Ef 1,14.

La elevación del ser humano a la participación de la vida trinitaria, es gracia y acogida de Dios en comunión y unidad de lo que es más suyo: su Hijo. Es la proyección del Dios eterno en nuestro ser temporal. Y por eso es inmortalidad para nosotros. Es participación en su santidad y por eso es santificación. Es inclusión en su Hijo y por eso es filiación. Y si somos hijos, también herederos. Todo esto es fruto de la acción del Espíritu en nosotros, que no acaba de terminar su obra hasta hacernos partícipes de la vida trinitaria. La vida eterna para el ser humano no es sólo inmortalidad, sino comunión, participación de la vida trinitaria. Desde la creación y la revelación, la Historia de la Salvación y la vida cristiana eclesial, todo está ordenado a la participación de la vida trinitaria.

II Cor 5,4.

La divinización es el fruto y el fin de la encarnación, de la presencia y acción de Jesús en la historia y aunque requiere una vida recta en el amor, la justicia, la libertad, no es mérito nuestro. Es fruto de la generosidad y comunicabilidad del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. No es sólo perdón, restitución, justificación, es mucho más que todo eso, es participación de la vida de Dios, que se nos da solo después de la justificación. Y Juan pone en boca de Jesús el más grande mensaje para el hombre: *“Yo les he comunicado la gloria que tú me diste, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos”*.

Rm 8, 29-30.

Jn 17,24.

San Gregorio Nacianceno afirma que el Verbo se encarnó: *“para que yo llegara a ser dios, tanto cuanto él se había hecho hombre”*. La comunión de vida con Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, es más un deseo de Dios, que un deseo nuestro. Para eso se hizo hombre el Hijo de Dios, y la liberación del pecado era una condición necesaria, no el fin último; éste sería, más bien, la comunión con Dios Trinitario. La salvación, para que de veras lo sea, y que no se refiera a algo o a alguien que nos amenace, ha de ser comunión con Dios por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. La salvación sólo puede ser Dios mismo.

Sermón 29,19.

Así como no podemos separar, en Jesús, su divinidad de su condición de Hijo de Dios, así tampoco podemos separar nuestra condición de *“hijos adoptivos”* de nuestra vocación o *“herencia”*, para llegar a participar de la vida de Dios. En ella tenemos la justificación, la santidad, la in-

Ef 2,16. mortalidad, la comunión con todo el cuerpo de la Iglesia y de todo el universo.

N.B.

La divinización es un tema poco tratado en la teología occidental. En los libros *Conceptos fundamentales de Teología*, ni siquiera aparece la palabra “divinización”, tampoco en el Denzinger; ni en casi todos los diccionarios teológicos.

Heinrich Fries,
Θεοποίησις.

Desde el punto de vista pastoral y por seguir la costumbre de la Iglesia occidental, quizá esté bien que en lugar del término “divinización”, que exige explicación y que puede confundir a muchos, usemos y expliquemos los conceptos de filiación, inhabitación de las tres personas, comunión de vida temporal y eterna con Dios. Expliquemos que en la vida cristiana vivimos en Cristo y Cristo en nosotros, que formamos una unidad vital con Cristo, y por Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo.

La vida eterna no es el resultado de un campeonato o de unas eliminatorias, aunque san Pablo use esa comparación, es el fruto de la invitación constante que el Espíritu nos hace a que cada uno se esfuerce para ser mejor y ayudar a los demás, independientemente de la meta a la que llegue, que confíe en el amor y misericordia del Padre manifestada y ofrecida en Jesucristo para llegar a participar de la gloria de Dios trino.

Fl 3,14.
I Cor 9,24-26.

Fl 3,16.

Actividades

- Busca en una concordancia bíblica la palabra “heredero” o “herencia” y ve cuántas veces se refiere a la vida eterna.

- A modo de oración

Dios mío, ¿cómo podría yo conocerte, si tú no te acercas a mí?

¿Cómo podría yo salvarme, si tú no me salvas?

¿Cómo podría ser yo hijo tuyo, si tú no me adoptas como tal?

Cf Ireneo,
Adv Haer IV, 33,4.

¿Cómo podría ser feliz e inmortal, sin verte?

¿Cómo podría verte, si no es en el rostro de Jesús? ¿Cómo podría ser como Dios, sin Dios?

Cf Ireneo,
Adv Haer III, 19,1.

¿Cómo podría ser misericordioso, si primero no soy objeto de tu misericordia?

No puedo pretender ser como Dios sin ser plenamente un hombre... Ayúdame a crecer hasta alcanzarte.

Cf Ireneo,
Adv Haer IV, 39,2-3.

“¿Y cómo quiere ser Dios el que no acaba de ser hombre? ¿Cómo quiere ser perfecto el que acaba de ser hecho? ¿Cómo quiere ser inmortal, el que en su naturaleza mortal no obedece a su Creador?

Te conviene primero guardar la condición de hombre, para después participar de la gloria de Dios. Pues tú no hiciste a Dios, y Dios sí te hizo a ti. Si, pues, tú eres la obra de Dios, aguarda la mano de tu Artífice, que hace todas las cosas a su debido tiempo. Ofrécele a Él tu corazón suave y dócil, y conserva la figura con la que te configuró el Artista, teniendo en ti el agua —que de Él procede—, no sea que tu dureza te haga perder las huellas de sus dedos.

Guardando esta configuración, llegarás a la perfección; pues, por el arte de Dios se esconde en ti lo que hay de barro. Su mano ha fabricado tu sustancia; El te recubrirá por dentro y por fuera con oro puro y con plata, y te embellecerá tanto,

- Sal 44,2. *que el mismo Rey quedará enamorado de tu hermosura.*
- Pero si tú, en tu endurecimiento, desprecias su arte y te muestras ingrato con aquél que se hizo hombre, te muestras ingrato con Dios y al mismo tiempo pierdes la obra de arte y la vida. El hacer es propio de la bondad de Dios, el ser hecho es propio de la condición del hombre.*
- Ireneo,
Adv Haer IV, 39, 2-3. *Si le entregas a Él lo que es tuyo, es decir, la fe en Él y la obediencia, tú recibirás los beneficios de su arte y llegarás a ser perfecta obra de Dios”.*
- Subraya lo que te parezca más importante de este texto de Cirilo de Alejandría:
“El Verbo ha habitado en nosotros por medio de un solo cuerpo, a fin de que, habiéndose formado un solo Hijo de Dios en el poder, su dignidad se volviera a toda la humanidad, según el espíritu de Santidad, y así, por medio de uno de nosotros, llegáramos a ser, también, aquellos en quienes se cumplieran las palabras: “ustedes son dioses e hijos del Altísimo, todos ustedes”... ¿No está claro para todos que se abajó a la condición de siervo, sin conseguir con este abajamiento ningún beneficio, sino que se entregó a sí mismo a nosotros, a fin de que fuéramos enriquecidos con su pobreza, y elevándonos, mediante la semejanza con él, a su propio e inefable bien, y así llegáramos, por medio de la fe, a ser dioses e hijos de Dios? En efecto, ha habitado entre nosotros aquél que por naturaleza es Hijo de Dios. Por eso, en su Espíritu, clamamos: “Abbá, Padre”. El Verbo habita en todos, como en su templo, en aquello que hace suyo por nosotros y de nosotros, a fin de que teniéndonos a todos en sí
- Rm 1,4. *de Santidad, y así, por medio de uno de nosotros, llegáramos a ser, también, aquellos en quienes se cumplieran las palabras: “ustedes son dioses e hijos del Altísimo, todos ustedes”... ¿No está claro para todos que se abajó a la condición de siervo, sin conseguir con este abajamiento ningún beneficio, sino que se entregó a sí mismo a nosotros, a fin de que fuéramos enriquecidos con su pobreza, y elevándonos, mediante la semejanza con él, a su propio e inefable bien, y así llegáramos, por medio de la fe, a ser dioses e hijos de Dios? En efecto, ha habitado entre nosotros aquél que por naturaleza es Hijo de Dios. Por eso, en su Espíritu, clamamos: “Abbá, Padre”. El Verbo habita en todos, como en su templo, en aquello que hace suyo por nosotros y de nosotros, a fin de que teniéndonos a todos en sí*
- Sal 82,6; Jn 10,34. *de Santidad, y así, por medio de uno de nosotros, llegáramos a ser, también, aquellos en quienes se cumplieran las palabras: “ustedes son dioses e hijos del Altísimo, todos ustedes”... ¿No está claro para todos que se abajó a la condición de siervo, sin conseguir con este abajamiento ningún beneficio, sino que se entregó a sí mismo a nosotros, a fin de que fuéramos enriquecidos con su pobreza, y elevándonos, mediante la semejanza con él, a su propio e inefable bien, y así llegáramos, por medio de la fe, a ser dioses e hijos de Dios? En efecto, ha habitado entre nosotros aquél que por naturaleza es Hijo de Dios. Por eso, en su Espíritu, clamamos: “Abbá, Padre”. El Verbo habita en todos, como en su templo, en aquello que hace suyo por nosotros y de nosotros, a fin de que teniéndonos a todos en sí*
- II Cor 8,9. *de Santidad, y así, por medio de uno de nosotros, llegáramos a ser, también, aquellos en quienes se cumplieran las palabras: “ustedes son dioses e hijos del Altísimo, todos ustedes”... ¿No está claro para todos que se abajó a la condición de siervo, sin conseguir con este abajamiento ningún beneficio, sino que se entregó a sí mismo a nosotros, a fin de que fuéramos enriquecidos con su pobreza, y elevándonos, mediante la semejanza con él, a su propio e inefable bien, y así llegáramos, por medio de la fe, a ser dioses e hijos de Dios? En efecto, ha habitado entre nosotros aquél que por naturaleza es Hijo de Dios. Por eso, en su Espíritu, clamamos: “Abbá, Padre”. El Verbo habita en todos, como en su templo, en aquello que hace suyo por nosotros y de nosotros, a fin de que teniéndonos a todos en sí*
- Rm 8,15; Ga 4,6. *de Santidad, y así, por medio de uno de nosotros, llegáramos a ser, también, aquellos en quienes se cumplieran las palabras: “ustedes son dioses e hijos del Altísimo, todos ustedes”... ¿No está claro para todos que se abajó a la condición de siervo, sin conseguir con este abajamiento ningún beneficio, sino que se entregó a sí mismo a nosotros, a fin de que fuéramos enriquecidos con su pobreza, y elevándonos, mediante la semejanza con él, a su propio e inefable bien, y así llegáramos, por medio de la fe, a ser dioses e hijos de Dios? En efecto, ha habitado entre nosotros aquél que por naturaleza es Hijo de Dios. Por eso, en su Espíritu, clamamos: “Abbá, Padre”. El Verbo habita en todos, como en su templo, en aquello que hace suyo por nosotros y de nosotros, a fin de que teniéndonos a todos en sí*

mismo, a todos nos reconcilió en su cuerpo, como lo dice Pablo.

Ef 2,16; Cirilo de Alejandría, *In Johannis Evangelium* 1,9; PG 73, 161-164.

8.6 La unidad divina y la vida cristiana

Al hablar de la trinidad, de ninguna manera se debe disminuir la importancia de la unidad y unicidad de Dios, en la que el pueblo de Israel creía fielmente, que Jesús afirmó decididamente y en la que creyó firmemente la Iglesia primitiva. Y el Dios de Israel se reveló como el Dios único, creador de todo absolutamente. El monoteísmo trinitario no es un monoteísmo suavizado, es un estricto monoteísmo, como el de Jesús, que atiende a la comunicabilidad de Dios. El Padre se comunica en plenitud a Jesús, su Hijo, y por él y en él, a los hombres por medio de su Espíritu.

Dt 6, 4-5; Mc 7,37.

El hecho de que todos los pueblos circunvecinos de Israel eran politeístas, fue ciertamente una tentación, pero los profetas insistieron siempre en la unidad y el culto al único Dios.

Dt 6,14s; 7,4s.

La unidad de Dios se entendió como unidad de ser, existencia y vida, asimismo como unidad de acción, presencia, amor, bondad, fidelidad y señorío. Su unidad no es numérica, porque lo único no es contable o numerable, tampoco es unidad física, porque Dios no es un ser físico. Es unidad espiritual, que en su realidad sobrepasa la realidad física. Es unidad de vida, de ser, de intención, inspiración y acción, unidad de amor, aceptación y donación. El Padre que es el origen de la Trinidad, sin serlo de sí mismo, es también el origen principio y fuente de la unidad y unicidad.

Cf Ef 3, 14-15.

La unicidad divina no depende de nuestros conceptos de sustancia, esencia o naturaleza, aunque casi siempre la unidad divina se ha comprendido por medio de estos conceptos. En el Credo afirmamos la unidad de esencia, que Dios es uno, no sólo la igualdad de las personas divinas. Pero antes de ser una cuestión dogmática, la unicidad divina es una cuestión práctica y cúllica. Dios único unifica nuestro ser y no permite que adoremos otros dioses, sean ídolos, dinero, placeres, egoísmo, magia, superstición, incluso la misma vida temporal, porque no podemos servir a dos señores. Dios único debe orientar todo nuestro ser. La unidad de Dios se da en la diversidad de las personas. Y todo lo que sabemos sobre Dios se convierte en un mensaje sobre nosotros. Que el Padre se comuniquen plenamente al Hijo y ambos al Espíritu Santo, y los tres al hombre, es un mensaje salvífico de comunión divina intratrinitaria, y también de comunión salvífica para los seres humanos.

Es tan grande la comunicación y la unión de las personas divinas, en su ser y en su actuar, que esa unión es la fuente de su unicidad. Dios es único y no hay otro, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están tan divinamente unidos que no hay lugar a la alteridad en Dios. Las palabras origen, fuente y principio no se han de entender en sentido temporal o causal.

Tratándose de Dios no podemos decir que la unidad divina sea primero que la trinidad, o que aquélla dé origen a ésta, ni que la trinidad sea origen de la unidad; porque entre la trinidad y

la unidad hay perfecta identidad: Dios uno es la trinidad y la trinidad es Dios uno. En Dios, nada es primero y nada después. En Dios, todo es simultaneidad eterna.

La unidad divina la podemos expresar por medio de los atributos comunes a las tres personas:

Como la bondad, el amor, la misericordia,
El espíritu, la fuerza, el poder, el señorío,
La verdad, la sabiduría, la razón, la luz,
La vida, la personalidad, la apertura, la comunicación.

Prácticamente todos son atributos bíblicos, algunos especialmente señalados en el Nuevo Testamento, como Dios es amor, misericordia, verdad, vida, espíritu, luz, santo, señor, etc. Los atributos comunes a las tres personas los podemos aplicar a Dios de la misma manera a como confesamos que Dios es una misma esencia, una misma naturaleza y una misma sustancia, así también es un mismo amor, una misma verdad y una misma vida. Podemos decir que Jesús nos ama con el mismo amor del Padre, o que el amor del Padre se nos hace manifiesto en el amor de Jesús; que el Espíritu Santo es luz como lo es Jesús, que el Padre es misericordioso como lo fue Jesús; que el Espíritu Santo es verdad como lo es Jesús.

Porque son una misma sustancia, decimos que las tres personas divinas son “*consustanciales*”, y porque son una sola naturaleza, confesamos al Hijo “*de la misma naturaleza que el Padre*”.

ὁμοούσιος.
Cf CEC, 253.
Dz-H 421, 530.

La naturaleza humana en nosotros no es lo mismo que la naturaleza divina en Dios, porque al

hablar de nuestra naturaleza nos referimos a un concepto, fruto de la abstracción hecha por nuestra mente al conocer la diversidad de los seres humanos; la naturaleza divina, no es fruto de nuestra abstracción porque no conocemos muchos dioses de donde deduzcamos la naturaleza de ellos. Hablamos de naturaleza divina por comparación a la naturaleza humana.

Ipsa esse subsis-
tens.

Al hablar de la naturaleza divina nos referimos a la realidad de Dios, Dios no tiene naturaleza, él es la naturaleza, esencia y sustancia divina. Con estos nombres abstractos nos referimos al Dios existente. Dios es el que existe por sí mismo.

La naturaleza no hace relación al número. Cada uno de nosotros es toda la naturaleza humana, igual que los más de 6000 millones de habitantes del planeta. Y la naturaleza humana estaba completa cuando solo eran unos cuantos seres humanos. De modo semejante en Dios, su naturaleza es todo Dios y toda se encuentra en cada una de las personas divinas.

Todos los atributos de Dios y todo lo que podemos decir de él, no son cosas que se le añaden, sino expresiones de su ser único. Dios es lo mismo que aquello que se afirma de él: Dios es verdad, vida, espíritu, amor, persona. Dios es lo que es y nosotros lo comprendemos conforme a nuestra mentalidad y a lo que él nos va haciendo entender y sentir. Obviamente, la revelación es lo más importante para nuestro saber y sentir de Dios.

Dios se nos comunica en su unidad tripersonal; y no es que Dios único se nos comunique de modo diferente en cada una de las personas divinas, que no son modos distintos de llegar a lo mismo, ni caminos diferentes para llegar al mismo fin. El Padre no es un camino, y el Hijo otro, y otro el Espíritu Santo. Para nosotros, nuestro Padre Dios es la meta, el Hijo es el camino y el Espíritu Santo es la fuerza para recorrerlo.

Decía San Pablo a los corintios: *“para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos... y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros”*. La unicidad de Dios es atribuida al Padre como origen y fin de todo absolutamente, pero junto con el Padre está el Hijo, a quien le ha sido dado todo señorío, sin contravenir para nada la unidad de Dios. Porque *“Dios estaba en Cristo... reconciliando al mundo consigo”*. La unidad de Dios es unidad también entre las personas divinas, lo mismo que la unicidad, porque la unidad de Dios no excluye, sino abarca la diversidad de las tres personas. I Cor 8,6; Ef 4, 5-6. II Cor 5,19.

Nuestra relación con cada una de las personas divinas no son tres relaciones separadas, sino la relación con el único Dios verdadero y al relacionarnos con cada una de las personas divinas nos relacionamos necesariamente con las tres. Dz-H 421.

Pero debido a la unidad divina, todas estas formas de expresión, más o menos acertadas, son metafóricas. Dios se nos comunica todo en cada una de las personas divinas, y cada una de ellas implica a las demás. No se excluyen, sino que se

Jn 10,38. implican. Aunque cada una es ella misma y una no es la otra, sin embargo siempre están en estrecha relación de presencia y acción. Pero todo esto sin división ni separación; Dios se nos ha revelado, comunicado y entregado en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo y todo esto con las características que corresponden a su ser de Padre, de Hijo y de Espíritu Santo. Se nos ha entregado el Padre como Padre, el Hijo como Hijo, y el Espíritu Santo como Espíritu.

εἰς ἓνα Θεόν. El atributo “*único*” es común a las tres personas. Las tres personas son el Dios único. Podemos decir que el Padre es único junto con el Hijo y el Espíritu Santo, y así de cada una de las personas divinas. Dios es único como Dios y también es único como Padre, Hijo y Espíritu Santo. En este último caso la unicidad se debe a la condición personal, porque no hay otro como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y el Dios de nuestros orígenes nos pide que tengamos a la unidad. Si el autor del Génesis hubiera proyectado la vida hacia el pasado solamente, hubiera imaginado un Dios que hacía figurillas de barro, no una, sino muchas, y no todas iguales: unas barnizadas de blanco y otras de negro; eso hubiera descrito mejor su experiencia de vida. Pero para él, para quien Dios era uno y único, y el único creador, la unidad del género humano es un dato teológico: así como sólo hay un Dios, así solamente crea un hombre; los hombres todos forman una unidad, una familia; todos somos sus descendientes. La teoría del poligenismo científico, no modifica el mensaje teológico de

unidad del género humano, como tampoco la posibilidad de otros seres en otros planetas. I Cor 15,22s.

Porque Dios es único es el Señor de todos, aunque no lo conozcan, y también es el Señor de todo el universo, aunque este se nos salga de las coordenadas del tiempo y del espacio, porque es más grande, más dinámico y más antiguo de cuanto nos habíamos imaginado. La ciencia y la imaginación no van contra Dios, pero no son la medida de Dios.

Nos podríamos preguntar: ¿Por qué las tres personas divinas no son tres dioses? Y las razones serán múltiples: porque no son realidades independientes, además se incluyen mutuamente en su ser y en su actuar, dado que el ser persona divina los caracteriza pero no los excluye. Porque proceden de un mismo principio u origen sin apartarse de él, que es el Padre. Porque no pueden existir tres dioses en sentido propio.

A la unidad de Dios corresponde la unidad de la creación, de la realidad y de la verdad. Porque Dios es uno, la realidad es única y la verdad es una, lo que no se opone a que haya casi infinitos modos y grados de conocerla, porque la verdad también está en relación con la mente que la capta.

El que Dios sea uno y único se manifiesta en la unidad de su acción: por eso la creación, la revelación, la salvación y la glorificación de los seres humanos forman una unidad. La acción de Dios es una e integrada: todos sus actos son Dz-H 421.

como episodios integrados y dinámicos de una misma obra.

Decía San Ireneo:

*Y por esto en todas las cosas
y a través de todas las cosas,
no existe más que un solo Dios Padre,
un solo Verbo —Hijo—,
y un solo Espíritu,
así como una sola salvación para
todos los que creen en El.*

Ireneo,
Adv Haer IV, 6,7.

La unicidad de Dios nos habla de la unicidad de su salvación. Todos hemos sido previstos, preamados, preelegidos, predestinados en Cristo. Todos en Cristo, “*porque él está todo en todos*”, todos creados, “*a fin de tener misericordia de todos, para ser salvados por él*”.

Ef 1,4s.
Col 3,11.
Mt 18,14; Rm 11,32.
Col 3,11.
1 Tm 1,15; 2,6.

Porque Dios es uno y único debemos amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. A la unicidad de Dios corresponde la totalidad del corazón, de la fe, entrega y servicio. Se cree en muchos dioses cuando se adoran muchas cosas. El que da culto a otro dios no ama a Dios con todo su corazón. El monoteísmo no es para la Biblia una cuestión ideológica o filosófica, es ante todo una cuestión práctica. En el fondo, se trata de una respuesta personal: ¿Quién merece toda mi confianza y amor? ¿Cuál o Quién es el amor último que le da sentido a la vida? Un dios no verdadero o ídolo, puede ser la absolutización de un valor relativo, como el dinero, el placer, la honra, el poder.

Dt 6,5; Lc 10,27.
Mt 6,24; Fl 3,19.
Jn 5,44.

La confesión de un solo Dios decide el camino de la vida. No se puede adorar a dos dioses, ni servir a dos señores. Se cree en un solo Dios, cuando Dios es el sentido último de la propia vida. Mc 10,21; Lc 10,42. Mt 6,24.

La unidad de Dios es principio de unidad de los hombres y exige unidad. *“Que todos sean uno, Padre, como tú en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros”*. Si todos creyéramos en un mismo Dios, estaríamos menos divididos y habría menos guerras. La unidad divina de Cristo con el Padre, y con el Espíritu Santo es condición de posibilidad y meta de la unidad del género humano. Toda guerra es absurda e inhumana, pero lo son más las guerras religiosas. Jn 17,21; 10,30.

Cuanto más consideramos a Dios como nuestro único Señor, tanto menos esclavos somos de los demás, de las cosas, y de la suerte, y tanto más nos sentimos hermanos en la casa del único Padre. El Dios único es necesariamente el Dios para todos y a favor de todos. Es el Dios de todos los pueblos y de toda la historia. El Primero y el último. La unidad de Dios implica su universalidad y su omnipresencia, es *“Todo en todos”*. Ap 15,3; 18,6. Is 41,4; 43,10s; 44,6; 48,12; Ap 1,4; 8,17. I Cor 15,28; Col 3,11.

La inhabitación, o presencia activa, del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre es el modelo de unidad entre Jesucristo y todos los seres humanos, y también entre los hombres, mutuamente, y todo tiende a la unidad entre Dios y los hombres por medio de Jesucristo. Jn 14,20; 17,23. Jn 17,21. Col 3,11; I Cor 12,6.

Como nada más puedes tener un padre aquí en la tierra, así también sólo tienes un Padre allá en

Mt 23,9; 6,9. el cielo, y ése está por encima de toda paternidad: *“Uno solo es el Padre de ustedes: el del cielo”*.

Mucha gente quisiera que hubiera muchos dioses, para elegir uno entre varios, o para arreglárselas con uno o con otro, para contraponerlos y explicar las diferencias y las guerras. El politeísmo iría más de acuerdo con la imaginación, la fantasía, el egoísmo y la explotación.

La unidad de Dios nos dice que todo lo que creemos de él, que nos ama, que es bueno, que es santo y todos sus atributos son solamente aspectos diversos de su único ser. Por eso Dios es “Uno y Todo” al mismo tiempo. Dios único tiene también una forma única de ser.

La unicidad de Dios nos habla también de la unidad de la revelación. Dios es uno y el mismo, y los hombres lo vamos conociendo poco a poco, a lo largo de los siglos y de la vida. El conocimiento de Dios es un proceso tan largo y maravilloso como el proceso de humanización del género humano.

Jn 17,3s; 10,4s. La comprensión exhaustiva de Dios se opone a la fe cristiana, no menos que la incompreensión absoluta. El hombre necesita conocer a Dios, tanto como Dios quiere ser conocido por el hombre.

De la trascendencia de Dios y de su unicidad se sigue que ninguna comparación sobre la trinidad sea cien por ciento adecuada. Todas las comparaciones claudican en algún o algunos puntos, pero eso no quiere decir que dejen de ser útiles para ilustrar alguno de sus aspectos.

Todos los misterios de la Revelación se podrían reducir a uno sólo: la trascendencia divina. Dios es más de lo que nosotros podemos pensar, decir y experimentar. En términos salvíficos sería que Dios Trino nos salva por medio de Jesucristo, uniéndonos a sí mismo, por el Espíritu.

¿Qué es lo que podemos entender y nos debe quedar claro del misterio trinitario y qué es lo que no podemos entender, y por lo tanto explicar?

Nos debe quedar claro que Dios, que *“es Padre por su amor”*, nos ha querido salvar comunicándose con nosotros por medio de su Hijo y que en él, nos ha abierto las puertas a la comunicación imperecedera, en su gloria. También el eterno significado salvífico de la condición humana de Jesús, que el Espíritu Santo es Dios en nosotros como lo fue en Jesús, y que estamos siempre bajo su influjo y nunca somos algo ajeno a Dios.

Adv Haer V, 17,1;
I Jn 4, 8-9.

El misterio trinitario no es, en primer lugar, un misterio metafísico, ni tampoco un misterio numérico o matemático, fundamentalmente es un misterio salvífico: ¿Cómo puede Dios amarnos tanto, por encima de la limitación humana, y que él mismo, en su Hijo, se haga lo que nosotros somos a fin de darnos lo que él es, —su vida—? ¿Cómo puede el Creador hacerse creatura, en el tiempo, sin dejar de ser Creador? ¿Cómo puede ser absolutamente uno y tener un Hijo eterno, que al mismo tiempo es distinto?

Hablamos de **“misterio trinitario”** por tres motivos que sobrepasan nuestra comprensión:

1) La unicidad absoluta de Dios en la distinción real de las tres personas.

2) La igualdad absoluta de las tres personas y la dependencia de la Segunda y la Tercera.

3) La simplicidad de Dios en la pluralidad de atributos y propiedades se puede desglosar en:

a) La esencia trinitaria de Dios, y la simplicidad en la diversidad de sus atributos.

b) La encarnación exclusiva de la Segunda Persona en Jesús,

c) La comunión de Dios y con Dios tripersonal, por el Espíritu Santo, de todos los redimidos.

Actividades

1) Léase Dz-H 3001; Cc Vat I, 24, Ab 1870.

2) *“La Iglesia, extendida por el orbe del universo hasta los confines de la tierra, recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios Padre Soberano universal “que hizo los cielos y la tierra y el mar y todo cuanto hay en ellos”, y en un solo Jesucristo Hijo de Dios, encarnado por nuestra salvación, y en el Espíritu Santo, que por los profetas proclamó las Economías y el advenimiento, la generación por medio de la Virgen, la pasión y la resurrección de entre los muertos y la ascensión a los cielos del amado Jesucristo nuestro Señor; y su advenimiento de los cielos en la gloria del Padre para recapitular todas las cosas y para resucitar toda carne del género humano; de modo que ante Jesucristo nuestro Señor y Dios y Salvador y rey, según el beneplácito del Padre invisible “toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua lo confiese”. El*

Ex 20,11; Sal 145,6.
Hch 4,24; 14,15.
Jn 1,14.
Lc 9,51; Ef 1,6.
Mt 16,27; Ef 1,10.
Ef 1,9; Col 1,15.
Flp 2,10-11.

juzgará a todos justamente, los “espíritus del mal” y los ángeles que cayeron y a los hombres apóstatas, impíos, injustos y blasfemos, para enviarlos al fuego eterno, y para dar como premio a los justos y santos que observan sus mandatos y perseveran en su amor, unos desde el principio, otros desde el momento de su conversión, para la vida incorruptible, y rodearlos de la luz eterna.

Rm 2,5; Ef 6,12.
Mt 18,8; 25,41.
Tt 1,8; Jn 14, 15.
Jn 15,10; Jn 15,27.
II Tm 2,10;
I P 5,10. Ireneo,
Adv Haer I, 10,1.

3) Subraya del siguiente texto de Atenágoras (año 171) lo que se refiere directamente al tema estudiado.

“Tenemos la vida presente como de corta duración y de pequeña estima, y nos movemos por el sólo deseo de llegar a conocer al Dios verdadero y al Verbo que está en él. ¿Cuál es la comunión que hay entre el Padre y el Hijo? ¿Qué —cosa— sea el Espíritu? ¿Cuál sea la unidad de tan grandes realidades y la distinción entre los así unidos, el Espíritu, el Hijo y el Padre? Nosotros sabemos que la vida que esperamos es superior a cuanto se puede expresar con palabras”.

Atenágoras,
De Vita, 1,1.

4) Hacer un estudio exegético de la expresión “Dios es amor”: ¿Se trata de identidad perfecta? ¿Conocer a Dios es reconocer su amor? ¿La expresión es descriptiva e histórico-salvífica?

I Jn 4,8.

5) Analizar algunas de las comparaciones típicas del misterio trinitario, como Dios es como el sol, la fuente, o un árbol —Tertuliano—, o como el agua, que puede presentarse en estado sólido, líquido o gaseoso, o como la luz que puede descomponerse en colores, o como un triángulo o pirámide triangular; y ver en qué pueden ser útiles y en qué prestarse a una falsa comprensión.

Prax 8,5.

Por ejemplo: El triángulo y la pirámide: se ve claro que es una sola realidad —sustancia, esencia, naturaleza— formada por tres realidades; pero ni el lado es el triángulo, ni los triángulos, la pirámide, además Dios no está formado por tres personas, como el triángulo. Las tres personas no se juntan para formar una pirámide.

El agua en tres estados; se ve que es la misma naturaleza poseída por igual en los tres modos de presentarse; pero se presta al modalismo: Dios que se presenta como Padre o como Hijo, o como Espíritu.

El sol, es buena comparación, representa al Padre como origen de todo; los rayos originados por él y unidos a él —el Hijo—, al incidir dan calor, vida, proporción, alegría —el Espíritu Santo—. Pero no se ve lo que es común a las personas.

La fuente vendría siendo el Padre que es principio de todo; el Hijo, el río, por quien todo se nos da y nos llega; el Espíritu Santo, quien hace fructificar la tierra, que somos nosotros; pero se presta a pensar en una emanación, o derivación, el Padre no se convierte en el Hijo, ni en el Espíritu.

El árbol representa a la Trinidad, la raíz, como fundamento y alimento de todo, es el Padre; el tronco que se ve, que todo lo sostiene, es el Hijo; las flores y el fruto son el Espíritu Santo en nosotros.

Las tres comparaciones de Tertuliano incorporan al ser humano en Dios, pero no hacen ver que todo es común a las tres personas, excepto la relación de procedencia. Ninguna comparación puede ser totalmente adecuada.

CAPITULO IX

EL ESPÍRITU SANTO Y LOS ULTIMOS ARTÍCULOS DEL CREDO

Objetivo: Comprender que Cristo se hace presente y conduce a la Iglesia por el Espíritu Santo.

9.1 La Iglesia una, santa, católica y apostólica

El Credo de los Apóstoles —versión breve— contiene doce artículos. Pero en realidad, no se trata de doce artículos, ni de tres, sino de uno sólo: de la fe en Dios, es decir, del modo como Dios se ha entregado al hombre y de la apertura del hombre a Dios, es decir, el modo como el cristiano cree en Dios.

El Credo nació como expresión de fe y como requisito para recibir el bautismo; su expresión más sintética la encontramos en el evangelio de Mateo. El credo era la historia de Jesús y por eso adquirió, con respecto a las otras personas divi-

Mt 28,19.

nas, carácter histórico. Se refirió a la creación como acontecimiento inicial, a la presencia de Jesucristo, al acontecimiento del Espíritu hasta la Segunda Venida de Cristo, y al juicio final. La última parte debía entenderse como continuación de la historia de Cristo. El Espíritu quedaba comprendido entre la presencia de Cristo y su retorno. Era la forma como Cristo se hacía presente en la comunidad eclesial.

II Cor 3,17.

Al principio, el Espíritu Santo no era entendido como Tercera Persona, sino como el medio vital en el que se reconocía y se aceptaba el mensaje de Jesús y a Jesús mismo como Hijo de Dios. El Espíritu era como el lazo de comunión entre los creyentes, no era tanto un término de la fe, sino el que la hacía posible. Era algo así como si nosotros dijéramos ahora, no “creo en la Iglesia”, sino creo en Iglesia, es decir, en comunión con todos. En el concilio de Nicea, *“La tercera parte del credo no aludía directamente a la Tercera persona de la Trinidad como distinta y como objeto de adoración, sino al Espíritu Santo como don de Dios en la historia de los que creen en Cristo”*. Las afirmaciones que vienen después de la confesión del Espíritu Santo son una explicitación de su presencia y de su acción. En realidad forman un todo con el Espíritu.

Año 325.
Dz-H 125.

Cf J. Ratzinger,
Introducción al Cristianismo.

En su origen, el credo no habla de la vida íntima de Dios, como un análisis o una especie de metafísica divina, sino de Dios que se comunicaba, de Jesús como *“Dios con nosotros”*, del Espíritu Santo como poder por el que el Señor glorificado seguía presente en la historia del mundo. De

hecho, la misión del Espíritu y de la Iglesia coincidían.

Actividades

- ¿Que te resulta novedoso en este apartado?

9.2 Creo en la Iglesia una

Se cree en comunión con todos los que forman la Iglesia, y la Iglesia es, sustancialmente, comunión de fe y de su expresión por el amor. Lo que hace a la Iglesia es la fe en el mensaje y la persona de Jesús. Su principal misión es, no sólo conservar esa fe, sino también comunicarla y mantenerla viva y ardiente.

Εἰς ἐκκλησίαν μίαν.

Por eso decía Ireneo: *“Conservamos esta fe, que hemos recibido de la Iglesia, como un precioso perfume custodiado siempre en su frescura en buen frasco por el Espíritu de Dios, y que mantiene siempre joven el mismo vaso en que se guarda. Éste es el don confiado a la Iglesia, como el soplo de Dios a su criatura, que le inspiró para que tuviesen vida todos los miembros que lo recibiesen. En éste se halla el don de Cristo, es decir, el Espíritu Santo, prenda de incorrupción, confirmación de nuestra fe, y escalera para subir a Dios. En efecto, “en la Iglesia Dios puso apóstoles, profetas, doctores”, y todos los otros efectos del Espíritu. De éste no participan quienes no se unen a la Iglesia, sino que se privan a sí mismos de la vida por su mala doctrina y pésima conducta. Pues, **donde está la Iglesia ahí se encuentra el Espíritu de Dios, y***

I Cor 12,28.

I Jn 1,7; Ireneo,
Adv Haer III, 11.

donde está el Espíritu de Dios ahí está la Iglesia y toda la gracia, ya que el Espíritu es la verdad".

Hb 11,1.

Se cree en la Iglesia como comunidad de fe, no en la Iglesia como objeto de fe, porque la Iglesia es una realidad que se ve y lo que se ve no es objeto de fe. La Iglesia es el medio vital de la fe, en la que se vive con una autoridad y una organización particular que, en absoluto, podría ser diferente. La Iglesia no se ha de definir a sí misma por la organización, o por la autoridad, o la ubicación, sino por la unidad en la fe y por el Espíritu Santo. La Iglesia no es el Romano Pontífice, aunque éste sea la autoridad suprema, el Vicario de Cristo en la tierra, y el principal responsable de la marcha de la Iglesia. La Iglesia tampoco ha de definirse por su ubicación, aunque desde su origen, con excepción de algunos años (en Avignon, 1309-1377), ha estado en Roma. Su ubicación no es esencial para su misión.

Cf J. Ratzinger,
Introducción al Cristianismo.

La Iglesia, como autoridad y organización, se ha convertido para muchos en el principal obstáculo para su fe. Creen que es posible tener una auténtica fe cristiana sin la Iglesia. Y aquellos que piensan que creen en Cristo a pesar de la Iglesia, olvidan que la Iglesia no es la autoridad, ni la institución como tal, sino la comunidad en la fe.

Ef 1, 9-10.

Ef 1, 22-23; Col 1,18.

Para san Pablo, la Iglesia, como también Cristo, es "*un misterio*", es decir, algo que pertenece desde siempre al plan de Dios, oculto en su origen y revelado en los últimos tiempos. Porque la comunidad en la fe es "*el cuerpo de Cristo*", es decir, una sola realidad viva con él. La organización

que debe darse es “*para la edificación del cuerpo de Cristo*”. Ef 4,11-12.

La Iglesia refleja y manifiesta en el mundo la acción trinitaria de Dios, que es principalmente acción salvífica. “*Como el Padre me envió a mí, así los envió yo a ustedes. Reciban el Espíritu Santo*”. Al envío del Hijo está unida la misión de la Iglesia. Jn 20,21.

A la Iglesia se pertenece no nada más por ser un miembro visible de un cuerpo también visible, no sólo por una inserción en una sociedad de creyentes, se pertenece ante todo por actitudes interiores de fe, de amor, de esperanza y de solidaridad. Desde los primeros momentos de vida eclesial ya se tenía claro que a la Iglesia se pertenecía también por el deseo, que suplía, en determinados casos, al mismo sacramento del bautismo. La opción por la Iglesia no es la opción por una forma de gobierno o de sociedad, ni siquiera por una forma de vida, es la opción por Dios que ha optado por el ser humano, por su salvación, y está realizada de una manera concreta, trinitaria.

La Iglesia tiene su origen en el amor del Padre, en la vida, mensaje, muerte y resurrección de Cristo, y en el envío del Espíritu Santo. Por eso decía San Cipriano: “*La Iglesia es una multitud de personas unidas por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*”. El cristianismo vivido en la Iglesia, es la forma como Cristo hace nuestra su historicidad es decir, revive en nosotros el Evangelio: su nacimiento, vida, mensaje, llamamiento, muerte y resurrección en nuestra propia vida e historicidad —vida litúrgica—. Es

De unitate Patris, et Filii, et Spiritus Sancti plebs adunata. De ordine dominica 23, cita de Vat II, LG 4.

la forma como Cristo sigue viviendo en nosotros y nosotros en Cristo, por medio de los sacramentos y de las virtudes cristianas y humanas. Así constituimos una realidad única para el Padre, en Cristo, por medio del Espíritu y en la Iglesia.

Εἰς ἐκκλησίαν μίαν.

Lo que forma la unicidad de la Iglesia es la unidad de la fe, expresada en sus puntos esenciales en el credo. Todos los bautizados creemos lo mismo, aunque no siempre del mismo modo, porque la fe es un acto personal relacionado con gran cantidad de experiencias, conocimientos y desconocimientos, circunstancias y condicionamientos. Y en ese contexto siempre es un don de Dios, una gracia inmerecida que hay que pedir continuamente.

La unidad de la fe pide la aceptación de la autoridad eclesiástica como encargada de mantener, adaptar y propagar de manera viva *“El depósito de la fe”*.

Actividades

- Subraya lo relevante de los siguientes textos:
“La abundantísima variedad de ritos litúrgicos en el seno de esta Iglesia o la diferencia legítima de patrimonio teológico y espiritual y de disciplinas peculiares no sólo no dañan a la unidad de la misma, sino que más bien la manifiestan”.
“Nosotros también, reconociendo por una parte que fuera de la estructura de la Iglesia de Cristo se encuentran muchos elementos de santificación y verdad, que como dones propios de la misma Iglesia empujan a la unidad católica, y

creyendo, por otra parte, en la acción del Espíritu Santo, que suscita en todos los discípulos de Cristo el deseo de esta unidad, esperamos que los cristianos que no gozan todavía de la plena comunión de la única Iglesia se unan finalmente en un solo rebaño con un solo Pastor”.

Paulo VI,
CPD 21-22.

“Nosotros creemos que la Iglesia es necesaria para la salvación. Porque sólo Cristo es el Mediador y el camino de la salvación que, en su Cuerpo, que es la Iglesia, se nos hace presente. Pero el propósito divino de salvación abarca a todos los hombres”.

Paulo VI,
CPD 23.

9.3 La Iglesia santa

La Iglesia es la Esposa de Cristo, aunque a veces nos parezca que se vende a sí misma, “*porque somos —nosotros— miembros de su cuerpo*”, de su carne y de sus huesos, como Eva lo fue de Adán. “*Gran misterio es este*, decía San Pablo, *y lo decía con respecto a Cristo y a la Iglesia*”. Y como Esposa de Cristo ha de ser casta y pura, y ha de pertenecerle sólo a Cristo. Su misión, como la de Pablo, es sufrir dolores de parto hasta ver a Cristo formado en sus cristianos.

Ef 6, 29-32.
II Cor 11,25s.
Cf Ga 4,19.

De la Iglesia afirmamos algo que no se ve, es decir, que es santa y no nada más por su origen y su destino, sino por aquello que la hace vivir en nuestro mundo, por el Espíritu. Porque el Espíritu Santo nos une en la Santidad que nos santifica, en Dios, en el bautismo, en la Eucaristía. La Iglesia tiene carácter teocéntrico, trinitario, cristocéntrico y sacramental. El mariológico queda incluido en el cristocéntrico.

Εἰς ἐκκλησίαν ἁγίαν.

Lo determinante no es la agrupación de los creyentes en cuanto tal, sino la transformación de las personas que ha de darse en esa nueva comunidad por medio de los sacramentos y gira en torno a la conversión continua, a la purificación y a la comunión en la Eucaristía, y, finalmente, a la comunión con Dios.

I Cor 10,17; Ef 2,15.

Creemos en la Iglesia santa, aun a pesar de su rostro deformado. La santidad de la Iglesia consiste en que Dios obra la santidad en ella, contando con la pecaminosidad humana. Cristo sigue asumiendo la humanidad pecadora, transformándola, santificándola y amándola hasta el final. Por medio de la Iglesia, la santidad santificadora de Jesús está continuamente presente entre los hombres pecadores.

Todavía en el siglo V eran llamados santos todos los que pertenecían a la Iglesia, porque ella era el “Cuerpo de Cristo” y Cristo quien la santificaba, la buena conducta era principalmente una consecuencia de la fe. Por eso San Agustín llamaba santos a sus fieles, como los llamaba también San Pablo.

I Cor 1,2; Ef 1,1;
Fl 1,1; Col 1,2.

Cf II Cor 5,21;
Ga 3,13; J. Ratzin-
guer, *Introducción al
Cristianismo*.

“Los discípulos de Cristo se escandalizaban al ver que a Cristo le faltaba esta nota judicial. No juzgaba ni condenaba: no era fuego que destruía a los indignos, ni celo que arrancaba la hierba que ellos veían crecer. Por el contrario, su santidad se mostraba en el contacto con los pecadores que se acercaban a él”.

La Iglesia, santa por su origen y su fin, pero pecadora por nosotros, abarca a todos los cre-

yentes de todos los tiempos y lugares, no es sólo organización, sino ante todo, vida sacramental, así es también objeto de nuestra fe.

Aunque la Iglesia sea santa por la acción continúa de Dios en ella, por los sacramentos, y por haber sido fundada germinalmente por Jesús, en sus apóstoles y discípulos, en quienes la iba *“delineando”*, es escandalosamente humana, no divina. El ideal de San Pablo es presentar la Iglesia a Jesús como una virgen pura. Aunque nosotros la encontremos no muy pura, debemos amarla como madre, hasta dejarnos quemar vivos por amor, pero como es tan tremendamente humana, también es prostituta. Al pueblo de Israel lo han comparado los profetas a las prostitutas, contrapuestas a la verdadera esposa. *“La mujer adúltera, en lugar de su marido, toma maridos ajenos. A toda prostituta se le da un regalo. Pero tú has dado tus regalos a tus amantes, y les has comprado para que vinieran a ti de los alrededores y se prestaran a tus prostituciones, al revés que con las otras mujeres: nadie andaba solicitando detrás de ti; eras tú la que pagabas, y no se te pagaba: ¡al revés que las otras!”*. Las infidelidades y la idolatría eran algunos de los pecados que daban pie a esa comparación. La Iglesia es la esposa del Cordero degollado que puede también dejarse llevar por el poder, la idolatría y el mundo y de esa manera, venderse. Para San León Magno, la Magdalena representa a la Iglesia

Tertuliano,
Carn 7,13.

II Cor 11,2.

Cf I Cor 12,12s;
13,1s.

Ap 17,1s.

Is 23,16; Jr 3,1-2.20.

Ez 16,33-34.

Cf H. U. von Balthasar, *Casta meretrix: Sponsa Verbi*, citado por J. Ratzinger, *Introducción al Cristianismo*.

Sermón II sobre la Ascensión, 74.

Por eso la Iglesia siempre necesita de reforma *“Semper reformanda”*, siempre necesita purificarse y renovarse en el Espíritu. Nosotros, como

Ap 2,18s.

Iglesia, nunca nos convertimos completamente, ni nos acabamos de convertir.

Actividades

- Escribe tres motivos por los que te parezca que la Iglesia es santa y tres por los que te parezca que es pecadora.
- ¿Qué te toca hacer, o no hacer, para que la Iglesia sea santa en nuestro tiempo?
- ¿Cómo explicar la santidad de la Iglesia al pueblo sencillo o a jóvenes? Hacer un esquema de exposición.

9.4 La Iglesia es católica

Dz-H 2. La catolicidad ha sido profesada desde los primeros símbolos de la Iglesia.

Εἰς ἐκκλησίαν
καθολικὴν.

Etimológicamente, “católica” significa universal. Viene del griego “κατά” que significa según, conforme a, y “ὅλος” que significa, todo, total, completo. Son innumerables los sentidos que la palabra “católica” ha adquirido. En su origen la catolicidad aludía a la unidad de la fe. Se refería a los que mantenían la fe como un todo, o a los que creían en todo lo que se debe creer, es decir, que aceptaban y comprendían la Escritura y la acción salvífica como un todo, sin absolutizar ni prescindir de ningún texto revelado.

La catolicidad se refiere también a la unidad local, a la unidad en torno al obispo, no a los grupos que por cualquier motivo se han separado de la Iglesia católica. Después, a la unidad de las iglesias locales. La catolicidad expresa la

estructura episcopal de la Iglesia y la unidad de los obispos entre sí. Luego, a la autoridad espiritual y doctrinal del Obispo de Roma. El romano pontífice es sacramento de unidad para la Iglesia católica.

Como característica esencial de la Iglesia, la catolicidad se refiere a la misión que tiene de “ser para todos”, de estar abierta y estar dirigida a todos los hombres de toda raza y cultura, sin límite de espacio ni de tiempo. Lo que es consecuencia de la voluntad salvífica universal, de la redención “por todos y para todos”, y de la acción universal del Espíritu Santo.

Tertuliano presenta a la Iglesia como orgullosa por haber llegado a todo el mundo conocido. Apol 1,7.

Nosotros, es decir, la Iglesia, tenemos derecho a tener ritos, costumbres, tradiciones culturales y lugares de culto, organización y subsidio, pero no debemos estar ceñidos por ellos.

Si la Iglesia se casa con los condicionamientos de una época, se divorcia de Dios, de Jesús y de la verdad. *Jesús dijo; “yo soy la verdad” pero nunca dijo yo soy la costumbre.* La catolicidad significa concretización evangélica, pero también libertad apostólica.

Dominus noster
Christus veritatem se,
non consuetudinem
nominavit.
Tertuliano, Virg I,1.

Que la Iglesia sea católica quiere decir que la Iglesia es para todos, no por imposición sino por adaptación; significa libertad, es decir que no está limitada por un tiempo, un espacio y una cultura, mucho menos por un poder civil o político. La adaptación, sin renuncia a lo esencial, es una exigencia de su catolicidad.

La catolicidad de la Iglesia se ha entendido muchas veces como una restricción, como una camisa de fuerza moral, no como una universalidad que impulsa a ir a todos los pueblos, y adaptarse a las distintas culturas.

Actividades

- ¿Qué podemos hacer para estar más en comunión y diálogo con nuestros párrocos y obispos?
- Expón aquello que actualmente y para ti hace a la Iglesia católica.
- ¿Cuáles serían para ti las principales exigencias de la catolicidad de la Iglesia?

9.5 La Iglesia es apostólica

Εἰς ἐκκλησίαν
ἀποστολικήν.

La Iglesia es apostólica no sólo por tener como cimiento a los apóstoles, sino porque tiene la misma tarea que ellos; *“Como el Padre me envió así los envío yo a ustedes”, “Vayan por todo el mundo”, “Salieron a predicar por todas partes”, “a todas las gentes”*.
Jn 20,21.
Mt 28,19.

La Iglesia ha de ser apostólica en todos y cada uno de sus miembros. Se nos ha acostumbrado a pertenecer a la Iglesia de forma pasiva, muchas veces irresponsable, y la mayoría de las veces de modo infantil, sin tomar nosotros las riendas de nuestra propia vida cristiana. Hacernos responsables de la vida cristiana personal no quiere decir desvinculación de la autoridad ni de los valores morales, doctrina y normas de la Iglesia, lo que sí quiere decir es la apropiación libre y

responsable de esos valores. Y como somos seres sociales y miembros todos de un mismo cuerpo, significa también participación y comunión de valores, convalidación.

El bien y la verdad dejan de serlo cuando se exclusivizan. Hemos de tener una actitud apostólica en nuestra familia, trabajo y relaciones humanas. Ahí debemos no solo dar muestras de nuestra fe, sino también tratar prudentemente de propagarla. Creer en la catolicidad de la Iglesia es también un compromiso misionero, que se explicita más en la apostolicidad de la Iglesia.

La apostolicidad de la Iglesia es fecundidad y capacidad de con-figurar y re-producir al cristiano y por eso es compromiso de todos, porque nos hacemos cristianos, no solo por un sacramento, sino también y principalmente por el testimonio, ejemplo de vida y comunidad orgánica —cuerpo— con aquellos que lo han sido antes que nosotros y ahora lo son junto con nosotros. Nos hacemos cristianos vivos poco a poco y con el ejemplo de vida de quienes nos rodean. El cristiano se hace cristiano igual que como se hace persona, con la vida. La vida, con la gracia de Dios, tiene el poder de irnos con-figurando como personas y como cristianos. Por lo que no solamente tenemos el deber de dejarnos moldear por aquellos que nos con-forman con Jesucristo, también tenemos que ser activos y contribuir a la con-figuración de los demás. Así fue como Jesús hizo de quienes los seguían verdaderos cristianos y apóstoles. Los fue con-figurando según su manera personal de pensar, sentir, ser y actuar.

En el corazón de sus apóstoles fundó Jesucristo a su Iglesia.

Y si nuestro cristianismo ha dejado de ser significativo es porque lo hemos hecho una forma de vida sin vida. Al cristiano adulto en la fe le corresponde enseñar y dar testimonio en su mundo vital, en su familia, en su trabajo y en sus relaciones humanas.

La vida cristiana, entendida como misión, es central en el cristianismo, y el ejemplo más evidente es el que el mismo Dios nos ha puesto: la encarnación. Cuando la Iglesia —nosotros— se encarne en las diversas culturas, entonces habrá cumplido su misión. El inmovilismo es uno de los peligros constantes de la Iglesia; una Iglesia estacionada y contenta con sus noventa y nueve ovejas, que cada día son menos.

Mt 28,19.

Lc 15,4s.

La Iglesia no tiene como misión sostener formas antiguas de cultura, como la griega o medieval, pero tampoco crear formas nuevas, que pronto serán caducas, sino llevar a todas las culturas al Dios de Jesús. La Iglesia, como la sal y la levadura, debe integrarse a toda cultura, e iluminar a todo el mundo.

Mt 5,13s.

El propósito divino de salvación abarca a todos los hombres, aun a aquellos *“que, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan a Dios con corazón sincero y se esfuerzan por cumplir su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, ellos también pueden conseguir la salvación eterna”*.

Paulo VI,
CPD, 1968.

Actividades

- Leer la Constitución LG n 6, del Vat II y extraer las imágenes de la Iglesia.
- Leer en Vat II AG n 2, sobre la actividad misionera de la Iglesia.
- La forma más clara de imitar a Dios y a Jesús consiste en tener misericordia, curar y ayudar a llevar la carga. ¿Con qué textos evangélicos probarías esta afirmación?

9.6 La comunión de los santos

La comunión de los santos es un artículo de nuestra fe poco comprendido. La expresión aparece en el Credo Apostólico, y no aparece en los credos de Nicea y posteriores. En realidad no es que algo haya desaparecido o que se deje de creer en ello.

Credo in... communionem sanctorum.
Dz-H 21, 26, 29.

El ser humano existe en continua relación y referencia no solo a sus semejantes sino también a su historia, a su pasado, a su presente y a su futuro. Sólo puede existir si procede de otro, y sólo puede vivir, al menos plenamente, en comunión con los demás. Esto, que podría parecer un dato meramente antropológico, tiene su aplicación al misterio salvífico. El retoño da su fruto en racimo, pero el racimo pertenece más a la vid que al retoño, y aunque parezca que llevamos la alegoría al extremo, no deja de ser verdad que nos salvamos en racimo. El ser cristiano tiene sentido social, y esta es una realidad esencial y existencial.

Jn 15,1s.

- La comunión de los santos es una forma de hablar para referirnos a la Iglesia, tanto temporal, o militante, como imperecedera, o triunfante. Es la Iglesia como comunidad de fe en unión con Cristo, es la unión y solidaridad de la vid y los sarmientos, de Cristo como cabeza y nosotros como sus miembros. *“Acérquense a él —Jesús—, piedra viva, desechada por los hombres, pero preciosa y elegida ante Dios, también ustedes, como piedras vivas, entren en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo”*; *“así pues, ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también ustedes están siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu”*.
- Jn 15,1s. sus miembros. *“Acérquense a él —Jesús—, piedra viva, desechada por los hombres, pero preciosa y elegida ante Dios, también ustedes, como piedras vivas, entren en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo”*;
 Col 1,18; 2,19. *“así pues, ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también ustedes están siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu”*.
 I P 2, 4-5.
 Ef 2, 19-22.

Nos podemos preguntar por el significado que tuvo en su tiempo y que tiene ahora la comunión de los santos. Se refiere a la común unión de los creyentes, de forma recíproca, y con Cristo en orden a la vida eterna. Está relacionada con la acción continua del Espíritu Santo como fuente de amor y de todo bien. Nos habla del sentido social, eclesial, y salvífico de nuestra fe. La fe nos une y nos santifica, y es origen o fuente de nuestra salvación. Por eso decía Tertuliano que
 Cf I P 1,8. *“el otro nombre de la fe es Salvación”*. La comunión de los santos es la fe en nuestra vinculación con Cristo y entre nosotros, como miembros de

un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo, y esta vinculación nos hace participar de las cosas santas, en primer lugar del Espíritu de Cristo —vida y fuerza— que habita en nuestros corazones así como de la Eucaristía y de todos los sacramentos y buenas acciones de este cuerpo formado por todos.

Es de notar que se habla de comunidad de bienes espirituales y no de males, aunque desde el punto de vista social los males también tengan un efecto comunitario.

Uno sólo es el Santo por naturaleza, pero nosotros somos santos por el Espíritu que se nos ha dado por amor, por adopción. Cirilo de Alejandría interpretaba la salvación recordando que por el Espíritu Santo nos unimos a Dios y en Dios, pero también entre nosotros.

Vat II, LG 1 y 51.
SC 48.

La Comunión de los santos es la base de la oración por los demás, ya sean vivos o difuntos. No es un principio doctrinal, como parte de un sistema, sino la expresión de una situación existencial, que expresa una necesidad, algo así como lo que experimentaba Santa Mónica cuando oraba por San Agustín, o lo que experimenta un hijo cuando ora por su padre muerto. Vivimos, nos movemos y creemos en comunión; podríamos decir: como en vasos comunicantes, con responsabilidad social-cristiana de quienes deben “jalar parejo”, porque la responsabilidad no es de carácter individual. Es evidente que esta responsabilidad se debe a innumerables acciones en el campo de la vida civil, por ahora queremos subrayar lo que toca a nuestro crecimiento en

Cristo: *“Que Cristo habite por la fe en sus corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, puedan comprender, con todos los santos, qué tan ancho, alto, largo y profundo es el amor de Cristo, y conocerlo a él, aunque excede todo conocimiento, para que se vayan llenando hasta —desbordar— de la total plenitud de Dios”.*

Ef 3, 17-19.

La sociabilidad a la que nos referimos al hablar de la comunión de los santos no toca nada más a lo espiritual, pero tampoco solamente a lo económico con todos los problemas de la vida del hombre. La vida tiene que vivirse de forma comunitaria en todos sus aspectos. La comunión de los santos, que al mismo tiempo son pecadores, es algo que no solo hay que explicar, entender y profundizar, sino ante todo vivir.

La comunión de los santos expresa nuestra fe en la unidad que formamos con Cristo y con todos los cristianos de todos los tiempos, pero no es sólo ni principalmente una especie de comunidad física, como la expresada con las imágenes bíblicas, es ante todo una comunión de sentido, valor, origen y fin. Nuestra vida y sacrificios, unidos a los de Cristo, así como nuestra libertad, aceptación y entrega, participan o tienen el mismo sentido salvífico, que tuvo la aceptación hasta la muerte, y muerte de cruz, de Cristo nuestro

Fl 2,8. Señor. Nuestra vida y nuestra muerte también tienen sentido salvífico, redentor y santificador. Por nuestra unión con Cristo, participamos también del sentido de su vida, pasión y muerte.

En la Iglesia primitiva se tenía tal sentido de solidaridad que cuando se bautizaba el padre de

familia, se bautizaba la familia entera, y Pablo alude a una práctica, que después fue marcionita, de bautizarse incluso por los difuntos que no fueron bautizados. “*De no ser así ¿a qué viene el bautizarse por los muertos?*” —Esa fue una práctica marcionita con sentido social: —quiero comunicar a mis antepasados, o a mis padres la dicha que ellos no tuvieron, y yo ahora tengo: la de ser cristiano—. Cf Jn 4,53; Hch 16, 31-32; 16,15. I Cor 15,29.

El proceso histórico de este artículo de fe es largo, pero, en el fondo es el derecho que tiene el creyente de expresar su fe, de que vive y muere para el bien de los demás, y de que él mismo participa de los méritos de los mártires y santos. Este artículo del credo aparece en la segunda mitad del siglo IV. No sólo es otro modo de expresar la fe en la unidad de la comunidad —Iglesia—, que es santa, y también pecadora. Pero cuya santidad, que proviene del Padre por Jesucristo en el Espíritu, es capaz de transformar al pecador en justo, y de ese modo hacerlo partícipe de la vida divina. La raíz de esta común-unió n no es la decisión de una persona individual sino la eficacia de una Historia de Salvación actualizada por el bautismo. Se trata de una solidaridad sobrenatural que nos vincula con todos los que han tenido fe antes, ahora y después de nosotros. Dz-H 21, 26, 29.

Esta comunión de los santos que debe realizarse aquí en la tierra tiene su plenitud en la vida eterna, donde el Padre estará sobre todos y sobre todo; Jesús, su Hijo, estará con Dios y con nosotros para siempre, y el Espíritu Santo, en todos nosotros.

La meta del cristiano no es la bienaventuranza privada, sino el bien de todos y del todo. El cristiano cree en Cristo, por eso cree también en el futuro del mundo, no sólo en su propio futuro. Sabe que ese futuro es más de lo que él puede hacer. Sabe que existe una inteligencia que él no puede destruir. El creyente sabe que camina hacia adelante, que no se mueve en espiral. Sabe que la historia no es algo que termina para volver a comenzar. Puede amenazarnos el miedo a la inutilidad. —Tanto esfuerzo para nada—. Los seres humanos no dejamos de ser negativamente humanos. Pero Jesús nos dice: *“Animo, yo he vencido al mundo”*.

Jn 16,33.

El nuevo mundo, descrito al final de la Biblia bajo la imagen de la Jerusalén celestial, no es una utopía, sino la certeza que nos sale al paso en la fe. El mundo ha sido redimido, esa es la certeza que mantiene a los cristianos y les anima a seguirlo siendo en un mundo amenazante.

Ap 21,3s.

Actividades

- Leer Vaticano II, AG n 2, y extraer tres frases significativas.
 - Investigar la exégesis: *“De no ser así ¿a qué viene el bautizarse por los muertos?”*.
- I Cor 15,29.

9.7 El perdón de los pecados

Una de las verdades más alentadoras de la vida cristiana es la fe profesada en el credo sobre *“el perdón de nuestros pecados”*. Es una manera de afirmar que vivimos bajo el signo del amor y de

ἄφεσιν ἁμαρτιῶν.

la gracia. Si San Pablo afirma la universalidad del pecado, que podemos aplicar al original, al personal, al social, al estructural, al político, etc., es para afirmar con mayor fe la universalidad de la salvación, gracias al amor de Dios y a nuestro vínculo con Cristo, porque *“donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”*, y estamos más vinculados con Cristo en la gracia y en la vida que con Adán en la muerte y el pecado, y el primer Adán no era sino *“sombra o figura del que había de venir”*, es decir, de Cristo.

Rm 6,15.

Rm 5, 12,14; 15,17.

Para San Marcos, la fe es el poder que cura y salva. *“Lo contrario del pecado y de la desesperación, no es la virtud, sino la fe”*. El común denominador de todos los milagros es despertar la fe en Dios que cura y salva, y así nos libra de la desesperación. Para Juan, es claro que la fe en Jesús tiene poder salvífico.

Mc 5,24-35; 7, 24-30; 10, 46-52.

Soren Kierkegaard.

Jn 20,30-31; 12,44.
I Jn 1,7; 2,2.

El auténtico cristiano comprende la gravedad del pecado, al experimentar todos sus efectos, pero los ha de comprender en el amor, la fe y la esperanza que le ofrece su relación con Cristo. Los textos de San Pablo dicen mucho más que las afirmaciones del Antiguo Testamento con respecto al pecado y a la liberación de él. El pecado, en cualquiera de sus formas, tiene una función que nunca debemos olvidar y es vincularnos a Jesucristo como a nuestra única salvación. Del pecado hablamos no solamente para afirmar su existencia, que por cierto la Biblia abunda en narraciones de pecados, en sí mismos más graves que el pecado de Adán —como el de Caín—, el de los hombres casados con las hijas de los dio-

Gn 4,1s.

- Gn 4, 23-24; 6,1s. II Sm 11,1s; 12,1s. ses, que engendran héroes, el relato detallado del pecado de David. El pecado debe hacernos comprender la necesidad que tenemos de Jesús como redentor.
- Ex 34,6. Sal 103,8; 145,8. El Dios de nuestra fe es un Dios capaz de perdonar el pecado y en su ser de amor y perdón está incluido Jesucristo, como nuestro Salvador, no sólo porque nos perdona los pecados, para dejarnos como estábamos antes de cometerlos, sino porque nos vincula perpetuamente con Dios, cosa que sin él nunca hubiéramos tenido. Aun suponiendo como posible un perdón automático, nunca hubiéramos sabido cómo es Dios, no solamente de divino, sino de humano, en Jesucristo. El perdón de los pecados está vinculado a la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Su ser mismo, expresado al estilo hebreo en su nombre, está vinculado a nuestra salvación. En el Credo lo expresamos confesando que “*murió por nuestra salvación*”. Con su muerte nos dio su vida. Entendiendo por muerte todo lo que Jesús fue —encarnación, vida, muerte y resurrección—, y por vida todo lo que Jesús es, —comunión eterna trinitaria de Él con nosotros—.
- Mt 1,21. *καὶ διὰ τὴν ἡμετέραν σωτηρίαν.*
- Cf Dz-H 147.
- Mt 6, 11,13 El perdón de los pecados es también una forma de hablar de la continuidad de la vida, con la continua necesidad de Cristo. El perdón de los pecados es necesario para vivir en Cristo y él en nosotros, lo cual es fruto de la acción de su Espíritu. Este artículo de la fe, de aplicación diaria, nos habla de nuestra debilidad y de nuestra fuerza, de nuestra pequeñez y de nuestra grandeza, de nuestra soledad y de nuestra solidaridad. “Si

dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no estaría con nosotros". Jesús, ya no hace milagros como los hizo en su pueblo, pero nos perdona los pecados cada día, quizá con menos condiciones que las expresadas en nuestros tratados de moral. Lo que no quiere decir que no le importe que nos portemos lo mejor que podamos. I Jn 1,8.

Cuando Dios perdona los pecados, por Jesucristo nuestro Señor, no cambia su rostro, nada más nos muestra y nos incluye en su amor eterno manifestado, revelado y actualizado en Cristo.

En el Credo de los Apóstoles, el perdón de los pecados no aparece vinculado al bautismo, lo cual hace pensar que se trata no solo de los pecados previos a la conversión, sino también de aquellos que se cometen por debilidad humana. En las reglas de fe prenicenas, y en los concilios de Nicea y Constantinopla II, el perdón de los pecados está vinculado al bautismo, pero pronto se vio por la experiencia de vida cristiana, que la facultad concedida a los apóstoles y a sus sucesores tenía aplicación en la vida ordinaria. Dz-H 30.

Jn 20, 22-23;
Mt 16,19; 9, 6-8;
6, 12-13.

En la cultura que vivimos se da una tendencia a negar, ocultar o minimizar la culpa cuando se trata del nivel personal, pero cuando se ve en otra dimensión, por ejemplo, la social, estructural, histórica, política, o ecológica, se diluyen responsabilidades. Cada persona, quiéralo o no, se encuentra oprimida por múltiples culpas, que aunque las quiera ignorar, llega un momento en que la realidad y la responsabilidad se imponen y causan un sentido de culpa, y a veces, complejo

de culpa. Aun desde el punto de vista terapéutico es de suma importancia creer que Dios es capaz de perdonar nuestros pecados; aun aquellos que sean sumamente graves.

Cf Rm 2,20. El cristianismo no es, en primer lugar y de forma característica, una religión de salvación de algo malo, es una remodelación hecha por Dios del hombre entero, según su imagen manifestada en Jesucristo. El cristianismo no es el parche que remienda las rasgaduras de la vida, ni la salvación que te devuelve a un paraíso mítico, sino la religión que te levanta para que camines de la mano de Dios.

Actividades

- Leer en el CEC, n 601, puesto a continuación:

Is 53,11;
Cf Hch 3,14.
Cf Is 53, 11-12;
Jn 8, 34-36.
I Cor 15,3.
Ib Cf Hch 3,18; 7,52;
13,29; 26, 22-23.
Cf Is 53, 7-8;
Hch 8, 32-35.
Cf Mt 20,28.
Cf Lc 24, 25-27.
Cf Lc 24, 44-45.
CEC 601.

Este designio divino de salvación a través de la muerte del “Siervo, el Justo” había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado. San Pablo profesa en una confesión de fe que dice haber “recibido” que “Cristo ha muerto por nuestros pecados según las Escrituras”. La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente. Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente. Después de su Resurrección dio esta interpretación de las Escrituras a los discípulos de Emaús, luego a los propios apóstoles.

9.8 La Resurrección personal

La resurrección y la fe

La fe en la resurrección y en la vida eterna no es un añadido a la fe en Dios, no es “algo más”, una verdad más en el Credo, sino la fe en su conjunto llevada a su plenitud, su punto antropológico y el “para qué” de toda la revelación. I Cor 15,13.

Cuando confesamos la resurrección de la carne, en el Credo, no hacemos nuestra una visión dualista del hombre, como compuesto de alma y cuerpo, visión que después hizo suya, de alguna manera por lo menos, el pensamiento teológico y el Magisterio de la Iglesia; por el contrario, el Credo, es más bien una defensa contra esa visión dualista. Había quienes pensaban que el hombre resucitaría por tener alma simple e inmortal, pero que resucitaría solamente en cuanto ser espiritual, y por lo tanto no todo el hombre de carne y hueso. La fe de la Iglesia primitiva se opone a esa manera de entender la resurrección. Afirma, resucitará el hombre entero, como quiera que se entienda. Y afirma la resurrección de la carne contra aquellos que suponían que resucitarían sólo las almas —visión platónica y aristotélica—.

La visión neoplatónica es muy cuestionada, casi inadmisibles, opuesta a la visión bíblica, judía, y por lo tanto contraria a la visión de Jesús, que afirmaba la resurrección del hombre entero, en su ser y con el conjunto de su vida, con lo que hubiera hecho con su vida y de su vida.

Col 1,18;
Rm 6,5; I P 1,3.

La resurrección de la carne quiere defender la unidad de la persona y el valor de la condición corporal. A tal grado que el criterio para comprender y creer en nuestra propia resurrección es la resurrección de Jesús. Y a Jesús se le considera como “*primogénito de los muertos*”, a los cristianos como “con-resucitados”, a Jesús como causa o principio y ejemplo de nuestra propia resurrección.

Jn 14,2.

El reino de los cielos, entendido escatológicamente, formaba parte esencial e integrante del anuncio de Jesús. Sin él no se puede entender todo el Evangelio; pensemos, por ejemplo, en las bienaventuranzas. Jesús comprendía al hombre como un todo y como tal lo ubicaba en “*la casa paterna*”. Con nuestro lenguaje contemporáneo y haciendo uso de nuestros conceptos podríamos decir que Jesús pensaba en el ser humano como persona amada y querida por Dios, resultado de su acción creadora continua y al mismo tiempo, aunque en diferente nivel, de sus propias decisiones, en cuanto persona libre e independiente.

La fe en Dios tiene que ver con lo que yo creo de mí mismo. La teología no es una elucubración sobre Dios, ni una revelación de lo que Dios es en sí mismo, sin mí. El discurso sobre Dios viene a ser la luz que ilumina a la antropología, y al mundo entero. Por eso, la fe en Dios le da otra dimensión a la vida humana y la enriquece. La exigencia de los dioses falsos era la muerte del hombre, la del verdadero Dios es la vida.

Aquél que nos llamó del no ser al ser es quien nos llama de la muerte a la vida. Y quien cree

en Dios y en Cristo, está encaminado a creer necesariamente en algo que toca a su ser y a su trascendencia, ha de creer que Dios lo ama como persona, en lo histórico y concreto de su vida, junto con los demás, en un común destino de comunión con Cristo y con Dios. La fe en la resurrección es una consecuencia de la fe en Dios creador. La resurrección es una nueva vida que supone una “*nueva creación*”, en comunión con Dios. La resurrección es la palabra última de Dios en la vida del hombre.

Jn 21,15s.
II M 7, 9-29.
Ap 21,1-5.

San Pedro decía a los judíos lo que se puede aplicar a todos los cristianos: “*Para ustedes, en primer lugar, ha resucitado Dios a su Siervo*”.

Hch 3,26.

Para san Pablo “*el último enemigo en ser vencido será la muerte*” por la resurrección, indudablemente.

I Cor 15,26.

La fe en la resurrección tiene historia

Nuestra propia resurrección está directamente vinculada con la de Cristo. Lo que dice Pablo de Cristo se puede también aplicar a la fe en la resurrección de los muertos. Jesús resucitó con una vida distinta, “*resucitó para no volver a morir*”, para manifestarse principio de vida, origen y fin de la vida de todos los hombres

II Cor 5,15.

Pocas cosas sabemos sobre la vida eterna, porque mucho de lo que se dice es más un mensaje de presente que un mensaje sobre el futuro. Las metáforas usadas por Jesús para hablar de la otra vida no tratan de descubrir el secreto de lo eterno sino, por el contrario, tratan de dar a lo temporal un sentido que trasciende la vida

de este mundo. Su anuncio de vida eterna no es para descubrir el más allá, sino para darle toda su importancia al más acá. El anuncio de vida eterna era consecuencia necesaria e indispensable del anuncio del Reino.

No tenemos ninguna comparación que explique lo que es el hombre viviendo en plenitud la vida de Dios. Ni se dan en este mundo posibilidades de lenguaje, concepto o imagen que nos describan esa realidad; sobrepasa, el espacio y el tiempo en que vivimos.

Resucita el hombre en su realidad personal

Para los griegos, el hombre era un compuesto que no subsistía después de la muerte sino que el alma y el cuerpo, uno y otro, seguían caminos diferentes conforme a su naturaleza.

Los saduceos se negaban a aceptar la doctrina de la resurrección diciendo que no pertenecía al mensaje original del Pentateuco, y que la carne debía volver al polvo de donde había salido.

El israelita piadoso creía que Yahvéh tenía poder sobre el reino de los muertos, podía librar del reino de la muerte. Yahvéh tiene poder de devolver la vida a los muertos, como lo hace por la oración de Elías y de Eliseo. El salmista dice: *“Él rescata tu vida de la fosa, y te colma de amor y de ternura”*.

Los fariseos —siglo I y II a. C.— aceptaban la resurrección como acontecimiento final, escatológico, y en función del juicio. Sería un acontecimiento personal y universal.

Para Jesús, la vida eterna venía anunciada con el Reino y era la plenitud de éste: y venía a dar todo su sentido al sufrimiento, al trabajo y a la muerte. Se recibía gratis, como el perdón de los pecados y el amor de Dios. Pero por otra parte, era también premio o fruto del seguimiento a Jesús, del cumplimiento de sus mandatos y de la fe en Él. Suponía la libertad y exigía la aceptación del mensaje del Reino.

La resurrección será una nueva forma de vivir, sin necesidades corporales. El que muere, para Dios está actualmente vivo, como Abraham, Isaac y Jacob. Y no sólo por el recuerdo, sino de modo activo y dialogal. Con la muerte se abren las puertas de la casa de Dios donde hay muchas habitaciones. Mc 12, 18-27; Lc 20, 27-38; Mt 22, 23-32.

Como el Reino ya presente, así también es la vida que Jesús da por la aceptación y cooperación con él. No habla de una esperanza, sino de una realidad, no es cuestión de espacio y tiempo: *“Míralo aquí o míralo allá”*, sino de una relación y comunión de vida. El cuarto evangelio es un desarrollo y explicación del mensaje de Jesús: *“No verá la muerte jamás”*. *“El que cree tiene ya la vida eterna”*, *“Para que lo coman y no mueran”*, *“Tiene vida eterna y ha pasado de la muerte a la vida”*, a Marta, que afirma: *“Ya sé que —Lázaro— resucitará en el último día, en la resurrección. Jesús le respondió: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá”*. Jesús anuncia la resurrección y el Reino como algo presente y relacionado con un tiempo inminente. Lc 17,20.
Lc 17,21.
Jn 8,51.
Jn 6,48.
Jn 5,24.
Jn 11,24.

Jesús dice al buen ladrón: *“hoy estarás conmigo en el paraíso”*. San Pablo afirma que no sabe qué elegir: *“si partir —morir— para estar con Cristo o seguir viviendo”*. Todo esto nos hace pensar que para Jesús y los apóstoles la resurrección era un acontecimiento inmediato a la muerte.

La doctrina de Jesús sería más o menos así: —el Reino, ya presente entre ustedes, implica la resurrección, es un reino de vivos. La vida eterna, que es comunión con Dios, está ahora en germen en ustedes y es el fruto del amor con que Dios los ama y de la aceptación personal y libre por parte de ustedes. Por eso piensen no que van a resucitar, sino que ya han resucitado, como virtualmente, *“busquen las cosas de arriba, porque ya han muerto y sus vidas están escondidas con Cristo en Dios—*.

Si el criterio para juzgar sobre nuestra resurrección es la resurrección de Cristo, que es nuestra cabeza, tan pronto como resucitó él, resucitaremos también nosotros.

Debemos hacer notar que se entiende la otra vida no como prolongación de ésta, en continuidad temporal, sino como algo totalmente distinto, pero también totalmente vinculado con esta vida. Se trata de una metamorfosis, como la de la crisálida en la mariposa. Así como el árbol es plenitud, realización y cumplimiento de la semilla y está totalmente vinculado a ella.

*Así también en la resurrección de los muertos
se siembra corrupción, y resucita incorrupción;
se siembra vileza, resucita gloria;*

*se siembra debilidad, resucita fortaleza;
se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual.*

¡Se siembra en deshonor, se resucita en gloria!

Se siembra en debilidad, se resucita en poder". I Cor 15, 42-43.

"Lo que tú siembras no recibe la vida, si antes no muere". I Cor 15,36.

Al afirmar la resurrección de la carne, la afirmación recae en la integridad de la persona. De tal manera que éste, y el mismo ser que soy yo, resucitará con éste y el mismo cuerpo, pero espiritualizado. El cuerpo es la forma, no una parte del ser personal.

Afirmar que el alma es inmortal, pero sin relación perpetua a lo concreto e histórico de su condición humana, no es la fe de la Iglesia. Podemos decir con más exactitud que el sujeto de la resurrección es la persona, que no es ni el alma, ni el cuerpo, y que es más que las dos cosas juntas, es decir, el objeto de la solicitud y amor eterno de Dios. Y que es el hombre, como persona quien entra en comunión con Dios tripersonal.

La resurrección implica la identidad de la persona, con todos sus connotados de ser en el mundo, de ser entre los demás y para los demás, con todo el significado de su vida y de su destino; incluimos su ser corporal aunque ese cuerpo pueda tener otros calificativos: Dios ama algo más que las moléculas y el cuerpo físico, químico y estético.

La resurrección es el encuentro de Dios con el hombre, con toda su historia; podríamos pensar

que la resurrección y el juicio se podrían identificar como valoración del ser personal, en la inmortalidad y la vida eterna. Porque la persona finita, pasando al infinito, pierde sus límites de vida temporal.

El que se acentúe la identidad de la carne se dirige contra la afirmación, o suposición de un nuevo nacimiento del alma en otro cuerpo; una especie de reencarnación.

La identidad del hombre depende de la irrepetibilidad y unicidad de la existencia corporal. Afirmamos el hecho de la resurrección, aunque no sabemos con certeza el cuándo y el cómo; incluso en el mensaje de Jesús sobre el tema, todo queda a nivel de imágenes. La revelación no es sobre el cuándo y el cómo, sino sobre el hecho.

Ef 1, 13-14.
ἀρραβὼν.
II Cor 5,4.
Rm 8,9.

*“Creyendo en Él, escuchada la palabra de la verdad, el Evangelio de su salvación, han sido sellados, marcados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es **prenda** de nuestra herencia”. Por esto, esta prenda, al habitar en nosotros, ya nos hace espirituales —del Espíritu— y la mortalidad es absorbida por la inmortalidad, pues dice: “*ustedes no están en la carne, sino en el Espíritu, si el Espíritu de Dios habita en ustedes*”.*

Hch 17, 18-23.
Cf I Ts 5,23.
Jn 17,24; 14,3.

La fe en la resurrección de los muertos no es simplemente un punto principal y fundamental en la predicación de Pablo, sino de todo el Nuevo Testamento; y se afirma la continuidad del hombre entero y un destino como el de Jesús. La plenitud de la antropología cristiana, es decir, el sentido de la vida de todos los hombres que par-

participan de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús, se logra al llegar a la Cristología.

I Cor 15, 12-23.
Mc 12, 25-27.

Tertuliano veía que la resurrección de los muertos compendia toda la fe cristiana: *“La fe de los cristianos consiste en creer en la resurrección de los muertos”*; y veía en el sueño diario una imagen de la muerte. Relacionaba el seno materno con el sueño oscuro del sepulcro, y el nacimiento con la resurrección a una nueva vida. Y en la primera epístola de Pedro leemos: *“Así alcanzarán la meta —la finalidad y fruto— de su fe, que es la salvación”*.

*Fides christianorum
resurrectio motuo-
rum.* Res 1,1.

Tertuliano,
An XLIII, 13.
I P 1,8.

El mensaje sobre la resurrección de Jesús es algo claro y sencillo, que se podría reducir a la siguiente afirmación: el Crucificado vive para siempre junto a Dios, como compromiso y esperanza para todos nosotros. Éste es el fundamento del cristianismo, pero también es el resumen de todo el mensaje de Jesús. Creer en Dios y no en la vida eterna, no tiene sentido. Por eso la fe y la salvación eran, para los padres de la Iglesia, como sinónimos, *“el otro nombre de la fe es Salvación”*. Y de forma negativa nos dice San Pablo *“si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe”*.

I P 1,9.
Tertuliano, Res 13,2.
I Cor 15,14.

“Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no volverá a morir jamás; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque cuando murió, murió al —dominio del— pecado de una vez para siempre. Su vivir, en cambio, es un vivir en —el dominio de— Dios”. La fe en la vida eterna después de la muerte es altamente importante para la vida antes de la muerte. Por eso, para una antropología cristiana, la vida eterna determina la forma de

Rm 6, 9-10.

I Cor 15,32. vida temporal. De no ser así: *“comamos y bebamos que mañana moriremos”*.

La resurrección será el cumplimiento de nuestra historia de salvación, será la obra y la hora de Dios en nosotros y, al mismo tiempo, de las tres personas divinas, porque será obra común y personal a la vez, actuando en nosotros cada persona según sus propiedades o características personales.

Será obra propia del Padre, que resucitó a su Hijo y, con Él a todos los hombres. Cristo resucitó por obra del Padre, como nuestra cabeza, nosotros resucitaremos como sus miembros.

Nuestra resurrección será un con-resucitar con Cristo. *“Quien cree en el Hijo, tiene la vida eterna”*. El estar con Cristo es el comienzo de la vida, de la resurrección y de la superación de la muerte.

El Espíritu, principio de vida, será quien nos la dé nuevamente, pero imperecedera: *“Si el Espíritu de Aquel —del Padre— que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará vida también a sus cuerpos mortales”*. Pablo atribuye la resurrección al Padre cuyo Espíritu nos vivificará.

Será obra del Espíritu, que es la fuerza y la vida de Dios en nosotros, y que con el Padre y el Hijo lo realiza todo y es prenda de la resurrección futura, agente insustituible de nuestra purificación, santificación y divinización, es decir, de nuestra comunión escatológica con Dios tripersonal.

Nos resucitará en el momento oportuno llevando a cabo lo que ya nos ofreció por el Espíritu que nos dio como prenda de vida eterna. Y dado que Cristo resucitó al tercer día, una vez que verdaderamente murió y bajó al lugar de los muertos, muy seguramente resucitaremos nosotros también en un “*Tercer día*”, es decir, después de nuestra verdadera muerte.

La resurrección en el “*último día*”, es decir, al fin del mundo, y para el juicio, es también otra reflexión muy autorizada en la Iglesia. Pero también será obra de Jesús “*que tiene en sí el poder de dar la vida*”, y en Él somos ya seres muertos para el pecado y vivos para Dios que con la muerte y resurrección de Cristo nos dio el Espíritu. Para Jesús y para la Iglesia primitiva, el “*último día*” era algo inminente.

Jn 5,26.

Jn 6,40; I Jn 2,18;
Hch 1,2; Hb 3,14;
9,26; I P 4,7.

Actividades

- ¿Encuentras algún paralelismo entre la transformación y la conservación de la energía, como dato científico y la conservación y transformación de la vida, como dato de fe?

9.9 La vida en comunión con Dios —la inmortalidad, o vida eterna—

Para los Padres de la Iglesia, el ser humano, “de suyo”, por sí mismo, es mortal. La inmortalidad es un don de Dios, y una consecuencia de la visión divina: en esta vida no se puede ver a Dios y seguir viviendo, en la vida eterna no se puede seguir viviendo sin ver a Dios. La visión de Dios es

Ex 33,20; I Tm 6,16.

una imagen de la comunión con Dios y la fuente de la inmortalidad.

*¿Cómo habría aprendido el hombre,
Que por sí mismo es débil y mortal por naturaleza,
Y Dios, por su parte, inmortal y poderoso,
A no ser por haber pasado por la experiencia de ambas cosas?*

Ireneo,
Adv Haer V, 3.

Rm 8,11; Ireneo,
Adv Haer V, 8,1.

“Si Dios hizo al hombre de barro, ¿cómo no va a poder hacerlo resurgir de la tierra y darle vida de forma más plena? Si estás vivo, ¿cómo dices que la carne no es capaz de vivir con vida eterna?” La vida temporal no es un milagro menor que la vida eterna. “Por la experiencia hemos de aprender que de su grandeza, y no de nuestra naturaleza, recibimos como don el vivir para siempre”.

Ireneo,
Adv Haer V, 2,3.

Ireneo,
Adv Haer V, 3,2.

Porque aquél que a los comienzos hizo que existiera lo que no existía, volverá de nuevo a restituir a la vida a aquéllos a quienes él se las había dado”.

Jb 19,25; Sal 73,23s;
II Mac 7,9s.

El amor pide continuidad, y el amor de Dios no sólo la pide, sino que la da. La resurrección como inmortalidad nace de la relación establecida con el Creador y por eso es gracia.

Jn 20, 20-27.
I Cor 6, 13-14.
Ireneo,
Adv Haer V, 7,1.

Dice San Ireneo que *“Así como Cristo resucitó en su carne y mostró a los discípulos los agujeros de los clavos y la abertura del costado, lo cual es signo de la carne resucitada, de manera semejante nos resucitará por su poder”.*

Como el retoño desgajado de la vid se entierra, y luego da uvas, y éstas vino, que luego se convierte en la sangre del Señor, *“de modo semejante, también nuestros cuerpos alimentados con ella y sepultados en la tierra, se pudren en ésta, para resucitar en el tiempo oportuno. Y es el Verbo de Dios quien les concede la resurrección para gloria del Padre. Él es quien transforma lo mortal en inmortal, a lo corruptible concede gratuitamente la incorrupción, pues el poder de Dios se manifiesta en la debilidad”*.

I Cor 15,53.

II Cor 12,3;

Ireneo,

Adv Haer V, 2,3.

Al hablar de la muerte, decíamos que cuando Dios da la vida, da la muerte, porque forma una unidad con ella; pero ahora podemos decir que cuando Dios da la vida, la da de verdad y para siempre, y que será una vida diferente pero vinculada con la original, como la semilla al árbol. Lo más maravilloso de una semilla es lo que está oculto en ella. El ser humano —yo y cada uno— es una manifestación del ser divino —de Dios—. El ser humano es un llamamiento a participar del ser divino. Ahora podemos responder a la pregunta: ¿En qué consiste la vida eterna? En la participación de Dios tripersonal, en la participación de su vida y de todo lo que Dios es.

La antropología cristiana es el proyecto y la realización del hombre abierto a lo divino. En la reflexión sobre el hombre a la luz de la resurrección de Cristo, lo humano se hizo eternamente válido. Quien cree en el destino de Jesús como algo significativo para el hombre, cree en lo eterno de su propio significado.

Rm 8,24. La respuesta al problema de la totalidad de la vida no está, pues, de este lado de la muerte, sino de aquél. Solamente a la luz de un fin, que todavía no se ve ni se vive, se puede comprender la vida que vivimos.

La vida eterna se sale de las coordenadas del tiempo y del espacio y por lo tanto de lo que podemos experimentar y demostrar aquí, no tanto por ser vida, sino por ser eterna, es decir, otra cosa indemostrable y por eso es objeto de fe.

Lc 15,4. La fe en la resurrección y en la vida eterna no es más que una radicalización de nuestra fe en Dios tripersonal. No es más que el final glorioso de la búsqueda de nosotros en que Dios se ha puesto.

Is 40,15; Jr 32,27. En la profecía, Isaías se refiere a los seres vivos en cuanto débiles *“toda carne contemplará la salvación de Dios”*.

Actividades

- ¿En qué enriquece la vida eterna tu vida temporal?
- ¿Qué gana la sociedad con que los seres humanos tengan fe?
- A modo de oración

Señor, yo sé que el creer en ti y que el recibir tu cuerpo y tu sangre, son prendas de resurrección, y que la resurrección no es otra cosa que vivir en comunión contigo, con el Padre y el Espíritu Santo, por siempre.

CAPITULO X

CONCILIOS TRINITARIOS Y CRISTOLÓGICOS

Objetivo: Comprender que los concilios expresan la fe de la Iglesia y condensan sustancialmente el mensaje apostólico.

10.1 Imágenes trinitarias descriptivas previas a Nicea

Existen imágenes de la trinidad descriptivas y neotestamentarias anteriores a las expresiones conceptuales utilizadas en Nicea para expresar la fe en Jesús. Estas primeras comprensiones de Jesús se mueven en el marco de pensamiento judío. De hecho Jesús ha sido interpretado, comprendido y aceptado a la luz de la Escritura.

La comunidad cristiana, casi inmediatamente después de la resurrección —año 35, posiblemente—, comenzó a darle a Jesús gran cantidad de títulos bíblicos que, muchos de ellos, segura-

- mente él nunca se aplicó, pero otros expresan de modo particular su relación con Dios al llamarlo Padre.
- Mc 1,11; 3,11; 5,7; 12,6; 13,3; Jn 3,35.
- Mt 3,17; Hb 1,6. Col 1, 15,17. Rm 2,29; Lc 1,32. Mc 14,6; I Jn 4,9.
- μονογενής. Mc 1,1; 1,11; 15,39. Mt 3,6; 4,3; 11,27; 27,4; 10,20.
- ἦν πρὸς τὸν Θεόν καὶ Θεὸς ἦν ὁ λόγος.
- La relación de Padre e Hijo fue la más clara y dominante por lo que a Jesús se le ve como al Hijo mayor, predilecto, muy amado, elegido, Hijo del altísimo y del bendito; por su relación tan especial, se le llama unigénito, se le comprendió también como Hijo que conoce, piensa y habla la palabra de Dios. Él mismo es la palabra, sabiduría y poder de Dios preexistente. Que desde el principio está con Dios y junto a Dios. De tal manera que *“en la plenitud de los tiempos”* fue enviado por el Padre para hablarnos del Dios invisible. Dios siempre ha estado con él y en él, y por medio de él, con nosotros.
- Mt 1,16; Lc 9,20; 22,67; 24,26. Hch 2,36; 3,20.
- Por eso en Cristo se cumplen todas las escrituras, y él es el Mesías. El Padre dirige y gobierna el mundo entero por medio de su Mesías-Hijo.
- Ef 1,20; Mt 26,64. Mc 14,64. Mt 21,38; Mc 12,7; Lc 20,14.
- Después de la resurrección, esta sentado a la derecha y es el heredero, dueño y administrador y, al final, todo lo volverá al Padre.
- Ga 4,4.
- Jn 5,22; Lc 22,30. Hch 17,31.
- Como cualquier ser humano es un *“nacido de mujer”*, como todos, pero es el enviado, viene a mostrarnos el amor y el modo de ser de Dios. Él valorará al mundo entero, principalmente a los seres humanos, porque él también es un ser humano. Hace lo que Dios hace, como dar la vida y resucitar a los muertos y por eso en la práctica es Dios. Y si lo es en la práctica lo tiene que ser realmente porque de otro modo no sería un Dios coherente. Su muerte, como su nacimiento en el

tiempo y en el espacio, y con todos los condicionamientos de su vida, no impiden que sea como el Padre, porque es el Hijo encarnado, y diferente del Padre, a quien siempre se refirió como a su Padre.

Para San Juan y San Pablo es clara la pertenencia de Jesús a la trascendencia divina.

“En Él habita la plenitud de la divinidad corporalmente”. Col 2,9; 1,19.

“Señor mío y Dios mío”. Jn 20,28.

“La cabeza de todo hombre es Cristo... y la cabeza de Cristo es Dios”. I Cor 11,3.

“De los cuales también procede Cristo, según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.” Rm 9,5.

La pregunta de fondo consiste en responder: ¿Quién es, en realidad, de verdad, por sí mismo y en sí mismo, “de suyo”, Jesucristo? ¿Quién es, sin tantas imágenes y metáforas? Esta inquietud, expresada ya en el Evangelio, y que Mateo pone en boca de Jesús: *“¿quién soy yo para ustedes?”* Mt 16,13. —¿Qué significado yo para ustedes en esta etapa de la vida?— Es un asunto de vital importancia.

Según la mayoría de los exégetas contemporáneos, ningún texto bíblico se refiere a la naturaleza de Cristo, sino a sus funciones, porque no era ni la intención ni la mentalidad de los hagiógrafos hablar de la naturaleza o esencia divina. Pero los textos pueden considerarse el fundamento de las explicitaciones de los concilios posteriores.

Ver nota de la Biblia de Jerusalén: Jn 10,30.

En los primeros siglos gran número de cristianos se preguntaban cómo podía ser Jesús teni-

do por Dios sin contradecir la unidad divina. Así surgieron los primeros herejes, es decir, aquellos que negaban la condición divina de Jesús por defender la unicidad de Dios.

Los primeros concilios y Padres de la Iglesia harán un gran esfuerzo por salir de los moldes judaicos y expresar el mismo contenido en moldes griegos. Es la misma fe de los apóstoles y de la Iglesia primitiva, judíos todos ellos, pero universalizada ahora, y expresada en términos griegos y de la cultura greco-romana. Lo romano está, entre otras cosas, en el interés del emperador Constantino de unificar el imperio por la fe.

ὁμοούσιον. Todo esto lo traduce el concilio, y antes los Padres de la Iglesia, con un concepto: “*consustancial*”. Están defendiendo y culturizando la fe. Ahora se necesita no sólo describir a Jesús, sino responder a la pregunta planteada en términos reales, sustanciales, no figurados, y, en cierto sentido, últimos: ¿Quién es en realidad Jesús? ¿Quién era, y quién sigue siendo? La respuesta se formulará más o menos así: es uno con nosotros y como nosotros, y uno con Dios y como Dios, verdadero Dios y verdadero hombre. Dios en sí mismo y hombre en sí mismo. Eterno con el Padre —y por eso preexistente—, y temporal con nosotros. Creador con el Padre y creatura con nosotros. Y así podríamos seguir con los atributos divinos y humanos.

La consustancialidad de Jesús con el Padre no surge de ningún texto bíblico analizado con mentalidad judía y sin la perspectiva y mentalidad griega y apostólica. Para creer plenamente en

Jesucristo los primeros cristianos, que originalmente fueron judíos, tuvieron que apartarse de la fe y de la práctica judía, sin renunciar a ellas, pero sí, interpretándolas y viviéndolas de otra manera. Los sacrificios se interpretaron como prefiguraciones del único sacrificio de Cristo, Cf Hb 5,1s; 7,1s. reactualizado en la eucaristía.

La Sagrada Escritura seguía teniendo el mismo valor y significado que tuvo para los judíos, incluido Jesús; pero después de su resurrección se añadieron otros escritos, epístolas y evangelios, que según la fe cristiana llevaban a su plenitud la fe de Israel.

Debido a esto, en un primer momento, Jesús fue interpretado en clave bíblica exclusivamente, no podría haber sido comprendido de otra manera, su presencia y significado habrían sido absolutamente incomprensibles sin ella. Para los romanos, invasores en Israel, Jesús fue un personaje que pertenecía a los movimientos revolucionarios de los judíos patriotas. Su mensaje, para ellos y para los griegos, carecía de interés. Cf Lc 24,27. Hch 17,18 y 22s.

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que Jesús es Dios con el Padre y con el Espíritu Santo, *“consustancial, de la misma naturaleza”*? ἐκ τῆς οὐσίας τοῦ Πατρὸς.

1. En términos de paridad: que Jesús es igual al Padre y al Espíritu Santo. Mt 28,19.
2. En términos de comunión: que Jesús está unido al Padre y al Espíritu Santo.

“Yo estoy en el Padre y el Padre en mí”, Jn 14,11.

“No estoy sólo, porque el Padre está conmigo”. Jn 16,32.

3. En términos de presencia: que Jesús está presente para el Padre y para el Espíritu Santo, y ambos para Jesús.
- Jn 14,13. 4. En términos de acción: que Jesús actúa con el Padre y el Espíritu Santo, siempre. *“Lo que pidas al Padre, en mi nombre, yo lo haré”*.
5. En términos de revelación: que en Jesús y por Jesús, Dios nos ha dicho todo cuanto puede decirnos. Que Jesús es la total revelación de Dios.
- Hb1,1-4.
- Cl 1,15; Jn 14, 7,9; 12,45; 1,18. 6. En términos de visión: que Jesús es la visualización del Padre y del Espíritu Santo.
- Jn 15,23. 7. En términos de discordia: *“quien me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece”*.
8. En términos de unión: nadie puede estar más unido a Dios que Jesús, y Dios no puede estar más unido a nadie que ha Jesús.
- Mc 1,11; Mt 3,17; 12,18; 17,5; Mc 9,7; 12,6; Lc 3,22; 9,35; 20,13. 9. En términos de donación: Dios no puede darse a nadie absolutamente más que a Jesús.
- Jn 10,17. 10. En términos de entrega: nadie puede entregarse a Dios más que Jesús.
- Jn 8,36. 11. En términos de derecho: Jesús tiene los mismos derechos que el Padre y el Espíritu Santo.
12. En términos de culto, merece la misma adoración, veneración y devoción.
13. En términos de gloria eterna, la misma con el Padre y el Espíritu Santo.

Actividades

- Constata y explica el sentido trinitario de tres textos bíblicos escogidos por ti.

10.2 Concilio de Nicea, año 325, Dz-H 125

El concilio de Nicea dio un giro decisivo en las disputas provocadas por la doctrina de quienes no creían que Jesucristo fuera verdadero Dios; aceptan que se le parece, que es su lugarteniente, o como un intermediario, un ángel o un apóstol, pero no Dios; porque, de ser así, Dios dejaría de ser único. Arrio (256-336).

Las fórmulas dogmáticas eran para la Iglesia el modo de hacer inteligible la fe en una época y en una mentalidad determinada. Y con el concilio de Nicea se estableció la unidad de la fe de la Iglesia y del imperio. Eso era lo que se esperaba y de alguna manera se consiguió, aunque no del todo.

Hay que hacer notar que la política de Constantino y de los Padres de la Iglesia obró a favor de la fe cristiana. No entraron en las cuestiones especulativas de la doctrina arriana. Los Padres querían solamente salvaguardar la doctrina de la Biblia y de la tradición. Por eso recurrieron a la confesión bautismal —de la iglesia de Cesarea o de Jerusalén— y completaron las formas bíblicas de esta confesión con glosas interpretativas destinadas a salir al paso a las doctrinas contrarias, personificadas en la doctrina de Arrio.

La declaración decisiva del símbolo de Nicea se centra en la persona de Jesús: *“Creemos... en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma naturaleza del* ἐκ τῆς οὐσίας τοῦ Πατρὸς.

καὶ
ἐνανθρωπήσαντα.
Dz-H 125.

Padre, por quien todo fue hecho en el cielo y en la tierra; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se hizo hombre”.

El símbolo de Nicea es importante por varias razones:

1. Se caracteriza por ser una confesión litúrgica que se inspira en la tradición bíblica y eclesial. Mantiene un *equilibrio entre la tradición y la interpretación*. No persigue una especulación abstracta. La iglesia funda su fe en la tradición común que se articula principalmente en el culto. Pero no entiende la tradición literalmente, sino como una tradición viva que se desarrolla en diálogo con nuevas cuestiones.

2. El uso de conceptos griegos significa fuerza y vida. Fue un magnífico logro al expresar el mensaje cristiano en el lenguaje que exigía la mentalidad de la época. La confesión de fe es un signo de profundización en la fe para mantenerla viva y con todo su vigor, y de fuerza encarnacionista y presencia espiritual. La traducción a conceptos filosóficos no es una infidelidad a la fe, por el contrario, es un gran servicio y un signo de aceptación plena.

3. El concilio intenta, frente al arrianismo, consolidar y reforzar las afirmaciones del Nuevo Testamento sobre el Hijo de Dios y confirmar que Dios mismo se revela en Jesucristo. Declara que Jesucristo no es criatura, sino Dios, que no fue creado, sino engendrado, y que es de la misma naturaleza —ὁμοούσιον— que el Padre. Las afirmaciones no constituyen una helenización, sino una deshelenización del cristianismo. El término

homooousios procede de la doctrina emanacionista del gnosticismo valentiniano y por eso muchos padres de Nicea y muchos obispos y teólogos post-nicenos se resistían a aceptarlo. El concilio quiso expresar que el Hijo es divino por naturaleza y del mismo rango entitativo que el Padre, de modo que quien se encuentra con él se encuentra con el Padre. ὁμοούσιον.
Jn 14,9s.

4. No pretendió explicar con exactitud cómo se compagina este ser único del Padre y el Hijo con la distinción entre ambos. El concilio de Nicea —como la mayoría de los concilios—, sólo buscó una solución al problema que lo reunía. Las implicaciones de su declaración son tarea de la recepción e interpretación teológica posterior.

5. El concilio venía a decir que Jesús no es el mismo que el Padre, pero sí es lo mismo que el Padre, que no forma con el Padre una unidad moral, sino una unidad esencial tanto para el Hijo como para el Padre, y por eso también una unidad en su naturaleza y en su acción.

6. *La definición de Nicea no ofrece un interés especulativo, sino primariamente salvífico.* Atanasio, el opositor principal en la controversia con Arrio, insistió siempre en que, si Jesús no es verdadero Dios, no fuimos redimidos por él, no somos hijos e hijas de Dios. Atanasio lo formula en estos términos: *“No llegó a ser Dios después de ser hombre, sino que por ser Dios se hizo después hombre para hacernos a nosotros dioses”*. La doctrina de la divinidad de Jesucristo debe entenderse en el marco en que la iglesia antigua encuadra la salvación total del hombre y de su idea de redención como divinización del hombre. La

Atanasio, Adv Arrianos I, 39 PG 26, 91-94; Ib II, 47; 59; 69s PG 26, 245-248; 271-274; 293-296.

salvación significa comunión con Dios, filiación, y en el lenguaje de los padres, divinización. En Atanasio, que el Hijo de Dios por naturaleza nos hace hijos de Dios por gracia y adopción cuando recibimos el Espíritu Santo. Una idea totalmente bíblica donde no desaparece la distinción entre Dios y hombre, y donde no se manejan categorías naturales, sino personales. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que viene a santificar al ser humano y de esa manera destinarlo a la vida trinitaria. Lo que los padres griegos llaman divinización.

7. Aunque Nicea quiere mantener la idea bíblica frente a su deformación filosófica, sin embargo sólo puede rechazar el ataque luchando con las mismas armas y hablando el mismo lenguaje que la filosofía e introduciendo el término de *ὁμοούσιον*. *moousios*. El dogma de Nicea significa *la introducción del pensamiento metafísico en la predicción de la Iglesia y en la teología*.

8. Desde entonces el pensamiento escatológico e histórico de la Biblia fue pospuesto; y el trabajo especulativo se hizo dominante, por lo que el aspecto bíblico quedó relegado.

9. La kénosis del Hijo de Dios, estrechamente ligada a las afirmaciones bíblicas sobre la encarnación, perdieron en parte su sentido. La humanización de Dios —el gran tema de Atanasio— y, sobre todo, la pasión y muerte del Hijo de Dios resultan problemáticas después del concilio de Nicea.

“El Concilio de Nicea, al resolver el problema de la fidelidad a la Biblia y a la tradición, creo otros

problemas que debemos resolver hoy partiendo de Nicea. Así el dogma del primer concilio universal muestra ya que las formulaciones dogmáticas nunca significan la formulación definitiva de un debate, sino que suscitan nuevas preguntas y problemas. Justamente porque los dogmas son verdaderos, necesitan ser reinterpretados constantemente”.

Cf *El Walter Kasper.*
Dios de Jesucristo,
p 213.

Reformulación y adaptación de la fe de Nicea

En las inserciones antiarrianas se declara con mayor evidencia la intención doctrinal del símbolo niceno, dirigida a rebatir errores específicos del arrianismo, o por lo menos, atribuidos a él por la mayor parte del episcopado. Siguiendo el orden con que se presentan en el texto, la primera de estas formulaciones se basa en la esencia —o sustancia— del Padre. Se intenta aquí replicar a las tesis según las cuales el *logos* ha sido creado de la nada y en las que no se da ninguna comunión ontológica entre el Hijo y el Padre. Se afirma por el contrario que el Hijo tiene la esencia del Padre, introduciendo un concepto que se confirma con el término “de la misma esencia” o “sustancia”.

ουσία.
λόγος.

Actividades

- ¿Qué crees que hubiera sucedido, con respecto a la fe cristiana, de no haberse dado el concilio de Nicea?
- ¿Qué expresión bíblica te parece que expresa mejor el sentido de “consustancial”?

- ¿Por qué urgía dar respuestas metafísicas a las posturas arrianas?
- Leer algo de la historia de los concilios.

10.3 Teología trinitaria de oriente y occidente

Jn 3,31; 10,17; 15,9;
17, 23-26; I Jn 4,8;
II Cor 13,11; Ef 1,6;
Col 1,13, etc.

Para los padres griegos, afirmar que Dios es amor no es una metáfora ni un atributo moral, sino una caracterización que toca al mismo ser de Dios. El amor es actividad y vida. La insistencia en el Nuevo Testamento de que Dios es un ser que nos ama, es reveladora. Amando, Dios sale de sí, no para buscar algo, sino como donación de su amor, vida y actividad.

El amor vive, a través de sus muchas manifestaciones, propiedades y actos. La propiedad del ser vivo que ama consiste en que es consciente y se actualiza en su amor, su ser vivo no es menos que su amor por los que está vivo.

El ser humano está vivo por una serie de actos físico-biológicos y psicológicos que son los que lo hacen vivir y sin ellos no podría mantenerse vivo. Dios está vivo por su amor. Ireneo decía que *“Dios era Padre por su amor”* Y su vida y su ser Padre forman una unidad más plena cuanto más vivo. La vida es una unidad radical y originante por ser la fuente de todas sus actividades y al mismo tiempo el resultado de todas ellas.

Las actividades del ser humano sólo son extensión de su propia vida y se pueden distinguir de aquellas que lo hacen estar vivo. El ser vivo es uno, pero no como simple negación de división, sino como actividad unificante. Porque unifica

todas sus actividades físicas, biológicas, psicológicas, conscientes y subconscientes.

Para los griegos, el ser es también, fuente, principio, así el ser vivo vive y es principio de vida. Esta es su “ἐνέργεια”, sus potencialidades y acciones. Estas consisten en hacer que viva; vive porque actúa para estar vivo. πηγή, αρχή.

Podemos pensar en Dios como el mismo dinamismo y amor subsistente, como el mismo “Pater subsistens” que engendra al Hijo y crea y sostiene todo ser. Dios Omnipotente y Eterno, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro, es Amor —el eterno enamorado y el amor que llevamos dentro— que se manifestó en el don de su propio Hijo, como primogénito de toda la creación, el cual fue enviado para hacernos partícipes de su amor y de su condición de Hijo.

Los padres griegos ven más la realidad de las cosas desde la actividad, que la actividad desde la realidad, la unidad desde la actividad, que la actividad desde la unidad. Para el ser vivo la acción “ad intra” en sí mismo y para sí mismo, no es posterior a su ser, es su modo de ser; si esa acción no se da, no existe el ser en cuanto uno y específico, característico y único. Es el ser vivo y personal, es el que posee el ser de forma plena, el más uno y único. No es verdad que primero sea el ser que el actuar, sino que su ser es actuar para ser vivo y personal. Los occidentales decimos que Dios es amor porque nos ama; los orientales dirían que Dios es amor en sí mismo, porque no puede existir de otro modo.

Prius est esse quam operari.

ὁ Θεὸς ἀγάπη ἐστίν.
I Jn 4,8.

10.4 Concilio de Constantinopla I, año 381 Dz-H 150

Dz-H 150. En el año 381, se celebró en Constantinopla el segundo concilio ecuménico, presidido por el patriarca de la ciudad, San Gregorio Nacianceno. Se reunieron los obispos orientales para definir la fe de la Iglesia sobre el Espíritu Santo en contra de la doctrina de Arrio. Ahí proclamaron el *Credo dogmático*. Fue aprobado por el Papa San Dámaso en el año 382. Más tarde este credo fue reconocido como la norma de fe de la Iglesia universal, por el Concilio de Calcedonia en el año 451.

El Concilio enseñó la divinidad del Espíritu Santo. Pero prefirió no usar términos no bíblicos, como “*consustancial*”, ya que éstos habían dado ocasión a los rechazos de Nicea. Prefirió expresarla por las siguientes obras divinas:

ἐκ πνεύματος
καὶ Μαρίας
τῆς παρθένου
ἐνανθρωπήσατα.

“—*El Hijo*— se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María Virgen, y se hizo hombre”. Este concilio no atiende a la virginidad de María como una virtud de ella, aislada de su servicio a la obra trinitaria. Desde los primeros Padres que transmitieron la fe apostólica —por ejemplo San Ignacio de Antioquía y San Ireneo—, todos ven la concepción virginal de Jesús como el signo que el Padre quiso dar a la humanidad para mostrar que, tanto la encarnación como la salvación, no son obra humana sino divina. La virginidad no debe tomarse como *el sustantivo* —es decir, como el objeto de la fe—, sino como *el adjetivo*, es decir, lo que califica el servicio materno de María a la obra del Padre por el Espíritu Santo.

“Y creo en el Espíritu Santo”. El Espíritu es, εἰς.
como el Padre y el Hijo, objeto y término de la fe
cristiana. Es conveniente notar que también este
Concilio usa el género literario del símbolo de la
fe para definir la verdad. En tal profesión resalta
la preposición *en* —“εἰς”—, que tiene un sentido
de orientación personal, casi como si dijésemos
“creo hacia”. No se dice que se cree *en* como en
un lugar —ejemplo: en la Iglesia—. El Espíritu
Santo se confiesa como *“sujeto personal”* a quien
nos adherimos por la fe.

“Señor”. Se afirma la divinidad del Espíritu. Ser τό κύριον.
Señor sólo le conviene a Dios. Es el nombre que
se da a Jesús resucitado, al cual confesamos arri-
ba, en el mismo Credo: *“Y en un solo Señor Je-
sucristo”*. Aquí resuenan los ecos de la Escritu-
ra: *“El Espíritu es el Señor”*. Este título indica su II Cor 3,17.
igualdad divina con el Padre *Soberano Universal*, Παντοκράτορα.
y el *Señor Jesucristo*. Es el título con el que la
Biblia de los LXX tradujo al griego los nombres
divinos de Yahvé, Adonay, Elhoim.

“Que crea la vida”. Comúnmente suele decirse: ζωοποιόν.
“Que da la vida”. Esto es también verdad, pero la
confesión de fe va más allá: es *“el que hace, o crea* ποιέω.
la vida”, y por ello también puede darla. Es el
Espíritu quien comunica la vida divina. Por eso
él es el manantial de nuestra santificación y de
nuestra participación en la vida trinitaria. Tiene
la función de hacer las cosas nuevas: ya desde el
Génesis. Yahvé Dios insufló su *Aliento —Espíri-
tu— de vida* en el hombre, y éste resultó un ser Gn 2,7.
viviente, con la vida de Dios.

Rm 8,11. Quien resucita a Jesús es el Padre, por medio del Espíritu, y ese Espíritu que procede del Padre y del Hijo, “*dará la vida eterna a nuestros cuerpos mortales*”. Originalmente el Espíritu no era entendido de modo personal, como claramente se entiende y define en este concilio.

παρά τοῦ πατρός. “*Que procede del Padre*” expresa la relación al interior de la Trinidad. Se inspira en Jn 15,26; 14,26. De aquí la confesión de que el Espíritu es Dios y no creatura; pero también de que es consustancial al Padre y al Hijo. El Espíritu puede dar la vida porque “procede” del Padre. Aquí no se habla de generación, para distinguirlo del Hijo. El término “procede” es bíblico: está tomado de Jn 15,26. El Concilio da a entender que consiste esta procedencia, en la efusión o donación del Espíritu.

συμπροσκυνούμενον.
συνδοξαζόμενον. “*Que con el Padre y el Hijo es **coadorado** y **conglorificado***”. Estas palabras de nuevo expresan la divinidad del Espíritu, usando una fórmula litúrgica. Sólo Dios puede ser adorado. Y el Espíritu, al serlo no sólo junto con el Padre y el Hijo, sino en una misma adoración con ellos. Su ser no pertenece a una categoría inferior. Es objeto personal de adoración, y por ello también a él se ora. No sólo se reza *en el Espíritu*, sino también *al Espíritu*, exactamente como al Padre y al Hijo. CEC 2670-2672. Que sea conglorificado en una misma gloria con ellos, significa que el Espíritu se manifiesta de la misma dignidad divina que el Padre y el Hijo; ya que a Dios no lo vemos directamente, sino en las expresiones de su grandeza: obras que son comunes a los tres.

“*Que habló por los profetas*”. No es nueva esta afirmación. Tiene resonancias bíblicas y catequéticas. Sin embargo, en el modo de entender “los profetas”, de parte de la Biblia y de los Padres, se comprende toda la inspiración de las Escrituras. Con esta frase el Credo inicia la descripción de lo que el Espíritu hace en la Historia de la Salvación. El Espíritu Santo habla por la Iglesia jerárquica y por el pueblo de Dios.

En seguida el Concilio confiesa la acción del Espíritu en nuestra existencia humana, al poner en el tercer núcleo del credo, que corresponde a la acción del Espíritu: la Iglesia una, santa, católica y apostólica, el bautismo para la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Dz-H 150.

El concilio de Constantinopla fue un sínodo de la iglesia oriental que pasó a ser universal por recepción en el concilio de Calcedonia 451. Redactó un escrito doctrinal —*Tomus*— que se ha perdido y cuyo contenido conocemos por la carta del sínodo de 382 dirigida al papa Dámaso y por el sínodo occidental de Roma, año 382, presidido por él. Este escrito habla de la única divinidad, poder y esencia —“*ουσία*”— del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a los que compete igual honor, dignidad y soberanía y que existen en tres personas.

El canon 1º anatematiza a los neumatómacos, arrianos y otros herejes. El sínodo occidental de 382, convocado por Dámaso, enseñó sustancialmente lo mismo. Además del *Tomus ad Flavianum*, redactado con terminología teológica, el Dz-H 151. Dz-H 290-295.

concilio de Constantinopla hizo suyo un símbolo que Epifanio nos transmite en su *Ancoratus*. Este Símbolo completaba la doctrina sobre el Espíritu Santo expuesta en el credo niceno: “*Creemos... ζωοποιόν. en el Espíritu Santo, Señor y **vivificador**, que procede del Padre, que juntamente con el Padre y el συμπροσκυνούμενον. Hijo es **adorado** y **glorificado**, y que habló por los συνδοξαζόμενον. profetas*”. Esta doctrina del credo niceno-constantinopolitano, que es la principal profesión de fe de la iglesia, une a las iglesias de Oriente y Occidente.

Sorprende que el artículo de fe sobre el Espíritu Santo no utilice, como el de Jesucristo, el término *ὁμοούσιον*. Pero la confusión a que dio lugar la fórmula de Nicea desaconsejó su uso. Pero, en el contenido, la doctrina sobre la *divinidad del Espíritu Santo* estaba perfectamente clara.

ο κυρίον. Se sabía, sin duda, que “**el Señor**” estaba reservado para el Hijo y por eso se denominó al Espíritu —artículo neutro—. El Espíritu Santo es, τὸ κυρίον pues, aquel que pertenece a la categoría de Señor, que es Dios.

ζωοποιόν. El término “*vivificador*” expresaba lo mismo desde la perspectiva de la acción y la función. Este concepto debía significar que el Espíritu no es sólo don de la vida, sino también dador de este don, sino dador y don que se da a sí mismo, autor de la vida espiritual, lo cual es propio de Dios. Esta fórmula pone de manifiesto el carácter salvífico y existencial de la confesión del Espíritu Santo.

Los padres argumentaron siempre así: si el Espíritu Santo no es verdadero Dios, no hemos sido divinizados por él. La fórmula “*que procede del Padre*” debía expresar, siguiendo a las relaciones intratrinitarias del Padre y del Espíritu. Había que evitar que se considerase al Espíritu Santo como una creación del Padre; pero había que decir también que el Espíritu no es engendrado por el Padre, como el Hijo; y sin embargo mantiene una relación originaria con el Padre. Jn 15,26

La relación con el Hijo sólo se especificó posteriormente, con el añadido “*filioque*”, fórmula que llevó a un conflicto con la iglesia oriental no dirimido hasta hoy. Ver CEC 248s.

El inciso “*que con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado*” reintroduce el tema doxológico que ya había desempeñado un papel decisivo en Basilio al comienzo de la controversia. La fórmula quiere expresar que al Espíritu Santo se le debe la misma adoración y glorificación que al Padre y al Hijo y que debe ser adorado y glorificado juntamente con ellos. Esto significa que al Espíritu le compete la misma dignidad que al Padre y al Hijo. Por último, “*que habló por los profetas*” vuelve a destacar el lugar del Espíritu Santo en la historia de la salvación. El Antiguo y el Nuevo Testamento están unidos por el mismo Espíritu; se relacionan entre sí como la promesa y su cumplimiento.

El símbolo niceno-constantinopolitano, tras su recepción por el concilio de Calcedonia 451, pasó a ser patrimonio común de todas las iglesias cristianas de Oriente y Occidente. Constituye una de

las síntesis ecuménicas más vigorosas y se puede considerar como el resumen fundamental de la fe cristiana.

Todas las demás declaraciones sobre el Espíritu son en el fondo explicaciones interpretativas de ese símbolo. —Incluso el famoso añadido del credo occidental, según el cual el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo —*filioque*— que no se encuentra en el oriental—. El símbolo explicó la divinidad del Espíritu Santo como presupuesto de su función salvífica; aclaró también las relaciones del Espíritu con el Padre, pero dejó abiertas las relaciones con el Hijo.

Actividades

- Leer el capítulo I del libro *Evangelio y Tradición* de Bernard Sesboüé, S.J., edición San Pablo, Argentina 2010.

10.5 Constantinopla II, año 553, V Ecuménico Dz-H 421-438

San Gregorio
nacianceno, San
Gregorio de Nicea y
San Basilio el gran-
de, hermano de
G. Niza, siglo IV.

Más que una nueva definición, este concilio aprobó en el canon 1º el vocabulario que venía usándose desde los capadocios, para expresar en forma conceptual el misterio trinitario, referido a la Economía revelada en la Escritura, que sirve como base a la doctrina:

“Si alguno no confiesa una sola naturaleza o sustancia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y una sola virtud y potestad, Trinidad consustancial, una sola divinidad, adorada en tres hypóstasis o personas, ese tal sea anatema. Porque uno

solo es Dios Padre, de quien todo; y un solo Señor Jesucristo, por quien todo; y un solo Espíritu, en quien todo”. Dz-H 421.

El concilio enseña la unidad de Dios, la cual consiste en que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo comparten una misma y única naturaleza y sustancia, y sólo se distinguen entre sí por ser personas diferentes. Por lo cual, todos y cada uno de los atributos divinos se afirman por igual de los tres. De ahí que del Espíritu Santo se deba confesar todo cuanto se predica de la divinidad, así como se hace del Padre y del Hijo. Por ejemplo, si Dios es eterno, el Padre y el Hijo son eternos, por la misma razón se debe atribuir la eternidad al Espíritu Santo. Sin embargo, cada uno es una persona en cuanto existe en sí misma, inconfundible en cuanto tal; de manera que ellos no son sólo nombres diversos que se atribuyen al único Dios, ni modos como éste se manifiesta.

En seguida se expone el proceso de la revelación salvífica: el Padre es el origen de todo; todo lo ha hecho por medio de su Hijo, y todo tiene en el Espíritu su perfección y consistencia. El concilio no separa el orden, del ser divino, del proceso que Dios siguió al obrar su plan salvador que nos ha revelado. Por el contrario, indica cómo ambos órdenes se corresponden, es decir, el modo de ser de Dios y el orden de su manifestación.

La separación entre el modo de ser de Dios y el proceso salvífico se dio después, y resultó el tratado de trinidad algo intranscendente y carente de significado en la vida cristiana. En la forma de presentar ahora el misterio de nuestra

fe hemos querido evitar a lo largo de nuestras reflexiones tal separación y así hemos tratado de reconocer en el misterio trinitario su valor para la vida cristiana y su fuerza salvífica.

Fue una limitación de la teología latina posterior, muy lamentable, el haber centrado la reflexión teológica en el aspecto del ser de Dios —es decir en las expresiones ontológicas—, tanto que el orden económico, el de sus obras salvíficas, se desatendió. Se opacó la claridad con la que se debería resaltar la acción del Espíritu Santo. Y no se puso atención a la acción continua y común del Espíritu Santo. El misterio trinitario se convirtió en misterio metafísico, y se perdió de vista su importancia como misterio salvífico. Lo que era algo vivo y altamente inspirador se volvió nebuloso, abstracto e intelectualizado.

Actividades

- Léase el Tomus ad Flavianum. Dz-H 290-295.
- A modo de oración

Cf Ef 3,14s. Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro, de ti toma nombre toda familia humana y espiritual, por la riqueza de tu amor concédenos la fuerza de tu Espíritu, y haz que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, para que arraigados en el amor a él y cimentados en su amor, todos podamos comprender todo lo ancho, lo largo, lo profundo y lo alto de amor de Cristo, y conocerlo, a sabiendas de que excede todo conocimiento, y así, conociéndolo vivencialmente, nos llenaremos de la plenitud de Dios tripersonal.

CAPITULO XI

LA DOCTRINA SOBRE LA TRINIDAD

Objetivo: Comprender el texto de las expresiones dogmáticas trinitarias.

11.1 El Catecismo de la Iglesia Católica

La Escritura necesita un criterio dogmático para ser interpretada, porque dice muchas cosas de distintas maneras y por diversos autores, y tratándose de Jesús, los títulos, las imágenes y metáforas son innumerables. Pero tampoco la Escritura dice cualquier cosa, aunque casi todos los herejes han encontrado en ella algún versículo que los ampare. Y por el contrario, el dogma solamente se comprende bien si se lee desde lo que la Escritura dice. Esto nos exige tener en cuenta todo el mensaje revelado, sin optar por alguna parte o autor que nos lleve a prescindir del conjunto.

La fe trinitaria no es metafísica religiosa, aunque en los primeros siglos de la Iglesia se haya expresado auxiliado por ella y en defensa de múltiples filosofías. El dogma trinitario es reflexión creyente sobre el misterio de Cristo, de Dios y del hombre. Solamente puede ser comprendido desde la fe en el misterio de nuestra salvación. Entendemos la palabra “misterio” en el sentido bíblico, es decir, aquello que antes estaba oculto para nosotros y últimamente se nos ha revelado.

El catecismo de la Iglesia Católica —CEC— comienza hablándonos de Dios. Se entiende por

CEC 198. Dios, a Dios Padre, que se reveló a Israel como

CEC 200. Dios único a quien confió su nombre de Yahvéh.

CEC 203-204. Este mismo Dios es el que Cristo revela como su

CEC 238-242. Padre, y él es su Hijo único. Cristo nos habla y envía al Espíritu Santo que es enviado a los apóstoles y a la comunidad de creyentes, tanto por el Padre en nombre del Hijo, como por el Hijo en

Jn 14, 26; CEC 244. persona, una vez que vuelve junto al Padre.

Expone la doctrina del concilio de Constantino-pla I, año 381, y enseña que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

Afirma que tanto la doctrina latina como la griega son complementarias. La primera enseña que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; la segunda, que procede del Padre a través del Hijo. *“La tradición oriental expresa el carácter de origen primero del Padre por relación al Espíritu Santo. Al confesar al Espíritu como “salido del Padre”, esa tradición afirma que éste procede del*

Jn 15,26. *Padre por el Hijo. La tradición occidental expresa la comunión consustancial entre el Padre y el Hijo*

Cf AG 2.

diciendo que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo —Filoque—. Lo dice “de manera legítima y razonable”, porque el orden eterno de las personas divinas en su comunión consustancial implica que el Padre sea el origen primero del Espíritu en tanto que “principio sin principio”, pero también que, en cuanto Padre del Hijo único sea con él “el único principio del que procede el Espíritu Santo”. “Esta legítima complementariedad, si no se desorbita, no afecta a la identidad de la fe en la realidad del misterio confesado”.

Cc Florencia, 1439:
Dz-H 1302.

Dz-H 1331.

Cc Lyon II, 1274:
Dz-H 850.

CEC 248.

El CEC sintetiza así la doctrina

“La Trinidad es una. No confesamos tres dioses, sino un solo Dios en tres personas: la trinidad consustancial. Las personas divinas no se reparten la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios: El Padre es lo mismo que el Hijo, el Hijo lo mismo que es el Padre, el Padre y el Hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios por naturaleza”.

Cc Constantinopla II, año 553:
Dz-H 421.

Cc Toledo XI, año 675: Dz-H 530.

Cada una de las tres personas es esa realidad, es decir, la sustancia, la esencia o la naturaleza divina.

Cc Letrán IV, año 1215: Dz-H 804;
CEC 253.

“Las personas divinas son distintas entre sí. Dios es único pero no solitario. Padre, Hijo y Espíritu Santo no son solamente nombres que designan modalidades del ser divino, pues son realmente distintos entre sí: el que es el Hijo no es el Padre, y el que es el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo el que es el Padre o el Hijo. La unidad divina es la Trinidad”.

Fides Damasi:
Dz-H 150-177.

Cc Letrán IV, año 1215: Dz-H 804.

CEC 254.

“Las personas divinas son relativas unas a otras. La distinción real de las personas entre sí, porque no divide la unidad divina, reside únicamente en las relaciones, las refieren unas a otras: en los nombres relativos de las personas, el Padre es referido al Hijo, el Hijo lo es al Padre, el Espíritu Santo lo es a los dos; sin embargo, cuando se habla de estas tres personas considerando las relaciones, se cree en una sola naturaleza o sustancia”.

CEC 255;
Cc De Toledo XI,
año 675: Dz-H 528.

Cc Florencia, año
1442: Dz-H 1330.

Cc Florencia:
Dz-H 331.
CEC 255.

Todo es uno —en las personas divinas— donde no existe oposición de relación. *“A causa de esta unidad, el Padre está todo en el Hijo, todo en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre, todo en el Espíritu Santo; El Espíritu Santo está todo en el Padre, todo en el Hijo”.*

Cc Constantinopla,
año 553:
Dz-H 421;
Florencia,
año 1442:
Dz-H 1331.

Cf I Cor 8,6.

Cc Constantinopla
II: Dz-H 421.

Con respecto a la acción divina dice el Catecismo: *“Toda la economía divina es obra de las tres personas divinas. Porque la Trinidad del mismo modo que tiene una sola y misma naturaleza, así también tiene una sola y misma operación. Sin embargo cada persona divina realiza la obra según su propiedad personal. Así la Iglesia confiesa, siguiendo el Nuevo Testamento: “uno es Dios y Padre de quien proceden todas las cosas, un solo Señor Jesucristo por el cual son todas las cosas, y uno el Espíritu Santo en quien son todas las cosas”.* Las misiones de la encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo manifiestan las propiedades de las personas divinas.

οἰκονομία. *“Toda la economía divina, que es obra común y personal a la vez, da a conocer la propiedad de las personas y su naturaleza única. Así, toda la vida cristiana es comunión con cada una de las per-*

sonas divinas, sin separarlas de ningún modo. El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae y el Espíritu lo mueve”.

Jn 6,44. Cf Rm 8,14;
CEC 259.

El fin último de toda la economía divina es la entrada de las criaturas en la unidad perfecta de la Trinidad. Pero desde ahora somos llamados a ser la casa donde habita la Santísima Trinidad: *“si alguno me ama —dice el Señor— guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él”.*

Cf Jn 17, 21-23.

Jn 14,23; CEC 260.

El CEC nos ofrece una síntesis de la doctrina católica sobre la Trinidad. Toda acción de Dios, en la economía de la salvación, es común a las tres personas divinas, que tienen una misma naturaleza y por ello una misma operación. Y dice a continuación que cada persona divina realiza la obra común según su propiedad personal; en la creación, por ejemplo, obran las personas divinas en común, pero con distintas características propias de su ser personal —apropiaciones—. El Padre, como de quien procede todo; el Hijo, por el que han sido hechas todas las cosas y el Espíritu Santo, que actúa en el corazón de los seres humanos.

Bellamente lo expresaba San Ireneo en el siglo segundo:

*“La senda de los hijos de la Iglesia rodea al mundo universo,
en posesión de la firme enseñanza de los apóstoles,*

y nos ofrece el espectáculo de una misma fe en todos.

Todos dan acogida al único y mismo Dios Padre y dan fe a la misma economía de la encarnación del Hijo de Dios,

y conocen la misma donación del Espíritu,

y se ejercitan en los mismos preceptos,

y custodian la misma forma en la ordenación de la Iglesia,

y aguardan el mismo advenimiento del Señor,

y esperan la misma salud de todo el hombre, en cuerpo y alma”.

Ireneo,
Adv Haer V, 20,1.

Conviene advertir que en el Catecismo de la Iglesia Católica, el tratado sobre la trinidad es todo el catecismo, sin el cual no podríamos comprender ni dar todo su valor al misterio de Cristo y de nuestra salvación, a los Sacramentos, a la Iglesia y a todo lo demás. Por esto podemos afirmar que no hay verdadera evangelización sin catequesis, porque la Sagrada Escritura y el Evangelio pueden ser interpretados de infinitas maneras, si nos apartamos de la historia de la fe, es decir, de la fe apostólica y de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia a través de los siglos.

Con lo ya dicho conviene que quede claro que la doctrina trinitaria no debe ser considerada como un estorbo o añadido para la comprensión del Evangelio y de la vida cristiana, sino como la clave de bóveda que da sentido y unifica todo el mensaje cristiano.

“Conviene añadir que el culto tributado a los santos y ángeles, a la Virgen Madre de Dios y a Cristo, redunda todo y se termina en la Trinidad”.

Dz-H 3325.

Actividades

- Remota uno de los concilios que el CEC cita e investiga en que contexto se realizó dicho concilio, qué herejía combatió y en qué consistía, quién era el Papa en ese periodo y qué se dijo sobre la Trinidad.
- Hacer un cuadro de verdades trinitarias reveladas y definidas.

Cf Arias Reyero, p 277; Índice del Dz-H.

11.2 Errores trinitarios antiguos y modernos

En los primeros siglos, todavía no estaba bien puntualizada la fe de la Iglesia, y, como es natural, había un fuerte deseo, e incluso necesidad, de expresarla no sólo con la vida y la liturgia, sino también con expresiones más o menos comprensibles que expusieran la fe en un credo, y que la puntualizaran y la defendieran contra corrientes de pensamiento opuestas al común sentir y creer de la Iglesia. El dogma no nació para imponer verdades, sino para defender la fe de pensamientos opuestos a ella. Por eso la Iglesia tuvo que definir su fe.

La herejía no siempre es mal intencionada, nace muchas veces como un error de pensamiento de la persona que se esfuerza por entender y explicar la fe. En muchos casos, los herejes fueron hombres fervorosos, apostólicos, entregados a Dios y a los demás que, de no haber sido por sus equivocaciones en lo que respecta a la fe, podrían haber sido canonizados. Se esforzaron por dar razón de su fe, pero por distintos motivos perdieron de vista el conjunto de la revelación, o se dejaron

llevar únicamente por su forma muy personal de pensar, sin aceptar el sentir de la Iglesia expresado por sus pastores.

Entre los Padres de la Iglesia, e incluso entre los grandes teólogos, es difícil encontrar alguno que, por lo menos en algún punto, no se aparte de la fe definida de la Iglesia, incluyendo a San Agustín y a Sto. Tomás. Todos ellos son también Lc 1,2. “*servidores de la Palabra*”, no menos que del pensamiento e intelección de la Iglesia.

Hacia el año 190 apareció una herejía cristológica y trinitaria, el adopcionismo. Teodoro, el curtidor, afirmaba que Jesús, el hijo de María, no era más que un hombre sobre el que había descendido el Espíritu Santo en el momento de su bautismo. Fue condenado por el Papa Víctor que defendía la fe de la Iglesia. ¿Pero cuál era la fe de la Iglesia? Cada vez se fue haciendo más necesaria la definición dogmática autorizada. En esa época abundaban las elucubraciones populares favorecidas por el gnosticismo. La vida cristiana parecía una “tormenta de ideas”. Había grandes luces, pero también grandes confusiones.

En el siglo III reaparece con fuerza la corriente adopcionista. Pablo de Samosata no admite más que una persona en la divinidad: el Logos de Dios no es más que uno de los atributos divinos. Cristo nos salvó por su virtud y santidad. Y Dios lo exaltó por eso, a tal grado que lo podemos llamar Dios.

Pablo de Samosata fue condenado y depuesto porque ésa no era tampoco la fe de la Iglesia.

Desde el principio de la predicación apostólica, los fieles estaban convencidos de que Jesús era mucho más de lo que los adopcionistas concedían y que su vida y su obra tenían un significado eterno.

San Juan nos dice que los judíos acusaban a Jesús mismo de *“hacerse igual a Dios”*, lo que era objeto de grandísimo escándalo: *“tratando con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre”*. Jn 5,18.

Es verdad que las especulaciones de los intelectuales en ocasiones son un peligro para la Iglesia, pero tampoco la fe popular es una barrera segura. La Iglesia, que abarca a unos y otros, se pronunció, pero no inmediatamente, fue en medio de muchos dolores de parto hasta ver su fe expresada en palabras. Esto pasó durante los primeros siglos, casi décadas, porque fueron pocos los años en los que se planteó y expresó el misterio trinitario, después se formuló de modos más precisos y profundos, pero sin modificar fundamentalmente la doctrina. Cf CEC 7,1.

El Adopcionismo

Sostiene que: Jesucristo es solamente un hombre que posee el Espíritu de Dios y al que, por su santidad o méritos, Dios lo adopta como hijo. Jesús viene a ser como un profeta, Mesías o rey, pero no Hijo de Dios en sentido propio, en contexto trinitario.

Así, Pablo de Samosata en el siglo III, Elipando de Toledo y Félix de Urgel en el siglo VIII. Dz-H 1339; 615.

El Agnosticismo

A-γνῶσις. Los agnósticos afirman que no podemos saber nada de Dios, ni debemos saber nada. Si existe o no, y cómo es o no es, rebasa nuestra capacidad de conocer por métodos ciertos, científicos. Dios es un postulado religioso que actualmente no interesa.

El agnosticismo sostiene la incapacidad de conocer lo que sobrepasa a lo sensible; reduce el conocimiento a lo intramundano, a lo conocible con conceptos propios y unívocos.

Caen en agnosticismo moderno las personas que piensan

- Que tratándose de Dios es mejor no saber ni investigar, porque es infinito y rebasa nuestro conocimiento.
- Que Dios es un ser impersonal, indolente; desinteresado de los seres humanos y del mundo. Es como una fuerza física que rebasa lo físico, como “un hoyo negro”.
- Que Dios es como tú lo pienses y como quieras, como te haga falta, si es que te hace falta. Dios es una estructura mental y sentimental; no es una realidad objetiva; es una realidad mental y subjetiva —agnosticismo subjetivista o psicológico—.

El problema de la cognoscibilidad de Dios suscita cuatro cuestiones más o menos distinguibles: **a)** existencia, **b)** naturaleza, **c)** posibilidad de conocimiento, **d)** posibilidad de definición.

El agnóstico separa las dos primeras, que debería unir, y une las dos últimas, que debería separar. Las dos primeras cuestiones, aunque distinguibles, son inseparables, porque no tenemos una intuición directa de la naturaleza de nada. Debemos contentarnos con estudiar la naturaleza de Dios a través de las manifestaciones indirectas que hace de sí mismo en sus criaturas. Así conocemos a Dios de modo indirecto y por eso hablamos de él con analogías. Spencer, al tratar la cuestión de la “naturaleza de Dios” aparte de la “existencia de Dios”, se separa del único medio natural de conocerlo, es decir, por medio de sus obras.

Sólo estudiando al Absoluto y sus manifestaciones conjuntamente podemos completar y llenar el concepto de Dios por medio de las criaturas, que no son como Dios. La idea de Dios no puede analizarse por completo, separada de las manifestaciones.

El Arrianismo

Tomó su nombre de Arrio (256-336) sacerdote de Alejandría y después obispo libio, quien desde el 318 propagó la idea de que no hay tres personas en Dios sino una sola persona, el Padre. Jesucristo no era Dios, sino que había sido creado por éste de la nada como punto de apoyo para su Plan. El Hijo es, por lo tanto, criatura y el ser del Hijo tiene un principio; ha habido, por lo tanto, un tiempo en que no existía. Al sostener esta teoría, negaba la eternidad del Verbo, lo cual equivale a negar su divinidad. A Jesús se le puede

llamar Dios, pero solo como una extensión del lenguaje, por su relación íntima con Dios.

Admitía la existencia del Dios único, eterno e incommunicable; el Verbo, Cristo, no divino sino creatura, aunque más excelsa que todas las otras creaturas y escogido como intermediario en la creación y la redención del mundo. Arrio se ocupó principalmente de despojar de la divinidad a Jesucristo, e hizo lo mismo con el Espíritu Santo, que igualmente lo percibía como creatura, e incluso inferior al Verbo. Su principio fundamental era mantener la unicidad divina.

El Ebionismo

Ireneo,
Adv Haer I, XXVI, 2;
XXX.

Contra Celso, II, I;
De Princ IV, I, 22.
Hist Eccl, III, 27.

Tertuliano,
Praes XXXIII, 5, 11;
Carn XIV, 18.

El término *ebionitas* es una traducción de un vocablo arameo que significa “*hombres pobres*”. San Ireneo fue el primero en mencionarlo, pero sin señalar su significado. Orígenes y Eusebio asocian el nombre de estas sectas con el concepto “*pobre*” que tenían sobre Cristo. Otros escritores, como Tertuliano, San Hipólito y Epifanio derivan el nombre de la secta de un tal Ebión.

Los ebionitas fueron un grupo de herejes del siglo primero, bajo el influjo de la fe judía, que encontraban gran dificultad en aceptar completa la fe cristiana, por lo que se refería a la divinidad de Jesús.

En el “*Diálogo con Trifón*”, de San Justino hacia el —140 d.C.—, se habla de dos sectas de cristianos judíos que se distanciaron de la Iglesia.

Algunos ebionitas negaban la divinidad y el nacimiento virginal de Cristo, se aferraban a la observancia de la ley judaica, tenían por apóstata a San Pablo, y sólo reconocían el evangelio de San Mateo, rechazaban la preexistencia y divinidad de Cristo. Los ebionitas de índole moderada eran probablemente menos numerosos. San Epifanio llamaba ebionitas al bando más herético, y nazarenos a los de tendencia católica.

Ireneo, Adv Haer I, XXVI, 2; III, XXI, 2; IV, XXXIII, 4; V, I, 3.

El carácter general de sus enseñanzas es gnóstico.

a. La materia es eterna. La creación es la transformación de la materia preexistente.

b. El logos —o sofía— no constituye una persona distinta, como en el caso de la teología cristiana. La sofía produce al mundo mediante una sucesiva evolución.

Σοφία.

c. Además, este universo se divide en dos reinos: el del bien y el del mal. El Hijo de Dios impera sobre el reino del bien, y a Él pertenece el mundo venidero; el Príncipe del mal es el príncipe de este mundo. El Hijo de Dios es Cristo, un ser intermedio entre Dios y la creación. No es una criatura, pero tampoco es igual al Padre.

Cf Jn 14,30; Ef 1,21; 6,12.

d. Adán fue el portador de la primera revelación; Moisés, de la segunda; y Cristo, de la tercera, que es la perfecta.

e. El ser humano se salva por el conocimiento —γνῶσις—, por creer en Dios, y por el bautismo.

Eusebio, Hist Eccl
IV 22,8; Jerónimo,
De Vir III, 2.

Clemente de A.
Stromata, II 9,45.

Entre los escritos de los ebionitas, es importante un Evangelio según san Mateo y otro según los hebreos, del que tenían conocimiento Hegesipo, Orígenes y San Clemente de Alejandría.

Algunos eruditos opinan que se les puede vincular con el origen del islamismo.

El Modalismo

Sostuvo que el único Dios se hace trino sólo en sus modos de obrar: creación, encarnación, santificación, que es el mismo el que conocemos como Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el fondo, niega la relación entre el ser de Dios y su manifestación en la acción: Dios es de un modo y procede de otro. Decían: Dios es trino en cuanto a nosotros, pero es uno en sí mismo.

Quien piense que hubo un tiempo en que actuaba el Padre, otro, el Hijo, otro el Espíritu Santo, o divida la Historia de la Salvación en tres capítulos, o piense que una parte le toca al Padre, otra al Hijo y otra al Espíritu Santo, con exclusión de las otras personas, cae en un moderno modalismo.

La fe de la Iglesia contra estos errores trinitarios —sabelianismo y modalismo—, consiste en sostener que la Trinidad no está constituida por la relación de Dios al mundo y al hombre, sino que expresa la índole misma de Dios y expresa su modo de proceder en la Historia de la Salvación.

Macedonio

Arzobispo de Constantinopla, y Eunómio (+395), negaban la divinidad del Espíritu Santo. Lo consideraban un ser creado. PG 39, 631-651. Dz-H 1332.

El Monarquianismo

Niega la trinidad en Dios. Afirma que el único Dios verdadero es el Padre, el Hijo le está subordinado y no es Hijo en sentido propio, es sólo adoptivo, como podría ser un ángel o un hombre. Así, Cerinto y los ebionitas del siglo I. Jesús no podía ser más que un profeta al que Dios adopta.

La monarquía divina, entendida al estilo de los padres griegos, no significa prioridad o inferioridad en las personas divinas, ni tampoco subordinación real, sino más bien se refería a la unidad divina tomada como principio único de todo orden y realidad, incluso intratrinitario —**mono**: uno, único y **arge**: principio, origen, jefe—, de tal manera que el Padre, sin perder su igualdad con las otras personas, es el Principio de unidad y acción trinitaria. En Dios no hay anarquía, sinarquía, oligarquía, sino sólo monarquía entendiendo a Dios único como principio de todo y como Padre. μονο.
ἀρχή.

El monarquianismo, como herejía, entendió al Padre como superior al Hijo y al Espíritu, no como iguales, y a las personas divinas subordinadas unas a otras. Lo que se opone a la unidad divina y a la igualdad de personas.

En nuestros tiempos se da una especie de monarquianismo al no reconocer, en la práctica a

Jesucristo como verdadero Dios e igual al Padre. En el fondo podemos descubrir un cierto escándalo por la encarnación, cuando se piensa que Jesús es como Dios, sólo que disminuido, sin distinguir entre Jesús en el tiempo, en la historia, y Jesús en la eternidad, glorificado.

El Sabelianismo.

En Roma, Sabelio de Libia discurrió otro sistema —sabelianismo—: el Verbo y el Espíritu son abstracciones, Jesús es Dios y no se distingue del Padre, en él, en el tiempo, el Padre nació, murió y resucitó. Se puede decir que el Padre padeció y murió —patripasionismo—. Según se considere en el tiempo o en la eternidad, será cognoscible o incognoscible, visible o invisible, creado o increado, mortal o inmortal. Esta doctrina parecía salvar la unidad divina, pero traicionaba al Padre y al Hijo porque afirmaba que uno y otro eran el mismo.

Dz-H 1332. Era una herejía de los siglos III y IV. Fue condenada por el Papa Calixto I, como ajena a la fe de la Iglesia, después pasó a Egipto hacia el 275. De esta opinión era Práxeas —siglo II—, contra quien escribió Tertuliano una de las polémicas más profundas y enriquecedoras sobre la Trinidad que fue fuente de inspiración para otros autores.

Esta concepción, que se denominó sabelianismo, modalismo o monarquianismo, apareció como tendencia en distintas corrientes, en especial en el protestantismo liberal del siglo XIX.

Una forma moderna del sabelianismo se encuentra en quienes identifican a las personas

de la Santísima Trinidad, como al “Creador”, al “Redentor” y al “Santificador” refiriéndose a sus acciones como exclusivas de cada una de las personas, cuando son comunes, y sólo por apropiación se las atribuimos a las personas divinas.

El Subordinacionismo

Sostiene que Jesús no es igual al Padre, sino que es inferior, creado desde siempre pero subordinado al Padre. Así resuelve el escándalo de la pasión y de la muerte. Sostienen que el Logos y el Espíritu Santo no proceden ni reciben su esencia del Padre, son fuerzas divinas con las que Dios configura el mundo y la Historia de la Salvación. De esa manera creen ser fieles al monoteísmo y a la trascendencia divina. Herejía del siglo II y III.

Joaquín de Fiore (1130–1202)

En el siglo XII, el Abad de un monasterio al sur de Italia, ofreció una nueva visión de la historia: el reino del Padre se dio en el Antiguo Testamento, y el reino del Hijo en la Iglesia jerárquica, que en ese momento estaba llena de defectos, manchas y pecados, vendría un tercer reino, el del Espíritu Santo. Una iglesia conforme al espíritu del Evangelio, a las promesas de los profetas y a las más auténticas aspiraciones de los hombres. Dz-H 803, 807.

Tenemos que aceptar no sólo la santidad de la Iglesia que formamós todos los cristianos, sino también su pecabilidad, porque vivimos en este lago de mal al que contribuimos todos los hombres. El Espíritu Santo actúa con nosotros, no independientemente de nosotros.

El Triteismo

Dz-H 112-115;
804s; 2828.

Concibe a las personas divinas con las mismas características de las personas humanas, como sustancias o sujetos independientes en su ser, en su vida y en su acción. Condenado en 1215 por el concilio Lateranense IV.

En este error se puede caer fácilmente al pensar que en Dios se da una comunidad, o familia, o que las personas divinas se ponen de acuerdo o unen su fuerza; en una palabra, cuando se piensa en la Trinidad con criterios propios de la psicología y se juzga de las personas divinas como se piensa de las personas humanas.

La comunión de las personas divinas, aun desde siempre, en cuanto a su modo de pensar, sentir, y actuar, no sólo no basta, sino que se opone a la unidad divina, porque supone que cada persona divina es un ser personal independiente y diferente en su actuación.

Jn 17, 21-22.

Aunque nosotros estemos llamados a la comunión intratrinitaria, nuestra unión con Dios no es igual a la unidad de las personas divinas. Sólo entre personas psicológicas puede haber unión común —comunión—, ya que solo ellas se abren unas a otras, existen unas con otras y viven unas para otras. La unión que la fe afirma de las personas divinas en Dios, más que unión, es una unidad entitativa perfecta y no una unión moral.

Muchos autores tomaron pie de algunos textos bíblicos para armar un sistema doctrinal que luego los llevó a perder de vista el conjunto del mensaje. La doctrina católica se caracteriza por

tener en cuenta el conjunto de los textos e interpretar unos a la luz de otros y de esa manera dar razón de la fe, de forma completa y coherente.

El Gnosticismo

Tiene un sentido positivo. Viene de la palabra griega, “*gnosis*”, que significa saber, conocimiento, y San Pablo lo atribuye a todo hombre espiritual. El gnosticismo cristiano capta cada vez más el amor de Dios revelado en Cristo, para vivirlo mejor, para entregarse más a Cristo en los demás. Ese conocimiento vitaliza, unifica, impulsa, es fruto de la acción del Espíritu y se convierte en teología contemplativa para renovar el mundo. Γνωσις.

“La verdadera gnosis es la doctrina de los Apóstoles, la antigua estructura de la Iglesia en todo el mundo, y lo típico del Cuerpo de Cristo, formado por la sucesión de los obispos, a los cuales —los Apóstoles— encomendaron las Iglesias de cada lugar. Así nos llega sin ficción la custodia de las Escrituras, en su totalidad, sin que se le quite o se le añada alguna cosa, su lectura sin fraude, la exposición legítima y llena de afecto —por la Palabra— según las mismas Escrituras, sin peligro y sin blasfemia. Y, sobre todo, el don del amor, más valioso que la gnosis, más glorioso que la profecía y superior a todos los demás carismas”.

Ireneo,
Adv Haer IV, 33,8.

Pero tiene también un sentido no ortodoxo. Designaba una ponderación del saber que creía salvarse y justificarse por una ciencia de privilegiados, refugiados en el saber filosófico y en la ascesis. Tenía características dualistas y escatológicas. Estas corrientes de pensamiento fueron

pre cristianas, se dieron en la teología judía. Pablo las combate en la epístola a los colosenses y en las epístolas pastorales. El gnosticismo fue un verdadero ataque a la fe de la Iglesia.

Otro error contemporáneo consiste en no darle importancia al mensaje trinitario: pensar que en la fe y vida cristiana no pasa nada con invertir el orden: “tres dioses y una sola persona”. Como si el mensaje trinitario no tuviera toda su raíz en el Evangelio y en la vida cristiana; o como si el mensaje de Jesús fuera comparable al de cualquier personaje importante.

Es también un error trinitario y cristológico hablar del Verbo, o de la Segunda Persona de la Trinidad, como de alguien diferente de Jesús.

Actividades

- Observa en tu entorno cómo se vive la fe trinitaria tratando de explicar cómo se refleja alguna de las herejías de este apartado.
- ¿Por qué crees que la Iglesia prohibió representar a la Santísima Trinidad como tres personas iguales?

Un autor dice: en realidad los católicos son triteístas, sólo que, como Jesús era monoteísta, no quieren renunciar al monoteísmo. Si el Padre, el Hijo y el Espíritu son distintos, y cada uno es Dios, son tres dioses; de la misma manera que Pedro, Andrés y Santiago, tienen la misma naturaleza humana, y son tres hombres. Lo demás es puro nominalismo. La doctrina trinitaria son

elucubraciones griegas, que no corresponden a nuestra mentalidad y cultura.

11.3 Normas de sintaxis para expresiones trinitarias

A. Los sustantivos que designan la esencia divina deben emplearse en singular: omnipotencia, sabiduría, misericordia. No se dirá, por ejemplo, que en Dios hay tres sabidurías, omnipotencias o misericordias. Podemos decir que Jesús es Dios, y lo mismo del Padre y del Espíritu Santo, aunque no de manera separada, pero no está bien decir que Dios es Jesús, o que Dios es el Espíritu Santo. Dz-H 542.

Es necesario evitar las siguientes interpretaciones: identificar el sujeto Jesús con el predicado Dios, como puede darse en la fórmula “yo soy fulano de tal”. No se ha de establecer una ecuación entre Dios y Jesús. Agustín, De Trin V, 8,9.

No se dice que en Dios se dé tres veces el mismo “Tú”, porque serían tres centros de referencia, operación o decisión independientes y por eso tres dioses. Cuando nos referimos a Dios como a un único “Tu”, implícitamente nos estamos refiriendo a las tres personas. Y cuando nos dirigimos a una de las personas divinas, implícitamente nos estamos refiriendo a las otras dos. Tampoco se puede decir que en Dios haya tres “yo”. Porque el yo hace referencia a la consciencia, a la persona, como centro de acción y referencia, lo que en las Personas divinas no se da de modo independiente, como en la persona humana. Dz-H 529. Dz-H 528.

Dz-H 2697, 2830. Lo que conviene a las personas divinas no se debe aplicar a la Trinidad; la Trinidad no es el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo; los tres son la Trinidad, pero la Trinidad no es cada uno de ellos. Dios tripersonal es principio con respecto a las criaturas, pero el Padre es principio con respecto al Hijo, y el Padre y el Hijo son principio eterno con respecto al Espíritu Santo, sin que por eso sea creatura.

Dz-H 415, 441. **B.** Los artículos y los pronombres se usan para designar a las Personas divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cuando nos referimos a Dios no usamos los artículos, sólo para distinguirlo o contraponerlo a otros dioses, por ejemplo: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

C. Los adjetivos pueden emplearse en plural cuando se aplican a las personas divinas, por ejemplo: el Padre es omnipotente, el Hijo es misericordioso, o ambos son omnipotentes y misericordiosos. Y deben emplearse en singular cuando se aplican a la naturaleza o esencia divina: un único Dios omnipotente y misericordioso. La naturaleza divina no se comparte, porque es única e indivisible. Es poseída por las tres personas en su integridad.

Dz-H 75, 529. Los atributos divinos son comunes a las tres personas y no deben aplicarse a ninguna persona con exclusividad. Esos atributos designan la unidad divina, por ejemplo, si decimos que Dios es santo, bueno, amor, espíritu, vida, luz, etc., nos estaremos refiriendo a las tres personas, o al único Dios verdadero. No está bien decir: el Padre es el Dios uno por excelencia, porque la unidad

y unicidad, y todos los atributos, convienen a las tres personas divinas por igual: Dios no es triple, sino trino. Dz-H 582.

D. Los adjetivos, los participios y los adverbios no se usan para designar la naturaleza; no se dice Dios triple en personas, o Dios existente en la Trinidad, sino que se dirá: el único Dios es la Trinidad, pero puede decirse Dios trino. Cuando decimos que Dios es Espíritu, lo afirmamos como algo propio de la esencia divina y, por tanto, común a las tres Personas. No decimos Dios es el Espíritu Santo. Dz-H 528.

Agustín,
De Trin VIII, 12.

E. Las propiedades de cada persona no pueden aplicarse a la naturaleza divina: no puede decirse que la divinidad o la naturaleza divina engendra, nace o muere, sino que se dirá el Padre engendra, el Hijo nace, el Espíritu procede. Dz-H 804.

Pero cuando las propiedades se toman en sentido personal podemos decir, Dios nace, o muere en Jerusalén, o podemos referirnos al niño Dios o al Dios niño, aunque se presta a malas interpretaciones.

F. Existen expresiones hechas, “típicas”, para expresar la fe: el Padre engendra, el Hijo es engendrado o es enviado, el Espíritu procede. No se dice que las personas divinas tienen una esencia igual, sino una única esencia, porque la esencia no es común, sino única. La esencia en Dios no es una abstracción de lo que son las tres personas, sino que la esencia es la realidad de Dios que existe desde siempre en tres personas. La na-

turalidad es única y común, no hay tres naturalezas, esencias o sustancias divinas.

No se habla de tres personas diversas, sino distintas; tampoco se habla de un Dios solitario, porque por naturaleza es único.

G. No se debe decir que las personas divinas forman una comunidad, sociedad, consejo o familia, porque no son personas en sentido psicológico. Solamente Jesús, como persona humana histórica, es expresión y encarnación de su ser personal divino y eterno, y sólo Jesús formó parte de una familia, con José y María.

H. En Dios hay tres subsistentes: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero no tres sustancias. Dado que las acciones ad extra que ejecuta la Trinidad, por la causalidad eficiente son comunes a las tres divinas personas, se pueden atribuir a cada una de ellas una acción, teniendo en cuenta sus características personales, por ejemplo: la creación, la redención, la santificación y glorificación.

La encarnación, aunque en ella intervienen las tres personas, es exclusiva de la Segunda Persona. Podemos decir que la Segunda Persona, que es Jesús, verdaderamente nació, padeció, murió y resucitó; pero eso no lo podemos afirmar de Dios tripersonal.

Agustín,
De Trin V, 8,9; 10,11.

“Lo absoluto de Dios —eternidad, inmortalidad, omnipotencia, etc.— se afirma de la trinidad en singular”, es decir, de Dios como único, y de las tres personas, pero no separadamente. Cuando decimos que Dios es Espíritu, lo decimos del Pa-

dre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así también cuando decimos que Dios es Señor, no ha de entenderse con exclusión de ninguna de las personas divinas. *“Pues la esencia divina no es otra cosa que la Trinidad”* y *“en la Trinidad sólo hay un Dios”*.

Agustín,
De Trin VII, 6,11;
V, 8,9.

I. Existen preposiciones privilegiadas en el lenguaje trinitario. Decimos que todo procede **del** Padre, **por** el Hijo, **en** el Espíritu Santo, o que nuestra oración va dirigida al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Dz-H 421, 680, 3326.

Siguiendo a San Buenaventura (+1274) podemos hacer el siguiente juego numérico:

En Dios hay

Una naturaleza, esencia o sustancia común para las tres personas, es una y la misma.

Dos procesiones: la del Hijo y la del Espíritu Santo.

Tres personas —hypóstasis o subsistentes—: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Cuatro relaciones: paternidad, filiación, espiración activa y pasiva. Son cuatro propiedades por las que las personas se caracterizan en su ser personal. La espiración activa no es propiedad personal porque no se diferencia de la paternidad y la filiación.

Cinco nociones —notas por las que conocemos y distinguimos a las personas divinas—: ingénito, paternidad, filiación, espiración activa y espiración pasiva.

Actividades

- Acude a una celebración eucarística y redacta cómo y en qué momento observaste una adecuada sintaxis trinitaria.
- Señala cinco atributos bíblicos que se pueden usar para designar a las tres personas divinas.
- Señala los que se usan para designar a cada una de las personas divinas.

11.4 Conceptos trinitarios

Toda afirmación de fe tiene sentido solamente en un contexto determinado; en un conjunto de conceptos y en un sistema de ideas y de reflexiones. De ahí la importancia de conocer el contexto de las formulaciones dogmáticas, la historia del pensamiento cristiano, las polémicas que lo suscitaron. Para poder llegar al sentido de lo que se afirma y para lograr la conservación de la fe, muchas veces es necesario no sólo retener lo que se dijo, sino llegar a expresarlo incluso con palabras diversas. Tal vez en ninguna otra expresión de la fe nos encontramos con esta exigencia tanto como en el tratado de Trinidad.

La fe en el Dios trinitario nos exige no sólo la fidelidad a una fórmula, sino la fidelidad a la verdad de Dios que, al revelarse, tomó una expresión en un momento y en una cultura y que ahora debe tomar otra expresión para poder entender el mismo mensaje. Así por ejemplo, cuando decimos que en Dios hay tres personas, la verdad que queremos afirmar y que se definió en los concilios de Nicea, Efeso, Calcedonia y Constantino-

pla no corresponde a lo que actualmente se entiende por persona y, por lo tanto, queriendo ser fieles al dogma, hacemos de la afirmación dogmática una expresión herética, si creemos que en Dios hay tres personas iguales a las personas humanas.

El contenido revelado no puede seguir siendo el mismo más que traduciéndose a nuestro lenguaje, mentalidad y cultura. Sólo reflexionando sobre los significados originales, la revelación puede seguir siendo la misma. Cuando el tiempo y el lenguaje cambian, para creer y expresar lo mismo, hay que hacerlo de forma diferente, pero esa diferencia no necesariamente consiste en nuevos conceptos sino también en la comprensión y explicación de los anteriores, sólo así sabremos si estamos creyendo lo mismo y conservando la fe.

Explicación de términos trinitarios

La tradición de la Iglesia ha utilizado un conjunto de palabras técnicas para expresar su fe en la Trinidad. Son instrumentos teóricos, greco-latinos, para expresar algo de Dios, pero son conceptos que pertenecen a determinada manera de pensar y propios de una filosofía que, como tales, no están directamente revelados, pero que nos ayudan a expresar nuestra fe; vienen a ser como el lenguaje de la fe. Pero una filosofía particular no puede ser objeto de fe. Lo que es objeto de fe es la realidad que esos conceptos expresan. Al hablar de la Trinidad se da una especie de “filosofía de la fe”, no tanto porque se necesite esa filosofía concreta, sino porque de hecho, ha sido

la forma de pensar utilizada desde el origen para expresar y reflexionar nuestra fe.

Sustancia: Es la realidad que soporta de forma permanente todas las diferenciaciones que se derivan de ella, sobre ella o en ella. Categoría que responde a la pregunta: ¿Qué es eso? Se define como ser en sí; es decir, que no necesita sujeto de inhesión. Lo que hace que algo sea lo que es, lo llamamos sustancia.

La sustancia divina es lo que sustenta las tres personas. En el orden físico las sustancias se manifiestan en sus accidentes o características; tratándose de Dios no se dan accidentes. Hablamos de Dios como sustancia, por analogía con las sustancias físicas.

Naturaleza: Designa la sustancia en la medida en que es un principio que origina algo, un principio de actividad. La naturaleza divina se diferencia y se concretiza en tres subsistentes reales, que son las tres Personas. Naturaleza personalizada de tres maneras distintas, que actúan hacia dentro y hacia fuera del círculo trinitario, crean el universo, se manifiestan progresivamente, salvan, santifican y glorifican a quienes se abren a Dios. En el orden físico, la naturaleza se deduce por las acciones y los efectos. Hablamos de la naturaleza divina por analogía con las naturalezas físicas.

Esencia: Es la razón íntima del ser, por lo que una cosa es lo que es. La esencia de Dios —divinidad— es lo que constituye a Dios en sí mismo, y lo hace diferente de cualquier otro ser. La esen-

cia indica sustancia, y por eso responde también a la pregunta ¿Qué es esto? Si lo referimos a Dios preguntamos lo que significa como distinto de todos los demás seres. La esencia la llamamos naturaleza cuando se concibe como principio de operaciones. Con nuestros sentidos captamos solamente los seres perecederos, espacio temporales, y por ellos alcanzamos su origen trascendente no contingente, es decir, a Dios. Él es la existencia misma, quien existe en sí mismo y por sí mismo.

Ipsium esse subsistens.

Originalmente los conceptos de sustancia, naturaleza y esencia fueron conceptos extraídos de la realidad física —cosmológicos—, pero se aplicaron después también a Dios y se convirtieron en elementos necesarios para expresar la fe. Dios es más que sustancia, esencia o naturaleza, porque todo cuanto decimos de Dios es un predicado análogo, que sólo en cierto modo lo podemos aplicar a Él.

CEC 251-252.

Cuando nos referimos a la esencia, naturaleza o sustancia de las cosas, nos referimos a un concepto abstracto inexistente en sí mismo —los conceptos se dan solamente en la mente— pero cuando nos referimos a Dios con esos conceptos designamos la realidad más concreta y existente de todas, aunque con una existencia diferente, no física, porque es el fundamento y origen de toda realidad. La esencia, naturaleza o sustancia de Dios es una y única y, por lo tanto, no es objeto de abstracción, sino un modo de designar el ser de Dios.

Tratándose de Dios, la naturaleza, esencia o sustancia son el modo de referirnos a la unidad y unicidad de Dios, a su realidad, su existencia y su vida, a lo que es común a las tres personas. Pero gracias a la analogía podemos hablar de Dios con nuestro lenguaje, con parábolas, imágenes y metáforas; y podemos decir de Dios cosas verdaderamente ciertas, por ejemplo, que Dios es amor, misericordia y bondad, mejor que cualquier papá y mamá humanos.

Antes de los conceptos metafísicos de esencia, naturaleza y sustancia, algunos de los hagiógrafos y padres de la Iglesia hablaron con otros términos de lo que es común a las tres personas, como: “*Dios es amor*”, “*Dios es luz*”, esto es, la bondad y el bien, “*y en Él no hay tinieblas*”; “*Dios es Espíritu*”. Con estos atributos se refieren a Dios uno y único, tripersonal, a quien nosotros nos referimos al hablar de una naturaleza, esencia y sustancia indivisibles y comunes a las tres personas divinas.

I Jn 4,8.

I Jn 1,5.

Jn 4,24.

Dicho en otros terminos, Dios es una realidad —sustancia— que existe por sí misma —independiente—. Dios es una naturaleza porque causa y da origen a toda otra realidad, —es comunicable—. Es una esencia, porque es una realidad inmutable, diferente de cualquier otra, única, personal, paternal, misericordiosa.

Apropiación: lo que siendo común a las Tres Personas se atribuye a una de ellas, como la creación al Padre, la santificación al Espíritu Santo; así también se atribuye el poder, al Padre, la sabiduría, al Hijo, el amor, al Espíritu Santo.

La encarnación, que implica vida temporal, muerte y resurrección, no son apropiaciones de la Segunda Persona de la trinidad, por no ser comunes a las otras personas, y porque son elementos esenciales y constitutivos de la Segunda Persona, que es la que ha sido enviada a vivir vida temporal. Por eso la teología trinitaria vincula profundamente la filiación divina, con la misión y la encarnación, vida, muerte, y resurrección. Solamente el Hijo podía encarnarse y ser el revelador del Padre. Y por el Hijo toda la creación vuelve a Dios —procede, tiene qué ver, vuelve y se encuentra en Dios—.

Circumincessio: con “c”, proviene de la palabra latina *inaccederé*, que quiere decir *impregnar*, *compenetrar*; y la palabra se refiere a la presencia y acción intratrinitarias —aspecto dinámico—. Es casi sinónimo de la palabra *circuminsessio*.

Circuminsessio: con “s”, es la palabra latina que traduce el vocablo griego “*perijóresis*” y está compuesta por la raíz *circum* y *sedere* o *sesio* que significa estar sentado o tener sede; la palabra hace referencia al hecho por el que una persona está en la otra, llenándola con su presencia —aspecto estático, pero también dinámico, activo—. Corresponde al texto de San Juan: “*El Padre está en mí y yo en el Padre*”.

περι-χορεύω.

Jn 10,38; 17,21;
10,30; 14,11.

Estas palabras se refieren, en primer lugar, a la inhabitación mutua de las tres personas divinas, pero también a la inhabitación en el cristiano y del cristiano en las tres personas divinas, es decir en Dios. Vivimos en Dios mucho más de lo que

Jn 17,21.

podemos imaginar, como el hijo pródigo en el corazón del Padre.

Communicatio
idionatum.

Comunicación de propiedades: esta expresión se refiere a la presencia y acción de las tres Personas divinas en aquello que es propio de cada una, por ejemplo, es propio del Espíritu Santo la santificación del cristiano, pero en ella se encuentran incluidos e involucrados el Padre y el Hijo.

Espiración activa: es la que corresponde al Padre y al Hijo para que intratrinitariamente se dé el Espíritu Santo, que procede de los dos, y que viene al mundo enviado por ellos.

Espiración pasiva: es la que recibe el Espíritu Santo del Padre y del Hijo y lo constituye en Persona distinta, por la cual es enviado con las finalidades ya vistas.

οικονομία.

Economía divina: es la sucesión de hechos por los que Dios se revela y se da para nuestra salvación. El proyecto de Dios, o plan salvífico, es el modo como entendemos que esa serie de acontecimientos están queridos por Dios desde siempre. La economía divina es el origen de nuestro saber sobre Dios mismo.

Filiación: es la palabra utilizada para caracterizar al Hijo con respecto al Padre y para distinguirlo del Espíritu Santo, y es expresión exacta para expresar la fe en Jesús Hijo de Dios.

Generación: es la palabra utilizada para caracterizar al Padre en sí mismo en cuanto origen del Hijo; por lo que Dios es Padre respecto al Hijo

y al Espíritu Santo, y con respecto a todos los hombres. Dios es Padre con respecto al Espíritu Santo por engendrar al Hijo, no al Espíritu Santo que no es hijo del Padre, sino procedente del Padre y del Hijo.

Hypóstasis: designa la particularidad personal distinta de todas las demás. Decimos de cada persona divina que existe en sí misma, distinta de las otras dos. Lo particular es lo que da razón de la distinción entre las personas divinas. Para el Padre es engendrar eternamente, para el Hijo, ser engendrado, para el Espíritu Santo ser difundido —comunicado, dado—.

Persona: Designa la individualidad racional, el sujeto espiritual, que se posee a sí mismo. Este término se usaba para significar la existencia objetiva de tres personas en Dios, era un término altamente metafísico que dio origen al término persona en sentido psicológico, pero aplicado a la Trinidad tiene un sentido muy diferente. Ricardo de San Víctor (+ 1173) definió así a las personas divinas: *“la persona en Dios es la existencia incommunicable de la naturaleza divina”*.

Naturae rationalis
divinae incommuni-
cabilis existentia.

PL 196, 964.

Aun hablando de Dios, el concepto de persona es genérico, y las tres, aunque sean iguales en cuanto a su naturaleza, son diferentes en cuanto Personas: el Padre no es Persona de la misma manera ni por la misma razón, que el Hijo y el Espíritu Santo.

Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La esencia —naturaleza y sustancia— divina está en forma real, verdadera y plena en cada perso-

na; por razón de ella, así como de los atributos divinos comunes, se expresa la unidad, lo que da razón de la trinidad son las relaciones. Lo que hay de común en Dios es la unidad, lo que hay de particular es la trinidad.

Perijóresis: del griego (περι-χορεύω), etimológicamente significa, bailar juntos, tomados de la mano en torno a. Primero significó la relación entre las dos naturalezas de Jesús. Después se usó para expresar el hecho por el que cualquiera de las personas divinas incluye a las otras dos personas. Cada una implica a las demás en su ser y en su acción.

Procesión: La vida trinitaria consiste en un eterno proceder que llamamos también “engendrar” del Padre con respecto al Hijo, o “espirar”, si se trata del Padre y del Hijo con respecto al Espíritu Santo. La procesión no es fruto de una acción que se ejecuta, un “hacer”, Dios no se hace a sí mismo. Las procesiones nos hablan de un dinamismo divino, Dios no es estático; el dinamismo consiste en engendrar al Hijo, y espirar al Espíritu Santo, en enviar al Hijo y comunicar el Espíritu.

Propiedades: Es aquello por lo se reconoce a una persona como diferente de las demás y son la paternidad, la filiación y la inspiración pasiva. Al Padre lo caracteriza el carecer de origen —in-nascibilitas; agenesia—.

Subsistencia: es el término latino para la palabra griega hypóstasis, cada persona divina es un subsistente, tiene una existencia objetiva en

cuanto existe en sí misma, incomunicable en cuanto tal. Dios es la existencia por excelencia: Dios no puede hacer otro Dios, se comunica en plenitud, sin dejar de ser Padre, engendra al Hijo. La sustancia, naturaleza y esencia en Dios es única, pero se da en tres subsistentes o personas. El subsistente no es un sujeto independiente, aislable, consciente y libre con respecto a los otros dos subsistentes, de ser así, serían tres dioses. Pero lo que caracteriza a los subsistentes es el ser de sí mismo, el ser donante —el Padre—, o el ser recibido y enviado —el Hijo—, finalmente el ser en común con el Padre y el Hijo, y el ser donado —el Espíritu Santo—.

Misión: es la palabra utilizada para designar el papel del Hijo y del Espíritu Santo en la Historia de la Salvación.

Nociones: son las notas por las que conocemos o distinguimos a las personas divinas, se identifican con las propiedades.

Se suele distinguir entre:

La Trinidad inmanente, es decir, la forma como Dios es en sí mismo, y

La Trinidad económica, es decir, la forma progresiva como Dios se manifiesta y comunica. Pero en realidad se identifican: sabemos cómo es Dios porque se nos ha revelado y comunicado.

Se habla de la acción de Dios

Ad intra, y es lo que sucede en Dios, o lo que Dios es en sí mismo.

Cf Cc Letrán
Dz-H 1530-15321.

Ad extra, y es lo que Dios hace en la creación, en el universo. Ésta es una distinción para explicar la acción de Dios en el tiempo y en el espacio: fuera y dentro son expresiones inexactas y artificiales, porque ¿hay algo que sea realmente extra, al margen, o fuera de Dios? La encarnación, por ejemplo, es algo *ad extra* de Dios que afecta totalmente a Dios *ad intra*. En Dios no hay fuera ni dentro, por no estar ligado al espacio ni al tiempo. Según nuestra mentalidad, en Dios lo que sucede fuera sucede dentro y desde siempre.

Dios no está contrapuesto al mundo; si así fuera, estaría limitado por el mundo y sería finito. Dios es trascendente e inmanente a la vez.

Actividades

- ¿Por qué crees importante que nuestra fe incluya un modo particular de expresarse?
- ¿Qué crees que sucedería si no tuviéramos un mismo credo, conceptuado y verbalizado?
- Leer en un diccionario ordinario qué es lo que la gente entiende por esencia, sustancia, naturaleza, persona, etc. Comparar y distinguir esos conceptos de los utilizados en el tratado de Trinidad.

11.5 A modo de epílogo

El estudio del Dios que se nos revela en la Historia de la Salvación como Dios Tripersonal, nos ha llevado a conocer, no sólo el modo de ser de Dios, sino también, y principalmente, a advertir que en nuestra noción de Dios esta implicado Jesús de Nazaret y con él todo el género humano,

es decir, todos los hombres de todos los tiempos y lugares. En Jesús estamos incluidos, de tal manera que todo lo que es verdaderamente humano, por eso mismo es divino, y todo lo que es divino por eso mismo es humano. En el lenguaje de Pablo, la cabeza de Cristo es Dios, y la de todos nosotros es Cristo. I Cor 11,3.

Podemos hablar del gran amor de Dios a todos los hombres, de la **filantropía** de Dios, al mismo tiempo que hablamos del amor a Dios sobre todas las cosas. φιλανθρωπία.
Tt 3,4.

Dios Padre nos ha dicho cómo es él en Jesús de Nazaret. Y en Jesús, concreto, limitado por el tiempo, el espacio, su cultura y sus condicionamientos. Es la forma concreta y visible en que se nos revela el Dios eterno e inabarcable. Este Jesús de la historia sigue haciendo historia en cada uno de nosotros. Dios es comunión, no sólo entre las tres personas divinas, sino también con nosotros. Dios es amor porque nos lo muestra a lo largo de la Historia de la Salvación y por eso nos ha dicho que el primero de los mandamientos es amar. Si Dios es amor, el hombre también es amor, y sólo lo hace feliz, se realiza y se cumple en el amor.

El Espíritu Santo nos va haciendo semejantes a Jesucristo. Ha sido enviado a nuestros corazones para configurarnos con Cristo. Es principio de vida y comunión con Cristo. San Pablo escribió: *“el que se une al Señor se hace un solo Espíritu con él”*. I Cor 6,17.

Del Espíritu Santo esperamos “*que renueve la faz de la tierra*”, lo cual no hará sin nosotros. Lo característico del Espíritu Santo es darnos luz, vida y movernos.

Por la fe y el amor, y todas las virtudes que se desprenden de ellas, hacemos realidad nuestra consagración e inclusión en Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. A él como único Dios Tripersonal estamos consagrados por el bautismo. Por él vivimos, nos movemos y existimos. Y esperamos que finalmente nos conceda la participación plena de su gloria en la comunión con Dios Tripersonal. Pero mientras tanto vivimos unidos por la fe en una Iglesia llena de nuestros defectos, limitaciones y falsos compromisos. Pero no abandonados por Dios. Él une, vivifica y santifica a su Iglesia, es decir, a nosotros, junto con nuestro pastores, para anunciar su Evangelio a todas las naciones, pueblos y culturas, y estará con nosotros de múltiples maneras hasta los límites y fin del mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Básicos

RATZINGER JOSEPH. *Introducción al cristianismo*, Lecciones sobre el credo apostólico, Ediciones Sígueme, Salamanca 2007.

KASPER WALTER. *El Dios de Jesucristo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2001.

KASPER WALTER. *Jesús, El Cristo*, Ediciones Sígueme, Madrid 1985.

ARIAS REYERO M, *El Dios de nuestra fe. Dios uno y trino*, Bogotá, CELAM 1991.

De consulta

A. GONZÁLEZ MONTES, M. GESTEIRA, J. MARÍA ROMIRA BELLOSO, N. SILANES, J. LOSADA. *La teología trinitaria de Karl Rahner*, Ediciones Koinonia, Salamanca España 1987.

AA. VV. *La Trinidad en la tradición prenicena*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1973.

AA. VV., *El Concilio de Constantinopla I y el Espíritu Santo*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1983.

AA. VV., *El Espíritu Santo ayer y hoy*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1975.

AA. VV., *La Trinidad en la Biblia*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1984.

AGUIRRE R., “*El Dios de Jesús y la realidad social de su pueblo*”, *Estudios Trinitarios* 21, 1987, 307-344.

ALBERIGO GIUSEPPE. *Historia de los concilios ecuménicos*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2004.

ALDAMA J. A. de, “*María en sus relaciones con la Trinidad*”, *Secretariado Trinitario* 2, 1968, 81-90.

ARGÁRATE PABLO, “*Portadores del fuego, La divinización en los Padres Griegos*”, Ediciones Desclee de Brouwer, 1998.

AUER J. *Dios trino y uno* (Curso de teología dogmática 3), Barcelona, Herder 1982.

B. FORTE, *Trinidad como historia*. Salamanca, Sígueme 1988.

BARRETO J., “*Dios en las comunidades joáneas*”, *Estudios Trinitarios* 21 (1987) 369-391.

BARRETT C. K., *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1978.

CARMONA ANTONIO RODRÍGUEZ. *La reluijón judía*, B.A.C. Madrid 2002.

CÁTEDRA CHAMINADE. *La fe*, Fundación Santa María, Madrid 2005.

CIRILO DE JERUSALEN San, *Catequesis*, Bilbao, DDB 1991.

CONGAR Y., *El Espíritu Santo*, Barcelona, Herder 1983.

DANIELOU JEAN. *La Trinidad y el misterio de la existencia*, Ediciones Paulinas, Madrid 1969.

FORTMAN E. J., *Teología de Dios*, Santander, Sal Terrae 1969.

FUSTER S., “*Cristo, imagen del Padre*”, Estudios Trinitarios 22 (1988) 399-412.

GARCÍA DE ALBA J. M. S.J. *Cristo Jesús, conocerlo, amarlo y seguirlo*. Guadalajara 2006.

GARCÍA DE ALBA J. M. S.J. *Ireneo, Textos cristológicos*, Guadalajara 1992.

GARIJO GUEMBE M. M., “*Epiclesis y Trinidad. Estudio histórico y sistemático*”, Estudios Trinitarios 24 (1990) 107-139.

GARRIGUES J. M., *El Espíritu Santo que dice “Padre”. El Espíritu Santo en la vida trinitaria y el problema del Filioque*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1985.

GOITIA J. de, *La fuerza del Espíritu. Pneuma - dynamis*, Bilbao, Universidad de Deusto 1974.

GOMEZ CAFFARENA J., “*Concepto de Dios en un mundo secularizado*”, Secretariado Trinitario 4 (1970) 345-373.

GONZÁLEZ C. I. S.J. *El desarrollo dogmático en los concilios cristológicos*, CEM, México 1993.

GONZÁLEZ C. I. S.J. *Él es nuestra salvación, cristología y soteriología*, CELAM, Bogotá 1986.

GONZÁLEZ C. I. S.J. *El Espíritu del Señor que da la vida*, CEM, México 1997.

GONZÁLEZ C. I. S.J. *El Espíritu Santo en los padres griegos*, Colección Autores, México 1996.

GONZÁLEZ C. I. S.J. *San Ireneo de Lyon, Contra los herejes*, Amate editorial, Zapopan 2006.

GONZÁLEZ FAUS J. I, *Carne de Dios*, Ediciones Herder, 1996.

- GONZALEZ O. *Misterio trinitario y existencia humana*, Madrid, Rialp 1966.
- GRANADO C., “*Las dos manos de Dios. Lectura de textos patrísticos*”, *Proyección* 29 (1982) 83-94.
- GRANADO C., *El Espíritu Santo en la teología patrística*, Salamanca, Sígueme 1987.
- GUNTON COLIN E. *Unidad, Trinidad y Pluralidad, Dios, la creación y la cultura de la modernidad*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005.
- HAMMAN A., “*El Espíritu Santo en la vida de la Iglesia durante los tres primeros siglos*”, *Estudios Trinitarios* 9 (1975) 273-292; y en *El Espíritu Santo ayer y hoy*, pp. 135-156.
- HAMMAN A., “*Interpretación de la divinidad de Jesús en Nicea*”, *Estudios Trinitarios* 8 (1974) 167-179.
- HAMMAN A., “*La Trinidad en los Padres griegos*”, *Estudios Trinitarios* 12 (1978) 73-85.
- LADARIA LUIS F. *El Dios vivo y verdadero, El misterio de la trinidad*. Secretariado Trinitario, Salamanca 1998.
- MARTINEZ FERNANDEZ F. J., “*El pensamiento trinitario de Juan Pablo II*”, *Estudios Trinitarios* 22 (1988) 265-315.
- MEIS A., *La fórmula “Creo en el Espíritu Santo” en el siglo II. Su formación y significado*, Santiago, Universidad Católica de Chile 1980.
- MIGUEL GONZALEZ J. M. de, “*El Espíritu Santo en la encíclica Dominum et vivificantem*”, *Estudios Trinitarios* 22 (1988) 145-165.
- MOLTMANN J., *Trinidad y Reino de Dios*, Salamanca, Sígueme 1983.
- MORENO DE LA VEGA M. A., “*Terminología unitaria grecolatina del «Adversus Praxeam» de Tertuliano*”, *Estudios Trinitarios* 16 (1982) 105-122.
- MUÑOZ R., *El Dios de los cristianos*, Madrid, Paulinas 1987.
- ORBE ANTONIO, S.J. *Teología de San Ireneo I y II, Comentario al libro V del «Adversus Heareses»*, B.A.C. La Editorial Católica, Madrid-Toledo 1985 y 87.
- ORTIZ DE URBINA I., “*El Espíritu Santo en la teología del s. IV desde Nicea a Constantinopla*”, *Estudios Trinitarios* 17 (1983) 25-41.
- PASTOR F., “*Cristo, imagen del Padre*”, *Estudios Trinitarios* 23 (1989) 383-398.

PASTOR F., “La Trinidad en la catequesis paulina”, *Estudios Trinitarios* 12 (1978) 53-71.

PICAZA X., “Hijo eterno y Espíritu de Dios. Preexistencia de Jesús, concepción virginal, persona del Espíritu”, *Estudios Trinitarios* 20 (1986) 227-311.

PICAZA X., “El Espíritu Santo y Jesús”, *Estudios Trinitarios* 16 (1982) 3-79.

RATZINGER JOSEPH. *Escatología, La muerte y la vida eterna*, Herder Editorial, S.L., Barcelona 2007.

REY BERNARD. *Los orígenes de la fe en la Trinidad*, Secretariado trinitario, Salamanca. 1980.

S. IRENEO DE LYON. *Demostración de la predicación apostólica*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1992.

SABAN MARIO JAVIER. *El judaísmo de Jesús*, Buenos Aires 2008.

SABAN MARIO JAVIER. *El judaísmo de San Pablo*, Buenos Aires 2003.

SABAN MARIO JAVIER. *Las raíces judías del cristianismo*, Editorial Futurum, Buenos Aires 2002.

SAYÉS JOSÉ ANTONIO. *La Trinidad, Misterio de Salvación*. Colección Pelicano, Ediciones Palabra, Madrid 2000.

SCHILLEBEECKX E., *Dios y el hombre*, Salamanca, Sígueme 1968.

SILANES N., “*Trinidad y revelación en la Dei Verbum*”, *Estudios Trinitarios* 17 (1983) 144-214.

TERTULIANO. *El bautismo. La oración*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 2006.

TERTULIANO. “*Prescripciones*” *contra todas las herejías*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 2001.

THEISSEN GERD – MERZ ANNETTE. *El Jesús histórico*, Manual, Tercera Edición, Ediciones Sígueme, Salamanca 2007.

TRESMONTANT CLAUDE. *Ensayo Sobre el pensamiento hebreo*, Ediciones Turus, Madrid 1962.

TRESMONTANT CLAUDE. *Orígenes de la filosofía cristiana*, Editorial Casal I Vall, Andorra 1963.

VERGES S. - BALMAN J.M., *Dios revelado por Cristo* (BAC 292), Madrid, Editorial Católica 1976.

WAINWRIGHT A.W., *La Trinidad en el Nuevo Testamento*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1976.

YVES M.- J. CONGAR. *El Espíritu Santo*, Editorial Herder, Barcelona 1991.

ZUBIRI XAVIER, *El problema teológico del hombre: cristianismo*. Alianza Editorial, Madrid 1997.

ZUBIRI XAVIER, *Naturaleza, Historia, Dios*, Alianza Editorial, Madrid 1981.

Textos Clásicos

NOVACIANO. *La Trinidad*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1996.

SAN HILARIO DE POITIERS, *La Trinidad*, Madrid, BAC, 1986.

SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, BAC, Madrid 1956.

SAN BUENAVENTURA, *Santísima Trinidad*, BAC, Madrid 1948.

STO. TOMAS, *Suma Teológica I, q 31-39*, BAC, Madrid.